



A
27
342

i20280bx

7A

Table 1 Jila 1^o



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL ORANJUDA	
Clas:	A
Exempl:	27
Num. de	342

i202805x

T Table 1^o Jila 1^o

BIBLIOTECA HORTAL REAL MADRID	
Clase:	A
Orden:	27
N.º de inv.:	342

LAS VELADAS DE LA QUINTA,

Ó NOVELAS É HISTORIAS

SUMAMENTE ÚTILES

PARA QUE LAS MADRES DE FAMILIA,

Á QUIENES LAS DEDICA LA AUTORA,

PUEDAN INSTRUIR Á SUS HIJOS,

JUNTANDO LA DOCTRINA CON EL RECREO.

ESCRITAS EN FRANCÉS

POR LA SEÑORA MARQUESA DE SILLERY

(aliàs) *Condesa de Gentis.*

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR DON FERNANDO DE GILLEMÁN,

*Académico Correspondiente de la Real Academia
de la Historia.*

TOMO PRIMERO.

Manuel de Luxan

y Zubizar

MADRID: MDCCLXXXVIII.

EN LA IMPRENTA DE MANUEL GONZALEZ.

*Se hallará en casa de Arribas, carrera de S. Gerónimo;
en el puesto de Cerro, calle de Alcalá; y en casa de Lopez,
plazuela de Santo Domingo.*

El deseo de ser útil á mis compatriotas y la hermosura de esta obra me hicieron pensar en traducirla á nuestro idioma ; pero al paso que me animaban estas dos ideas , me desalentaba la dificultad de la empresa. En efecto , creo que si todos los que traducen conocieran tan á fondo el idioma del original como el suyo , sería mucho menor el número de traducciones que se darían á la prensa , porque para traducir una obra , mayormente si tiene mérito , no basta entender y traducir bien el idioma , ni tampoco bastan ni sirven de mucho los Diccionarios , recurso mui débil é imperfecto por su misma naturaleza. Es preciso para emprender este trabajo con alguna esperanza de feliz éxito , haber estudiado el espíritu de la lengua en los mismos que la hablan , y haber leído con reflexiôn muchos libros de todas clases : porque no se usa en todas las obras de las mismas voces , frases , ni estilo. El Político tiene su modo de expresarse : el Orador el suyo ; el Cómico otro mui diverso ; el Autor de Novelas (si hace lo

Come raccende il gusto il murare esca
 Cost' mi par che la mia Istoria quanto,
 Or qua', or la piu variata sia
 Meno á chi l' udirá nojosa fia.

Orlando furioso, Canto XIII.

Traduccion literal.

Al modo que la variedad en los manjares aviva el apetito, así yo he creído que quanto mas varios sean mis asuntos, tanto menos enfadosos serán á mis lectores.

TOMO PRIMERO.

MADRID: MDCCXXXVII.

EN LA IMPRERTA DE MANUEL GONZALEZ.

que debe) se ha de ceñir á un estilo puro, pero familiar y vivo, que es el propio de una conversacion ó de un diálogo. Es preciso tambien en el Traductor bastante conocimiento de los usos y costumbres de la Nacion en cuyo idioma está el original; pues sin esto tropezará mil veces en la inteligencia y verdadero sentido de muchas frases.

Confieso que estas reflexiones me han acobardado, y hubiera abandonado la empresa, á no haberme infundido ánimo la esperanza de que quizás podría desempeñar mi objeto, con la circunstancia de serme tan natural el idioma Francés como el Castellano, y valiéndome para la correccion de mi traduccion de alguna persona que me advirtiese los defectos de propiedad en las voces y frases. Hallé con efecto un sugeto en quien concurren todas las prendas que yo podía apetecer, y con su parecer he determinado presentar al público este corto trabajo. Digo corto, porque sé muy bien que generalmente se tiene por prueba de poco talento y estudio el trabajo de una traduccion; pero sea lo que fuere, no es mi fin pasar por erudito, ni buen

Tra-

Traductor, lo que deseo de todo corazon es que la obra agrade y aproveche á aquellos para quienes se ha traducido.

Desde luego confieso que no es comparable con su original. No soi tan necio que quiera hacerme creer á mí mismo que he podido imitar con perfeccion el elegante y sencillo estilo de su ilustre Autora la Señora Condesa de Genlis, hoy dia Marquesa de Sillery, y Aya de los Hijos del Señor Duque de Orleans. Conozco demasiado todo el mérito de su obra para lisonjearme tan locamente.

Pero si el estilo de mi traduccion no tiene toda la gracia y encanto del suyo, á lo menos creo que no he estropeado mi lengua con voces estrañas, ni con frases francesas algo disfrazadas. He seguido con la mayor escrupulosidad el sentido verdadero; para esto no me he detenido nunca en las voces, ni me he ligado al original sino tan solamente para los pensamientos y orden que guarda en la division de su obra.

En quanto al mérito de ella no soi juez competente, por dos razones: la una porque

mis elogios serian sospechosos, siguiendo el parecer del adagio que dice: *cada ollero alaba sus ollas*. La otra es, porque aun quando la obra fuese parto de mi ingenio (que yo me alegrara) no podía admirarla con mas extremo, y así confieso que no veo sus defectos, y solo hallo en toda ella perfecciones que encantan; y para prueba diré, que antes de pensar en traducirla ya la había leído doce ó catorce veces, por haberme parecido desde luego que de quantos libros han salido sobre la educacion es este el mas perfecto. Y porque el Lector no crea que no tengo mas razon para hacer este elogio que mi entusiasmo, le diré mis motivos.

La Señora Condesa de Genlis, de ilustre nacimiento, rica, jóven y hermosa, se dedicó desde luego á esta clase de composicion, y antes de publicar esta obra ya había dado su *Teatro de educacion*, su *Teatro para el uso de los jóvenes de ambos sexós*, los *Anales de la virtud*, y *Adela y Teodoro*. (a) Todas estas

(a) Esta última obra está traducida al Castellano por el Señor Don Bernardo Maria de Calzada, Capitan del Regimiento de Caballería de la Reina.

tas producciones han sido sumamente apreciadas en Francia, y al mismo tiempo han servido para que su Autora, con la práctica que con ellas consiguió sobre tan importante materia, sacase una obra la mas completa que hasta ahora se ha dado sobre la educacion moral.

Si les pareciese á mis lectores que exágero, á causa de la pasion que he confesado me arrastra á estimar esta obra, háganse cargo de lo que he dicho arriba, de las circunstancias y prendas que adornaban á esta Señora, quando en vez de entregarse á los placeres y diversiones que la brindaban en la Capital en donde mas abundan, y hallándose jóven y hermosa, se dedicó á estudiar á fondo las inclinaciones, genio y pasiones de la niñez, para escribir despues con todo acierto. Parece que no hai mas que decir en elogio suyo y de esta obra: pues aun falta decir el mérito que mas realce dá á una y otra. Era Madre, y Madre tierna y cuidadosa, que no fiando de nadie la educacion de sus Hijos, pudo de este modo penetrar en sus cora-

zones , y hacer un estudio práctico de todas las pasiones y diferentes inclinaciones que se empiezan á criar desde la edad mas tierna en nosotros. De este modo ha podido retratar en su obra con tanta exâctitud y gracia la amable sencillez de la primera edad. Y por esto es su obra superior á la de qualquier hombre por sabio é instruido que sea ; porque este solo escribe por especulacion , y aun quando tenga alguna práctica , nunca llega á la que una Madre logra quando ella misma educa á sus Hijos , mayormente si tiene talento y reflexion , prendas que no creo que nadie será capaz de disputar á la Autora de las *Veladas de la Quinta*.

Si , á pesar de lo dicho , me juzgan preocupado , no importa : me consolaré de la censura de cien críticos con lograr tan solamente que mi traduccion excite en una Madre el deseo de imitar á la Señora Condesa en el modo de criar , instruir y corregir á sus Hijos ; ó con que algunos jóvenes se penetren de sus máximas. Si esto consigo , ¿qué mayor premio?

Acer-

Acerca de la utilidad de la obra no podría yo decir mas de lo que dice en su prólogo la Autora de ella ; por lo qual extraeré de él lo que me ha parecido mas conveniente para nosotros.

He tenido por conveniente poner algunas notas en el discurso de la obra , para dar noticia mas completa á los que no estén impuestos de los puntos á que se refieren ; pero para distinguirlas de las de la Autora irán de letra bastardilla.

La naturaleza de esta obra , compuesta principalmente á favor de las Madres de familia , y Señoritas próximas á tomar estado , me mueve á dedicarla á unas y otras. Una Dedicatoria dirigida á algun poderoso , y llena de alabanzas , las mas veces inciertas , quando no hijas de algunas miras interesadas ó ambiciosas , no conviene con la idea que me he propuesto al emprender esta traduccion ; por tanto:

Dedico estas Novelas con el mayor afecto y veneracion á la respetable Sociedad de Señoras unidas á la Sociedad Matritense , como

mo representantés de todo el Cuerpo de Señoras del Reino. El premio que espero y que mas apetezco es, que quando lean las vivas pinturas que la Autora hace de acciones benéficas, de amor filial y materno, de lealtad y compasion para con la humanidad desgraciada, broten por sus ojos los dulces sentimientos que causan en los pechos sensibles la compasion y ternura. ¡Feliz mil veces yo, si en el número de mis jóvenes lectores encontrase tambien algunos que interrumpiesen con dulces lágrimas la lectura, y se abrasasen en vivos deseos de imitar los modelos que voi á presentarles de todas las virtudes, única felicidad del hombre en la tierra!

PRÓLOGO DE LA AUTORA.

Antes de dar á la prensa esta obra he querido saber positivamente si mis lectores podrían comprehenderla facilmente; para esto he juntado en mi casa una Tertulia de doce ó quince jóvenes de ambos sexos, desde la edad de once años á la de diez y seis, y les he leído mi libro; no he consultado á las mas juiciosas en punto á la inteligencia de él: y no solo los niños de once años me han entendido, sino que tambien he visto con suma complacencia que algunos que no tenían mas de nueve me escuchaban con una atencion que me ha hecho conocer que mi lectura producía en ellos la impresion que yo me había propuesto.

Me he valido de cierto orden y método en la distribucion y arreglo de las Novelas de que se compone esta obra, porque antes de pensar en el plan de la Novela, esto es, en los lances y situaciones, ya había yo formado el plan de ideas, y el orden con que debía presentarlas para ir ilustrando poco á poco el entendimiento de la juventud, y exaltar sus

almas, á lo menos en quanto me lo ha permitido mi corta inteligencia. Dispuesto de este modo el enlace, no me quedaba que hacer mas que formar una combinacion igualmente facil y divertida; era preciso inventar caractéres, incidentes y situaciones que pudiesen demostrar del modo mas eficaz las verdades establecidas en mis máximas. Pondré un exemplo: el principal fin de mi *plan de ideas* era no omitir medio alguno para inspirar á los jóvenes las inclinaciones sencillas y virtuosas que nos acercan á la naturaleza, y que hacen desear con preferencia la vida quieta y sosegada del campo. Para conseguirlo era preciso emplear no una *historia*, ó una sola conversacion, sino varias, y por tanto insisto en las mas de ellas sobre este punto.

Para hacer agradable la vida del campo bastaría el gusto ó aficion á la Historia natural: esta idea me ha hecho imaginar el cuento de *Alfonso y Dalinda*, ó los *Encantos del Arte y Naturaleza*, y así de los demas. En una palabra: en vez de buscar y ajustar una consecuencia moral á un lance gustoso y diver-

tido, he arreglado y compuesto cada asunto con referencia á una máxima moral.

Del mismo modo he compuesto mi *Teatro de educacion y Adela y Teodoro*: bien conozco la imperfeccion y medianía de mi execucion, pero creo que mi método es bueno; y no siguiéndole, la moral estará muy amenuado como violenta, fuera del caso, y no será mas que un accesorio.

No hai asunto alguno moral que no se pueda tratar con amenidad, como tampoco hai ningun libro de moral que sea util si es enfadoso y pesado: esta verdad no está bastantemente conocida, de lo que nace que los Moralistas han dado tantos *tratados*, tantos *pensamientos*, tantas *reflexiones*, *disertaciones*, *discursos* y *ensayos* &c. Se puede muy bien admirar una obra de estas, pero si tiene mas de cien páginas es imposible que agrade y que se lea con gusto.

Querer persuadir, obligar y exígir sacrificios violentos y dolorosos sin procurar dar gusto é interesar; sin buscar y aprovechar todos los medios que pueden fixar la atencion de

de aquellos á quienes queremos persuadir y atraer, es sin duda la mayor inconseguencia. Qualquiera que hable al corazon puede estar seguro de ser oido. ¿Por qué, pues, desterrar de las obras morales los afectos y la imaginacion? Nunca se conseguirá hacer virtuosos á los hombres empleando insulsas y frias reflexiones; solamente se logrará presentándoles exemplos eficaces y pinturas hechas á propósito para penetrar y estamparse en la imaginacion, y esto es lo que se debe llamar: *La Moral puesta en accion.*

Todas las obras que han influido poderosamente sobre las costumbres son agradables y atractivas, y á este mérito mas que á otro qualquiera se debe atribuir el bien que han producido. No solo se leerá en todo tiempo, sino que se sabrá de memoria el *Telemaco*, las *Novelas de Richardson*, el *Quixote* y el *Espectador Inglés*. Aun aquellos que no quieren ni corregirse, ni instruirse, leen estas obras por diversion, y leyéndolas se corrigen y se instruyen como á pesar suyo. Estos son los libros verdaderamente útiles. Los demas

mas Moralistas se parecen á aquellas personas que dan buenos consejos únicamente para hacer ver la solidez de sus razones, y que fuera de esto saben muy bien que no persuadirán ni moverán á nadie, pues se les escucha con distraccion y tédio.

Hai muchas personas naturalmente propensas á creer que toda produccion de esta clase debe ser de poco mérito. ¡Desgraciado el pobre Autor que los divierte é interesa! Aunque emplee la Moral mas pura y sólida, su obra será reputada por *graciosa friolera*. Esta clase de gentes no estima sino los libros que la enfadan y cansan, y solo dá el renombre de *Filósofo* al Autor que no comprehende.

Un Moralista aspira á conseguir fama: para alcanzar esta de que acabamos de hablar, no se necesita tener sensibilidad, ni imaginacion; mucho menos es preciso saber pintar y crear caractéres, explayarlos y sostenerlos: en dos palabras; formar un plan. Todo lo contrario: no se trata de divertir ni deleitar; con ser obscuro, pesado y dogmático está todo hecho.

Una de las cosas que han contribuido mas á desacreditar los libros Morales publicados baxo un aspecto de diversion es la multitud de obras peligrosas con título de *Novelas morales y Cuentos morales* que de veinte años á esta parte se han dado al Público. Estas producciones se deberían comparar con aquellos venenos disfrazados que los charlatanes suelen vender como remedios saludables, y que son tanto mas perniciosos quanto los nombres acreditados que les ponen son causa de que se tomen con toda confianza.

Estas obras han desacreditado injustamente á todas las demas. Sería cosa mas prudente despreciar las obras condecoradas con un título que no merecen; porque no hai duda que á obras propias de su título han merecido Fennelton, Richardson, Addison y Cervantes la gloria de que siempre se verán acompañados sus nombres. Si yo hubiese creido que era preciso tener un talento igual al de estos grandes hombres para emprender con alguna esperanza de buen éxito un género de obras que ellos inventaron, jamas hubiera tenido la menor

tentacion de escribir; porque fuera de esta clase de obras, ninguna otra me hubiera agradado. He juzgado que con un corazon sensible y un poco de razon se podian inventar algunas pinturas instructivas y gustosas. No he pretendido hacer una obra de un mérito superior, y solo me he dexado llevar del deseo de presentar á las Madres, que lo quieren ser de sus Hijos, mis reflexiones; y á los Hijos algunas lecciones útiles y agradables.

Con la mira de inspirar á la juventud la aficion al estudio, á las ciencias y artes he procurado que mis notas fuesen curiosas y amenas. En ellas les digo algo de cada cosa para que con su lectura adquieran algunas nociones generales, y sobre todo con el fin de que su curiosidad se dirija á unos objetos dignos mas que qualesquiera otros de excitarla y satisfacerla.

No será ponderacion si digo que para componer no mas que el cuento de los *Encantos del Arte y Naturaleza* con las notas que le corresponden he tenido que leer ó volver á leer mas de cien tomos; lo que el lector puede

verificar por la multitud de los Autores que cito.

No pretendo sacar gloria de este trabajo que no exige ni talento, ni instruccion, pues solo consiste en leer y formar despues extractos cortos y superficiales propios para la juventud; pero este trabajo dá á conocer por lo menos la paciencia del que le hace, y su zelo del bien público: el valor de haberme dedicado á él es lo único de que me vana-glorio.

ÍNDICE DE LAS NOVELAS
del tomo primero.

D elfina, ó la curacion feliz	pag. 17.
El Calderero, ó el mutuo agradeci- miento, historia verdadera	96.
El Heroismo de la lealtad, historia ver- dadera	139.
Eglantina, ó la indolente corregida	186.
Eugenia y Leoncio, ó el vestido de baile	245.
Anecdota del Czar Iwan	274.
Alfonso y Dalinda, ó los encantos del Arte y Naturaleza, cuento	319.

Pág. 117. lin. penúltima: dixo temblando
la llévase, lease *dixo temblando que la llevasen.*
Pag. 119. lin. 2. entonces preguntaba el lacayo,
lease *preguntóla entonces el lacayo.*

LAS VELADAS DE LA QUINTA,
Ó NOVELAS É HISTORIAS MORALES,
PROPIAS PARA INSPIRAR Á LOS JÓVENES
EL AMOR Á LA VIRTUD.

El Marques de Clémira al tiempo de marchar al Exército recibía las tristes despedidas de su esposa, su suegra y sus tres hijos. Tenía sobre sus rodillas á Cesarito, el mayor de ellos, que se quexaba amargamente de no ser bastante grande para poder acompañarle; el Marques dándole un abrazo se levantó; sus dos hijas llorando se abrazaron á él, y su muger bañada en llanto se arrojó ácia la puerta para decirle el último á Dios. Entonces César, acercándose al oido del Marques le dixo: Papá mio, lléveme Vmd. consigo á la guerra.... El Marques sin responder le dexó en los brazos de su Madre, pero el niño lo rehusó de

modo que fué preciso abrirle por fuerza la manecita que tenia asida del collarin del vestido de su Padre, el qual volviendo á abrazar á sus hijos y esposa se separó de ellos y marchó apresuradamente.... Madama de Cle-mira penetrada del dolor se encerró con su Madre en su gabinete, y como eran las ocho de la noche envió los niños á dormir.

Toda la casa estaba llena de tráfago y alboroto porque debía la Marquesa marchar al día siguiente á una posesion que tenia en Borgoña; y como no llevaba consigo sino parte de la familia, dexando la restante en París, así los criados que iban como los que quedaban, todos murmuraban y decían: »¡Qué locura, »irse á encerrar en una Quinta que jamás se »ha habitado, y marchar en el rigor del in- »vierno, en vez de quedarse en París, en don- »de la Señora hallaría mas consuelo y distrac- »cion! ¿Cómo es posible que tres criaturas, que »la mayor tiene nueve años y medio, puedan »resistir la fatiga de un viage semejante? ¡An- »dar setenta leguas en el mes de Enero!... ¿Es »acaso preciso irse á meter hermitañas y huir »al

»al cabo del mundo porque un marido va á »campana?»

Tales eran las reflexiones que hacía Victoria, una de las criadas de la Marquesa, mien-tras componía los cofres, dirigiendo sus razones al Mayordomo Mr. Dorel, que sentía en igual grado no poder ir á Borgoña, y tener que separarse de Victoria. Por otro lado las dos hijas de la Marquesa, Carolina y Pulchêria, oían las mismas quejas, porque Julieta, que las desnudaba, no podía encubrir su pesar: jamás había salido de París, y tenia un odio invencible á todo lo que olía á Provincia. Carolina y Pulchêria oían, pues, con atencion las declamaciones de Julieta, y especialmente Pulchêria, que naturalmente era mui curiosa, defecto disculpable en su edad, pues solo tenia siete años; fuera de esto prometía bellas prendas, y aunque mas viva que su hermanita, que tenia diez y ocho meses mas que ella, se grangeaba el afecto de todos por su mucha ingenuidad y sensibilidad de corazon.

César era el mas juicioso de los tres hi-

4 LAS VELADAS
 jos de Madama de Clemira; bien que contaba ya casi diez años, edad en que se comienza á salir de la niñez; y en efecto César tenía ya algún imperio sobre sus pasiones. No siempre se tiene igual aplicación; pero quando César no se hallaba bien dispuesto, sabía vencerse y superar estos disgustos momentaneos. Naturalmente amaba el estudio, y tenía vivos deseos de instruirse; además era sensible, dócil, sincero y valeroso; amaba en extremo á sus Padres, quería tiernamente á sus hermanitas, y era muy agradecido á sus Maestros, particularmente al Abate Fremont, su Ayo, (Eclesiástico amigo de la casa, y encargado de su educacion) aunque era severo, y solía á veces estar de mal humor, sobre todo desde que se hablaba del viage á Borgoña, porque echaba de menos á Paris, los Diarios, y ciertas partidas de axedrez, que eran su principal diversion hacia ya diez años.

En fin aquella noche toda la familia se acostó haciendo tristes reflexiones. Amaneció el dia siguiente, y á las siete y media des-

per-

pertaron á los niños, los vistieron, y despues de haber almorzado de prisa, á las ocho y media, la Abuela, la Madre, el Abate, César, Carolina y Pulchêria entraron juntos en un coche, y se tomó el camino de Borgoña.

23 A medio dia se hizo alto para comer: Madama de Clemira, que no había dormido la noche antecedente, se echó sobre una cama, y los demás caminantes se quedaron en un quarto inmediato: entretanto que los criados componen de comer y ponen la mesa, la familia se junta al rededor de una chimenea; Mr. Fremont atiza el fuego sin hablar una palabra, y los niños se arriman á su Abuela la Baronesa Delbi. Empiezan á hablar y á hacer preguntas á la Abuela, porque en el camino el abatimiento y suma tristeza de su Madre había reprimido toda su curiosidad.

¿Por qué vamos á Borgoña? preguntó Pulchêria. Hija mia (respondió la Baronesa) quando un Militar marcha á campaña se ve precisado á hacer muchos gastos, y si su muger es prudente debe por medio de una sabia economía precaver el desórden que es-

A 3

tos

ros gastos extraordinarios podrian causar en la hacienda, y este es el motivo porque tu Mamá sale de París.... Ah! ya lo comprehendo; (la interrumpió Pulchêria) pero dicen que la Quinta á donde vamos es tan fea, tan triste.... Mamá se morirá de tristeza, y esto es lo que temo....—Pues si no tienes otro temor bien puedes tranquilizarte, porque tu Madre tiene tanto gusto en cumplir con sus obligaciones, que seguramente no habrá en esta ocasion morada que la sea mas grata que Champcery. Ya lo conozco, dixo César; algunas veces quando estudio, en mi interior mas quisiera jugar, pero en pensando que todos me querrán si doi bien mi leccion, y que cumplo con mi deber, recobro nuevos alientos y aplicacion. Además, preguntó la Baronesa, ¿despues que has jugado, brincado y corrido, tienes pensamientos gustosos? No señora, respondió César, me siento mui cansado, nada mas.—¿Y quando has estudiado bien?—¡Oh, entónces si que estoy contento! porque pienso que Mr. Fremont se lo dirá á Mamá, quien me hará muchos cari-

ños,

ños, y que todos me alabarán.... Nunca olvides eso, hijo mio (le dixo la Baronesa) es poco grato el recuerdo de los gustos pasados; pero siempre nos acordamos con deleite de las buenas acciones que hemos hecho. Al decir esto se levantó para ir á comer; á los postres Madama de Clemira vino á la mesa, y media hora despues se prosiguió el viage.

Al cabo de algunos dias llegaron á Champcery, Quinta medio arruinada, rodeada de lagunas, lo que junto con lo riguroso de la estacion, las nieves y las escarchas, aumentaba su aspecto lóbrego y montaraz; pero sobre todo les chocó mucho á los niños lo tosco de sus muebles. ¡Jesus, decía Carolina, los canapés y las sillas son de baqueta negra! ¡Qué chimeneas tan grandes! ¡Qué vidrios tan pequeños!.... Hijos mios, (dixo la Baronesa) en mi tiempo se pasaban ocho meses del año en Quintas semejantes á esta, y se disfrutaban en ellas mas diversiones, gustos y alegría que ahora en las suntuosas casas de campo que habeis visto en los contornos de París; en estas no se halla ni placer, ni libertad,

y solo se consigue arruinar á un mismo tiempo la salud y los caudales. A pesar de estas juiciosas reflexiones de la Abuelita, Carolina y Pulchêria suspiraban al acordarse de París: Mr. Fremont, naturalmente friolento, se quejaba continuamente del frío que se sentía en todos los quartos, porque á la verdad todas las puertas y ventanas ajustaban muy mal; y para colmo de desgracias le cogió un fuerte constipado, con lo que se remató, echando el resto á su tristeza y mal humor. Pero nada igualaba al desconuelo de las dos criadas Victoria y Julieta; Victoria sobre todo estaba desesperada; y como no se atrevía á explicar el verdadero motivo de su pena, en especial delante de las niñas, buscó medio para trabar conversacion y poder quejarse, diciendo la primer mañana que les amaneció en Champcery, que de temor á los ladrones no había cerrado los ojos.—¿Cómo ladrones! exclamó Pulchêria.—¿Y qué piensa Vmd. Señorita, que estamos aquí muy seguras? En una Quinta desamparada, rodeada de lagunas y bosques y con tan poca gente! Aun si la Se-

ñora hubiese hecho venir toda la familia que se ha quedado en París.—Y ademas, añadió Julieta, que en esta tierra aun hai mas lobos que ladrones.—¿Lobos! dixo asustada Carolina.—Sí señora, y lobos hambrientos.—¿Ai Dios mio!...—Solo el pensarlo hace temblar, y cuentan unas cosas de ellos... Todas esas lagunas están heladas, y por la noche vienen á docenas al rededor de la casa.—¿Tan cerca de nosotras?...—Sí señora, discurra Vmd. si por desgracia dexáran abierta alguna ventana del quarto baxo, ¿qué sería de nosotras?—A bien que no se dexan las ventanas abiertas de noche y en este tiempo...—Pero un olvido es muy fácil que suceda...—¿Jesus qué mala tierra es la Borgoña!... Esta conversacion hizo mucha impresion en las dos niñas; atemorizadas y tristes lloraban amargamente acordándose de París, y quando entraron en el quarto de su Madre, al instante conoció en sus rostros que estaban poseidas de alguna interior desazon, y así habiendo instado vivamente á Carolina, esta la refirió toda la conversacion de Victoria y Julieta. Fácil

cil le fué á la Marquesa hacerlas comprehender que era tan extravagante como infundado el miedo de los lobos y ladrones... ¿Pero (añadió la Marquesa) no los había yo prohibido toda especie de conversacion con las criadas?...—Mamá, hasta que mi Aya cayó mala con tercianas jamás habíamos hablado con ellas; pero desde que Julieta nos viste y desnuda...—¿Y es preciso que porque Julieta os viste hayais de imitarla en sus bachillerias?...—Es que las mas veces no habla con nosotras, sino con Victoria...—Si no dieseis oidos á estas y semejantes razones, ó las escuchaseis con indiferencia y menosprecio, no dirían delante de vosotras esas simplezas; y si por el contrario tomais gusto á semejante trato os viciareis el juicio y el corazon.—Pero Mamá, muchas veces nos ha dicho Vmd. que todos somos hermanos y....—Y es muy cierto; debemos amarlos, socorrerlos, servirlos en quanto nos sea posible. El nacimiento y la nobleza solo son ventajas imaginarias; pero la educacion forma entre los hombres una diferencia verdadera. Una persona juicio-

cosa é instruida no admitirá en su íntima confianza á otra que sea ignorante, grosera, imprudente y llena de necias preocupaciones, y esta es la causa porque nunca tendrá conversaciones familiares con criada alguna, á no ser para favorecerla en alguna cosa que la pida, pues en ese caso debemos procurar proteger á los que nos sirven con todo esfuerzo, quando nos piden parecer sobre algun asunto, ó nos fian sus intereses....—Pero si una criada fuera buena, buena, ¿no se la podría mirar como á una amiga, aunque fuese ignorante y no tuviese la mejor crianza?—Dime Carolina, ¿qué piensas que es mirar á una persona como amiga?—Mamá, es quererla de todo corazon.—La de Merival, que tu conoces, quiere á su hija (que solo tiene dos años) de todo corazon, y no por esto es su amiga.—Ahora si que lo entiendo; para llamar á una persona amiga es menester que haya algo mas que cariño.—Seguramente; es menester que haya confianza; por lo que una criada no puede ser amiga, y no se puede esperar de ella consejo alguno sano, ni tener

ner con ella conversacion instructiva y agradable, aun en asuntos indiferentes. Por lo que sería contra razon la demasiada confianza. Se la debe estimar quando es honrada y buena; pero no tenerla por amiga: finalmente semejante intimidad sería ridícula á mi edad, pero es peligrosa en la vuestra: bien podeis conocerlo, pues que solas dos conversaciones con Julieta y Victoria han sido causa de que os hayais llenado de temores disparatados, murmurando ademas de mis disposiciones, en vez de aprobar los justos motivos que me han hecho venir aquí. Y así evitad cuidadosamente en adelante todo género de familiaridad con criados y gentes que no han tenido crianza; pero al mismo tiempo sed con ellos muy moderados y benignos; tenedles lástima quando los veais obrar necia ó inconsideradamente, y deciros á vosotros mismos: si yo no hubiera tenido padres tan prudentes y cuidadosos tendría todos los defectos que estos pobres tienen, y quizá muchos mas...—Pero Mamá, he oido decir que mi Tía, que es tan buena y tiene tanto juicio, trata con Rosalia,

una

una de sus criadas, como si fuese su amiga.—Es muy cierto, pero tambien lo es que Rosalia no es una criada qualquiera; ha tenido muy buena crianza, y si sus Padres por su pobreza no pudieron darla Maestros, y conocimientos extensos, por lo menos la dieron excelentes exemplos, y buenos principios; despues, quando Rosalia de edad de diez y siete años entró á servir en casa de mi cuñada, la pidió libros, y como tenía talentos y buen modo de pensar, en breve se instruyó, con lo que obtuvo el cariño y confianza de su ama, que admiraba en ella su juicio, su lealtad, su devocion y su amor al trabajo y á la lectura.—Morel el lacayo de mi hermano tiene las mismas inclinaciones de Rosalia. El Señor Fremont dice que sabe leer y escribir muy bien; siempre tiene algun libro en la faldriquera, y sobre todo es tan buen christiano!—Y tambien veis que le distingo de los demas criados, y no he prohibido á César que trate con él; pero estos exemplos son tan raros que solo se pueden considerar como excepciones de la regla comun.

Cor-

Corregidas las niñas con estas advertencias procuraron en adelante no gastar conversacion con Victoria y Julieta, é insensiblemente fueron conociendo que aun en el rigor del invierno no dexan de hallarse diversiones en el campo; ellas y César se acostumbraron al frio, y este sobre todo tenía sumo gusto en correr por los jardines, en hacer bolas de nieve, y en andar con patines. Excitadas Carolina y Pulchêria con el exemplo de su hermano, probaron (no sin mucho temor al principio) si podrían resvalar como él; pero á pocos dias se acostumbraron, y eran tan valerosas como César; corrían con seguridad, y se llevaban una á otra en un cochecito que resvalando con rapidez por encima del hielo no las costaba trabajo el tirarle ni el gobernarle; las caidas muy frecuentes, pero nunca peligrosas, solo servían para aumentar la alegría, porque caían con facilidad, y se levantaban riendo á cárcaxadas.

Su Madre solía mezclarse en estas diversiones, pues aunque la faltaba su alegría natural, la igualdad de su genio hacía menos

notable la tristeza interior de que estaba dominada; jamás se la veía afligirse, llorar, ni dar muestras exteriores de sentimiento, porque quando conocía que este la iba venciendo, se retiraba á su quarto, de donde salía á poco rato con semblante tranquilo y sereno. Una vez que como otras muchas se había separado sin decir nada á la familia, viendo Carolina que tardaba la fué á buscar, y no hallándola en su quarto, la pareció que hablaba en un retrete inmediato, cuya puerta estaba entornada: entra poco á poco, y ve á su Madre que arrodillada y llorando decía: ¡Dios mio! concededme mas valor y resignacion! Al oír esto Carolina arrodillándose y levantando sus manecitas cruzadas al Cielo exclamó sollozando: ¡oh Dios mio, oíd las oraciones de Mamá!... A esta exclamacion vuelve la cabeza su Madre, se levanta extendiendo los brazos á su hija, que se arroja en ellos llorando, y sentándose ambas en un canapé, despues de un corto intervalo de silencio la dixo así su Madre: Es preciso explicarte lo que has visto. Hace algunos dias que habrás reparado que no

estoi tan abatida ni tan triste como quando llegamos aquí; pero la misma causa subsiste siempre; me veo ausente de tu Padre, y tengo los mismos motivos de inquietud, por lo qual he buscado en la Religion el consuelo que me era tan preciso, y mi pesar se ha mitigado: siempre que le pido esto á Dios conozco que cobro ánimo, y renace en mi pecho la esperanza; Dios habla en mi interior, me eleva, me fortifica, y lo espero todo de su divina proteccion. O Mamá mia (replicó Carolina abrazándola) permítame Vmd. que la acompañe siempre que quiera rogar á Dios por Papá, para que yo tambien le pida de todo mi corazón...—Si, hija mia, y te lo prometo; pero no olvides nunca, que sin esta piedad afectuosa y sincera es imposible que seamos felices.

Cada dia que se estaba en Champcery se hacía menos malo á sus habitantes; los niños no comprehendían como se podía echar de menos á París; hasta el Abate se acostumbro á este modo de vida; su quarto estaba abrigado, y toda la casa con buen temple; las puer-

tas y las ventanas compuestas: además el Cura del Lugar, tan tratable como virtuoso, jugaba medianamente al axedrez, y le hacía su partida, con lo qual poco á poco recobró su buen humor. Se convino tambien que para variar las diversiones de las noches, la Baronesa y la Marquesa de Clemira contarían de quando en quando alguna historia en la conversacion despues de cenar, esto es, desde las ocho y media hasta las nueve y media, promesa que causó mucha alegría á los niños, y habiendo instado á su Madre á que lo pusiese en práctica aquella noche misma, esta satisfizo sus deseos. Se sentaron todos al rededor de la chimenea; los niños se acomodaron junto á su Madre, la que fixando la vista y atencion de todos comenzó á contar la historia siguiente:

DELFINA,

Ó LA CURACION FELIZ.

Delfina, hija única y heredera rica, era de

ilustré nacimiento, bonita, y no carecía de talento y buen corazón. Su Madre Melita, que era viuda, la amaba tiernamente; pero á causa de su natural floxedad é inconstancia no era capaz de darla buena educación. No obstante á los nueve años ya tenía Delfina varios Maestros; pero con poco fruto, porque sólo tenía afición al baile: todo lo demás lo emprendía con suma repugnancia, y las mas veces abreviaba las lecciones quejándose de estar cansada ó de que la dolía la cabeza. »No quiero que se la violente (solía decir su Madre) su complexión es muy delicada, y se arruinaría si se la hiciese estudiar demasiado. Además (añadía) que es muy regular no la falte un buen casamiento; aun quando sus talentos no sean superiores, por lo que no quiero que se la moleste acerca de esto.»

A este punto de la narracion de Madama de Clemira, César se encogió de hombros, é interrumpiéndola dixo: seguramente esta Señora no tenía mucho juicio. ¿Acaso porque una persona sea rica está exenta de pro-

curar instruirse y ser amable?—Además, siguió Madama de Clemira, que aun el hombre menos escrupuloso, para casarse por solo el motivo de la riqueza, no podrá tener amor ni confianza en su muger si no vé en ella talentos y virtudes suficientes; y por consiguiente no puede ser feliz una casada si no tiene prendas amables. En una palabra quiero decir, que los bienes que resultan de una buena educación, de la igualdad y docilidad de genio, de la instruccion y de los talentos hacen amable nuestra Sociedad, y nos proporcionan un manantial inagotable de placeres y felicidades: en vez que las personas mal criadas, siempre molestas á todos, experimentan quantos disgustos producen necesariamente la ignorancia, la ociosidad, los errores del entendimiento y los vicios del corazón. Y esta fue la causa de que Delfina, acariciada, adulada y mimada, era no obstante la niña mas desgraciada de París. Cada dia se deterioraba visiblemente su natural bondad, y se echaba á perder su genio; se hizo caprichuda, vana é indócil; la menor repugnancia á sus

ideas la era insoportable, y no contentándose con no obedecer, quería mandar; daba sus órdenes en la casa, tratando á los criados con soberbia, era causa de que los riñesen á menudo, y otras veces tenía gusto en hablar con ellos; unas veces desdeñosa, otras familiar; equivocaba la arrogancia con el buen modo de pensar, y la baxeza con la indulgencia y bondad; fastidiada de adulaciones no podía pasarse de ellas; cansada de sus muñecas y juguetes, y al mismo tiempo envidiando los que otras tenían, porque carecía igualmente de equidad y moderacion...—¡Oh qué retrato tan feo! exclamó Pulchéria.—Pero es copia al natural de una niña mal criada (replicó su Madre) y muchas á veinte años se le parecen...—¿A veinte años?...—Sí, hija mia, porque quando la crianza desde su principio ha sido mala, crecen y envejecen con nosotros los vicios de la niñez; vereis algun día en el mundo muchas de estas personas añiadas, que á pesar del tiempo han conservado todos los vicios de la primera edad, por lo que son unas veces la irrisión, y otras la plaga de la Sociedad.

Pe-

Pero volviendo á Delfina, quanto peor había sido su educacion, tanto mas era digna de lástima: como no tenía imperio sobre sí misma unía en sí los defectos menos compatibles; por el mas mínimo motivo se encolerizaba sin causa alguna, y despues se arrepentía de su injusticia y flaqueza; lloraba, conocía sus yerros, pero no tenía valor para enmendarlos. Para mayor trabajo era de poca salud, porque siendo antojadiza, solo comía golosinas, y así continuamente estaba con dolor de estómago ó con indigestiones; bien es verdad que á esto contribuía Melita, mandando que la apretasen la cotilla todo lo posible; y Delfina aguantaba sin murmurar el suplicio de estar encotillada, tanto que apenas podía respirar; y esto por solo la ridícula vanidad de ser citada como la Señorita de talle mas delgado y mas bien hecho. Delfina que toleraba semejante tortura sin quejarse, era no obstante sumamente delicada: raras veces se paseaba á pié, y jamás por tiempo de invierno: igualmente la incomodaban el aire, el sol, el frio y el polvo; y para deciros de

TOM. I.

B 3

una

una vez hasta donde llegaban sus ridiculeces, quando iba en coche temblaba no se rompiese ; y solo con ver una araña ó un raton la daba una congoja.

En vez de irse mejorando su salud conforme iba creciendo, cada dia estaba mas achacosa , y tanto que entrando en cuidado su Madre hizo llamar á un Médico, el qual dixo que no era cosa de cuidado ; pero que era preciso darla quantas diversiones y gustos apetebiese. Con esto no había juguetes ni regalos que no la hiciesen , al punto que deseaba qualquier cosa la lograba ; su Madre la llevaba á los teatros y á los bailes ; pero nada era suficiente á desarraigat el tédio y tristeza de que estaba poseida ; y como todo quanto se la antojaba otro tanto conseguía , al cabo del dia solía tener diez ó doce antojos á qual mas extravagantes. Sirva este de exemplo : un dia de gala que fue á Versailles quiso que Leonardo el peluquero de la Reyna fuese á peinar á su muñeca ; y cómo la hiciesen ver lo ridiculo de su pretension se enfureció , hizo pedazos la muñeca , lloró de rabia , y la dió un

un accidente mui fuerte. Cada dia se aumentaba en ella el mal humor , la cólera y los caprichos , tanto que , con justa causa era generalmente aborrecida : todo la entristecia y desesperaba , y experimentó que nuestros defectos nos son aun mas dañosos á nosotros que molestos á los que los tienen que sufrir ; en conclusion la desgraciada Delfina , insoponible á todo el género humano , se iba extenuando en términos de peligrar su vida. A esta sazón tenía diez años ; varios Médicos que se consultaron declararon que su enfermedad era mortal.

Desesperada Melita con tan triste nueva recurrió á un famoso Médico Aleman , llamado el Doctor Steinhausse ; este visitó á la niña , la observó mui despacio , y hecho cargo de su enfermedad dixo que seguramente la curaria , con tal que se la entregasen á su arbitrio. No dudó Melita , viendo el deplorable estado en que estaba , de conceder esto al Médico ; pero Señora (añadió el Doctor) si Vmd. me la entrega ha de ser con condicion de que he de hacer con ella lo que me parez-

ca, pues sí no es con entera y cabal independencia no me encargo de su cura; es preciso que Vmd. consienta que me la lleve á mi casa de campo...—¿Cómo es eso? ¿á mi hija?...—Sí Señora, porque comienza á sentirse del pecho, y el primer remedio que la aplicaré será hacerla pasar ocho meses en un establo de bueyes (a)...—¿Pero no pudiera hacerse ese establo en mi casa?—No Señora; y solo me encargaré de su curación con tal que sea en mi casa, y baxo la dirección de mi muger.—Pero á lo menos permitirá Vmd. que su Aya y una criada vayan con ella...—Ni eso tampoco; y además si Vmd. me la entrega por ocho meses es preciso que se determine á no verla en todo este tiempo, porque yo quiero ser dueño absoluto de la niña, y gobernarla por mí solo y sin contradicciones. Esta proposición desagradó mucho á Melita, y añadió que era imposible tuviese valor para estar separada de su hija tanto tiempo; mo-

(a) Este remedio es muy conocido, y se ha usado de él varias veces con feliz éxito.

tejó al Doctor de ridículo y cruel; pero este, sin darse por sentido de sus quejas, y firme en su resolución, se fue. Sosegada despues Melita se hizo cargo de que todos los Médicos unánimes la habían desahuciado, y solo el Doctor Aleman respondía de su vida. Hizo llamarle otra vez á toda priesa, y aunque no sin muchas lágrimas, se determinó á entregarle su hija con las condiciones que exígía. Me es imposible pintaros la rabia y sentimiento de Delfina quando supo que tenía que ir en un coche mano á mano con Madama Steinhause, muger del Doctor, la que fue por ella para llevarla á su casa de campo. No quisieron al pronto decirla que tenía que estar ocho meses fuera de París, ni menos hacer mencion del establo en que había de vivir; pero á pesar de esta reserva fue su enojo y desesperacion tan grande, que por fuerza la tuvieron que meter en el coche de Madama Steinhause, la que tomándola en brazos, y sentándola sobre sus rodillas, mandó al cochero que marchase al punto.

¡Pobre Delfina (interrumpió Pulchéria en-

ternecida) cuánta lástima la tengo! se separa de su Madre por ocho meses...—Su sentimiento era natural, pero todo exceso es reprehensible; debemos buscar en la razon y la Religion los auxilios para preservarnos de caer en la desesperacion. Y lo que hacía mas culpable á Delfina era su enojo y desdén para con Madama Steinhausse, pues añadiendo la insolencia al desprecio, á nada de lo que la preguntaba respondía.

A las seis de la tarde llegaron á la casa del Doctor Steinhausse, situada en el valle de Montmorenci, á cinco leguas de París. Figuraos, hijos míos, la indignacion de la imperiosa y vana Delfina quando la llevaron á la habitacion que la estaba destinada...—¿A dónde me llevan Vmds.? (exclamó) ¡Qué porquería!...quita allá!...¿A mí en un establo? ¡Qué olor tan malo! Vamos de aquí...—Señorita (replicó con blandura Madama Steinhausse) este olor es mui sano, y á Vmd. sobre todo la conviene muchísimo...—¡Jesus qué disparate! Vámonos vuelvo á decir... y llévenme al quarto en donde he de dormir...—Ya está Vmd. en

en él...—¿Y aquí he de dormir yo?—¿Por qué no? aquella es su cama de Vmd., y esta la mia...—¿Quién yo? ¿Yo dormir aquí en un establo, y en una cama semejante?...—¿Y qué tiene de malo la cama? ¿no es un buen catre de cinchas?—¿Vmd. se burla sin duda?...—No Señora, la hablo á Vmd. mui de veras: este olor que por desgracia tanto la disgusta, es mui sano y á propósito para la situacion en que se halla, y hará que recobre la salud; esta es la causa porque mi Marido ha determinado que pase Vmd. en este sitio la mayor parte del tiempo que ha de estar aquí.

Bien hubiera podido la Muger del Médico seguir hablando, porque Delfina no estaba en estado de interrumpirla. Sofocada de cólera la infeliz criatura cayó sobre su cama sin poder proferir ni una palabra. En lo amaratado de su cara é hinchazon de garganta conoció Madama Steinhausse que se ahogaba, por lo que la quitó el collar y afloxó la correa. Cobró Delfina la respiracion, y comenzó á dar tales chillidos que hubieran podido asus-

asustar á qualquiera persona de menos serenidad que Madama Steinhausse, la que lo miraba todo y callaba; pero al cabo de un quarto de hora, viendo que Delfina no se aplacaba, la dixo: yo, Señorita, me he encargado de curar una niña enferma, pero no una loca, y así, buenas noches; volveré quando este rebato se haya pasado del todo...—¿Y me dexa Vmd. sola?...—No por cierto, una de mis criadas se quedará con Vmd...—¿Cómo una criada?...—Sí, una excelente muchacha, mui pacífica, de mui buen genio... Cató... Cató. (a) A la voz de su ama Cató viene corriendo; Madama Steinhausse sale del establo, y étele á Delfina mano á mano con Cató, robusta y fornida Alemana, pero que no entendía ni una palabra del Francés.

Luego que Delfina la vió entrar se arrojó á la puerta para escaparse, pero Cató se lo impidió cerrando con llave y guardándose en la faldriquera. Irritada Delfina la dixo que quería la llave; no podía Cató responderla,

(a) Diminutivo de Catalina.

la, porque no la entendía, antes bien se echó á reir de la cólera de Delfina, y después de haber contemplado un instante aquella figurilla tan extravagante y risible se sentó con mucho sosiego, y sacando su calceta se puso á trabajar. Esta serenidad aumentó la cólera de Delfina; la cara como una asqua, y echando chispas por los ojos, se acercó á la criada y la dixo mil improperios; sorprendida Cató levanta la cabeza, la mira, encoge los hombros, y prosigue su labor. Ciega de cólera la orgullosa Delfina con este desprecio, furiosa y fuera de sí, no encuentra términos suficientes á su rabia. Estaba al lado de la criada, que sentada y atendiendo á su labor no la podía ver. Delfina del todo arrebatada se hace un paso atrás, levanta el brazo, y sacude un bofetón bien dado en el grueso y fresco carrillo de Cató.

Este insulto imprevisto alborotó algo á mi Alemana, pero, quitándose al instante una liga, agarró á Delfina, y la ató con seguridad las manos á la espalda; por mas que esta gritaba y forcejeaba no la valió, y tuvo que

estarse con las manos atadas atrás sin poder usar de ellas. Entonces comprehendió que es necesidad rebelarse contra la fuerza: rabian-do en su interior dexó de dar gritos, y sen-rándose en una silla se puso á esperar con impaciencia que Madama Steinhause volvie-se, segura de que echaría de casa á la flemá-tica y silenciosa Cató.

A este punto de su historia llegaba Ma-dama de Clemira quando la Baronesa avisó que eran las nueve y media. Mucho sintie-ron los niños irse á dormir sin haberse aca-bado la historia de Delfina, la qual el dia si-guiente fue el asunto de sus conversaciones, y por la noche despues de cenar prosiguió su Madre en estos términos:

Dexamos á Delfina atadas las manos, so-la con Cató, y esperando á Madama Stein-hause, que por fin llegó, trayendo de la ma-no á Enriqueta su hija, la mas amable cria-tura del mundo, de edad de doce años: lue-go que Delfina la vió entrar se fue á ella, y enseñándola sus manos atadas se quejó amar-gamente de lo que llamaba insolencia de Ca-tó,

tó; pero nada dixo del bofetón. Volviéndose Madama Steinhause á su criada la preguntó, y esta (dexando admirada á Delfina, que la creía muda) respondió en Aleman, discul-pándose en dos palabras; entonces Madama Steinhause reprehendió á Delfina su exceso. Ya vé Vmd. Señorita, la dixo, á lo que nos exponen la altivez y violencia: ha abusado Vmd. indignamente de la superioridad que su esfera la dá sobre esta muchacha, y ella se ha visto precisada á faltar al respeto que la debia. Si Vmd. quiere que sus inferiores nun-ca la falten al respeto que la deben, trátelos siempre con dulzura y humanidad. Diciendo esto Madama Steinhause desataba las manos de Delfina, que la estaba oyendo sorpren-dida de oír un lenguaje tan nuevo. Y mas avergonzada que corregida con esta sabia lec-cion, no obstante conoció lo justa que era; pero llena de impresiones de adulacion y li-sonja, no estaba aun en estado de gustar y amar la razon y la verdad. Madama Steinhause presentó su hija á Delfina, la que la hizo un cumplido muy frio; de allí á poco ce-

naron, y á las diez de la noche Cató desnudó á la triste Delfina, y la ayudó á acostarse en su catre; como Delfina estaba mui cansada se convenció de que era posible dormir perfectamente en mala cama y en un establo.

A la mañana siguiente luego que Delfina despertó fue el Doctor á verla, y la mandó que fuese á pasearse hora y media antes de almorzar. Este precepto la desagradó mucho; se hizo la remolona; pero al fin tuvo que obedecer. La conduxeron á una hermosa y espaciosa huerta, y no obstante que el tiempo era el mejor del año (siendo por fines de Abril) Delfina se quejó del frio, del aire, y aseguró que tenía un pié malo; todo el tiempo que duró el paseo estuvo llorando, pero al fin se paseó. Volvió en la otra vez á su establo muerta de hambre, y almorzó con apetito, cosa que en mas de un año no había logrado. Despues del almuerzo abrió la caja en que tenía sus joyas, persuadida de que haciendo ostentacion de sus riquezas delante de Madama Steinhausse y de Enriqueta la tendrían mucho mas respeto y estimacion.

Con

Con este pensamiento saca llena de vanidad un hermoso collar de perlas finas, y se le ata al cuello; se pone unos pendientes de esmeraldas, y acomoda en el peinado una estrella y una mariposa de diamantes. Despues de esto se fue á sentar mui seria enfrente de Enriqueta, que estaba bordando junto á su Madre. Al movimiento que hizo Delfina acercándose á ella levantó Enriqueta la vista, la miró con indiferencia, y al punto mismo continuó bordando; admirada Delfina del poco efecto que producía su adorno, y empeñada en fixar la atencion de Enriqueta, la ofreció una pastilla, presentándole una caja magnífica de cristal de roca, con cerco guarnecido de brillantes. Tomó Enriqueta una, pero sin hacer caso de la caja. Entonces la preguntó Delfina qué la parecía su caja. Me parece, dixo Enriqueta, que debe ser mui pesada; una de paja sería mucho mas cómoda....—¿De paja?...—Seguramente; como la mia por exemplo: vea Vmd. que pulida es....—Pero sabe Vmd. el precio de la mia...—¿Qué importa el precio quando se tra-

TOM. I.

C

ta

ta de la comodidad?...—¿Y la hermosura del trabajo?...—Es cierto que la de Vmd. es mas hermosa: adornaría mucho mas una joyería; pero para la faldriquera la mia es mucho mejor...—¿Con que Vmd. no hace caso de lo hermoso en las cosas?...—Quando esto las hace engorrosas é incómodas no.—¿No gusta Vmd. de diamantes?...—Me parece que quando somos jóvenes nos está mucho mejor una guirnalda de flores que una piocha de brillantes. Y quando la juventud se ha pasado (añadió su Madre) ningun adorno puede disimular esta falta. Al oír esto Delfina se quedó mui pensativa; experimentaba cierta tristeza que jamás había tenido; no obstante no atreviéndose á manifestar su despecho; porque el respeto que la causaba Madama Steinhausse era bastante para obligarla á reprimirse, tomó el partido de callar. Al cabo de algunos minutos Madama Steinhausse dirigiéndose á Delfina la dixo: ya que á Vmd. la gustan tanto las caxas, la he de enseñar algunas mui bonitas. Ah! sí, dixo Enriqueta, Mamá las tiene primorosas, y entre otras tiene algunas dan-

dandrites...—¿Qué son dandrites? (interrumpió Delfina.)—Se dá este nombre (replicó Enriqueta) á ciertas piedras que por casualidad y juego de la naturaleza tienen impresa la effigie de algun animal ó planta. (1) Calló Enriqueta despues de esta corta explicacion, y Delfina se volvió á quedar triste y pensativa. Entónces fue la primera vez que hizo reflexiones en su vida. Enriqueta (decía entre sí misma) no es mas que la hija de un Médico: ella no tiene diamantes ni joyas; no la veo jugar con muñecas; siempre está ocupada y trabajando sin cesar: ¿pues en qué consiste que está tan alegre y contenta?... ¿Por qué parece feliz, y yo desde que vivo estoi melancólica y triste?... Estas reflexiones que Delfina hacía eran causa de que suspirase á cada instante; pero aunque estaba mui triste, no tanto como en París. La conversacion de Madama Steinhausse y de Enriqueta la interesaba, y excitaba su curiosidad. No podía menos de venerar la primera, y sentía ya en su interior una inclinacion conocida á su hija. (2)

Por la tarde se la antojó pedir sus muñecas y juguetes. Madama Steinhausse la dixo que se habían quedado olvidados en París; pero que dentro de tres ó quatro días se los traerían. No obstante el respeto que tenía á Madama Steinhausse iba Delfina á manifestar su disgusto, quando Enriqueta la propuso, que si gustaba iría á buscar con que divertirla aquella tarde: en efecto salió del establo, y de allí á poco volvió con Cató, que traía dos libros: el uno contenía la coleccion de estampas de todos los trages Turcos, y el otro la de los trages Rusos. (a) Enriqueta enseñaba las estampas con tanta gracia, y las explicaba tan bien, que en efecto Delfina estuvo mui divertida. Antes de acostarse abrazó á Madama Steinhausse y á su hija, diciendo á esta: espero que mañana me enseñará Vmd. otras cosas.

Aquella noche se acostó sin mal humor, y durmió perfectamente; al despertar llamó á Enriqueta; esta vino corriendo, y viendo que

(a) Por Mr. le Prince.

que Delfina la esperaba con los brazos abiertos, saltó con ligereza sobre su cama y se abrazó á ella. Se vistió Delfina corriendo, y no se hizo de rogar para ir á paseo. Agarró á Enriqueta de la mano y salió alegremente del establo. Llegadas que fuéron á la huerta, viendo correr á Enriqueta, y admirada de su gracia y ligereza la entraron ganas de imitarla. De allí á poco atisvó Enriqueta una hermosa mariposa de color de rosa y negra, y propuso á su compañera que probasen á cogerla. Al punto comienzan la batida: las dos niñas se separan: Enriqueta como la mas ágil toma la delantera, y se encarga de cortar el paso á la mariposa en caso que Delfina la dexé escapar. En efecto, acercándose esta demasiado apriesa del arbusto en que se había parado, se escapó la mariposa. La persiguen vivamente; y al fin despues de mil vueltas y revueltas se para en un rosal. Esta vez ya se arrima Delfina con mas cuidado: los brazos extendidos, la cabeza inclinada, adelanta poco á poco un pié y despues otro.... Ya por fin toca casi al rosal: palpitándola el corazon

y deteniendo el aliento por no menear las hojas, extiende temblando su mano, y cree que va á pillarla; pero ¡qué desgracia! La mariposa se escapa de entre los dedos de Delfina, dexando en ellos los despojos de su huida.

Suspira Delfina al ver en su mano parte del polvillo que daba el colorido á las alitas de la mariposa. Cansada, pero no desanimada, quiere seguir persiguiéndola. Huyendo la mariposa de una parte á otra, insensiblemente las hace ir hasta una zanja que separaba el jardín de un campo; pasa la mariposa á él: Enriqueta salva al instante la zanja; Delfina, que no sabe saltar, no puede imitarla, y en tanto que se aflige, Enriqueta alcanza la mariposa; Delfina la oye gritar *Victoria*, y la vé venir con la mariposa entre los dedos, que en vano se agita y forcejea para escaparse...

¡Oh qué caza tan bonita! (exclamó Pulchêria) ¡qué ganas tengo de que venga la primavera para hacer lo mismo!...—Segun eso, dixo la Baronesa, ya quisieras que hubiera pasado el invierno...—Ah! si Señora; veríamos mariposas de color de rosa...—Pero entonces

no podreis escurriros sobre el hielo, andar con los cochecitos, ni hacer casas de nieve &c...—Verdad es; y me será mui sensible carecer de estas diversiones...—No las echaréis menos despues que las hayais disfrutado toda la estacion que las ofrece. Las cosas están arregladas como debe ser; si todo el año se viese el campo verde, lleno de flores y de mariposas de color de rosa, estos objetos nos serían indiferentes por su continuacion. Acordaos, hijos míos, que para ser dichosos es necesario estimar mas los bienes que se poseen que los que se esperan. Reprimid, pues, vuestra impaciencia, y poned límites á vuestros deseos, porque si careceis de moderacion, nunca disfrutareis con gusto de nada. El impaciente deseo de ver llegar la primavera os haría parecer el invierno áspero y riguroso: pensando en las producciones del otoño hallareis insípidas las del verano, y así ninguna estacion os será agradable. Con esta disparatada disposicion del ánimo, no se pueden apreciar ni las diversiones sobre el hielo en el invierno, ni las cacerías de mariposas en el ve-

rano...—Ya he comprendido, Abuelita mía, lo que Vmd. dice, y prometo en adelante esperar las primaveras sin impaciencia.

Mamá (dixo César) algunas veces he visto mariposas en el jardín que mi Tío tiene en Neulli, y no podía cogerlas, porque nunca vuelan en derechura...—En efecto, replicó Madama de Clemira, tienen un modo de volar extraordinario; siempre van de arriba á baxo, y de derecha á izquierda, por causa de que sus alas no baten el aire sino una despues de otra, y puede ser que sea con fuerza alternativamente desigual. Este modo de volar las es mui ventajoso en quanto las liberta de los páxaros que las persiguen, porque volando estos en línea recta es consiguiente que el vuelo de las mariposas esté casi siempre fuera de esta línea. ¿En dónde (dixo Carolina) se hallan las mariposas mas bonitas? No es en Europa; (replicó Madama de Clemira) las mariposas de la China, pero sobre todo las de América, y en esta las del rio de las Amazonas son las mas notables por su tamaño, vivo resplandor de sus colores, y pulidez de

sus formas. (2) Los Chinos envían al Palacio del Emperador las mas hermosas mariposas que se encuentran, que sirven para el adorno del Palacio. Usan para cogerlas de una pequeña red de seda. (a) Dicen que hai Chinas bastante prolixas para estudiar la vida de esta clase de insectos: (3) cogen las orugas quando han llegado al término de hilar: encierran muchas juntas en una caja, en que ponen atravesados palitos pequeños, y quando las oyen sacudir las alas, las sueltan en un espacioso *escaparate* de cristales lleno de flores. Al oír esto los tres niños pidieron á una voz permiso para imitar á las damas Chinas estudiando la vida de las mariposas, haciendo redécitas de seda, y fabricando *escaparates* pequeños &c. Su Madre se obligó á proporcionarles este gusto (esto es) á subministrarles los materiales necesarios, pero con condicion de que ellos solos los habían de emplear, y que solo se les ayudaría con ad-

(a) Esta red dice Mr. de Bomare tiene ocho pulgadas de ancho; está trabajada sobre un hilo de alhambre, y tiene por mango una varita ligera.

vertencias y consejos; convenio que aceptaron los niños con sumo gusto.

Y rogando con instancia á su Madre que prosiguiese la historia de Delfina, lo hizo de este modo: Dexamos á Enriqueta y Delfina en el jardin. A cerca de las nueve, Madama Steinhause dió licencia á las dos amigas para ir á almorzar al quarto de Enriqueta. En este solo vió Delfina objetos que la eran absolutamente nuevos, como flores secas tapadas con vasos, conchas y mariposas, que formaban los dibujos mas preciosos; Enriqueta satisfacía á sus preguntas con su acostumbrada complacencia: la enseñó todo mui por menor, y la dixo que las conchas se dividían en tres clases, (4) y que estas tres clases formaban en todo veinte y siete especies, en las que estaban comprehendidas todas las diferentes conchas conocidas. Escuchaba Delfina á Enriqueta con tanta curiosidad como admiracion, y la decia: ¡ cuántas cosas sabe Vmd. ! Yo, replicó Enriqueta, no sé aun nada, solo tengo algunas nociones confusas y superficiales, pero tengo vivos deseos de instruirme, y mu-
cha

cha pasion á la lectura...—Pasion á los libros! esto sí que es cosa rara...—¿Cómo cosa rara? Yo creo que este es un gusto mui general...—Pues yo no estaba en eso.—¿Quiere Vmd. que la preste libros?...—Con mucho gusto entretanto que me traen mi muñeca...—Pues bien, voi á darla á Vmd. *las Conversaciones de Emilia y el Amigo de los niños*, (a) obra traducida del Aleman...—¿No es su idioma de Vmd.?...—Sí Señora...—Yo no me puedo persuadir á que Vmd. sea Alemana, porque habla tan bien el Francés! Solo tiene Vmd. un año mas que yo, y á esta edad no sé como puede saber tanto...—Aseguro á Vmd. que me hallo mui ignorante; pero leo mucho á mis solas y con mi Madre, nunca estoi ociosa, y hace dos años que no juego con las muñecas. Al acabar de decir esto Enriqueta tomó en su librería *el Amigo de los niños*, y se le dió á Delfina, que le recibió con bastante indiferencia: de allí á poco la conduxo Madama Steinhause

(a) Obra útil y agradable, cuyo autor es Mr. Berquin.

al establo, en donde dexándola con Cató la dixo volvería dentro de dos ó tres horas.

Mirando la Marquesa á su reloj y viendo que eran las diez se levantó; y aunque los niños embelesados con la historia de Delfina hubieran deseado prolongar la velada, no hubo remedio, y se fueron á acostar. Al dia siguiente Carolina y Pulchéria pidieron á Victoria las enseñase á hacer punto de malla, con la mira de estar en estado de hacer la red que en el mes de Abril serviría para coger todas las mariposas de Champcery. César por su parte se informaba mui por menor del modo con que se podría construir con solidez y á poca costa un escaparate pequeño todo de vidrios. Morel, su lacayo, le dió sobre este punto las noticias que deseaba. Mr. Fremont le regaló el *Espectáculo de la Naturaleza*, siendo la lectura de esta obra el recreo de la tarde. Estas diversiones en nada amortiguaron el deseo que se tenía de saber el fin de la historia de Delfina, y llegada la hora de la tercera velada, continuó la Marquesa de este modo:

Sola en su establo con Cató, y no teniendo juguetes, quiso Delfina buscar en el *Amigo de los niños* un recurso contra la tristeza; abrió este libro casi maquinalmente, y se puso á leer: á poco que hubo leído la interesante y fixó su atencion. Comprehendió admirada, cómo la lectura puede suplir por otras muchas diversiones. Estando embebida en estas reflexiones oyó llamar á la puerta del establo. Cató fue á abrir, y Delfina vió entrar una anciana labradora, guiada por una muchacha de quince á diez y seis años, que preguntó á Delfina si era la hija del Doctor Steinhausse. No (respondió Delfina) pero no tardará en venir; al oír esto la anciana suplicó que se la permitiese esperar á Enriqueta, porque (añadió) me es preciso hablarla: en este instante reparó Delfina que la aldeana era ciega, y la preguntó si venía con intento de consultar al Doctor Steinhausse. Sí Señora (respondió) pero no hubiera yo venido por mí misma; la Señorita Enriqueta me ha enviado á buscar...—¿Cómo es eso?... A esta pregunta satisfizo la buena vieja, refiriendo que vivía en

Franconville, que hacía tres años que había cegado, lo que la era muy sensible, no tanto por sí misma, como á causa de que á su Nieta Aguedita (la misma que la guiaba) la amaba en extremo un rico labrador del lugar de Enriqueta, pero que Agueda no se quería casar con él porque decía, que una vez casada y encargada del por menor de un menage no podría cuidar á su Abuelita ciega, hacerla compañía, servirla y guiarla á todas partes, y que no quería fiar este cuidado á una criada. A esto añadió Agueda que era muy natural el pensar de este modo, porque habiendo quedado sin Padre ni Madre desde muy niña, su Abuela la había criado; y esta es la causa (añadió la Abuela) porque esta hija de mi alma no me quiere abandonar. La Señorita Enriqueta ha sabido esto, y me ha enviado á buscar á fin de que consulte á su Padre, que ha curado á no sé que tantos que no veían gota.

Al acabar estas palabras llegó Enriqueta; abrazó con el mayor afecto á la Abuela y á la Nieta; las hizo varias preguntas con mucho agrado; y escuchaba sus respuestas con ter-

nura; y despues tomando á la buena vieja por la mano, la dixo: venga Vmd. á ver á Papá, que acaba de llegar de París; diciendo esto Enriqueta la obligó á apoyarse sobre su brazo, y agarrando con la otra mano á la Nieta salió del estable.

Esta escena hizo mucha impresion en Delfina; jamás la había parecido Enriqueta tan amable y preciosa; se acordaba con sumo gozo de sus razones con las dos aldeanas, y sobre todo de la expresion que tenía entonces su semblante. Este recuerdo representándosela con los mas graciosos coloridos, aumentaba la inclinacion que la tenía; y la inspiraba un deseo de imitarla que nunca había sentido.

Al cabo de un quarto de hora volvió Enriqueta fuera de sí de alegría; ¡qué dichosa soi (dixo á Delfina) de haber tenido el pensamiento de que esta buena muger viese! Mi Padre asegura que la curará: de aquí á ocho dias la hará la operacion de las cataratas, y me ha prometido que hasta que esté perfectamente curada no saldrá de casa:

imagínese Vmd. qué grande es mi gozo, continuó Enriqueta; luego que esta muger vea, su Nieta podrá casarse con el labrador que la pretende, puesto que la Abuela no habrá menester quien la guíe; de este modo el amor que la tiene Agueda no la costará el sacrificio del casamiento mas ventajoso que puede hacer. ¡Ah querida Enriqueta mía (exclamó Delfina enternecida) veo en efecto qué dichosa es Vmd., y conozco que lo merece!

El Doctor y su Muger, que entraron á este tiempo, interrumpieron la conversacion. El Doctor preguntó á la enferma cómo se hallaba: mucho mejor, respondió esta; esto algo cansada de haber corrido, pero este cansancio no me entristece como me sucedía en París quando volvía de los bailes ó de la ópera. No lo extraño (dixo el Doctor sonriéndose) las fatigas de París causan calenturas; y las del campo abren las ganas de comer, hacen dormir bien, y son causa de los colores que ve Vmd. tiene Enriqueta. Despues de estas palabras el Doctor la tomó el pulso, y la mandó seguir el mismo régimen hasta nueva orden.

Aquel

Aquel mismo dia tuvo Delfina carta de su Madre; se la enseñó á Enriqueta, la que de allí á un instante salió, y volviendo con recado de escribir la dixo: aquí tiene Vmd. con que responder á la Señora su Madre... Al oír esto Delfina se puso colorada, y baxando los ojos dixo: ¡pero si no sé escribir! ¿Cómo, replicó Enriqueta, nada, nada?...—Formo algunas letras grandes, y nada mas. Pesadosa Enriqueta de ver á Delfina avergonzada, la dixo: no es extraño que habiendo estado tan mala hace ya dos años no haya Vmd. aprendido á escribir; pero ahora que está Vmd. buena, podía con facilidad recuperar lo perdido...—Mucho me alegrára yo, por exemplo, si alguno aquí me quisiese enseñar...—Mi letra no es muy mala, y si Vmd. gusta yo la enseñaré. Solo respondió á esto Delfina dándole un estrecho abrazo, y se convino que la primera leccion sería al dia siguiente.

Ya empezaba Delfina á avergonzarse de su mucha ignorancia. Amaba y admiraba á Enriqueta, y esta se servía de esta especie de ascendiente para inducirla á estar ocupada y

á instruirse; ofrecíala tan buen exemplo, y parecía estar siempre tan gustosa, que Delfina no podía resistir al deseo de imitarla; además hallaba en su trato y en el de su Madre un agrado que cada día la interesaba mas: unas veces Madama Steinhausse la hablaba de Botánica, de Mineralogia, (5) ó bien la refería algun paso de historia: otras veces la hablaba de la Alemania; de los establecimientos útiles y curiosidades que se hallan en Viena; de las magníficas colecciones de pinturas que se ven en Dresde y en Dusseldorf; de diversos y hermosos jardines, y entre ellos el de Neuwaldek ó de Ornback en la Austria; el de Swetsingue, á quatro leguas de Maneheim, que contiene una hermosa casa de baños, una magnífica ruina de un castillo de aguas, un templo de Apolo, una soberbia Mezquita, y un sin número de árboles mui particulares: la pintaba los bellos jardines de Reinsberg en Prusia, y el hermoso templo de la amistad, obra de un Rey-Heroe que se halla en los jardines de *Sans-souci*. Este apreciable monumento es de mármol, y encierra el Mausoleo

le de la Margrave de Barcith, Hermana del Rei: estriva sobre unas magníficas colunas, en las que se leen los nombres venerados de los mas célebres amigos de la antigüedad, como son Theseo y Pirithóo, Orestes y Pílates, Epaminondas y Pelópidas, Ciceron y Atico &c. heroes verdaderamente dignos de vivir para siempre en la memoria de los hombres, porque supieron ser á un tiempo magnánimos y sensibles, y que solo debieron su dicha, su gloria y su fama á la virtud y al poder de la amistad. Escuchaba Delfina estas narraciones con suma atencion: cada dia iba tomando mas afecto á Madama Steinhausse; empezaba á conocer el precio de sus consejos, y á veces la rogaba se los diese; deseaba con ansia complacerla, y era su mayor gusto quando conocía que aprobaba su conducta.

Entretanto Enriqueta, y por consiguiente Delfina veían con sumo gusto aproximarse el dia en que se debía hacer la operacion de las cataratas á la buena vieja; Simon el rico labrador, mas amante que nunca de Agueda, había suplicado á Madama Steinhausse y

á Enriqueta que protegiesen su amor. El haberle despedido Agueda era prueba tan clara del grande afecto que tenía á su Abuela ; que esto contribuía á hacerla mas preciosa y amable á sus ojos. Madama Steinhause había hablado con Agueda, y esta la había confesado que estimaba mucho al Señor Simon....

Pero no obstante (interrumpió Pulchêria) espero que no querrá casarse á menos que su Abuela no recobre la vista. ¿Lo esperas (preguntó su Madre) ó lo juzgas por tí misma?...—No por cierto, Mamá, porque entonces hubiera dicho: *estoi cierta*. Oyendo esto la Baronesa Delbi alargó una mano á Pulchêria, que levantándose fue á abrazarla corriendo, como tambien á su Madre; la que prosiguió su historia diciendo : Agueda prometió positivamente casarse con Simon si el Doctor curaba á su Abuela, y con tal que fuese á vivir con ellos. Simon aceptó estas condiciones con sumo gusto, y amante tierno de Agueda, dudoso entre la esperanza y el temor, aguardaba con tanta inquietud como impaciencia el dia

dia señalado para la operacion. Llegó en fin este dia tan deseado ; Delfina pidió y obtuvo permiso para asistir á la operacion. Despues de comer fue á buscar Enriqueta á la pobre ciega para llevarla al gabinete de su Padre. Penetrada de agradecimiento la pobre muger no sabía como dar las gracias á su jóven protectora, y apretándola afectuosamente la mano, la decia : que si Dios la volvía la vista tendría tanto gusto en verla á ella como á su Nieta. Luego que entraron en el quarto mandó el Doctor que todos callasen; la Abuela se sentó en una silla, y pidió que su Nieta y Enriqueta estuviesen á su lado. Simon el labrador, pálido y temblando estaba en pie arrimado á una mesa. Agueda tapándose la cara con su delantal para no ver la operacion, tenía cogida una mano de su Abuela, que regaba con sus lágrimas. Madama Steinhause y Delfina sentadas á poca distancia enfrente de ellas, contemplaban enternecidas esta interesante escena. Comienza el Doctor la operacion ; la buena muger la sufrió con valor.... De improviso dice el Doctor : ya está hecho;

cho; al punto exclama la anciana: ¡Dios mio! ya no soi ciega! Agueda, hija mia, que vuelvo á verte! ¿Y la Señorita Enriqueta dónde está? Agueda deshecha en llanto se arroja á en sus brazos. Enriqueta fuera de sí de alegría llega corriendo á abrazarla; y el labrador se arroja á los piés de Agueda diciendo: ya es mia... Enagenada Delfina al ver este tierno espectáculo se precipita en los brazos de Enriqueta, y solo con sus lágrimas puede expresar los dulces sentimientos de ternura que inundan su alma...

Seguramente (interrumpió César llorando) de esta vez será Delfina tan buena como Enriqueta. Tienes razon; replicó su Madre, acabó de conocer Delfina que la nobleza, los diamantes y las joyas no pueden hacernos dichosos, y que sola la bondad puede producirnos felicidad en esta vida. Testigo de la satisfaccion tan pura de que gozaba Enriqueta, y del tierno agradecimiento que la Abuela, Agueda y Simon la manifestaban; leyendo en los ojos del Doctor y su Muger quan felices se contemplaban por tener una hija tan digna

digna de su amor, envidiaba Delfina la suerte de Enriqueta, y al mismo tiempo sentía aumentarse y arraigarse en su interior la amistad que la tenía. Pasado el primer instante de alborozo y enternecimiento pidió el Doctor á la Abuela que señalase el dia del casamiento de su Nieta. Se dispuso que Simon casaría con Agueda de allí á tres semanas.

El Doctor y su Muger se encargaron del ajuar y galas de Agueda, y Enriqueta pidió permiso para regalarla una pieza de indiana que su Madre la había dado el dia antes. En todo lo restante del dia no oyó Delfina sino alabanzas de Enriqueta; la pobre anciana la llamaba su amable protectora, y siempre que daba gracias al Doctor añadía: pero principalmente debo mi dicha á la Señorita Enriqueta; ella es la que me ha hecho venir, quien ha hecho se me recibiese en esta casa; de este modo se informa de los que pasan trabajos, los descubre, los envía á buscar y los hace felices...—A todo esto Agueda besaba las manos de Enriqueta; Simon no podía hablar, pero levantaba los ojos al Cielo, y sus miradas

expresaban el mas vivo agradecimiento. Todos los criados llenaban de bendiciones á su Señorita , y referían otros muchos actos de beneficencia que había practicado. Madama Steinhausse y el Doctor se felicitaban mutuamente de la bondad y virtud de su hija. Recibía Enriqueta estas alabanzas con modestia y ternura, todas las refería á su Madre: si no fuera por Vmd. (la decía) por su tierno esmero y cuidado no disfrutaría yo de estos gustos. ¡Ah Mamá! acabe Vmd. de corregirme de los defectos que tengo , para que así sea mas digna de Vmd. , y pueda contribuir mejor á su felicidad.

Delfina se aprovechaba de todas estas razones , y por la noche quando se vió sola con Madama Steinhausse, dándola un abrazo y mirándola con ternura la dixo: ¡Ah Señora! ¿Cómo es posible que me haya Vmd. podido sufrir hasta ahora , siendo tan distinta de Enriqueta? ¡Y qué odiosa la debo de haber parecido!...—Mucho tenemos adelantado quando conocemos nuestras faltas ; además que de algun tiempo á esta parte es Vmd. mejor , y to-

dos notan en Vmd. esta mudanza casi repentina....—¡Pero qué lexos estoi de parecerme á la amable Enriqueta! Ayer mismo , ¿no he tenido dos ó tres impacencias que Vmd. ha notado mui bien , y que la han mortificado? ¿No he hablado con mal modo á Mariana , y he querido que riñese Vmd. á Cató? Pero á propósito de Cató ; ¿he pensado jamás en pedirle perdon de la bofetada que la dí quando vine? ¡Pobre Cató! ¿Cómo es posible que yo la maltratase siendo tan buena?...Haga Vmd. que venga para hacerla conocer lo pesarosa que estoi de haberla ofendido. Al punto llamó Madama Steinhausse á Cató , que vino luego. Suplicó Delfina á su ama que la sirviese de intérprete ; y acercándose á Cató con las manecitas cruzadas la pidió perdon con el modo mas natural y expresivo, concluyendo su arenga diciéndola con suma gracia : y en fin , querida Cató mia , si me perdonas , me has de dexar que te dé un beso en el carrillo mismo en que te dí con tanta vileza el bofetón. Enternecida Cató no se atrevía á acercarse por respeto ; pero Del-

finá arrojándose á ella la abrazó y besó con sumo gusto, porque conocía que solo de este modo podía satisfacerla de la afrenta. Cató se salió del establo limpiándose las lágrimas y diciendo en Aleman que Delfina era una Señorita verdaderamente amable. Luego que se fue, sacó Delfina de un armario un poco de muselina, diciendo que quería regalársela á Cató. ¿Y por qué (preguntó Madama Steinhausse) no se la ha dado Vmd. ahora?—Porque hubiera pensado que con esto la quería pagar el bofetón, y entonces esta fineza en vez de serla agradable la hubiera ofendido, porque me parece que no se satisface una ofensa con dinero. ¿No era muy regular que Cató no me perdonase si hubiera conocido que yo quería satisfacerla con esto? Tiene Vmd. mucha razón (dixo Madama Steinhausse) eso se llama pensar con finura; conserve Vmd. esos sentimientos, pues con ellos parecerá mayor su generosidad, y dará un realce grandísimo á todos sus procederes.

Al acabar de decir estas palabras Madama Steinhausse, traxeron á Delfina una carta

de

de su Madre Melita, en que la prevenía la enviase á decir que juguetes ó cosas eran las que quería que la remitiese. Despues de haber leído esta carta suspiró Delfina, y rogando á Madama Steinhausse la escribiese la respuesta, se la dictó del modo siguiente:

«Querida Mamá mia: doi á Vmd. mil
 »gracias por su bondad y favores; pero ya no
 »me gustan los juguetes; voi á decir á Vmd.
 »puesto que me lo manda, lo que al presente me daría mas gusto. Hai aquí una
 »anciana labradora muy buena y muy pobre;
 »es verdad que su Nieta está para casarse
 »con un rico labrador; pero como este será el que tendrá el dinero, puede ser que
 »no le dé á la Abuela tanto como su Nieta
 »quisiera, por lo menos me lo temo así, y
 »no obstante desearía que de nada careciese
 »la anciana. La quiero no solo porque es buena, sino tambien porque es Madre. Conozco que daré siempre con mas gusto á la recomendacion del nombre de Madre que á
 »otra qualquiera. Madama Steinhausse me ha
 »dicho que con una pension de cincuenta
 »escudos se aseguraría su fortuna; por tanto,

»que-

querida Mamá mía, suplico á Vmd. que me envíe, en vez de las chucherías que me ofrece, una pension de cincuenta escudos, que al instante entregaré á la Abuelita. Me alegrará mucho de darle además una pieza de cottonía á fin de que tenga un vestido nuevo para el dia de la boda de su Nieta. Buenas noches, Mamá mía: mi salud se restablece cada dia mas; debo mil favores á Madama Steinhausse, y estaría del todo contenta si no estuviese privada de la dicha de ver á mi querida Mamá; á lo menos tengo su retrato siempre conmigo, cada dia le beso, saludándole por mañana y noche, y en esta ocasion sobre todo se me oprime mas el corazon al pensar que estoi á cinco leguas de Vmd.; si no fuera por esto no deseára salir de aquí, porque este país es delicioso, y además dicen que este año habrá muchas guindas. Me hará Vmd. el favor de decir á mi Aya que la estoi criando un tordo, no obstante que ha escrito á Madama Steinhausse que está cierta que desde que estoi aquí habré pellizado mas de veinte veces á Enriqueta; esto ponía en su

»car-

»carta, y me ha sido mui sensible, porque si supiera Vmd. Mamá ¡qué sumamente mala sería preciso fuese qualquiera que pellizcase á Enriqueta!...Además que espero no pellizar á nadie mas en mi vida: á Dios, amable y querida Mamá. Su hija que la abraza de todo corazon:—Delfina.»

De allí á dos dias recibió Delfina la respuesta de su Madre en los términos mas cariñosos, y en vez de una pension de cincuenta escudos para la anciana labradora, una escritura de trescientas libras, (a) sin olvidar el

ves.

(a) Como en el discurso de esta obra se habla muchas veces de libras y otras monedas Francesas no he querido alterar sus nombres y valor nacional; y para la inteligencia del lector se pondrá aquí su correspondiente valor á las nuestras, copiado exáctamente del libro de Postas y Monedas publicado por el Ilmo.Sr. Conde de Campomanes.

	<i>Monedas de</i> Francia.	<i>Moneda de vn.</i> reales. mrs.
Oro.....	Luis de Oro. 90. 12. . . .	
	Medio Luis. 45. 6. . . .	
Plata....	Escudo grueso ó de seis libras. . . 22. . . . 20. . . .	
	Medio escudo. 11. . . . 10. . . .	
	Pieza de veinte y quatro sueldos. . 4. . . . 17. . . .	
	Libra. 3. . . . 26. . . .	
Cobre.	Sol ó sueldo. 6. ² / ₃	

vestido nuevo para el día de la boda. Llena de gozo Delfina llevó al instante este regalo á la Abuela, que con este aumento de fortuna se vió del todo feliz. Su agradecimiento y el de Agueda, las alabanzas de Madama Steinhausse, y las tiernas caricias de Enriqueta hicieron gozar á Delfina una satisfaccion de que hasta este punto solo había tenido una idea imperfecta, porque para conocer el valor de un placer tan puro es menester haberle experimentado. Aquella noche preguntó Delfina á Madama Steinhausse quanto le había costado á Melita la pension de trescientas libras. Mil escudos poco mas ó menos (respondió Madama Steinhausse) porque esta renta solo es vitalicia. ¿Cómo, replicó Delfina, se puede con mil escudos asegurar su manutencion á una persona que nada tiene?... ¡Mil escudos! Justamente ese es el precio de mi piocha de diamantes... Y bien, Señorita (dixó Madama Steinhausse) ¿está V^{md.} muy contenta con su piocha? No por cierto (respondió Delfina) muchísimo mas me gusta una rosa; y quando pienso que con mil es-

cu-

culos se puede sacar para siempre de miseria á un desdichado sin otro recurso, no comprendo como hai quien tenga la locura de comprar diamantes, y abomino aquella piocha tan cara, tan pesada y que me incomoda tanto quando me la pongo.

Dos dias despues de esta conversacion se hicieron las bodas de Agueda y Simon en casa del Doctor. Se pusieron las mesas en el jardin, debaxo de la sombra que formaban los nogales plantados sin orden sobre un hermoso tapete de céspedes esmaltados de serpoles y violetas: unos treinta labradores de las cercanías, que habían sido convidados, se sentaron á las mesas, y Madama Steinhausse cuidó de la de los novios. Acabada la comida se bailó en el jardin hasta la noche, y Delfina participando de la comun alegría decia á Madama Steinhausse: nunca me han divertido mucho los bailes de París; pero de aquí adelante me serán del todo fastidiosos.—Es cierto que las verdaderas diversiones solo se hallan en el campo, y quando una vez se ha disfrutado de ellas todas las que las Ciuda-

des

des pueden dar de sí parecen tan insípidas como molestas y llenas de alboroto.

Llegó el mes de Julio, y entonces le pareció á Delfina el campo mucho mas hermoso: daba largos paseos por los prados y huertas, y algunas veces se paseaba en las noches de luna con Madama Steinhause y Enriqueta. Además, como ya la era gustosa la ocupación, no estaba ni un instante ociosa, leía, escribía, hacía labor, aprendía de Enriqueta á dibujar flores y á secar plantas, de cuyos nombres y virtudes se informaba menudamente; invertía en buenas obras el dinero que Melita la enviaba todos los meses para su bolsillo. Adorada de todos los que la trataban, y contenta de sí misma, cada dia se figuraba que iba en aumento su felicidad: ya no se veía en su rostro aquella languidez y abatimiento que por tanto tiempo habían alterado su hermosura; sus ojos estaban llenos de viveza y expresion: había recobrado todas las gracias de la juventud, y sabiendo igualmente andar bien, correr y saltar, había adquirido en quatro meses mas gracia, donaire y agili-

lidad que la que los Maestros de baile la hubieran podido enseñar en quatro años.

A principios de Agosto la dixo el Doctor que podía salir de su establo, y al punto la conduxeron á un quartito mui gracioso, que de intento se había preparado para ella. Grande fue el gusto que recibió Delfina al verse en esta habitacion, cuyas vistas eran tan agradables como sus conveniencias á propósito para ella: las ventanas daban sobre un valle, cuya vista amena, y la limpieza de todo el quarto y de sus muebles la encantaba. Explíqueme Vmd. (decía á Madama Steinhause) ¿por qué este quartito me parece tan hermoso, y por qué me disgustaba tanto el que tenía en París, no obstante que era mucho mayor y mas adornado que este?—Primera-mente su habitacion de Vmd. en París daba sobre un miserable jardinillo rodeado de altas paredes; además, antes de venir aquí, solo había Vmd. disfrutado de los falsos gustos que ofrecen la vanidad, el luxo y el gran mundo; gustos que como solo existen en la aprehension, con facilidad nos cansan, y en efecto

la disgustaban; y no conociendo los verdaderos y sólidos se consumía de tristeza: tal era su situacion. Había Vmd. vivido con demasiada abundancia para poder apreciar las conveniencias y gustos que una decente medianía puede procurarnos; de nada disfrutaba con gusto, porque nada la quedaba que desear; las cosas mas gratas se nos hacen insípidas y enfadosas si no nos valemos de la razon para usar con moderacion de ellas; pondré un exemplo: es Vmd. muí amiga de flores, y la he visto buscar con particular distincion y gusto la violeta; ¿por qué, pues, esta inclinacion particular á esta flor, inclinacion que la es á Vmd. comun con todos los niños? La razon es que la violeta está oculta entre sus hojas; que es menos comun que el tomillo, y que es menester buscarla. Si estuviere esparcida en los campos con suma abundancia, y si las hallase Vmd. á cada paso, dexaría de tenerlas inclinacion, no haciendo de ellas mas caso que de un cesped. Las producciones del arte son sin duda alguna inferiores á las de la naturaleza; es, pues, mucho mas facil que aque-

llas nos fastidien; no obstante tienen su mérito, ofrecen varios placeres, pero estos solo los disfrutan los que usan de ellos con moderacion. Si Vmd. llena su casa y su quarto de porcelanas, á pocos dias se verá disgustada de ellas; si va Vmd. todos los dias á las comedias, en vez de alegrarse la serán enfadosas; si se detiene Vmd. mucho en la comida, si en ella solo prueba Vmd. manjares exquisitos, llegará tiempo en que coma sin ganas, y por consiguiente sin gusto. Del mismo modo sucede con todas las cosas de que abusamos, queriendo satisfacer completamente nuestros deseos los destruimos. Acuértese Vmd., pues, que el exceso de las cosas superfluas lejos de contribuir á nuestra dicha, la arruina enteramente; piense Vmd. que el luxo solo deslumbra á los necios, y no produce ningun gusto verdadero; nada hai mas incómodo que la magnificencia; los pendientes de diamantes desgarran las orejas; un vestido cargado de oro abruma el cuerpo y despelleja las manos; las joyas y los adornos preciosos imponen mil sujeciones, porque se tiene infinito romper

un par de vueltas de punto, ó hacer pedazos una caja primorosa. Si ayer hubiera Vmd. llevado un delantal guarnecido de encaxes no hubiera cogido tantas rosas silvestres entre los zarzales, en donde se dexó la mitad del vestido, y no hubiera Vmd. vuelto tan alegre y contenta de su paseo. La magnificencia en los muebles no es menos engorrosa; yo por mí quisiera cien veces mas habitar para siempre en el establo que Vmd. acaba de dexar, que en aquellas brillantes habitaciones, en donde se vé precisada la gente á manejarse con suma precaución por el temor de romper algun cristal ó echar á perder algun dorado exquisito, ó bien derribar una primorosa rincónera cubierta de ricas piezas de china y porcelana. ¡Qué lástima tengo á los que de este modo se hacen esclavos de sus riquezas! La vanidad que los ciega podría, bien dirigida, enseñarles los verdaderos medios de obtener la consideración á que aspiran. En vez de ostentar tanto fausto ¿por qué no practican obras de beneficencia? Es cierto, interrumpió Delfina, y se harían amar general-

men-

mente; pero además, ¿es posible que haya quien no encuentre sumo placer en hacer bien? ¿existirá acaso alguna alma tan cruel que sea insensible á la felicidad de los otros? Esa inhumana dureza, replicó Madama Steinhausse, no es natural; pero qualquiera que dé rienda suelta á sus ideas gastando todo su dinero en vanas superfluidades, se le apoca el espíritu, el corazon se le endurece, y al fin acaba corrompiéndose del todo. ¡Ah! exclamó Delfina, cualesquiera que sean mis conveniencias jamás me corromperán; procuraré ser moderada, me acordaré de la tristeza y tédio que he experimentado en medio de la mayor abundancia; tendré presente que me ha sido preciso pasar quatro meses en un establo para estar en estado de apreciar alguna de las cosas de que estaba fastidiada; y sobre todo, jamás olvidaré que existen pobres desdichados, y que el gozo que se recibe socorriéndolos es el mayor y mas puro que se puede tener en esta vida. Esta conversacion se concluyó con las mas tiernas expresiones de agradecimiento de Delfina á Madama Steinhausse, que en

efecto había adquirido derecho á ellas por haberla enseñado á raciocinar, á pensar y á sentir.

Aun estuvo Delfina dos meses en casa del Doctor, en los que acabó de perfeccionar su genio y fortificar su salud. En fin á principios del mes de Octubre tuvo el consuelo de ver á su Madre... Melita la recibió con el extremo de alegría que se dexa imaginar: apenas podía conocerla; había Delfina crecido mucho, aunque en poco tiempo; había tambien engordado, y tenía los mas bellos colores. Creyendo Melita apenas lo que estaba viendo, la miraba, la estrechaba entre sus brazos, quería hablarla, y solo con lágrimas podía dar á entender el extremo de su regocijo. Algun tiempo estuvo contemplando Madama Steinhausse esta scena tan tierna, pero al fin tomando la palabra dixo á Melita: Vmd.; Señora, me la ha entregado medio muerta, y se la vuelvo con toda la fuerza de la salud mas robusta, y lo que es mas, se la entrego á Vmd. buena, dócil, igual, compasiva, razonable y digna de hacer dichosa á su Madre. No obstante es tan jóven, y es-

tá tan poco perfeccionada, que á menos de ciertas precauciones es de temer que tenga alguna recaída, y si Vmd. quiere precaverla este es el régimen que debe seguir; no es riguroso, pero es necesario... Yo la prometo á Vmd., dixo Melita, que le siga puntualmente, démele Vmd. (continuó tomando un papel que le presentaba Madama Steinhausse) y abriéndole leyó en voz alta lo que sigue:

Receta del Doctor Steinhausse para la Señorita Delfina.

«Deberá pasar seis meses del año en el campo: irá mui pocas veces á los teatros quando esté en París: hará mucho exercicio á pié, aun en el invierno: sus almuerzos y meriendas solo serán de pan seco, excepto en el tiempo que haya fruta: usará de los vestidos mas sencillos, porque son los mas cómodos y ligeros.

«Para preservarla de la melancolía se la darán libros instructivos y curiosos: no se la permitirá estar ociosa ni un instante; y si experimentase por casualidad algun humor

»melancólico se la recordará la historia de la
 »Abuela de Agueda, y el bien que hizo á es-
 »ta pobre anciana. Siguiendo este método y
 »régimen conservará esta Señorita la salud, la
 »alegría y la dicha de que en la actualidad
 »disfruta.”

Melita aprobó en un todo este régimen; aseguró que lo seguiría exáctamente, y manifestó el mas vivo agradecimiento á Madama Steinhausse. Al año siguiente compró una casa en el valle de Monmorenci, inmediata á la del Doctor, á quien conservó Delfina toda su vida el cariño y respeto que la debía, y la amistad mas tierna para con Enriqueta. Se fue haciendo amabilísima en extremo, adquirió instruccion y talentos, y se vió admirada y querida de todos los que la conocían. Su Madre la buscó un Marido digno de ella, que haciéndola feliz lo fueron entrambos hasta la muerte.

Dexando de hablar Madama de Clemira, ¿y qué (exclamó Pulchêria) se ha acabado la historia?... ¡Qué lástima!...—Si Melita, dixo Carolina, hubiese sido tan juiciosa como Ma-
 da-

dama Steinhausse, nunca hubiera sido Delfina perezosa, caprichuda y mala; ¡ah, y cuánto vale una buena Madre!...

Al decir estas palabras besó Carolina la mano á su Madre. Mamá, dixo Pulchêria, no he querido interrumpir á Vmd. en un paso interesante de su historia; pero tengo de preguntarla una cosa: ¿á qué mal de ojos se llama cataratas?—A una enfermedad que quita la vista quando se forma en los dos ojos. (6) Al decir esto se levantó la Marquesa, y aunque era mas tarde que otras noches, á los niños les había parecido breve la velada; se fueron á acostar con algun género de repugnancia, y toda la noche soñaron con Delfina.

Al dia siguiente Morel dixo á César que había sacado la cuenta de lo que costaría todo lo que era preciso comprar para hacer el escaparate de vidrios destinado á las mariposas, y que este gasto subiría á siete ú ocho Luises. (a) Sería un gusto mui caro (dixo César) otros podremos buscar mas baratos: voi

(a) Vease la nota puesta en la pag. 61.

á ver á mis hermanas para quitarlas esta idea de la cabeza. En efecto fue al instante al quarto de las niñas : vengo, las dixo, á ofreceros una ocasion de hacer ver á Mamá que no nos ha contado en valde la historia de Delfina....—¿Pues cómo, hermanito?—Sí, podemos hacerla conocer que nos han aprovechado las razones de Madama Steinhausse : ¿os acordais que dixo que no era justo satisfacer todos nuestros deseos?—Sí, ya me acuerdo.—Pues bien ; nuestro escaparate para las mariposas costaría ocho Luises.—¿Ocho Luises?—Nada menos ; y con esta cantidad podríamos hacer alguna buena obra...—¿Se podría señalar una pension con ocho Luises?—No, porque sería casi nada su rédito ; pero estos ocho Luises podrían aliviar á alguna pobre familia.—Pues segun eso, hermanito, abandonemos la idea del escaparate ; no obstante, á saberlo, no hubiera trabajado tanto en aprender á hacer punto de malla....—¿Y qué importa? ¡Tendremos tantas diversiones!.... Haremos como Enriqueta ; secaremos flores y plantas ; aprenderemos la Botánica y la Agricultura.,—

Y

Y pediremos á Mamá dinero para hacer buenas obras...—Mamá no es tan rica como Melita, y solo ha venido aquí para no hacer gasto : no puede dar pensiones ; pero ya sabeis lo caritativa que es con los pobres...—Era menester que procurásemos hallar alguna buena vieja mui pobre ; ¡si la pudiésemos encontrar ciega qué gusto sería! haríamos venir de Autun un Cirujano para que la hiciese la operacion de las cataratas.—Seguramente ; pero es menester que hagamos de modo que nuestras diversiones no cuesten mucho, pues no es regular que Mamá nos dé al mismo tiempo dinero para nuestros gustos y para las cataratas.—Es verdad, que no se puede lograr todo.

Despues de esta consulta fueron los niños al quarto de su Madre, y la dieron parte de la resolucion que habían tomado. La Marquesa los abrazó, alabando la bondad de sus corazones. Conservad, les dixo, hijos mios, ese modo de pensar, pues con él asegurareis vuestra felicidad y la mia ; y para premiaros, desde luego prometo buscaros la ocasion

sion de gastar como deseais los ocho Luises que hubiera costado el escaparate. Ah, Mamá (replicó Pulchêria) añada Vmd. á esto una historia todas las noches, en vez de *en quando* *en quando* como había Vmd. ofrecido al principio.—Vengo en ello, con tal que no me deis motivos de queixa; porque el que en el dia no sea bueno, por la noche no asistirá á la velada.—¡Válgame Dios, Mamá mia, qué rigor tan grande!—Pero ni tu hermano ni tu hermana se quejan.—Mamá, porque temen menos que yo, que soi la mas jóven, y por consiguiente tengo menos juicio.—Por lo mismo no exíjo tanto de tí.—Verdad es, Mamá, conozco lo equitativa que es Vmd., pero no por eso dexo de temer que algunas noches tendré que irme á la cama sin velada.

Aquella mañana misma se fue César á pasear por el campo con Mr. Fremont, y habiendo llegado cerca de una choza, repararon que un muchacho daba golpes á otro mucho mayor y de mas edad que él. El mayor de estos niños se contentaba con evitar los golpes sin volverlos. Acercándose César á él le pregun-

tó si era su hermano aquel muchacho que le estaba maltratando.—No Señor, respondió él, es un vecino nuestro. Mui malo debe de ser, replicó César; ¿y por qué quando te pega no le dás tú tambien?—Señor, nó puedo, porque soi mas fuerte que él. (a) Al oír esto miró César á Mr. Fremont, y le dixo en voz baxa: vea Vmd. un niño mui generoso; es menester informarnos si su familia es pobre...—¿Quántos años tienes? preguntó Mr. Fremont al muchacho.—Ocho años.—¿Cómo te llamas?—Agustin, para servir á Vmd.—¿Tienes Padre y Madre?—Si Señor, á Dios gracias, y á mas á mas mi hermanito *Colás*, que solo tiene cinco años. Mire Vmd. ahí enfrente tiene Vmd. nuestra casa. ¡Ah Mr. Fremont! dixo César, deme Vmd. el gusto de que entremos en esta choza. Vino en ello Mr. Fremont, y Agustinico los conduxo á ella. El Abate habló con Magdalena su Madre, que le hizo un grande elogio de este niño, que nunca la había

(a) El autor de esta obra ha tenido la satisfaccion de oír esta respuesta á un niño de ocho años.

dado la menor pesadumbre, y que era tan dócil y aplicado que el Señor Cura le cuidaba particularmente, y se había tomado el trabajo de enseñarle á leer. En efecto Agustínico hablaba demasiado bien para ser hijo de un aldeano; tenía además de esto un aspecto tan agradable que se llevaba la atención de todos. Refirió Magdalena algunas acciones suyas muy bellas; alabó mucho el cariño que tenía á su hermanito Colás, aunque este solía ser muy inquieto y revoltoso.

Después de esta conversación César hizo prometer á Agustínico que le iría á ver á la Quinta; y saliendo de la choza continuaron su paseo. Luego que Mr. Fremont se vio solo con César: ¿ha comprendido Vmd. bien (le dixo) toda la fuerza de la respuesta de este muchacho quando le estaba hiriendo el otro: *yo no puedo darle porque soi mas fuerte que él?*—Sí Señor, respondió César: tenía lástima de la flaqueza de aquel muchachuelo. Justamente, replicó Mr. Fremont, y considerando esta debilidad disculpaba su cólera y arrogancia.—Agustín se parece á Turco, el per-

ro de presa de casa, que con tanta cachaza dexa que la perrita de Mamá le muerda.— Esta generosidad es virtud tan natural que se encuentra entre las Naciones menos civilizadas, y algunas veces en las clases mas ínfimas. Se lee en la Historia General de los Viajes que en el Malabar es mas seguro caminar baxo la escolta de un solo niño Nairo (a) que baxo la de los mas temibles guerreros de la misma Tribu; porque los salteadores del país solo acometen á los caminantes que van armados, y por el contrario tienen inviolable respeto á los indefensos y á los niños. Juzgue Vmd., pues, por estos exemplos quan vil é infame es el hombre que carece de una virtud tan natural que la poseen un muchacho sin crianza, los animales, y aun los vandidos. Con razon se reputa por un monstruo al que abusa de sus fuerzas oprimiendo á otro mas débil; porque en efecto se le debe mirar como á un asesino.—Asi-

(a) La Tribu de los Nairros es en el Malabar la de los nobles ó guerreros.

sino!—Seguramente; dígame Vmd. ¿si un hombre armado de una espada riñese con otro que solo tuviese un baston, no sería un asesino?—Sin duda, porque se ha de pelear con armas iguales.—Y si yo riñese con Vmd. á cachetes ¿sería igual la pelea?—No por cierto, porque un cachete de Vmd. valdría por veinte de los míos.—Vmd. no me podría herir, y á mí me sería facil matarle, por lo que riñendo con Vmd. de este modo sería un asesino, pues empleaba toda mi fuerza contra quien tenía mucha menos que yo.—Es evidente.—¿Y qué juicio haría Vmd. de una persona rica y de valimiento en la Corte, que teniendo por su clase cierto dominio sobre la gente de menor esfera emplease esta especie de superioridad para oprimirla?—Pienso que esta persona sería tan vil y tan cruel como la que riñese con alguno que estuviese indefenso.—Quando Vmd. sea hombre, ¿no cometerá una accion vil y cobarde si trata con dureza las personas que dependan de Vmd. su muger, sus hijos y sus criados?—Es mui cierto; conozco mui bien que siempre que

nos asiste la fuerza ó el poder faltamos á la generosidad y á la humanidad si no somos benignos, pacíficos é indulgentes.—Quando se manda, pues, es menester no mandar sino cosas justas; es preciso procurar hacer felices á los que nos están subordinados; sin esta mira la autoridad solo es tiranía, y nada hai mas despreciable y vil que un tirano.

Divertidos en esta conversacion llegaron á la Quinta Mr. Fremont y su discípulo á tiempo que se iba á poner la mesa. Encontraron un caballero de las cercanías, á quien no conocían, al que la Marquesa había convidado á comer. Este sugeto, llamado Mr. de la Paliniere, de edad de cinquenta y cinco años, era mui feo, y tenía además una berruga en la nariz, las cejas mui largas y pobladas, y una peluca negra y redonda, que le cubría la cara, á modo de un gorro de dormir, tapándole casi toda la frente; era además tartamudo, y se distraía mucho y á menudo. Fue tanto lo que chocó á Pulchéria su persona y trage, que no podía apartar de él la vista; no decía palabra alguna Mr. de la Palinie-

re que no la diese gana de reir; no obstante, el temor de enfadar á su Madre la obligaba á reprimirse, y todo el tiempo que duró la comida no dió nada que decir.

Acabada esta, Mr. Fremont que había sabido que Mr. de la Paliniere jugaba al axedrez, le propuso jugar un rato. Mr. Fremont, que creía ser un jugador de *segunda fuerza*, (a) dió á entender al convidado que lo era de la primera, y en consecuencia Mr. de la Paliniere pidió con mucha modestia una torre. La Baronesa y la Marquesa se sentaron á trabajar al otro cabo del salon, y Pulchéria se sentó al lado del Abate, para tener enfrente al de la peluca, y considerarle á toda su satisfaccion. Empieza el juego de axedrez, y los dos jugadores parecia que estaban con igual atencion, guardando uno y otro el mas profundo silencio, quando de improviso Mr. de la Paliniere con el sosiego del mundo derriba y baraja todas las piezas. Creyendo Mr. Fremont que

(a) Término propio del juego de axedrez, y así se dice: fulano es jugador de primera fuerza, y Zutano lo es de segunda ó tercera.

que era alguna distraccion se echó á reir, diciendo: ¿qué hace Vmd.? Es que nos hemos equivocado (respondió Mr. de la Paliniere) yo soi quien debe dar la torre, volvamos á empezar. Al oir esto Mr. Fremont se quedó suspenso, y Pulchéria soltó una carcajada de risa.

En efecto se comienza de nuevo la partida: Mr. Fremont se vé obligado á recibir la ventaja que al principio había dado á su contrario, el qual en diez jugadas le dá *mate*. (a) Confundido Mr. Fremont repitió varias veces que su antagonista era jugador de la primera fuerza; pero él sostenía que ni á la segunda llegaba.

Durante esta altercacion Pulchéria se reía maliciosamente, diciendo que segun eso no jugaba Mr. Fremont tan bien como pensaba, expresion que acompañó con algunas chanzas algo impertinentes. Su Madre ocupada en la labor no parecia que había hecho alto á nada de esto; pero luego que Mr. de la Paliniere

(a) Tambien es esta voz propia del axedrez, y significa quando el Rei está sin recurso para poderse poner á cubierto de los insultos del contrario.

niere se fue, Pulchêria se acercó á su Madre, y luego preguntó á la Baronesa si contaría aquella noche alguna historia bastante larga. ¿Qué te importa (respondió la Baronesa) si tú no la has de oír?—¿Y por qué, Abuelita?—Una niña mofadora é impertinente no merece que se la admita en nuestras veladas.—Pues, Abuelita mia, ¿qué he hecho yo?...—Escúchame Pulchêria (la dixo su Madre) si yo procurase contradecir ó zaherir á una persona que fuese igual á mí, ¿procedería bien? No por cierto, en este caso sería mal criada y desatenta; habría motivo para creer que yo no tenía buen corazon y carecía de talento. Si pretendiese perturbar y enfadar á un superior, á una persona destinada á inspirarme respeto y veneracion por su edad y experiencia, sería en este caso mucho mas culpable, y mi conducta muy reprehensible. Esto supuesto, dime ahora: ¿debes tener respeto al amigo de tus Padres, y al hombre que se dedica enteramente á la educacion de tu hermano? No solo debes tener respeto á Mr. Fremont, sino que tambien, si tienes

buen

buen corazon, le has de tener mucho afecto...—Si Señora, respondió Pulchêria llorando, le respeto y le amo...—Y no obstante acabas de hacer burla de él, y has hecho de tu parte todo lo posible para enfadarle. Aun quando fuese cierto que pretendiera jugar perfectamente al axedrez, y que fuese infundada esta pretension; ¿deberías procurar que se notase este poco de amor propio? ¿Acaso puede un buen corazon divertirse con los errores ajenos? ¿Es posible con un espíritu recto tener tanta malignidad?...Sobre todo quando tiene por objeto á una persona que debemos querer.—Oh Mamá mia, exclamó Pulchêria anegada en llanto, ahora conozco que me he reído inoportunamente; pero lo he hecho sin mala intencion.—En efecto, Mamá (añadió Carolina enternecida) yo estaba delante, y no creo que mi hermana tuviese ánimo de enfadar á Mr. Fremont...—¿Es posible, Carolina (interrumpió Madama de Clemira mirándola atentamente) es posible, hija mia, que pienses eso? Al decir esto su Madre, Carolina se puso colorada, baxó la vista y enmudeció. ¿Y

tú, Pulchêria, continuó la Marquesa, estás cierta de haberte reido sin intencion? ¿No has tenido gusto en haber visto (como suponías) abochornado á Mr. Fremont? ¿No le has dicho nada con ánimo de picarle?... Exámínate bien, y responde.—Mamá.... Bien sabe Vmd. que no soi capaz de mentirla en nada...—Así lo creo.—Mamá...—Pues bien, ¿qué dices?—No merezco asistir á las veladas.—Pero mereces siempre mi amor, puesto que has confesado tu falta con sinceridad...—Pero, Mamá mia, ¿me destierra Vmd. de la tertulia para siempre?...—No, solo por ocho dias...—¡Ai Dios mio!... ¿Pero me perdona Vmd.?—Sí, porque estoi segura que tu culpa no nacía del corazón.—En efecto, Mamá, solamente ha sido falta de reflexion.—Así lo creo, y el arrepentimiento que muestras me hace esperar que no volverás á incurrir jamás en otra semejante. Ahora (prosiguió la Marquesa) ven acá, Carolina; tengo tambien que darte una reprehension: no hace mucho que por disculpar á tu hermana has dicho lo que no pensabas en tu interior.—Mamá....

lo confieso... pero...—El motivo que te ha hecho faltar á la verdad merece sin duda alguna indulgencia; no obstante no hai cosa que pueda autorizarnos á mentir. ¿Te sería lícito por servir á tu hermana no executar un mandato que yo te hubiese impuesto diciéndote si faltas á él me ofenderás mortalmente?—No Señora, de ningun modo.—Pues no solo me has ofendido á mí, sino, lo que es peor, tambien á Dios.—¡Es posible!...pero es verdad, los Mandamientos de la Lei de Dios prohiben la mentira.—Además debes estar cierta de que nunca puede ser verdaderamente útil la mentira; tarde ó temprano se descubre, y deshonra al que la ha usado, en vez de que la verdad al mismo tiempo que nos hace estimables, captando la confianza de todos, nos sirve aun en aquellas ocasiones en que se podría creer fuese peligrosa ó nociva. Estas reflexiones tan justas (dixo la Baronesa) me hacen acordar de un caso histórico mui interesante.—Abuelita mia, dixo Pulchêria, si Vmd. le guarda para la noche yo no lo oiré....—Pues bien, respondió la

Baronesa, me convengo en referirle ahora mismo.

Al oír esto Pulchêria se arrojó á los brazos de su Abuela, la que la detuvo, sentándola sobre su regazo: César y Carolina se acercaron; y la Baronesa dixo de este modo: El lance que deseais saber se halla en la historia de los Arabes. Hegiaxes, célebre guerrero Arabe, pero de un genio cruel y feroz, había condenado á muerte á varios prisioneros de guerra, y habiendo obtenido uno de ellos que Hegiaxes le escuchase un instante, le dixo así: deberías, Señor, concederme el perdón, porque un dia que Abdarrahan profirió contra tí varias imprecaciones le reconvine diciéndole que hacía mal, y desde este instante estuve mal con él. Hegiaxes le preguntó si tenía algun testigo de este hecho, y el oficial nombró á un prisionero condenado tambien á muerte: mandó Hegiaxes á este que dixese si era cierto; y habiéndole respondido que sí, concedió el perdón al primero. Despues preguntó al que había servido de testigo si había imitado á su compañero tomando su

par-

partido contra Abdarrahan; pero este, continuando en declarar la verdad, le respondió que no lo había hecho. Esta magnanimidad y noble franqueza dexó admirado á Hegiaxes á pesar de su ferocidad. Pues bien (le dixo despues de un instante de silencio) ¿si te diese la vida y la libertad continuarías siendo mi enemigo? No Señor, dixo el cautivo; pues me basta, respondió Hegiaxes, y te creo con solo que lo digas; me es imposible dudar de tu veracidad habiendo visto quan grande horror tienes á la mentira; conserva una vida que éstimas en ménos que el honor y la verdad, y recibe de mí la libertad como justa recompensa debida á tu virtud.

Ya veis, hijos míos (prosiguió la Baronesa) que la verdad (como tu Madre dice) nos es útil aun en aquellas circunstancias en que parece debería perjudicarnos. ¿No habeis creído que en esta ocasion se hubiera duplicado el furor de un hombre despótico y sanguinario? Y no obstante tiene la verdad tanto atractivo, que en vez de irritar al tirano, le aplaca y le desarma. Y además, dixo Pulchê-

chêria, qualquiera que llegué á lograr fama de verídico con solo decir una cosa se le cree como si lo jurase.—Es cierto, las protestas de nada sirven: solo un *si* ó un *no* de un sujeto veráz logra mas crédito que todos los juramentos que podría hacer otro cuya veracidad fuese algun tanto sospechosa. Ya os acordareis acerca de esto de aquel lance que os conté de la gloriosa prueba de estimacion que los Atenienses dieron á Xenocrates. (a) En fin no se puede poseer esta recomendable qualidad sin ser verdaderamente virtuoso, y por tanto todos los hombres grandes han sido particularmente recomendables por su amor á la verdad, entre otros Xenocrates, Filósofos esclarecido, y de quien acabamos de hablar; y Epaminondas, aquel héroe tan virtuoso, y cuya máxîma fundamental era el no mentir jamás, ni aun en chanza.

Mr. Fremont, que llegó entonces, interrumpió la conversacion preguntando á la Marquesa si quería ver á Agustinico, que acababa de llegar con su Madre. Madama de Clemira (á quien César había referido el lance del paseo) respondió que tendría mucho gusto en conocerle; por lo que entró este con Magdalena su Madre, la que ofreció á la Marquesa una cestilla de huevos frescos. Toda la familia hizo mil agasajos á Agustinico. La Marquesa, que se había informado de la situacion de Magdalena, sabiendo que era pobre, y que su Marido estaba aun convaleciente de una grave enfermedad, la dió gustosa, á ruegos de César, quatro Luises, mitad de la cantidad reservada para una buena accion: además hizo prometer á Agustinico que vendría á jugar con César todos los días. Pidió Agustin permiso para traer consigo algunas veces á su hermanito Nicolás, porque decía «que Colás se moría de tristeza si se quedase solo en casa.» Todos alabaron mucho el cariño de Agustin para con su hermanito, y se le otorgó lo que pedía.

(a) *Vease los Anales de la virtud, obra de esta misma Señora.*

Marquesa si quería ver á Agustinico, que acababa de llegar con su Madre. Madama de Clemira (á quien César había referido el lance del paseo) respondió que tendría mucho gusto en conocerle; por lo que entró este con Magdalena su Madre, la que ofreció á la Marquesa una cestilla de huevos frescos. Toda la familia hizo mil agasajos á Agustinico. La Marquesa, que se había informado de la situacion de Magdalena, sabiendo que era pobre, y que su Marido estaba aun convaleciente de una grave enfermedad, la dió gustosa, á ruegos de César, quatro Luises, mitad de la cantidad reservada para una buena accion: además hizo prometer á Agustinico que vendría á jugar con César todos los días. Pidió Agustin permiso para traer consigo algunas veces á su hermanito Nicolás, porque decía «que Colás se moría de tristeza si se quedase solo en casa.» Todos alabaron mucho el cariño de Agustin para con su hermanito, y se le otorgó lo que pedía.

Se iba llegando la hora de la velada; y viendo César y Carolina el sentimiento de su her-

hermanita por no poder asistir á ella, resolvieron suplicar á la Abuelita que no contase cuento ni historia alguna en los ocho dias que durase la penitencia de Pulchêria, prefiriendo la dilacion de un gusto que tanto deseaban al pesar de que su hermana no le participase. Aplaudió la Baronesa su conducta, y se decidió que no habría velada para nadie en los ocho dias.

En este tiempo una tarde que estaba Madama de Clemira en conversacion con sus hijos, la dixo Carolina: Mamá, Vmd. nos ha prohibido todo género de trato con los criados, porque dice Vmd. que no tienen crianza ni educacion, y no obstante nos permite hablar con varios aldeanos, y aun Vmd. misma parece tiene gusto en hablar con Felipe, con Mónica y Magdalena. Es mui cierto, respondió su Madre, y voi á explicaros esta contradiccion aparente. Los criados no tienen educacion, pero no obstante la costumbre de oír hablar á sus amos hace su language menos tosco y grosero que el de los aldeanos, pero por otro lado no es menos defectuoso, porque el vicio prin-

cipal que las personas sensatas encuentran en él consiste mas bien en la baxeza de las expresiones y puerilidad de las ideas, que no en los términos. No temo que oyendo hablar á los aldeanos imiteis su language tosco; su modo de pronunciar es mui distinto del vuestro para que os podais acostumbrar á él; por el contrario, sería mui posible que en vuestra edad no conocièseis lo defectuoso del de los criados, y por consiguiente los imitaseis sin sentirlo. Además, tienen en general todos los criados vicios y defectos que son indispensablemente anexós al estado en que se hallan. Es mui difícil que un hombre sea virtuoso quando no habiendo tenido educacion no es laborioso, ó tiene una vida holgazana. Un lacayo, por exemplo, no está ocupado en su obligacion todo el dia; de las quatro partes de él pasa las tres sin hacer nada, y como carece de medios para ocuparse, no sabiendo ni leer, ni hablar, se divierte bebiendo y jugando; sus costumbres se adulteran, y en breve tiempo se hace vicioso. Estas son las resultas de la ignorancia y la ocio-

ociosidad. Por el contrario el aldeano, siempre ocupado, siempre activo, viviendo lejos de las Ciudades y de los malos ejemplos, conserva las costumbres puras y sencillas, y las virtudes naturales, cuyo principio existe en el fondo de nuestro corazón. Confieso que gusto de hablar con ellos: su sencillez y su buen natural me interesan; sus expresiones suelen ser ridículas, pero nunca baxas; su modo de expresarse original y raro me trae á la memoria el gracejo é ingenuidad de nuestros autores antiguos: en una palabra, gusto de tratarlos y exâminarlos, porque son aplicados y virtuosos; gusto de oírlos porque son verídicos, y nunca emplean la menor exâgeracion. Dias pasados quando el rio Felipe al ver correr á Carolina exclamaba: *¡qué traviesa que es!* mi amor propio de Madre se daba por mas contento que si hubiese oido en París aquella frase tan comun: *es un embeleso*. Además, hijos míos (continuó la Marquesa) no creais que os hablo en general: toda esta clase de juicios admite varias excepciones; se pueden hallar labradores mui vicia-

ciados, y tambien criados virtuosos. Teneis la prueba en Morel, lacayo de César; fuera de que vuestra Abuelita os contará dentro de algunos dias una historia interesante, y que os hará ver mucho mejor que no hai clase en que no se puedan hallar las mas sublimes virtudes.—Mamá, ¿con que Vmd. sabe esa historia?—Sí, y la sabemos de uno de nuestros conocidos que ha tratado particularmente á los personajes de ella.—¡Qué deseos tengo de saberla!...—Y yo tambien.—Y yo y todo.—De aquí á quatro dias lo lograreis.—Dentro de quatro dias, ¡tanto tiempo!

En fin se pasaron estos quatro dias tan largos. ¡Con cuánto gusto vieron llegar el de la velada, y con qué alegría é impaciencia se esperó la noche!...A las ocho y cuarto toda la familia había cenado: cada qual ocupa su puesto, y la Baronesa empieza la historia siguiente.

EL CALDERERO,

Ó EL MUTUO AGRADECIMIENTO.

El Rei de Inglaterra Jacobo II se vió precisado á abandonar su Reino; vino á refugiarse á Francia, y Luis XIV le dió un asilo en San German: (a) algunos vasallos leales le habían seguido, y se establecieron tambien en San German. Madama de Varonne, cuya historia voi á referiros, era de una de estas familias Irlandesas; todo el tiempo que vivió su Marido lo pasó con mediana decencia, pero habiendo enviudado, hallándose sin proteccion y sin parientes, no pudo obtener de la Corte alguna parte de la pensión que gozaba su Marido. Sin embargo escribió á los Ministros, dió varios memoriales, á los que respondían: *que se haría presente al Rei su pretension*, con lo que mantuvo algunas esperanzas

(a) *Quartel de París, ó como le llaman los Franceses, Arrabal de San German.*

zas cerca de dos años. Pero al cabo de este tiempo, habiendo renovado sus instancias, se las negaron tan absolutamente que no pudo ocultarse á sí misma su suerte. Su situacion era la mas deplorable; en los dos años que habían pasado desde la muerte de su Marido se había visto precisada, para subsistir, á vender todas las alhajas y muebles que tenía, y ya no la quedaba ningun género de recurso. Su amor al retiro, su mucha piedad y poca salud eran causa de que tuviese muy pocos conocidos, y particularmente desde que era viuda había dexado enteramente todo trato. Se hallaba, pues, sin amigos, sin esperanza, faltándola todo, sumergida en la mas horrorosa miseria, y para colmo de males tenía ya cincuenta años, y estaba muy quebrantada de salud. En este apuro recurrió al verdadero Dispensador de las consolaciones y gracias, al que podía mejorar su suerte, ó darla el valor y resignacion necesaria para sufrir con paciencia todo el rigor de ella; postrada pidió á Dios con confianza, con lo que fortificada y superior á sí misma conoció que la

tranquilidad renacía en su pecho. Contempló con serenidad lo espantoso de su estado. «Pues si es preciso (decía entre sí misma) que perezca esta fragil existencia, ¿qué importa que la aniquile el último extremo de la miseria, ó una enfermedad? ¿Qué importa morir debaxo de un dosel ó sobre una estera? ¿Acaso será mi muerte mas dolorosa porque no tengo que sentir la separacion de ninguna cosa de la tierra? No por cierto; al contrario, así no necesitaré ni exórtaciones ni valor; no tendré sacrificio ninguno que hacer: abandonada del Universo entero, solo pensaré en su Criador; le consideraré pronto á recibirme, á premiarme, y esperaré la muerte como el mas precioso de sus dones.»

«¿Qué valor tan grande! (interrumpió Carolina) ¿Es posible morir sin echar de menos la vida?—Considera, hija mia, dixo la Baronesa, que Madama de Varonne no tenía hijos. Y que no tenía Madre ni Marido (añadió la Marquesa.) Además, continuó la Baronesa, que la Religion puede muy bien darnos esta resignacion sublime, y ya os tengo dicho que Ma-

dama de Varronne estaba penetrada de la mas verdadera y sólida piedad; (7) pero volvamos á nuestra historia.

Al tiempo que hacía estas reflexiones entró en su quarto Ambrosio su lacayo; es preciso conocer este tal Ambrosio; y así os le voi á pintar. Ambrosio tenía entonces quarenta años, y había veinte que servía á Madama de Varonne; no sabía leer ni escribir; era naturalmente áspero, taciturno y regañón: siempre había parecido que miraba con desprecio á sus compañeros, y que estaba enfadado con sus amos: su semblante continuamente mal contento, y su modo de hablar siempre de mal humor hacían que su servicio fuese poco grato. No obstante su exactitud, su buena conducta y su mucha lealtad habían hecho que se le tuviese en la casa por muy hombre de bien; y excelente criado; pero solo manifestaba estas prendas esenciales, y poseía las virtudes mas sublimes: debaxo de un exterior tan tosco ocultaba el corazón mas noble y mas sensible.

Algun tiempo despues de la muerte de

su Marido había Madama de Varonne despedido á los criados de este, y solo se había quedado con la cocinera, otra criada y Ambrosio; llegó en fin el tiempo en que era preciso despedir tambien á estos tres. Ambrosio, como dixé antes, entró en su quarto (era por invierno) y traía leña que iba á poner en la chimenea, quando Madama de Varonne le dixo: Ambrosio, es menester que me escuches. El tono enternecido con que pronunció su ama estas palabras sorprendió á Ambrosio; dexa prontamente en el suelo el tronco que traía, y mirando á su ama la dice: pues, Señora, qué hai de nuevo?—Ambrosio, ¿sabes cuánto debo á la cocinera?—Señora, no la debe Vmd. nada, ni á Maria, ni á mí; ayer nos pagó Vmd. la mesada.—Tanto mejor; ya no me acordaba. Pues es menester, Ambrosio, que digas á la cocinera y á Maria que ya no necesito que me sirvan... y tú mismo, Ambrosio mio, es preciso que busques otro acomodo...—¡Otro acomodo!... eso no, yo moriré sirviendo á Vmd.; no Señora, yo no la he de dexar venga lo que venga...—Ambrosio, no conoces mi situa-

cion.

cion...—Señora, Vmd. no conoce á Ambrosio... ¿y qué importa que la cercenen á Vmd. de su pension, tanto que no pueda pagar los criados? Despida Vmd. á los otros enhorabuena; pero yo no merezco que Vmd. me eche de su casa. No tengo el alma venal, y...—Pero Ambrosio, si estoi enteramente arruinada. He vendido todo lo que tenía, y me han quitado mi pension...—Le han quitado á Vmd. su pension... eso no puede ser, no lo creo...—Pues es mui cierto no obstante...—¡Válgame Dios!...—Es menester venerar y adorar los decretos de la Providencia, sujetándonos á ella sin murmurar; cree, Ambrosio, que experimento un gran consuelo en mi desgracia resignándome con ella de todo corazon. ¡Habrá en el mundo tantas personas, tantas familias virtuosas que se hallen en esta situacion!... Yo por lo menos no tengo hijos, padeceré sola, y esto es poco padecer...—No, no (exclamó Ambrosio sollozando) no, Vmd. no padecerá, tengo brazos, y sé trabajar...—Ai Ambrosio mio (interrumpió enternecida Madama de Varonne) jamás he dudado de tu lealtad... pero

no abusaré de ella. Solo te pido por último servicio el que voi á decirte. Este es que me busques una guardilla; aun tengo algun dinero, que me podrá mantener dos ó tres meses, procuraré trabajar para ir pasando; búscame, pues, en San German algunos parroquianos; esto es todo lo que te pido, y lo que únicamente puedes hacer por mí. Durante este discurso, Ambrosio de pié enfrente de su ama, la miraba callando; pero luego que hubo acabado de hablar, arrojándose á sus piés prorrumpió diciendo: ah Señora, reciba Vmd. el juramento del pobre Ambrosio, que se obliga á servirla hasta la muerte... y de mejor gana, con mas respeto y obediencia que nunca. Hace ya veinte años que Vmd. me mantiene, me viste, me da de comer, y me hace pasar una vida quieta y sosegada: muchas veces he abusado de su bondad y paciencia; pero, Señora, perdóneme Vmd. todas las faltas con que mi mal genio me ha hecho ofenderla. Esté Vmd. segura que procuraré emendarme; solo le pido á Dios vida para esto. Al acabar estas palabras Ambrosio

bañado en lágrimas se levantó, y salió del quarto apresuradamente sin esperar respuesta.

Bien podeis juzgar que grande y que vivo sería el agradecimiento de que se sintió penetrada Madama de Varonne: conoció en esta ocasion que no hai males cuya amargura no disminuya este dulce sentimiento. Al cabo de un instante volvió Ambrosio, trayendo un bolsillo, y poniéndole sobre la chimenea dijo: gracias á Dios, gracias á Vmd., Señora, y á mi amo (que esté en gloria) aquí hai treinta Luises; este dinero Vmd. me lo dió, y es suyo...—¡Ambrosio! el fruto de tus ahorros de veinte años, ¡oh Cielos!...—Quando Vmd. tenía dineros me los daba, ahora que no los tiene se los vuelvo, el dinero no sirve mas que para esto. Bien sé que esta corta cantidad no puede sacar á mi ama de apuro, para eso cuento con lo que voi á decir. Es menester que Vmd. se acuerde, Señora, que soi hijo de un calderero, y que no he olvidado mi primer oficio, porque en los ratos desocupados, y quando Vmd. me daba permiso para ir á paseo me iba á casa de Nicolas, un

paísano mio, que es calderero, y por divertirme le pedía algo que trabajar. Ahora lo que haré será trabajar de veras, y con qué ánimo! Ya esto es demasiado (exclamó Madama de Varonne) Ambrosio, virtuoso Ambrosio, en que estado tan indigno de tí te ha colocado la suerte!—Contento estoi con él, si mi Señora se puede acostumar á la mudanza de su situacion.—Tu lealtad, Ambrosio, me hace olvidar todas mis penas. ¿Pero cómo he de permitir yo que padezcas por mí?...—¿Padeecer porque trabaje, y mas siéndole á Vmd. útil mi trabajo? No Señora, yo por mi parte estaré mui contento. Desde mañana voi á trabajar. Nicolas, que es un buen muchacho, hará que no me falte obra. Tiene en San German fama de buen maestro, y justamente necesita un buen oficial; yo soi robusto, facilmente trabajaré por dos, y todo irá bien. No hallando ya Madama de Varonne expresiones capaces de dar á entender su admiracion y agradecimiento, levantaba los ojos al Cielo, y solo respondía con lágrimas.

Al dia siguiente despidió Madama de Va-

ron-

ronne á la cocinera y á la criada. Ambrosio alquiló en San German un quarto tercero reducido, pero decente y con buenas luces; acomodó en él los pocos muebles que la quedaban á su ama, á la que, despues de haber hecho estas diligencias, llevó á su nueva habitacion. En esta halló Madama de Varonne una buena cama, una silla de brazos bastante cómoda, una mesita con tintero y papel, sobre la qual estaban colocados los libros en un estante, y un armario grande, y en él guardada su ropa blanca, sus vestidos, y una provision de hilo para coser, un cubierto de plata, porque no quería Ambrosio que comiese con uno de estaño, y el bolsillo que contenía los treinta Luises. En un rincon, detras de una cortina, estaba el vidriado que debía servir para guisar y comer. Esto es, dixo Ambrosio, lo que he podido hallar menos malo por el precio que Vmd. me había dicho quería pagar de alquiler. No hai mas que un quarto, pero la criada dormirá en un colchon que está debaxo de su cama de Vmd...—¿Cómo, qué es eso que dices de criada? in-

ter-

terrumpió Madama de Varonne.—¿Pues qué puede Vmd. pasarse sin una criada que la guise, haga los mandados y la desnude?—¡Pero Ambrosio mio!—¡Oh! esta criada no la costará mucho; es una muchacha de trece años, que sin salario, por solo la comida la servirá. Por lo que á mí toca ya me he compuesto con Nicolas. Le he dicho que estaba desacomodado, y que viéndome necesitado era menester que me diese que trabajar. Nicolas, que es rico, mui buen hombre, y paisano mio, me tendrá en su casa, que está cerca de aquí, me dará la comida, y veinte sueldos de jornal. En San German se vive á poca costa, por lo que podrá Vmd. ir pasando con los veinte sueldos, tanto mejor quanto tiene algunas provisiones y algun dinero. No he querido decir nada de esto delante de Susana su criada de Vmd.: ahora voi á buscarla. Diciendo esto salió Ambrosio, y al cabo de un rato volvió trayendo de la mano á una muchacha mui pulida, la que presentó á Madama de Varonne, diciendo: esta es la criada de quien he hablado á Vmd. Su Padre y su Madre son

po-

pobres, pero mui aplicados; tienen seis hijos, y la Señora hará una obra de caridad en recibir á esta por criada. Despues de este preámbulo, Ambrosio exórtó con entereza á Susana á portarse bien, y despidiéndose de Madama de Varonne, se fue á casa de su amigo Nicolas.

¿Quién será capaz de expresar lo que sentía en su interior Madama de Varonne?... Semejante proceder no solo la penetraba de admiracion y agradecimiento, sino que tambien no podía acabar de comprehender la mudanza repentina que notaba en el genio y modales de Ambrosio: este hombre, que había conocido siempre tosco y regañon, desde que era su bienhechor no parecía el mismo, unía la crianza al buen proceder, y el esmero al heroismo; halló en su corazon el miramiento y respeto que se debe á los desdichados; conocía á fondo quan sagrada es la obligacion que nos impone; sabía que no hai verdadera generosidad sin modestia, y que es preciso escusar toda humillacion al desdichado que se socorre. Al dia siguiente del en que

tomó posesion de su nueva habitacion no vió Madama de Varonne á Ambrosio , porque estaba trabajando ; pero por la noche fue á verla un rato. Rogó á su ama encargase alguna cosa á Susana , y luego que estuvieron solos sacó de la faldriquera veinte sueldos envueltos en un papel , y poniéndolos sobre la mesa dixo : *este es mi jornal* ; y sin esperar respuesta llamó á Susana , y se fue á casa de Nicolas. ¡ Con qué tranquilidad dormiría aquella noche habiendo empleado de este modo el dia , y con qué delcete despertaría al siguiente ! Por el placer que experimentamos haciendo alguna buena accion podemos juzgar el gozo inexplicable que puede causar una accion heroica como esta.

Exácto Ambrosio en desempeñar el cargo sublime que se había impuesto , solo tomaba al cabo del mes el dinero necesario para pagar la lavandera , zapatos &c. y aun esta corta cantidad se la pedía á su ama , de quien la recibía como un regalo. En vano procuró Madama de Varonne persuadirle á que se reservase parte del jornal , porque entonces Am-

bro-sio ó hacía que no lo oía , ó manifestaba tanto sentimiento que la obligaba á callar.

Con la esperanza de obligarle á procurarse algun descanso Madama de Varonne por su parte trabajaba sin cesar , y Susana , que tambien la ayudaba , iba á vender lo que hacían ; pero quando Madama de Varonne ponderaba á Ambrosio el producto que sacaba de estas ventas , este solo respondía : tanto mejor , y al punto hablaba de otra cosa. El tiempo no varió nada de esta conducta ; por espacio de quatro años no faltó un punto á ella. Pero llegó el dia en que Madama de Varonne debía sentir el pesar mas cruel y doloroso. Una noche , que como de costumbre le estaba esperando , vió entrar en su quarto á la criada de Nicolas , que venía á decirle como Ambrosio estaba malo , y que se había visto precisado á quedarse en calma ; al oir esto Madama de Varonne dixo á la criada la conduxese inmediatamente á casa de Nicolas , y al mismo tiempo mandó á Susana fuese á buscar un Médico. Como no conocía Nicolas á Madama de Varonne , se admiró al verla en

su casa, y mas quando le dixo que quería ir al quarto de Ambrosio.—Pero, Señora, respondió Nicolas, es imposible.—¿Por qué?—Es menester subir por una escalera de mano.—¡Es posible! ¡Ah pobre Ambrosio!... Vamos por Dios, vamos á verle prontamente.—Señora, vuelvo á decir que se expone Vmd. á romperse la cabeza, y además no podrá Vmd. estar de pié en el quarto de Ambrosio, porque está en un caramanchon tan malo. Al oír esto Madama de Varonne no pudo reprimir el llanto, y pidiendo á Nicolas que la ayudase, subió, no sin mucho trabajo, por la escalera; halló al pobre Ambrosio en un rincón de aquel infeliz asilo, echado sobre un gergon. ¡Ai Ambrosio mio, exclamó al verle, en que estado te encuentro! ¡Y me decías que te gustaba tanto tu habitacion, y que estabas tan á gusto!... No se hallaba Ambrosio en estado de responderla, porque hacía ya una hora que estaba delirando, lo qual luego que lo hubo conocido Madama de Varonne se entregó al sentimiento mas amargo. Vino en fin Susana con un Médico, el que

luc-

luego que entró en el caramanchon se quedó admirado de ver cerca del gergon de un pobre calderero una Señora cuyo trage decente y aire noble anunciaba su distinguido nacimiento, y que manifestaba estar en el mayor desconsuelo. Acercóse al enfermo, examinóle con cuidado, y dixo que le habían llamado tarde: discurrid qual quedaría Madama de Varonne al oír pronunciar esta fatal sentencia. El pobre Ambrosio, dixo Nicolas, se tiene la culpa; hace ya ocho días que andaba malo, yo le he dicho mil veces que no trabajase, pero no hubo forma, solo esta mañana se quedó en cama porque no podía tenerse en pie. Para entrar en casa se cargó con mas obra de la que podía, y se ha matado á fuerza de tanto trabajar. Cada palabra de estas era un puñal que atravesaba el corazon sensible y agradecido de Madama de Varonne... hecha un mar de lágrimas se acercó al Médico, y juntando las manos le pidió encarecidamente no abandonase á Ambrosio. El Médico era caritativo, y además todo lo que veía avivaba en gran manera su curio-

sí-

sidad, por lo que facilmente condescendió en pasar parte de la noche con Ambrosio. Envió á buscar Madama de Varonne á su casa colchones, mantas y ropa limpia; ella misma hizo la cama, ayudándola Susana, y el Médico y Nicolas pasaron á ella á Ambrosio; acabada esta faena se recostó Madama de Varonne en un banquillo de madera, y soltó las riendas á su llanto. A las quatro de la mañana se fue el Médico, despues de haber hecho sangrar al enfermo, prometiendo volver al medio dia. Bien podeis pensar que Madama de Varonne no se apartó de Ambrosio un instante: quarenta y ocho horas pasó á su cabecera, sin darla el Médico la menor esperanza; en fin al tercer dia dixo que notaba mejoría, y aquella misma noche dixo que respondía de la vida de Ambrosio.

A este punto de su narracion llegaba la Baronesa quando, temiendo la Marquesa de Clemira que tan largo discurso la fatigase, la interrumpió, aunque no eran mas que las nueve y media, y la suplicó dexase lo demás de su historia para el dia siguiente...¿Y qué

qué ya lo dexa Vmd. (exclamó Carolina) ¡es tan temprano aun!—¿Y no has reparado que hace un quarto de hora que tu Abuelita está ronca, y que ha tosido varias veces?—¡Mamá!...—Un corazon sensible debería tener mas miramiento; un corazon sensible inspira siempre el temor de abusar de la bondad que se nos muestra.—Mamá, ya conozco que he hecho mal...—Siendo así, creo que no volverás á incurrir en semejante falta, y que otra vez no dudarás en preferir á tus gustos, no solo el agradecimiento, sino tambien qualquiera regla de buena crianza. Despues de esta leccioncita se fueron á acostar, y al dia siguiente prosiguió la Baronesa su narracion de este modo:

No podré pintaros el gozo y alegría que tuvo Madama de Varonne al ver que Ambrosio estaba fuera de peligro; quería continuar velándole la noche siguiente, pero Ambrosio, que ya conocía y hablaba, no quiso de ningun modo, por lo que se volvió á su casa rendida del cansancio. Al dia siguiente la hizo el Médico una visita, la manifestó un afec-

to tan sincero, y ella le estaba tan agradecida por el esmero y cuidado con que había asistido á Ambrosio, que no pudo menos de responder á sus preguntas, á las que satisfizo refiriéndole toda su historia. Tres dias despues de este suceso el Médico, que no residía de ordinario en San German, tuvo precision de volver á París, y marchó apresuradamente, dexando á Madama de Varonne con cabal salud, y á Ambrosio convaleciente. Entretanto Madama de Varonne se hallaba en la situacion mas crítica y miserable: en ocho dias había gastado con Ambrosio el poco dinero que la quedaba; aun tenía para mantenerse quatro ó cinco dias, pero como ni en otros tantos podría Ambrosio estar en estado de ponerse á la obra, temblaba al pensar que la necesidad le obligaría á trabajar antes de estar restablecido, á riesgo evidente de una fatal recaída. Entonces fue quando acabó de conocer lo horroroso de su situacion; entonces se reprehendía amargamente haber aceptado los socorros del generoso Ambrosio. Sin mí, decía, sería feliz; su trabajo le hubiera man-

mantenido con decencia; su lealtad para conmigo le há quitado el sosiego, la felicidad, y quizás le costará la vida... ¿Y yo moriré sin pagarle? ¡pagarle!... ¡infeliz de mí! Aun quando me fuese posible disponer todo á mi gusto, ¿podría acaso desempeñarme jamás para con él? Solo Dios es capaz de pagar esta deuda sagrada. Solo Dios podrá recompensar dignamente una virtud tan sublime.

Una tarde que Madama de Varonne estaba sepultada en estas dolorosas reflexiones entró en su quarto Susana sofocada, y la dixo que una Señora mui hermosa quería hablarla.—Seguramente está equivocada, respondió Madama de Varonne.—No, no, respondió Susana; yo he visto esta Dama que preguntaba por Madama de Varonne, que vive aquí en casa de Mr. Daviet, en el quarto tercero; esto lo decía desde su coche, un coche mui hermoso con seis caballos. Yo estaba en la puerta de la calle, y la dixe: Señora aquí vive; la Señora me ha respondido: ¿querrás hacerme el favor de decirle que me permita hablarla quatro palabras? Luego que oí esto

apreté á correr... Estando Susana diciendo esto oyó Madama de Varonne que llamaban á la puerta; se levantó con sumo sobresalto, fue á abrir, y vió entrar en efecto una Señora del todo hermosa, que se acercó á ella con timidez y ternura. Mandó Madama de Varonne á Susana se fuese. Luego que se vió sola con ella, tomando la incógnita la palabra la dixo: tengo sumo gusto, Señora, en participar á Vmd. que el Rei acaba de saber su situacion; y que su bondad le mueve á reparar la injusticia de la fortuna para con Vmd...—¡Oh Ambrosio! exclamó Madama de Varonne juntando las manos, y levantándolas al Cielo con toda la expresion del mas vivo agradecimiento y alegría. No pudo la incógnita detener su llanto al oír esta exclamacion; se acercó á Madama de Varonne, y tomándola afectuosamente de la mano, la dixo: venga Vmd. Señora, venga Vmd. al nuevo alojamiento que la está destinado...—¡Ah Señora! interrumpió Madama de Varonne, como podría yo expresar... pero si me atreviera... la pediría el favor... Señora, tengo un bien-

bienhechor, permítame Vmd. que antes de todo le haga saber esto.—Vmd. es dueña de hacer lo que guste, respondió la incógnita, y por no incomodarla no la acompañaré á su casa, iré á esperarla en ella; pero la acompañaré á Vmd. hasta su coche, que espera á la puerta.—¡Mi coche!—Si Señora, no perdamos mas tiempo, venga Vmd. Diciendo esto la incógnita dió el brazo á Madama de Varonne, que apenas podía sostenerse: salió con ella, y baxó la escalera. Al llegar á la puerta dixo la incógnita á un lacayo que la esperaba: llama á los criados de Madama de Varonne. Esta creía seguramente que estaba soñando. Su admiracion creció mucho mas al ver un lacayo con librea gris hacer arrimar un coche (sencillo pero cómodo) y decir despues: este es el coche de la Señora. Entonces la incógnita, haciéndole abrir, hizo á Madama de Varonne que entrase en él, y la dexó para ir á tomar el suyo. Preguntó el nuevo lacayo á Madama de Varonne donde gustaba ir; esta le dixo temblando la llevase á la casa del Señor Nicolas el calderero. Bien podeis dis-

currir, hijos míos, la viva emoción y latidos de corazón que tendría Madama de Varonne al ver esta casa... tira del cordón, para el coche, abre ella misma la portezuela, y apoyada del brazo de su lacayo entra en la tienda de Nicolas. El primer objeto que se la ofrece á la vista es Ambrosio con su vestido de trabajo.

Al verle Madama de Varonne ocupado en su trabajo experimentó un delicioso enternecimiento: trabajaba para ella, y ella le iba á librar para siempre de aquella penosa tarea, de la miseria y cansancio. Disfrutaba en toda su pureza de la dicha mayor y mas bien fundada que causa el agradecimiento en las almas generosas y sensibles. ¡Oh Ambrosio mio! exclamó como fuera de sí! Ven, sígueme... ven... dexa ese trabajo que no volverás á tomar; tu suerte se ha mudado... Ven, pues, no tardes. En vano Ambrosio sorprendido pregunta qué es aquello; en vano quiere á lo menos que le dé tiempo para ponerse su vestido de día de fiesta. No estaba Madama de Varonne en estado de escucharle ni de responderle. Le agarra da un brazo, le arrastra,

sale con él, y le obliga á subir en su coche. Entonces preguntaba el lacayo si quería ir á su casa. Y Madama de Varonne, estremeciéndose al oírle, le dixo mirando á Ambrosio: sí, sí, vamos á nuestra casa.

En el tiempo que tardaron en llegar á ella Madama de Varonne informó á Ambrosio de la visita que le había hecho la Dama incógnita. Ambrosio la escuchaba con una alegría mezclada de temor y dudas. Apenas se atrevía á creer cierta una dicha tan extraordinaria como impensada. En fin ve que el coche se para á la puerta de una casa muy decente en el Bosque de San German. Madama de Varonne y Ambrosio se apean; entran en una sala, en la que encuentran á la Dama incógnita que los esperaba; esta se adelanta á recibir á Madama de Varonne, y presentándola un papel: esto es, Señora, la dixo, lo que el Rei se ha dignado mandarme entregue á Vmd.; es la orden de una pensión de diez mil libras, y además la concede á Vmd. la facultad de asegurar la mitad de ella á la persona que Vmd. quiera.—¡Ah qué benéfica bondad

dad! exclamó Madama de Varonne; esta es, Señora, la persona que nombro, este es el hombre virtuoso y honrado verdaderamente digno de la proteccion y de los favores de su Soberano. Oyendo esto Ambrosio, que hasta entonces se había ocultado detras de su ama, se avergonzó mucho mas; se retiró algunos pasos atras, enteramente cortado, quitándose el gorro, y á pesar del exceso de su alegría, experimentaba mucho rubor al oirse alabar de este modo. Sentía bastante además estar delante de aquella Señora la primera vez que le había visto, sin peluca, con su delantal de cuero, y vestido puerco, por lo que hubiera deseado tener el de los días de fiesta... La Dama se acercó á él. No huya Vmd. Ambrosio, le dixo, no huya Vmd., y permítame que le mire un instante.—Pero válgame Dios, Señora, dixo Ambrosio baxando la cabeza y dando vueltas á su gorro, yo no he hecho nada que no sea mui regular, y me parece no hai en todo ello de que admirarse... Entonces Madama de Varonne le interrumpió para referir con igual expresion y

viveza todo lo que Ambrosio había hecho por ella. Luego que hubo acabado, suspiró la incógnita enternecida, y levantando los ojos al Cielo dixo: por fin despues de haber visto tantos ingratos he tenido el gusto de encontrar dos corazones sensibles y agradecidos... A Dios, Señora (continuó) esta casa y todo lo que hai en ella es de Vmd.; dentro de un instante se la hará entregar la mitad de su pension. Diciendo esto iba á salir del quarto la incógnita, pero Madama de Varonne corriendo á ella bañada en llanto se arrojó á sus pies. La incógnita la levantó; la abrazó afectuosamente y se fue. No bien había salido quando volvieron á abrir la puerta. Madama de Varonne vió entrar al Médico á quien Ambrosio debía la vida...

Ah, ya me lo pensaba yo, dixo César, que este buen Médico sería el que se lo había contado todo á la Dama. En efecto, replicó la Baronesa, y tambien Madama de Varonne luego que le vió entrar cayó en lo mismo. Despues de haberle manifestado todo el agradecimiento de que estaba penetrada, le hizo algu-

gunas preguntas relativas á la Señora incógnita, y supo de él que se llamaba Madama de P.*** que residía en Versalles, en donde tenía mucho valimiento. Hace ya diez años, continuó, que soy su Médico, y conociendo su beneficencia creí ciertamente darla un gran gusto haciéndola saber su situacion de Vmd. En efecto luego que la informé de todo compró esta casita, y obtuvo del Rei la pension, de la que ha entregado á Vmd. la orden. Siendo ya la hora de cenar entró un lacayo y dixo á Madama de Varonne que la cena estaba pronta. Esta suplicó al Médico se quedase á cenar con ellos, y apoyándose del brazo de Ambrosio pasaron hasta el comedor; dixo á Ambrosio se sentase á su lado, y rehusándolo este, diciendo no era razon se sentase con su ama á la mesa; ¿pues qué, replicó esta, mi bienhechor y mi amigo acaso no es mi igual? Obedeció sin mas porfia el modesto y generoso Ambrosio; y Madama de Varonne, sentada entre él y el Médico, disfrutó en aquella feliz noche el conjunto de sensaciones puras y deliciosas que hacen nacer en un co-

razon sensible el agradecimiento y la inexplicable dicha de manifestar toda la extension de un sentimiento tan virtuoso y grato.

Bien pensareis que Ambrosio al dia siguiente, gracias á Madama de Varonne, se vió vestido á correspondencia de su nueva fortuna, y que su quarto se alhajó y adornó con cuidado y aseo; que Madama de Varonne partió con él todo el tiempo de su vida quanto poseía, y que jamás recibió ni vió dinero, sin acordarse con suma ternura del tiempo en que el leal Ambrosio la daba sus veinte sueldos diciéndola: *este es mi jornal.*

Esta historia, hijos míos, continuó la Baronesa, prueba, como os lo deciamos, que no hai estado ni clase en que no se hallen las virtudes mas heroicas; prueba tambien que si comprehendiésemos nuestros verdaderos intereses seríamos siempre virtuosos. Raras veces sucede que una accion heroica esté oculta; es imposible que una conducta sublime no se divulgue tarde ó temprano, y no logre una grande recompensa. Sacrificándose por su ama solo consultó Ambrosio á su corazon; pero de-

demos que lo hubiese hecho por espíritu de reflexión é interes. Era imposible que hubiese seguido mejor plan de conducta para llegar á ser feliz. Ved las reflexiones que hubiera hecho. »Yo quiero salir de la obscuridad en que estoi; ¿cómo lo haré? Soi pobre, y de baxo nacimiento; ¿cómo haré, pues, para conciliarme la atencion y el favor de los que pueden mudar mi suerte? ¿Quáles son los medios mas seguros para fixar la atencion de los hombres é inspirarles un vivo interes? ¿Los talentos? Yo no los tengo, pero aun quando los tuviese, y grandes, me vería confundido entre otros muchos; además de que si los talentos pueden agradar y deslumbrar, no podrán seducir sino á muy pocos, porque son pocos los que pueden apreciarlos, y la admiracion que causan jamás nace del corazon. ¿Cuál es, pues, el mérito que interesa universalmente? Este encanto irresistible solo pertenece á la virtud; pero para distinguirme no me basta la honrra de bien, esta alcanza la estimacion, y no la admiracion del comun... La casualidad

»me

»me ofrece una ocasion de llegar al fin que me he propuesto. Madama de Varonne está próxîma á perecer baxo el peso de la miseria, pues débame su existencia. Tarde ó temprano su agradecimiento hallará medios seguros de dar realce á esta buena accion: entretanto yo la callaré, porque si solo por mí se divulgase perdería todo su precio...»

Sin duda alguna, dixo César, estas reflexiones hubieran sido justas. El interes personal hubiera podido inducir á Ambrosio á todo lo que la sola virtud le hizo hacer. No hai duda, añadió su Madre, y esta congruencia que veis existe claramente para todos los hombres y en todos los lances de la vida. Nuestro propio interes bien entendido debe obligarnos á ser sinceros, justos, equitativos y generosos. Por tanto ha dicho un célebre escritor: *Por necesidad somos malos, por necesidad somos falsos, y por una necesidad mucho mayor apropiamos ideas de fuerza y de grandeza al delito; ideas de espíritu y de talento al fraude y al artificio.* (a)

¿Pues

(a) Mr. Gaillard en su Historia de Carlo Magno, tomo 1. pag. 279.

¿Pues qué, Mamá, dixo Carolina, hai personas que hallan la grandeza en el delito?—Ojalá no fuera así. La historia os hará ver infinitas pruebas de esta verdad. Casi todos los historiadores dan el sobrenombre de *grande* á hombres y á Soberanos que solo son famosos por sus injusticias é insultos. A los conquistadores, por exemplo.—¿Con que se puede adquirir fama sin ser virtuoso?—Seguramente; pero esto no le librará á ninguno de ser desgraciado y aborrecido. Con solo hacer cosas extraordinarias basta para alcanzar fama; pero solo haciendo acciones virtuosas se puede conseguir una celebridad digna de nuestro anhelo, esto es, gloriosa.—Ya lo entiendo, y comprehendo tambien que por falta de reflexion podemos algunas veces admirar á los conquistadores, porque su valor nos hace disimular su injusticia. Pero, Mamá, ¿cómo es posible reputar al artificio como prueba de talento?—Solo los necios piensan de este modo; pero como estos componen el mayor número, esta es la razon porque hallareis tantas personas que han adoptado esta opinion. Escucha otra vez acerca de esto mismo lo que di-

dice el autor que he citado poco ha: *Todo hombre de mala fe camina directamente contra lo que debía para llegar á su fin, y será tarde ó temprano, por la naturaleza de las cosas, la victima de sus propios artificios, á causa de que no hai ninguno de estos que se pueda esconder enteramente á la vista, ó al menos á la sospecha, y por que luego que el artificio se conoce irrita y horroriza á todos.* (a) Con esta cita se concluyó la quinta velada de Champceri. Madama de Cle-mira se levantó, y cada uno se fue á su quarto sumamente gustoso de la historia de Madama de Varonne, y de la virtud del buen Ambrosio.

Era por este tiempo el veinte y cinco de Febrero, y el frio era excesivo; no obstante la Marquesa habia prometido á César dar un paseo con él la mañana siguiente: César habia pedido á su Madre le llevase al bosque de Faulin, y ella se lo concedió. Carolina y Pulchêria estaban constipadas, por lo que no pudieron ir á paseo. A las diez en punto

(a) El mismo, Historia de Carlo Magno, tom. 2. pag. 460.

to Madama de Clemira y su hijo salieron á pie, y un coche los seguía, porque siendo la distancia de tres cuartos de legua, era menester á la vuelta venir en coche para no atrasar la comida, que siempre era al medio día. En todo el invierno había hecho frío tan fuerte como aquel día. César se quejó un poco al principio; despues al cabo de un quarto de hora dixo que era mas soportable; no obstante (le respondió su Madre) tan fuerte es ahora como quando salimos de casa, pero te has acostumbrado á él, y no le sientes tanto: lo mismo sucede con todos los males físicos; facilmente nos hacemos á todos los que no son mortales: el hábito nos familiariza con los objetos mas espantosos, formidables y peligrosos; aun hace mas: nos familiariza con el dolor mismo, ó por mejor decir embota y destruye lo mas vivo de él; es mui provechoso convencernos de esta verdad, á fin de poder sufrir con valor y tranquilidad todas las penas anexás á la humana naturaleza. Pero, dixo César interrumpiéndola, hai algunas personas naturalmente tan delicadas que no pueden

den acostumbrarse á padecer. Me acuerdo de haberla á Vmd. oido decir que Madama de B.** despues de haber perdido sus bienes jamás pudo acostumbrarse á la pobreza y á vivir en la aldea.—Es mui cierto, pero esto no es comun, por tanto se ha de mirar como una excepcion en la que solo se hallan comprehendidas las personas del todo pusilánimes. Además que esta cobardia no es natural, y siempre deriva de la corrupcion, y es efecto de mala educacion.—Segun eso, Mamá, muchas personas que nos parecen mui desdichadas, no lo son tanto como juzgamos.—Querrás decir que padecen menos de lo que nosotros imaginamos; pero por esto mismo son mas dignos de nuestra compasion y socorros. El infeliz que se sujeta con valor á su suerte, y que sufre sin quejarse, es sin duda alguna un ente tan respetable como interesante. Por lo que solo un alma vil é insensible podrá no tener compasion al hombre desdichado que á fuerza de sufrir se ha hecho insensible al dolor. Esta virtuosa resignacion debe excitar nuestra admiracion, y dar á nuestra compasion mas

viveza y actividad. En fin es tambien mui natural compadecernos vivamente de los males que nosotros tolerariamos con facilidad. Este sentimiento, que tiene algo de sublime, es comun á todos los pechos nobles, y vemos todos los días mil pruebas convincentes. Yo, por exemplo, me veo sangrar, y me tengo yo misma la luz, lo que es mui natural, y no puedo sin algun sentimiento ver sangrar á otro. He visto á tu Padre romperse un brazo, y hacérselo curar sin quejarse; y le he visto caerse desmayado el dia que le sucedió la misma desgracia á Christóval el ayuda de cámara de tu Tío. Bien comprehendo eso, dixo César; yo caigo, me hiero y me corto sin afligirme, y no puedo ver correr la sangre de otro cualquiera sin sentir un dolor verdadero.—Bien ves, pues, que no es siempre natural preferirnos á los demás, y que el hombre constantemente personal, esto es, que refiere todo á sí, y que nada le mueve sino lo que directamente le toca, solo puede ser un ente vil y corrompido.

Con esta conversacion llegaron á una prader-

dera cubierta de nieve, que atravesaba un arroyo helado, sobre el qual César dió algunas escurridas: despues empezó á correr ácia un bosquecito que estaba á un lado de la pradera, se mete en él, y su Madre le pierde de vista. Al cabo de un instante vió que saliendo del bosque gritaba con toda su fuerza corriendo ácia ella: ah, venga Vmd., venga Vmd. por Dios apriesa, puede ser que no estén muertos...—¿Qué quieres decir? ¿qué es lo que has visto?—¡Dios mio, qué desgracia! Dos pobres muchachos que el frio ha penetrado, y que están allí sobre la nieve. Oyendo esto la Marquesa apresuró el paso. César penetrado de dolor y de compasion la guió cerca de unas zarzas, donde vieron los dos niños echados de modo que no podían verles las caras. La Marquesa de Clemira se acerca, y repara que el mayor de los dos muchachos está en camisa, y echado sobre el otro. ¡Oh Cielos! exclamó, sin duda son dos hermanos, y el mas grandecito ha tenido la generosidad de despojarse de sus vestidos para abrigar á su hermanito. ¡Oh generoso niño!... si Dios quie-

re que no hayamos llegado tarde!... Diciendo esto se adelanta, y manda á sus criados que metan en el coche á los dos niños. Al punto mismo César se quita su frac, y abriga con él al que estaba desnudo. Entonces Morel, el lacayo de César, levanta al primero diciendo: mui tieso está, me parece que ya está muerto. Al hacer este movimiento descubre el rostro del muchacho. César le mira, y exclama llorando: ¡Dios mio! Es nuestro Agustínico, y Nicolásito su hermano. Este incidente acrecentó tambien la caridad y ternura de su Madre: mezcló sus lágrimas con las de César. Su corazón se despedazaba al ver la muerte retratada sobre la cara del generoso Agustín, y sobre todo representándose la desesperacion que con su pérdida sentiría la desgraciada Madre de este precioso niño. Entretanto Morel y otro lacayo tenía cada uno el suyo en los brazos, asegurando que estaban muertos. No importa, les dixo su ama, ponedlos en mi coche; sube con ellos, Morel, procura calentarlos poco á poco, y llévalos á casa lo mas presto que puedas. Tu compañero se quedará con nosotros,

tros,

tros, y nos volveremos á pie. En efecto, obedeciendo Morel prontamente á su ama, se metió en el coche con los dos muchachos, y al punto marchó. Al cabo de algunos minutos Madama de Clemira y César perdieron al coche de vista. Apresuraron el paso todo lo posible, y entraron en la alameda de la Quinta sumamente cansados, y sobre todo impacientes por saber de Agustín y de su hermanito. En fin á la mitad de la alameda vió la Marquesa venir á Mr. Fremont y á sus dos hijas, las que luego que pudo oirlas gritaron que Agustín y Colás vivían... Al oír esta noticia lloró César de alegría, y corrió á abrazar á sus hermanitas. Entran todos con priesa en la casa, y la Marquesa acompañada de sus hijos se encaminó al quarto en donde estaban Agustín y Colás. Los encontró algo animados, pero aun no habían recobrado el habla. Hizo que fuesen á llamar á su Madre, la que llegó á tiempo que Nicolásito empezaba á abrir los ojos y á pronunciar algunas palabras. Al cabo de una hora empezó Agustín á querer hablar, conoció á su Madre, y balbuciendo

llamó á su hermanito. En fin aquella noche llegó un Médico que se había enviado á llamar, el que dixo que aunque los niños estaban de bastante cuidado, los creía no obstante fuera de peligro. Magdalena se consoló algun tanto con esto, y preguntándola la Marquesa la causa de aquel triste suceso, la refirió que sus dos hijos habían salido á las ocho de la mañana de su casa para recoger ramas en el monte, pero que se habían alejado algo mas de lo que acostumbraban; que á las nueve y media, viendo que no volvían, había enviado á buscarlos á su Marido, y que este, equivocado por las pisadas de otros muchachos, había ido por otro sendero distinto del que iba al sitio donde habían encontrado á sus dos hijos.

César y sus dos hermanas no se apartaron en toda la noche de Agustin; toda la familia había cobrado igualmente mucho afecto á esta amable criatura, y nadie de la casa se acostó hasta las doce para ver el efecto de los remedios que le hacían; algunos criados pasaron la noche entera en el quarto de Agustin. Al

amanecer ya estaba César á la puerta del quarto, y supo con mucha alegría que los dos hermanitos estaban casi enteramente restablecidos, que hablaban, y estaban del todo despejados. Despues de comer se levantó Agustin, César obtuvo permiso de entrar en su quarto, le vió, y le abrazó con indecible alegría; en fin al dia siguiente pudo Agustin contar él mismo las circunstancias de su aventura.

Toda la familia hizo rueda al rededor de Agustin, el que sentado entre su Madre y hermanito fue todo el asunto de la velada. Refirió del modo mas ingenuo é interesante: «Que Colás en vez de recoger ramas se había
»querido sentar, y que de allí á poco le pe-
»netró el frio tanto que le privó el sentido;
»dixo que entonces había procurado; pero en
»vano, volverlo á calentar con el aliento, y
»frotándole con las manos; en fin viéndole
»amorado y sin movimiento empezó á dar
»gritos, llamando repetidas veces á sus Padres,
»y que no respondiéndole nadie echó á llo-
»rar: que sus lágrimas caían sobre el rostro
»de Colás, y se heleban al instante, lo que le

»hizo llorar mucho mas; que sin embargo;
 »no desanimándose, procuró levantar á Colás
 »y llevárselo acuestas, pero que ya entume-
 »cido con el frío no pudo, y se cayó á su
 »lado: que en este apuro, por último recur-
 »so, se quitó el vestido, despues la chupa,
 »y despues todo lo demás para tapar á Co-
 »lás. Que abriendo en este instante Colás los
 »ojos fixó la vista en Agustin, y apartó de
 »sí el vestido como si se lo hubiera querido
 »volver... luego, prosiguió Agustin, *me senti
 »todo como que tenía una especie de sueño, ya
 »casi no sentia nada, y me caí sobre Colás; es-
 »to es lo que ha pasado, Señora, y no me pue-
 »do acordar de otra cosa.*»

No bien había acabado su relacion Agustín, quando César levantándose se arrojó á él y le abrazó. Mucho estrañó Agustin esta demostracion, porque creyendo que lo que había hecho era mui natural y regular, no comprehendía de qué se admiraban. De allí á poco su Madre le llevó á acostarse, y luego que se fue dixo la Marquesa de Clemira: este suceso, hijo mio, esta accion heroica de una cria-

criatura es la mayor prueba de lo que te decia ayer, que no es tan natural como se piensa comunmente el preferirnos á los demás. Agustin se despoja de toda su ropa, porque siente menos el frio que padece que el que vé padecer á su hermano... ¡Oh qué admirable sentimiento es el de la compasion, puestoque es origen de semejantes virtudes; lejos de apocar el ánimo le eleva, hace olvidar los peligros, despreciar la muerte y el dolor!... Nunca, pues, te resistas á tan dulce sentimiento. Conserva cuidadosamente esta compasion activa y tierna, propia del corazon humano, y que solo corrompiéndose la pierde. Al acabar estas palabras se levantó para irse á recoger, pero César la detuvo para decirle que sentía mucho el pensar que dentro de dos dias Agustin se volvería á su casa.—Pues bien, por darte gusto diré á sus Padres que me le dexen, me encargaré para siempre de él, y se criará contigo. Al oír esta promesa empezó á saltar de alegría César, diciendo: yo le enseñaré todo lo que sé. Pero, dixo Pulchêria, ¿cómo es posible que sus Padres

dres consientan en separarse de un hijo tan querido? No dudo que lo hagan, respondió la Marquesa, y que prefieran á su propia satisfaccion el bien estar de su hijo; este es el modo de querer, ó por mejor decir, los Padres que no piensan así, no quieren á sus hijos. En efecto al dia siguiente habló la Marquesa á los Padres de Agustin, los que convinieron en ello gustosos y agradecidos. Agustin lloró mucho quando supo que iba á dexar á sus Padres y á Colasito; no obstante agradeció mucho el cariño que le manifestaba César, y tenía muchos deseos de instruirse y de saber (como él decía) tantas cosas buenas que sabía el Señorito César.

De tal forma ocupó el suceso de Agustin á los niños tres ó quatro dias, que habían olvidado en ellos las veladas; pero al fin recordaron á su Madre que les había prometido una historia. Habeis, les dixo, admirado justamente la nobleza y virtud de Ambrosio; os imaginais sin duda alguna que no es posible encontrar mas generosa lealtad y elevacion de ánimo; para desengañaros os contaré una his-
to-

toria, en la que hallareis el exemplo de una conducta mucho mas sublime. Os he dicho mucho mal de las criadas en general, porque en efecto tales son por lo comun. No obstante os aseguro que hai algunas de mucho juicio y virtud, y para convenceros os contaré la siguiente historia, que pudiera intitularse el Heroismo de la lealtad, y que casi he presenciado.

EL HEROISMO DE LA LEALTAD.

HISTORIA VERDADERA.

En una de las Provincias Septentrionales de la Francia hai un rincon de tierra, en el qual el honor y la virtud sirven de leyes, y son causa de que los dichosos moradores de esta pacífica region gocen de una felicidad tan pura como inalterable...—¡Oh Mamá, qué país tan hermoso!... ¿Cómo se llama?...—Se llama S.**—¿Y ha estado Vmd. alguna vez en él?...—Estuve siendo niña, y tuve el gusto de contemplar tan dulce espectáculo. Allí ví á los cultivadores sencillos y laboriosos, en cu-
yos

Los modales y lenguaje no se nota lo tosco y grosero de los aldeanos de otras partes. Allí ví todas las Madres tiernas y cuidadosas, todos los hijos agradecidos y obedientes, todas las jóvenes modestas; allí en fin la ambicion y la envidia son vicios no conocidos, y solo se encuentran la concordia, la union, la pureza de costumbres, y las virtudes, que hacían la felicidad de los hombres en los primeros siglos del mundo. El Señor de esta tierra tenía una esposa digna á todas luces de habitarla. Madama de S.** tenía mucho juicio, una alma benéfica y un talento superior. Amaba el estudio, la lectura y el trabajo; bordaba, texía, y cultivaba flores. Tenía en su jardin varias colmenas, (8) las que cuidaba, criando tambien gusanos de seda. Encargada además del gobierno de su casa, se empleaba en él con mucho esmero, no omitiendo ninguna atencion por pequeña que fuese, por ser parte de las obligaciones de una muger, y que por sí mismas son de bastante interes, sobre todo viviendo en un lugar. Visitaba con gran gusto su corral, su palomar y la lechería, y ha-

hallaba en estos por menores económicos diversion, instruccion, y medios para tener conveniencias, á pesar de una renta mui corta.— Instruccion, Mamá, interrumpió Carolina, ¿qué instruccion podía ser?—Una mui sólida. Ya sabes que la historia natural es una ciencia mui dilatada; tiene, pues, esta ciencia gran número de cosas (y no son las menos útiles y curiosas) cuya inteligencia naturalmente y sin estudio se adquiere; con solo vivir en el campo, y ocuparse en el cuidado del menage se puede conseguir. La experiencia y los objetos nos instruyen mucho mejor que los libros. Muchas veces los libros solo nos dexan los nombres impresos; los hechos por el contrario, nos presentan ideas, y las estampan para siempre en la memoria. He conocido una Señora en París que despues de haber estudiado un año la Historia natural no hubiera podido distinguir las flores de un manzano de las de un guindo. Qualquiera que no haya vivido en el campo es por lo regular sumamente ignorante en muchos asuntos. En efecto, ¿cómo es posible estudiar las maravillas de

de la naturaleza en París, en donde solo se ven las frutas y legumbres en la Plaza ó en nuestras mesas, y tal qual flor en riestos? No es posible formar en las Ciudades una idea cabal de la labranza y trabajo del campo, de sus diversiones pacíficas é inocentes, despreciadas solamente de aquellos que no las han disfrutado. Por esto ha dicho uno de los mejores escritores de estos tiempos: "Todo lo que aprecemos fuera de aquello que la Naturaleza nos puede dar, es trabajo, y no hay cosa gustosa fuera de aquello que ella misma nos ofrece (a)." Pero Mamá, dixo Pulcheria, hai no obstante muchas personas que aman con passion á París y el gran mundo, es regular, pues, que hallen gusto en esto.—Esas personas están en continua agitacion, y en una especie de delirio que las priva no solo de la facultad de pensar, sino tambien de la de sentir: no es posible en semejante estado lograr felicidad alguna, porque esa situacion es efecto de una imaginacion desarreglada, que entrega nues-

(a) El Conde de Buffon.

tro corazon á las pasiones mas violentas é impetuosas.—¿Qué es passion, Mamá?—Es mirar alguna cosa ú objeto con una preferencia absolutamente exclusiva, que es como entregarse á un deseo desordenado.—Pero, Mamá, algunas pasiones hai razonables y legítimas.—Algunas veces podrá no ser este exceso criminal, pero siempre será imprudente. Una muger, por exemplo, que quiere á su Marido con passion se halla en este caso.—Pues qué ¿esta muger obrará sin juicio?—Seguramente, y será mui infeliz, porque no hai felicidad donde falta la razon.—No obstante, Mamá, se ha de amar á su Marido de todo corazon.—Es mui cierto.—¿Como Vmd. quiere á Papá?—Sin duda alguna.—Pues bien; Vmd. le prefiere á todo.—¿Qué llamas preferirle á todo? ¿preferencia exclusiva como he dicho poco hace?—Pero mas quiere Vmd. un quarto de hora de conversacion con Papá, que no tocar el clave, leer, pasearse...—No lo niego, prefiero su conversacion ó el solo gusto de verle á todas las diversiones del mundo; y aun digo mas: aprecio mas su felicidad que la mia.—Pues qué

¿eso no es pasion?—No por cierto.—¿Pues qué mas haría una pasion?—Haría hacer extravagancias. Para daros una idea de esto : ¿no conoceis á Madama de Orgimon?—Si Señora, ¿no es aquella Señora cuyo Marido hizo un viage á Rusia el año pasado , y que Vmd. fue á consolar porque estaba mala en la cama de pesadumbre?—Esa misma ; y eso es lo que llamo pasion. Esta pasion quita el valor y la fuerza , y es causa de que no se puedan tolerar los trabajos.—No obstante , no podemos impedir tener calentura.—No , pero quando no nos dexamos dominar de una pasion , una ausencia no da calentura , porque nos valemos de la razon , y nos resignamos con nuestro estado. Madama de Orgimon quiere á su Marido con preferencia verdaderamente exclusiva ; no solo prefiere su trato al de otro qualquiera , sino que no hai sociedad ni trato que pueda gustarla sin su Marido. No abandonará el gusto de verle por emplearse en la crianza de sus hijos.—No es Vmd. así , Mamá ; no obstante tiene Vmd. tanto amor á Papá como Madama de Orgimon puede tener

ner á su marido , puesto que prefiere Vmd. el bien de Papá al suyo propio. Madama de Orgimon quiere mas , pero Vmd. quiere mejor. Veo tambien por este exemplo que una pasion , aun siendo legítima , nos puede hacer incurrir en bastantes faltas , sin contar que nos puede hacer estar enfermos... no cuidar de los hijos , y despues tener calentura ; todo eso no vale nada.—Toda pasion , sea la que fuese , nos priva de la razon , y por consiguiente nos extravía mas ó menos segun las circunstancias.—Mamá , ¿podemos estorvar el tener pasiones?...—Seguramente , y aun todas ellas son obra nuestra : como solo se fortifican poco á poco , facil nos sería destruirlas en sus principios. Quando conocemos que una inclinacion nos domina demasiado , es menester al punto vencerla , y...—Pero ¿en qué se conoce una pasion en sus principios?—Se conoce quando nos sentimos inclinados á preferir un objeto , una diversion ó un gusto á alguna de nuestras obligaciones.—Con que segun eso , dixo Pulchêria , estoi llena de pasiones , porque si pudiera muchas veces dexaria mis lecciones por ir-

me á pasear , á jugar con la muñeca , con mi canario , con mi perrita , con...—Eso solamente prueba que algunas veces te fastidia el estudio , lo que á tu edad no es extraño ; pero si en vez de tu canario , tu perra &c. te dieran otras diversiones , no los echarías menos ; no tienes aun para estas cosas verdadera preferencia , y por tanto ni tampoco pasion ; eres inconstante , alborotada y perezosa , y nada mas.—Ah! ya lo entiendo , es preciso un principio de preferencia , y además un deseo determinado de faltar á nuestras obligaciones.—Así es.—¿Si por casualidad siendo ya grande prefiriese el estudio á toda otra diversion , tendría que vencer esta preferencia?—No por cierto , porque esa preferencia sería mui fundada.—Pues bien , Mamá , vea Vmd. ya una pasion lícita.—No por cierto : no es lo mismo una mera preferencia que una pasion.—Es verdad ; se me había olvidado que la pasion es causa de olvidarse de las obligaciones precisas.—Si el deseo de aprender y de instruirnos fuese causa del descuido en las obligaciones y deberes de la sociedad , entonces se-

ría vituperable... la inclinacion mas legítima , mas útil y pura , en llegando á ser pasion dexa de ser virtuosa. Las pasiones nos ciegan , nos hacen débiles , injustos y extravagantes.—¿Eso es malo! Con que así , ¿quando Vmd. dice : quiero á mi Pulchéria con pasion es un modo de hablar?—Y quando digo la quiero como una loca , ¿desearías que fuese así?—No por cierto , Mamá , yo no quisiera que se volviere Vmd. loca.—Por consiguiente facilmente comprehendereis por todo lo dicho que es incompatible tener una pasion y tener juicio , y que no hai pasion que no sea una especie de locura... Por tanto , decir : amo como una loca , amo con pasion , son frases del todo sinónimas ; por consiguiente : ¿no serías cruel si deseases que te quisiera con pasion? Perdería yo en esto el juicio y la virtud , y tú no lograrías ningun aumento en mi ternura. Si me pidiesen mi vida para salvar la de cualquiera de vosotros tres , sacrificaría sin dudar esta vida que vosotros haceis tan feliz. Executaría por vosotros todo lo que la pasion pueda inspirar de mas heroico ; pero no fal-

taré por vuestro respeto á ninguna de mis obligaciones , esto es , que mi afecto solo puede elevarme , pero nunca podrá extraviarme ó envilecerme... ¿podriais acaso , hijos mios , exígir de mí otros sentimientos?—Ah! no por cierto , Mamá mia , exclamaron á un tiempo todos los niños arrojándose en los brazos de su Madre , la que apretándolos tiernamente contra su pecho no pudo contener sus lágrimas al sentir correr por sus manos las de Pulchêria. Despues de un poco de silencio causado por el enternecimiento se volvió á la conversacion. Mamá , dixo César , aun tengo una pregunta que hacer á Vmd. acerca de las pasiones. Quando por desgracia nos abandonamos á una pasion , y esta es mui violenta , ¿se puede destruir? No hai duda , porque no hai victoria que no podamos alcanzar de nosotros mismos quando la deseamos de corazon. Pero en el caso de que hablas el esfuerzo es mui penoso. Es mui facil preservarnos de las pasiones ; pero una vez arraigadas cuesta mucho el vencerlas.—¿Quáles son los medios para preservarnos de ellas?—Se logra

gra esto acostumbrándonos desde luego á consultar la razon , y venciéndonos en todas las cosas leves que la son contrarias , pensando á menudo que estamos continuamente á la vista de nuestro Criador , de ese Criador soberanamente Sabio , á quien todo exceso desagrada ; y pensando en fin que con los auxilios de la Religion , el dominio sobre nosotros mismos , y la aficion al trabajo y al estudio , estamos para siempre libres de pasiones violentas.—Mamá , puesto que todo exceso , sea el que fuere , es vituperable , ¿es de admirar la conducta de Mr. de Lagaraye , aquel hombre extraordinario , de quien nos dixo Mr. Fremont que se retiró del mundo , é hizo de su Quinta un Hospital para los pobres enfermos , y los asistió toda su vida?—Se debe admirar sin duda alguna esa conducta , y reputarla como el dechado de la perfeccion.—Pues no obstante Mr. de Lagaraye llevaba la caridad hasta la pasion.—Comunmente solo se llaman pasion aquellos sentimientos interesados que tienen por principio nuestra propia satisfaccion ; tales son la inclinacion que nos arras-

tra ácia ciertos objetos, ó el atractivo que hallamos en la posesion de otros, (a) ó el placer que hallamos en ciertas diversiones, (b) ó en fin varios vicios á los quales con bastante impropiedad se da el nombre de pasion, como por exemplo la cólera. Pero el amor á la humanidad es el mas desinteresado de todos los sentimientos; tanto es mas sublime quanto es mas general é indeterminado. Enagenarse de todos sus bienes á favor de una persona que se ama, es hacer una accion noble y laudable, porque este sacrificio siempre es meritorio, pero dar todo lo que se posee á unos desdichados por los quales ningun sentimiento particular nos interesa, excepto el de la compasion; dedicar á su servicio la vida; privarse por ellos de toda conveniencia y comodidad; tratarlos como hijos queridos únicamente porque padecen y son infelices, este es el objeto de una virtud verdaderamente heroica y divina. Llevada la beneficencia á este

(a) Como la avaricia, que se deleita en amontonar riquezas.

(b) Tal es la pasion del juego.

te extremo puede mui bien llamarse *pasion*; pero es una pasion mui distinta de todas las demás, porque es absolutamente desinteresada, puesto que solo produce acciones sublimes, y que en fin solo Dios puede inspirarla; porque sin la Religion es imposible alcanzar este grado admirable de perfeccion...—Mamá, ¿si Mr. de Lagaraye hubiese tenido hijos habría podido dar toda su hacienda á los pobres?—No por cierto, porque antes de todo se ha de cumplir con las obligaciones que nos impone la naturaleza; solo hubiera podido dar á los desdichados su sobrante; además de que obligado á educar sus hijos se hubiera visto en la imposibilidad de dedicarse al servicio de los pobres.

Mamá, dixo Carolina, ya que ha tenido Vmd. la complacencia de responder á todas nuestras preguntas espero que proseguirá la historia de Madama de S.**—Con mucho gusto, pero no me acuerdo en qué estábamos.—Nos había Vmd. dicho que Madama de S.** era feliz porque era benéfica; nos dixo Vmd. tambien que vivía gustosa en el campo; que

cultivaba flores, leía, trabajaba, y tenía colmenas, gusanos de seda... en esto estaba Vmd...—Pues esta Señora, contenta con su suerte, pasaba una vida tan inocente como tranquila. Siendo su Marido poco acomodado de bienes de fortuna no la podía dar mucho para socorrer á los desdichados, no obstante nunca se pasaba dia sin que hiciese alguna buena obra. No había en el Lugar ni Médico ni Cirujano; sabía algo de Botánica; había leído con atencion la historia de las plantas usuales de Mr. Chomel, (a) y sabía de memoria el *Aviso al Pueblo*. (b) No por estos conocimientos ejercía Madama de S.** la Medicina, porque siendo una ciencia que exige los mayores conocimientos prácticos y teóricos, exercitarla sin ellos hubiera sido imprudencia y locura; pero á lo menos visitaba los

en-

(a) En la que se explica el uso de estas plantas, sus dosis, sus propiedades, y las principales composiciones de Pharmacia en que se emplean, obra excelente, en tres tomos, y que todos los que viven en Lugares que carecen de Médicos deberían tener.

(b) Por Mr. Tisot, obra igualmente útil y apreciable por su utilidad, como por los principios de humanidad que la han dictado.

enfermos, les estorbaba que hiciesen remedios peligrosos, y solía indicarles otros que no podían ser nocivos: les llevaba caldos, buen vino, ropa limpia, y los consolaba con su presencia, sus razones y humanidad: veía por experiencia que aunque con cortos medios se puede hacer mucho bien; y que quando se ha hecho todo el que se puede se goza de toda la felicidad que la beneficencia puede dar de sí.

Tenía Madama de S.** una criada llamada Mariana, que la servía hacia ya doce años: esta muger era apreciable por su mucha honradez, su desinterés, y mucho afecto á su ama, cuyas virtudes y vida exemplar imitaba. Bien es verdad que nunca había estado en París, y que nada había podido corromper ni alterar su buen fondo y natural bondad: Madama de S.** la amaba tiernamente, y el deseo de hacerla feliz era uno de sus mayores cuidados. Mariana, de alguna mas edad que su ama, se lisonjaba de acabar sus dias sirviéndola; pero la Divina Providencia lo dispuso de otro modo. Cayó enfer-

ferma Madama de S.** de una dolencia que era leve en sus principios , pero que mal curada se hizo mortal. Consideró la muerte no solo sin horror , sino tambien con la serenidad propia de un alma virtuosa y penetrada de las verdades de la Religion ; y al mismo tiempo que todos los que la conocían se entregaban al justo dolor que les inspiraba la certeza en que estaban de perderla , ella manifestaba una tranquilidad inalterable. El régimen provechoso que seguía exáctamente la alargó la vida algunos meses ; el valor la prestaba fuerzas ; no hizo cama , al contrario , se paseaba , leía , hacía venir como siempre varias niñas del Lugar , á las que gustaba de instruir y hacerlas trabajar , y conversaba con su querida Mariana. Recibía á menudo visitas de su Párroco ; su dulzura é igualdad de genio no la abandonaron jamás.

Una mañana de los hermosos días del mes de Mayo se levantó al amanecer , y acompañada de Mariana fue á pasearse al campo. Luego que llegaron á un cerro desde el qual se descubría una llanura deliciosa , se

re-

recostó sobre la yerva , y Mariana se sentó á su lado. A poco rato , levantándose y apoyándose sobre el brazo de Mariana , la dixo: ¡Quánto me gusta este sitio! ¡Qué hermosa campiña! Mira , Mariana , mira aquel hermoso prado que tantas veces hemos paseado ; en él fue quando un dia encontramos á la pobre Abuela Verónica agoviada con el peso de un haz , y trayendo en la mano una pesada cesta llena de manzanas : tú la quitaste el haz , y yo , á pesar de su resistencia , la tomé la cesta , y de este modo la acompañamos á su choza. ¿Te acuerdas de lo alegres que íbamos hasta llegar á ella ; del agradecimiento de la buena vieja , y del almuerzo que nos dió?... Vuelve la vista á la derecha : mira allí la arboleda del estanque á donde en nuestra juventud íbamos tantas veces á pescar con la caña. Allí mismo hemos ido tambien muchas veces con Marta y la Isabelita , y hemos hecho tantas cestas de mimbres , que despues llenábamos de violetas , alhelies y avellanas... ¿no reparas allí abaxo una cabaña? Es la de Francisca. ¿Te acuerdas que

que

que hiciste en dos dias el vestido de novia que la regale?... Un poco mas allá, á la izquierda, descubro la entrada del bosque que en los dias de fiesta, y por las hermosas noches del verano era el sitio de mi escuela. ¡Oh qué ratos tan deliciosos he pasado allí rodeada de las niñas del Lugar! Bien te acordarás de los cuentos tan largos que con tanta gracia nos refería Margarita, y de los romances que Honorina cantaba con tanta dulzura!... aquí cada objeto me representa aquellos venturosos dias... ¡Y qué gratos me son en la situacion en que me hallo!

Al decir Madama de S.** estas últimas palabras volvió Mariana la cabeza para ocultarla el llanto que no podía reprimir... Despues de un instante de silencio Madama de S.** juntando las manos y levantándolas al Cielo: ¡Oh Dios mio! exclamó, tú á quien creo ver por entre esas nubes brillantes que adornan los Cielos: tú que me oyes, y que lees en mi corazon, yo te doi gracias como á mi Criador, mi Padre y mi Bienhechar; te doi gracias de que me has püesto en un estado libre de las perse-

enciones del odio, de los horrores de la envidia, del contagio de los malos exemplos, y de la seducion de consejos peligrosos. Nada ha podido alterar mi razon, ni corromper mi alma. No he conocido ni la Corte, ni la Ciudad; he sabido que existían adultores ambiciosos, filósofos falsos, y hombres envilecidos por la ambicion, ó pervertidos por el orgullo; he llorado sus errores; este sentimiento ha alterado algunas veces el gusto de mis reflexiones; he tenido lástima de los perversos, y he vivido siempre lexos de ellos. Esenta de pasiones violentas, de diversiones falsas y tumultuosas, he pasado mi vida en la feliz obscuridad: mi felicidad ha sido tanto mas pura quanto nadie la ha envidiado; la inocencia, la paz, la amistad fiel, los tiernos sentimientos de la humanidad han llenado todas las horas de mi vida; he poseido los verdaderos bienes... y en este tremendo instante en que la memoria de lo pasado es el mayor tormento del perverso, los mas dulces recuerdos se presentan de golpe á mi imaginacion... considero con sumo gozo que solo

á la virtud he debido la felicidad tan pura que he gozado. ¡Oh buen Dios, qué grande es tu bondad inmensa! Mandándonos que aborrezcamos y huyamos del vicio nos enseñas el único medio de ser felices en la tierra, prometiéndonos además despues de esta frágil vida una inmortal recompensa.

Al acabar estas razones Madama de S.** se dexó caer en los brazos de Mariana; el ardor con que había hablado extenuó sus fuerzas. Mariana la miró, y al verla pálida, inmóvil y con los ojos cerrados, prorrumpió en dolorosos gritos. Su ama volvió á abrir los ojos, y apretándola tiernamente la mano, la dixo: ¿á qué viene ese temor? ¿pues qué, Mariana mia, tú, cuya piedad es tan sincera, acaso no estás resignada?... Ya nos juntaremos, hija mia, para nunca mas separarnos... Sírvate de consuelo el ver mi tranquilidad... Espero que siempre tendrás un asilo en casa de mi Marido, ¡Infeliz! Ojalá yo hubiera podido dexarte otra cosa. Además de este, muero tambien con otro sentimiento; es menester que te le diga... Aquí Mariana miró aten-

atamente á su ama, y la atencion con que se preparaba á escucharla detuvo y suspendió sus lágrimas.

Bien sabes, continuó, que hai en el Lugar una Maestra de niñas para enseñarlas á leer. La mayor parte de los vecinos pueden pagarla; pero hai bastantes pobres que no están en estado de dar el corto estipendio que exige por su trabajo. Si hubiese vivido algunos años mas hubiera juntado el dinero necesario (esto es, cien escudos) para señalar una corta renta á esta Maestra, á fin de que enseñase de valde á las niñas mas pobres del Lugar. Pero pues que Dios no ha querido que yo tenga esta satisfaccion, debo someterme sin réplica á su voluntad. Al oir esto Mariana, como enagenada, cogió la mano de su ama, y exclamó diciendo: ¡Oh Señora mia!... y no pudo proseguir atravesándosele el llanto; y levantándose Madama de S.** apoyada en su brazo dió la vuelta al Lugar.

Pocos dias sobrevivió á esta conversacion. Llegando su abatimiento y debilidad al último extremo tuvo que hacer cama. Mariana entregada al mayor dolor no se apartó un ins-

tante de su cabecera; todos los criados de la casa se deshacían en lágrimas. El patio estaba siempre lleno de la gente del Lugar, que venía á saber como estaba su Señora y su bienhechora, y no se apartaban de la casa sino para ir á la Iglesia á pedir á Dios con ansia la conservacion de una vida tan pura y preciosa. Finalmente siempre tranquila y resignada vió Madama de S.** acercarse su última hora con aquella entereza que solo la Religion puede dar, y Mariana recibió su último suspiro.

«¡Ai Dios mio! exclamó Pulchêria llorando, qué será de la pobre Mariana...—Las vigili-
as, el cansancio y la pesadumbre causaron una funesta revolucion en su salud, cayó gravemente enferma; pero apenas estuvo convalciente quando resolvió marcharse de S.** Dispuesto ya su viage fue á la Iglesia en donde estaba enterrada su ama, regó con lágrimas su sepulcro, y despues se fue á Charleville su patria, (a) con mucho sentimiento

del

(a) Charleville es una Ciudad hermosa, á cinquenta y dos leguas de París en la Champaña, en el partido de Rere. Está esenta de toda clase de imposiciones. Esta Ciudad está sobre el rio Mosa, y solo la separa un puente y una calzada de la Ciudad de Mezieres.

del Cura y vecinos de S.** No se oyó por espacio de dos años hablar de ella; pero pasado este tiempo recibió el Cura de su parte una caxita con cien escudos, y una carta en estos términos. «Charleville 24 de Setiembre de 1775.—Señor Cura: Remito á Vmd. por fin los cien escudos que mi querida y digna Señora deseaba, como Vmd. sabe, en sus últimos instantes. Gracias á Dios, su postrera voluntad y la buena obra que había proyectado tendrán efecto. Si me hubiese quedado algun dinero de mas, hubiera yo mismo ido á llevar los cien escudos de mi ama, pero no me ha quedado ni con qué pagar la mitad del viage. Y con todo esto tan contenta quanto puedo estarlo despues de haberla perdido, y me siento aliviada de un peso terrible que me oprimía dia y noche. Suplico á Vmd., Señor Cura, que forme lo mas presto que pueda la pequeña renta á esa Maestra. Me servirá de mucho consuelo que esté en estado de enseñar á leer gratis á las niñas pobres, y que todas las Madres del Lugar, y aun del contorno, que no pue-

»den pagarla la envíen sus hijas. Espero que
 »todas esas inocentes y sus familias rogarán
 »á Dios por mi ama y su bienhechora, y que
 »Vmd., Señor Cura, les dirá quanto la de-
 »ben. Ahora ya solo pido á Dios me conce-
 »da medios para volver á S.** Luego que
 »haya visto por mis ojos la escuela de cari-
 »dad fundada por mi querida Señora no me
 »quedará nada que desear en este mundo.==
 »Quedo de Vmd. con el mayor respeto.==Se-
 »ñor Cura.==Su mas humilde criada.==Mariana
 »Rambour.”

Quedó el Cura penetrado de admiracion leyendo esta carta; su alma era de aquellas que saben apreciar la grandeza de una accion semejante. Al dia siguiente, despues de la Misa mayor leyó en público la carta de Mariana. Su contenido hizo verter lágrimas á todos los vecinos, y el mismo Cura, no pudiendo detener las suyas, tuvo que interrumpir varias veces la lectura...—Bien lo creo, dixo entonces César: ¡oh cómo hubiera yo llorado si me hubiese hallado allí!... pero, Mamá, ¿se ha verificado la fundacion?—Seguramente. El

Cura ha puesto á ganancias los cien escudos; esta cantidad, fruto de las vigiliias y trabajos de Mariana durante dos años, ha producido una renta para la Maestra de niñas que actualmente enseña *gratis* á todas las pobres de S.**

Ahora decidme, hijos mios, si esta accion no equivale á la de Ambrosio...—Yo, dixo César, prefiero Mariana á Ambrosio, porque la compasion movió á este á obrar naturalmente, y además el agradecimiento de Madama de Varonne le iba recompensando al mismo tiempo.—Es mui cierto; en vez de que la sola veneracion que Mariana tenía á su ama la obligó á todos los sacrificios que Ambrosio habia hecho para mantener á Madama de Varonne. La conducta de Ambrosio es digna de admiracion; pero la de Mariana es superior á qualquier elogio. Finalmente, para comprehender todo el mérito de ella habeis de pensar por lo que Mariana ha hecho por su ama ya difunta, ¿qué no hubiera sido capaz de emprender por darla la vida? ¿Pero creis, hijos mios, que la historia de Mariana se ha acabado?—¿Pues qué aun falta algo,

Mamá?—No echais de ver que falta el desenlace? ¿No hemos convenido en que es imposible que una accion heroica tarde ó temprano no sea recompensada?—Ah! tanto mejor. Veremos á Mariana premiada, y aun no se ha acabado la velada; ¡qué gozo!... ¿y qué falta, Mamá?—Falta que Mariana, despues de haber dado quanto poseía, se puso á trabajar de nuevo, pero no con tanto ardor, porque solo trabajaba para mantenerse. Poco despues murió uno de sus parientes, que movido de la virtud de Mariana la dexó doscientas y sesenta libras de renta. Con esta corta herencia, y trabajando siempre, se halló Mariana rica en un país libre de toda imposicion, y que produce todo lo necesario á la vida; pero solo gastó para ella lo puramente indispensable, á fin de poder socorrer mejor á los pobres...—¿Pues qué, Mamá (interrumpió Carolina como pesarosa) doscientas y sesenta libras de renta componen todo el premio de la virtuosa Mariana?—Pero has de considerar que una persona de la clase de Mariana, con su trabajo y doscientas y sesenta libras de renta es

mas

mas rica en Charleville, que con veinte y cinco mil en la Corte una Madre de familias. En general toda fortuna superior á nuestra clase no nos puede hacer felices.—¿Y por qué razon? dixo César.—Supón que tu lacayo Morel gane mañana dos millones á la Lotería...—Pues bien, Mamá, Morel será del todo feliz; si tiene buen corazon hará mucho bien y buenas obras...—Aun suponiendo que este suceso no le trastorne la cabeza, que no le haga vano, orgulloso é insensato, no por eso dexará de ser infeliz. Morel sabe leer y escribir; es de los mejores en su clase; pero ¿qué figura hará en el gran mundo? ¿A qué mofa no se verá expuesto? ¿Cómo podrá cumplir con el trato de las gentes? ¿Cuál será su conversacion y su porte? ¿Podrá cuidar de su hacienda? ¿Podrá conocer si un administrador es inteligente, hombre de bien ó no?... Morel querrá casarse, no buscará seguramente ni una hija de un mercader, ni una labradora; escogerá una muger amable, y bien criada en la apariencia; esta muger tan solo se casará con él por su dinero; por consiguiente no será estimable,

TOM. I.

L3

ble,

ble, y solo le servirá de tormento; por lo que bien ves que Morel con cien mil libras de renta sería igualmente infeliz y despreciado. Supón por el contrario que no gane mas que doce mil libras. Con ellas compraría algunas tierras, se casaría con una graciosa labradora, honrada y laboriosa, y que llevase en dote algun poco de hacienda. Amado y obedecido de su muger, viviendo con toda conveniencia, estimado de todos sus vecinos, porque es bueno, caritativo, y tiene mas instruccion de la que se halla regularmente en su clase, Morel sería el mas feliz de los hombres...—Verdad es, Mamá, pero si Morel ganando los dos millones no quisiese vivir en Ciudad, ni salir de su clase, y emplease la mayor parte de su fortuna en hacer buenas obras, nadie se burlaría de él, y sería feliz...—Morel es mui hombre de bien, y en lo que supones le haces un filósofo y un héroe, no creo que sea ni uno ni otro: es menester tambien para seguir tu idea que su muger é hijos sean tambien filósofos, sin lo qual no les dará gusto que pudiendo Morel conser-

var sesenta mil libras de renta á lo menos, solo se quede con tres ó quatro mil, y el infeliz Morel no oirá en su familia sino quejas...—Pues bien, ¿hai mas de que no se case?...—¿Y si él lo desea?...—Supongamos que no lo desee...—Nunca tendrá hijos; ¡si supierais de que gusto le privais!...—¡Ah Mamá mia!... Démosle una buena Madre, y será feliz...—¡Amable criatura!... Pero bien está, sea así, te concedo todo lo que dices. Supongo contigo que Morel tenga una tierna Madre, y que con ella se retire á un Lugarcito: que no conserve sino dos ó tres libras de renta, y que dé todo lo demás á los pobres; aun con todo esto no le faltarán pesadumbres...—¿Y cuáles serán?...—No puede Morel conocer á los hombres, ni estar impuesto en los negocios; algun tramposo diestro y sagaz se apoderará de su confianza con pretexto de aconsejarle y dirigir sus miras benéficas. Morel se verá engañado, burlado y arruinado por semejantes gentes; al paso que procurará hacer bien, no conseguirá sino enriquecer á estos hombres astutos y perversos...—¿Pero si solo se

fia de gente de juicio y de bien?...—El número de estos por nuestra desgracia es muy corto. Por todo esto considerad quantas suposiciones extraordinarias, y aun extravagantes, hemos tenido que hacer para convenir en que Morrel pueda ser feliz si el dia de mañana se hallase con cien mil libras de renta...—No tiene réplica; ahora conozco que para hacer bien no basta ser bueno, es menester además tener talento é instruccion: comprehendo tambien por lo mismo que qualquiera que sale de su clase debe ser infeliz.

Al dia siguiente á esta conversacion César y sus hermanas hablaban entre sí como tenían de costumbre acerca de la historia de la última velada. No se cansaban de repetir el elogio de la virtuosa Mariana Rambour; pero á pesar de todo lo que les había dicho sobre este punto su Madre, no podían menos de pensar que Mariana no era tan feliz como se merecía. Porque, decía Pulchêria, esta pobre muchacha con sus doscientas y sesenta libras de renta no tiene sino lo absolutamente necesario para mantenerse; y así para poder so-

correr á los pobres se vé obligada á trabajar continuamente, y como Mamá dice, á ceñirse á lo puramente preciso; esto me causa disgusto, yo hubiera querido que á lo menos pudiese hacer limosnas sin incomodarse.

Aquella noche á la hora de la tertulia la Marquesa de Clemira hablando con Pulchêria la dixo: he oido esta tarde toda vuestra conversacion tocante á Mariana Rambour. ¿Por qué te pones colorada, Pulchêria?...—Mamá...—Si sientes que yo oiga lo que hablas no lo has de hacer otra vez tan alto á diez pasos de mí...—Ah! Mamá, nunca tendré nada oculto para Vmd...—¿Por qué, pues, te has puesto colorada? Vaya ¿qué respondes?...—Es porque á pesar de las reflexiones que Vmd. nos hizo hacer ayer me he mantenido en que la accion de Mariana no estaba bastante premiada, y ahora comprehendo que he hecho mal en tener una opinion contraria á la de Vmd.—En efecto debes creer que tu opinion nada vale quando es distinta de la mia. Quando no quedas convencida de la verdad de los principios en que procuro instruirte,

me debes exponer tus dudas ; siempre estoy pronta á oiros y á responderos. Por tanto quando no eres de mi parecer apruebo que me lo digas , y no solo lo apruebo , sino que te lo mando. Pero diciéndolo á otros faltas al amor y al respeto que me debes. Además , si no me has comprendido bien , no podré hacerte conocer tu error si no me hallo presente á la crítica que haces de mis discursos...—La crítica... ¡Oh Mamá mia, qué expresion!—Quizá es demasiado fuerte. Pero en fin ¿no has dicho que no te parecía que Mariana había logrado la recompensa que merecía , y que en esto no podías ser de mi opinion?... ¿Quieres ahora escuchar mis razones?—Con mucho gusto , y procuraré comprender bien lo que Vmd. diga para pensar como Vmd...—Lo que te desazona es que crees que Mariana no es del todo feliz... ¿no es esto?...—Eso mismo , Mamá...—Lo que hace feliz á una persona verdaderamente piadosa , sencilla y laboriosa ; á una persona en fin cuya virtud llegue hasta el grado del heroismo mas sublime , no es el dinero , porque la satisfaccion que produce una buena

na accion no consiste en la cantidad , sino en la intencion con que se dá. Un buen corazon está del todo satisfecho quando socorre á los pobres con lo que le es posible. El rico benéfico dá con mucho esplendor ; el que es benéfico tambien , pero con pocos medios dá con mas gusto , porque aquel solo se ha privado de algunas vanas superfluidades , y este sacrificio tan brillante como poco penoso hace que logre la estimacion general. Es feliz sin duda , y es digno de serlo. Pero el pobre benéfico goza de una felicidad superior con mucho á la suya. Figuraos á Mariana de Rambour con sus doscientas y sesenta libras de renta ; figuraos á esta celestial criatura obrando solamente por Dios y por su conciencia: vedla trabajar todo el día para poder á la noche llevar á casa de un enfermo ó de una Madre de familia la corta cantidad que ha ganado , y que debe subministrar el caldo para aquel pobre , ó el pan para quatro ó cinco criaturas. Seguidla despues de esta accion , y la vereis volver á su casa humedecidos aun los ojos con las dulces lágrimas que ha vertido.

Entrad en su quarto ; su cena quizás será unas sopas , pero se dirá á sí misma : *el plato de que hoy me he privado ha dado el pan á cinco desdichados...* Esta reflexi6n llena su corazon de un placer delicioso. Trae á la memoria los agradecimientos de la pobre Madre de familia , se figura que la está oyendo ; aun la parece estar mirando las pobres criaturas arrojarse con ansia sobre el alimento que en vano pedían hacia ya dos dias. ¡Oh cuánto debe estimar Mariana con semejantes recuerdos la frugalidad de sus comidas!... Acabada su cena ; con qué confianza irá á pedir á Dios , á aquel Ser soberanamente bueno que ha dicho : «Guardaos de hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para que las vean , pues si así lo haceis no recibireis la recompensa de vuestro Padre que está en el Cielo.» (a) No ha tenido Mariana la felicidad y la gloria de sustraer á la miseria gran número de infelices. No ha formado establecimiento alguno útil ó permanente , no ha fundado ningun hos-

pi-

pital , pero ha dado en secreto , y lo que ha dado ha sido parte de lo que la era necesario. No ha buscado ni las alabanzas , ni la aprobacion de los hombres ; solo ha tenido por norte la Religion y la humanidad ; sus reflexiones , su interior , el recuerdo de lo que ha hecho , y sobre todo las cosas de que se ha privado , son para ella un manantial inagotable de felicidad ; en una palabra , disfruta en la tierra parte de la inmortal felicidad de los Bienaventurados en el Cielo ; está contenta de sí misma , y segura de que Dios la aprueba y la protege. Por lo dicho podreis comprehender que si Mariana hubiera tenido suficientes medios para socorrer á los pobres sin cercenar algo de lo que la era necesario no le hubieran causado sus limosnas tanta satisfaccion , puesto que su mérito en este caso hubiera sido menor ; podeis juzgarlo por vosotros mismos. El otro dia te enviaron una cestita de manzanas , que repartiste con tu hermano y tu hermana. Antes de ayer Magdalena te traxo un corderito blanco , tu hermana tuvo ganas de él , y tú se lo diste. ¿Cuál

de

(a) Evang. de S. Math. cap. 5.

de estas dos acciones ha sido la que te ha dado mas gusto?—La de dar el cordero á mi hermanita.—No obstante sentías mucho quedarte sin él...—Si Señora, pero por eso mismo infería el placer que tendría mi hermana. Carolina, decía yo entre mí, no cabrá en sí de gozo si la llevo el corderito; con esto me figuraba su sorpresa, su alegría, y juzgaba que esto me daría mas gusto que no el guardarle para mí. Pedí á mi Aya una colonia de color de rosa, adorné con ella mi corderito, y despues fui corriendo á buscar á mi hermana; en todo este tiempo el corazon me palpitaba con tanta fuerza... pero era de alegría; estaba tan contenta...—Ese dulce sentimiento es el que se experimenta al hacer un sacrificio generoso: quanto mas grande es este, tanto mayor es nuestra satisfaccion; y por la alegría que experimentabas, figurándote la que tu hermana recibiría con el regalo del corderito, puedes juzgar del sentimiento que se experimenta socorriendo á una familia infeliz próxima á perecer de hambre y miseria.—Bien lo conozco Mamá; ¿pero cuándo nos da-

rá

rá Vmd. el gusto de ir á socorrer á los desgraciados?...—El invierno que viene, quando estamos en París, si de aquí á entonces os portais bien...—Oh Mamá, esta recompensa nos dará mas gusto que otra qualquiera... Pero no habiendo en Champceri nadie reducido á ese extremo de miseria, ¿cómo es posible que se encuentre en París, una Ciudad tan hermosa, y donde hai tanta gente rica?...—Eso mismo es la causa de haber infinitos; tales son los funestos efectos del luxo, ó de la vanidad mas despreciable, queriendo lucir con loca magnificencia en vez de procurar distinguirse por la virtud: esta manía, con que solo se logra ser aborrecibles á todos, y no nos produce ningun placer verdadero, es precisamente la causa porque se encuentran mas desdichados, mas infelices en las grandes Ciudades que en los Lugares mas pobres...—Solo esto debería disgustarnos de las Ciudades, y hacer apetecible la vida del campo. Pero Mamá, ¿cómo se ha de hacer para conocer esos infelices de que Vmd. habla, pues bien sé que no son los mas dignos de lástima los que piden

li-

limosna , sino los que están enfermos que no pueden salir, ó se están en sus casas?...—¡Ai hija mia! Todo París está lleno , apenas se hallará una calle en que no se puedan encontrar infinitos...—¡Oh Dios mio , es posible! Se pasa continuamente por delante de sus puertas , y los tenemos por vecinos... Ah Mamá , ¿cree Vmd. que los haya en nuestra calle en París?... Si esto fuera no podría dormir. ¿Cómo es posible dormir sosegadamente pensando que quizá en la casa inmediata estará un pobre enfermo echado sobre un poco de paja?...—Conserve esa humanidad , hija mia , y quando tengas dinero , si te sientes con deseos de emplearlo en superfluidades , acuérdate de la piadosa reflexión que acabas de hacer ; dite á tí misma : con el dinero que emplearía en esta vagatela , de la que dentro de dos dias ya no haré caso , puedo quizás salvar la vida de una criatura moribunda y la de su afligida Madre...—Ah! Nunca emplearé el dinero en vagatelas...—No hagas esa promesa , porque verosimilmente no la cumplirás. Cénirse á lo único necesario , y dar lo demás á los pobres es efec-

efecto de una virtud que no es propia de vuestra edad. Contentaos con saber que esta virtud existe , y que ella sola puede dar la única felicidad verdadera que se halla en este mundo. Acostumbraos desde ahora á reflexionar sobre la vanidad de los juguetes y chucherías que regularmente en vuestra edad son el objeto de vuestros deseos. Considerad que el gusto que causan solo es momentaneo , gusto tan falso como poco permanente. Quando por el contrario , la sola relacion de una bella accion os conmueve , os admira y os hace verter lágrimas... ¿qué sería , pues , si vosotros mismos la executaseis?... Parad de quando en quando la consideracion en la multitud de infelices á quienes falta el pan al tiempo mismo que vosotros arrojaís ó desperdiciaís el que se os dá para merendar ; en los que padecen todo el rigor del frio por falta de vestidos , quando vosotros haceis pedazos los vuestros para vestir una muñeca. Estas reflexiones abriendo vuestros corazones á la compasion os harán tambien ser económicos ; y sin la economía es imposible ser generosos : por tan-

to acostumbraos desde luego á no desperdiciar cosa alguna ; despues imponeos de tiempo en tiempo algunas cortas privaciones voluntarias ; conseguid algun dominio sobre vosotros mismos ; tened bien presente que solo la virtud nos puede distinguir , y que ella sola puede hacernos estimables , felices y queridos ; finalmente tened presentes estas conversaciones y las historias de nuestras Veladas , con lo qual insensiblemente vuestras almas se elevarán , se perfeccionará vuestro juicio , os hareis verdaderamente benéficos , y sereis las delicias y la gloria de vuestra Madre...—Desde ahora quisiera yo hacerla á Vmd. feliz , querida Mamá mia. ¿ Pero es posible que no pueda yo ser bastante buena para sacrificar á los pobres todos mis caprichos?...—No es regular en tu edad ni en la juventud ser capaz de una reflexion bastante sólida para poder llegar al punto de perfeccion que dices. Hasta ahora nada has visto ; todo es nuevo para tí ; todo te gusta ; pero quando sepas ocuparte con solidez , la mayor parte de las frioleras que ahora te agradan y te incitan te parecerán insípidas.

das ; solo apreciarás lo que llega al corazón , y nada le satisface tanto como el uso constante de la beneficencia. Fuera de que no estamos obligados á dar á los pobres todo lo que nos sobra. El Evangelio nos manda que demos limosnas , (a) pero no que nos despojemos enteramente para dar á otros. Es cierto que el que se penetrase perfectamente del espíritu del Evangelio daría á los pobres quanto posee ; pero la Religion no exige que sacrifiquemos á la humanidad todas las conveniencias de la vida , y sí solo el que pongamos freno á nuestros caprichos , para que así podamos expiar nuestros deseos desordenados con acciones de bondad y beneficencia...—Ya he comprehendido todo esto , dixo César. El que es medianamente bueno dá una corta porcion de su sobrante ; el que es bueno , bueno y compasivo , dá mas de la mitad de ese sobrante ; y el que es perfecto lo dá todo...—Tu definicion es mui propia , y ahora si me

de-

(a) Dá á aquel que te pida , y no huyas del que te quiere pedir prestado. Evang. S. Math. cap. 5.

dexais acabaré la historia de ayer...—¡Pues qué, exclamaron á un tiempo los tres niños, la historia de Mariana Rambour!...—No he dicho que se hubiese concluido: siempre me habeis interrumpido, y con vuestras preguntas no me habeis dado lugar á finalizarla. He procurado haceros comprehender que, en general, las personas sin crianza son dignas de lástima quando un suceso imprevisto mejora al parecer su suerte. Creo haber hecho ver á Pulchéria que Mariana Rambour debía ser feliz con doscientas y sesenta libras de renta; pero no he dicho que esta corta herencia fuese el único premio que el Cielo había dado á su virtud. Os he recordado aquella máxima de que: *jamás una accion heroica queda sin premio aun en este mundo.* Sobre esto notasteis todos la cortedad de una renta de doscientas y sesenta libras, sin informaros si no había en efecto logrado otra recompensa.—Ahora comprehendo que no se debe precipitar el juicio, y que antes de dar su parecer es menester hacerse cargo de las cosas. En castigo mereceríamos que nos privase Vmd. de

lo restante de la historia de Mariana; no obstante lo sentiríamos mucho...—No temais que lo haga, hijos míos. Me basta que formeis la resolucion de juzgar en lo sucesivo con menos precipitacion y ligereza.

Pero volviendo á Mariana, supo en su retiro que el Cura de S.** había leído su carta en público; lexos de alegrarse, lo sintió infinito. Escribió sobre este particular al Cura, diciéndole: «Me ha sido mui sensible que ha-
»ya Vmd. hecho pública una accion que yo
»deseaba que solo Dios y Vmd. la hubiesen
»sabido.» A pesar de lo sincero de su sentimiento todo Charleville supo la historia de Mariana. Las personas mas distinguidas de la Ciudad quisieron verla, conocerla y llevarla á sus casas. Varios procuraron por todos los medios imaginables obligarla á recibir algun socorro, que en su situacion debía serla necesario. Pero Mariana lo rehusó constantemente, respondiendo siempre que nada la hacía falta, y que estaba del todo contenta con su suerte. Finalmente el Cura de S.** hizo un viage á París, en donde habló varias veces de

Mariana Rambour ; contó su interesante historia á una Señora , á quien tambien dió algunas cartas de Mariana , y una copia del auto de fundacion que hizo executar. Esta Señora entregó estos papeles á un Literato amigo suyo para que los insertase en una obra curiosa que iba á dar al Público. (a)..—¿Pues qué, la vida de Mariana Rambour está impresa? ¡Quánto me alegro que Mariana logre reputacion!...—Ya ves que á pesar de su modestia sale ya de la obscuridad que tanto amaba ; pero escucha lo que falta...—Esto es lo mejor ; el corazon me palpita... ¿y bien Mamá?...—Existe un jóven Príncipe , poco mas ó menos de tu edad , César ; solo tiene nueve años , y ya su genio promete la esperanza feliz de que sea un dia tan distinguido por sus virtudes y beneficencia como lo es por su augusto nacimiento : como vosotros , hijos mios , su mayor gusto es oír contar historias útiles , las escucha con ansia , hacen profunda im-

pre-

(a) Intitulada la fiesta de la Rosa , que se sigue á la graciosa novela de *Les amours de Pierre le Long*.

presion en su corazon , y quedan grabadas en su memoria. Un dia el sugeto encargado de su educacion le refirió la historia de Mariana Rambour. Luego que acabó de contarla exclamó el Príncipe llorando : ¡Ah , y quanto siento ser tan niño!...—¿Por qué , Señor? le preguntaron...—Daría una pensión á esa virtuosa muger...—Pero tiene V. A. un Padre que le ama tiernamente...—¿Le parece á Vmd. que se la pida?—Sin duda alguna , y con eso le causará la mayor alegría...—Sin esperar á mas el Príncipe , enagenado , fuera de sí se levanta , sale corriendo de su quarto , atraviesa un corredor , baxa con precipitacion dos escaleras , llega á una sala de Billar , en la que había ocho ó diez personas ; pero solo repara en su Padre , y á pesar de su natural encogimiento se arroja en sus brazos , diciéndole con voz trémula : *Papá , tengo que pedir á Vmd. una gracia*. Le conduce á un quarto inmediato , y allí expuso su peticion del modo mas tierno. Recibió en premio de su sensibilidad los tiernos abrazos de su Padre , que estrechándole contra su pecho le dixo : *Voi*

á dar orden que se extienda en tu nombre el libramiento de una pension de seiscientas libras para Mariana Rambour. Ahora si, interrumpió Pulchêria, que estoi contenta. ¡Oh qué Príncipe tan bueno, y qué contento estaría...— El mismo quiso escribir á Mariana para darla esta noticia, y esta es su carta.

»S. L.** Agosto 2 de 1782.—Me cuento por feliz, Señora, de que me hayan referido la accion que ha hecho Vmd. movida de su lealtad para con Madama de S.**, puesto que tengo el gusto de decirla hasta que punto me ha penetrado. Querían hacerme ver quan bella es la virtud, quan digna es de ser amada, y para esto me han contado su historia de Vmd. La soi deudor de una leccion que jamás olvidaré, y de que siempre me acordaré con enternecimiento. Reciba Vmd., Señora, el libramiento de la pension de seiscientas libras que la envio, como una prueba de mi admiracion y del vivo y tierno interes con que contribuiré toda mi vida á su felicidad.

»Hago incluir en esta el pago de dos-

»cien-

»cientas libras por el primer tercio de dicha pension, que empieza á correr desde primero de Julio pasado.»

Juzgad, hijos míos, del efecto que esta carta produciría en el corazon sensible de Mariana, tanto mayor quanto la orden que la acompañaba estaba puesta en los términos mas honoríficos y lisonjeros. Mariana el dia de hoy se halla rica para su clase, y goza de la estimacion general debida á su virtud.—¡Ah Mamá, qué historia tan bella!... ¡Quánto quiero á este jóven Príncipe que ya es tan bueno!...— Creo que no tendreis menos gusto en la velada de mañana, pero ya es tarde, y es menester concluir esta.—Una palabra tan sola, Mamá. ¿Qué título tiene la historia que nos quiere Vmd. contar mañana?—*Eglantina, ó la indolente corregida.*—Eglantina! ¡qué nombre tan bonito! ¿Era indolente? Pero no es un defecto mui grande...—Ya vereis quales pueden ser sus consequencias. Entretanto vámonos á acostar. Estas pocas palabras de la Marquesa avivaron en gran manera la curiosidad de los niños que esperaban con ansia la nona

velada, en la qual su Madre contó la novela siguiente.

EGLANTINA,

Ó LA INDOLENTE CORREGIDA.

Doraliza, muger de un Director de Rentas, gozaba de una fortuna quantiosa; pero tenía demasiado talento y buen corazon para amar el fausto y quererse distinguir con vana magnificencia. Sabía que el luxo, siempre digno de vituperio, lo es mucho mas en aquellos sugetos que no están obligados por razon de su clase á lucimiento alguno. No tenía joyas; su casa era sencilla y cómoda; no daba funciones, pero hacía buenas obras, y sus riquezas, lexos de exponerla á la envidia de los necios y al desprecio de las gentes de juicio, hacían que lograrse las bendiciones de los infelices y la general estimacion. Nada en su casa aparentaba ostentacion, ni el pueril deseo de lucir; aunque no era de aquellas personas que no pueden estar solas, amaba la

la sociedad. Y con el fin de formarse ó de tener una verdaderamente agradable, no había dado preferencia exclusiva á una clase sola; no determinó sus visitas, diciendo: no quiero ver sino gentes de tal ó tal empleo, ó no veré gentes de tal clase ó de tal empleo; antes por el contrario, se había determinado á recibir todos los sugetos verdaderamente distinguidos por las prendas de su corazon, ó agradables talentos, de qualquiera clase que fuesen.

Tenía Doraliza una hija única; esta niña de edad de seis años manifestaba ya buen corazon; era humilde, obediente y sincera, no carecía ni de memoria, ni de inteligencia, pero era mui indolente; por consiguiente ni tenía actividad ni aplicacion. Todo lo hacía con lentitud y dexadez, y era tan negligente como perezosa. ¿Con que la indolencia, interrumpió Carolina, causa todos esos defectos?—Reflexiónalo, y no lo estrañarás. ¿Qué es la indolencia? Es cierta floxedad que causa tédio para todo lo que podría fatigar, por poco que fuese, al espíritu ó al cuerpo. Con esta disposicion ni se quiere correr, ni saltar,

bailar, ni jugar al volante, porque estas diversiones fatigan. Por la misma razon se huye del estudio, por no tomarse el trabajo de estar aplicado. No se reflexiona, ni se piensa en nada, y en este estado se vive sin gusto ni conocimiento. Tal era la situacion de Eglantina hija de Doraliza. Daba sus lecciones con mucha docilidad, pero á nada atendía de quanto la enseñaban, de lo que resultaba que no sacaba provecho alguno de las lecciones. Por otra parte su Aya se quejaba continuamente del poco cuidado que tenía con las cosas. En efecto, en todos los rincones de la casa se hallaban los pañuelos, los guantes, las tixeras y las muñecas de Eglantina. Mas quería perder que no arreglar y guardar las cosas de su uso. Todo estaba en desórden en su quarto; todo con la mayor porquería. Precisada á pasar una parte del dia buscando sus libros, su labor y sus juguetes, se fatigaba y disgustaba sumamente, gastando en esta desagradable tarea el tiempo precioso que hubiera podido emplear útilmente, ó á lo menos en sus diversiones.

Todas las mañanas era menester reñirla para obligarla á levantarse: despues otro sermón sobre la torpeza con que solía estarse mas de una hora despues de levantada, y que se daba á conocer por sus repetidos bostezos: otro sermón sobre el tiempo que gastaba en almorzar; y despues el paseo, en donde se renovaban las reconvenciones, porque Eglantina quería sentarse en vez de andar, y se quejaba ó del frio ó del calor. Lo mismo sucedía con las lecciones; nunca las daba Eglantina sin llorar, ó sin tener ganas de ello: las diversiones no la daban gusto, porque era menester buscar los juguetes extraviados ó perdidos, y oír reprehensiones por estos descuidos.

Tenía Doraliza todos los talentos necesarios para dar una excelente educacion, pero no tenía experiencia. La educacion de Eglantina era la primera á que había presidido; en todas las cosas hai que pagar con faltas el aprendizaje, y en esta ocasion cometió Doraliza una mui grande. No previó todas las malas consequencias que podían resultar del defecto dominante de su hija (defecto á la

verdad el mas dificultoso de destruir.) Se li-sonjeó que la edad y la razon darían insensiblemente á Eglantina la actividad de que carecía; se contentó con reñirla de tiempo en tiempo, en vez de castigarla, y no conoció su error sino quando era imposible remediarle...—¿Vmd. cree, Mamá, que si hubiesen impuesto á Eglantina penitencias la hubieran corregido?—Raras veces es necesario emplear medios violentos para corregir los niños que son activos y sensibles, porque todo lo toman con viveza; un nada os conmueve, una palabra basta para castigaros; pero los genios indolentes y frios dificilmente se alteran; es menester de quando en quando darles algun castigo para sacarlos de su entorpecimiento habitual...—Mamá, ¿qué penitencias hubiera Vmd. impuesto á Eglantina?—Las mas rigurosas para ella, y no obstante mui suaves. Quando no hubiera querido correr ó andar á buen paso, hubiera hecho durar el paseo una hora mas. Quando hubiese dado una leccion de mala gana se la hubiera hecho dar otra vez, y así de lo de-

más.

más. Para evitarse Eglantina este trabajo doble se hubiera aplicado, hubiera usado de actividad aparente, que con el tiempo hubiera sido verdadera, é insensiblemente hubiera mudado de genio.

No siguió este método Doraliza, y la pesó amargamente con el tiempo no haberlo hecho. No obstante, viendo que la negligencia de Eglantina se aumentaba cada dia, la ocurrió formar un diario, en el que cada noche sentaba todas las cosas que Eglantina había perdido en el discurso del dia, y el precio de ellas. Ponía en esta lista los libros rotos ó desenquadrados, los vestidos nuevos manchados ó echados á perder de modo que no pudiesen volver á servir, los pedazos de pan que arrojaba por los rincones, y los juguetes hechos pedazos; todo este desvarato junto á las cosas perdidas compuso al cabo de un mes la cantidad de noventa y dos libras, esto es, quatro luises y tres libras...—¡Oh Dios mio! exclamó Pulchêria, es increíble. Yo, gracias á Dios, en todo el año no he perdido sino el valor de

qua-

cuarenta libras.—Es cierto, pero no cuentas sino lo que has perdido, y no lo que has echado á perder ó gastado inútilmente. Además yo no soi rica, y no usas muselinas bordadas ni encaxes, y por consiguiente no puedes perder sino cosas comunes. No tienes por alhajas sino alfileros de paja y caxas de bergamota, y todos tus juguetes no valen seis libras...—Mamá tanto mejor, me parezco á Enriqueta, la hija de Madama Steinhause, conozco que los adornos me incomodarian. Un hermoso delantal guarnecido de encaxes me daría pesadumbre, porque quiero como Delfina coger rosas sin temor de las espinas...—Ese deseo es natural. Pero hazte cargo que Enriqueta, tan amante de las cosas sencillas como tú, tenía mucho mas juicio, porque no perdía nada. Considera tambien que segun la proporcion de riquezas me ocasionas un gasto tan grande perdiendo tu dedal de marfil, y tixeras inglesas &c. como Eglantina á su Madre perdiendo su dedal de oro y sus tixeras esmaltadas...—Pero Mamá, ¿por qué no criaba Doraliza á su hija con menos aparato de riqueza? Dándola

todas esas vagatelas tan caras no empleaba bien sus riquezas...—Doraliza era mui rica, no gastaba casi nada para ella misma, por lo que podía lícitamente emplear algunas superfluidades en su hija...—¿Pero no era eso inspirarla gusto á todas esas frioleras?...—No, porque si las hubiese guardado para sí en vez de dárse las, entonces podía haber sucedido lo que dices. Mamá, decía Eglantina á Doraliza, ¿por qué no lleva Vmd. mas que un reloj de oro liso y llano con un cordoncito de seda?... Hija mia, respondía Doraliza, porque un reloj liso es mas cómodo, y por consiguiente le prefiero á otro magnífico... Pero Mamá, replicaba Eglantina, el que Vmd. me ha dado está esmaltado, guarnecido de brillantes, y con una cadena de oro...—Eso es porque á tu edad hai poca substancia, se carece de juicio y de reflexiõn; todo lo que brilla seduce; solo se tienen aficiones pueriles. Se apetecen las perlas, los diamantes, los juguetes y las joyas. Por tanto quando te doi todas esas frioleras te trato como á niña. Hablando Doraliza de este modo decía la verdad pura. En

efecto toda persona que á cierta edad tiene aun gusto á todas esas vanas superfluidades no tiene mas juicio y solidez que una criatura de seis años. Pero volvamos á nuestra historia.

Al cabo de un año enseñó Doraliza á su hija la cuenta de todo lo que había perdido ó disipado en el discurso de él ; la suma de esto era de mil y doscientas libras. Poca impresion hizo este cálculo en Eglantina , que solo tenía siete años. Creyendo su Madre que la harían mas fuerza quando llegase á conocer el precio del dinero , continuó siempre su diario con la misma exactitud , ayudándola en esta tarea el Aya de Eglantina , que todas las noches entregaba á Doraliza en un papel suelto la relacion circunstanciada de los desperdicios que notaba. Guardaba Doraliza estos papelillos en una gaveta , sin juntarlos al diario que por su parte escribía ; y en breve tiempo las cuentas de la Aya aumentaron de tal modo que hubiera sido menester bastante tiempo para sacar en limpio las cantidades que contenían. Lo qual visto por Doraliza de-

determinó irlos guardando y no hacer la cuenta de ellos hasta que Eglantina tuviese mas edad.

Entretanto el tiempo se pasaba , y el diario de Doraliza manifestaba claramente que la indolencia de Eglantina en vez de ir á menos se aumentaba. Solía irse á pasear al bosque de Bolonia ; (a) en quatro meses perdió en él el valor de sesenta luises en alhajas : unas veces una sortija ó un pomito de agua de olor ; otras un medallon , esto sin contar los pañuelos y guantes olvidados entre la yerva. Además de esto todos los días rompía un abanico , el muelle real y el vidrio de su reloj , ó bien le desbarataba la repeticion , y era preciso estar pagando continuamente al relojero. En tiempo de invierno el gasto era mucho mayor. Eglantina , como todas las personas indolentes , era sumamente friolenta ; se arrastraba en la ceniza de su chimenea , se quemaba los guardapieses , las batas , el manguito , y era preciso renovar todos los meses su vestuario. Fuera de esto , quando venían los Maes-

(a) Paseo muy frecuentado en París.

tros casi siempre estaba con un dolor de cabeza que no la permitía dar lección. Se daba una targeta al Maestro (a) y se iba...—Pues que Mamá, dixo César, ¿no eran verdaderos los dolores de cabeza?—No. Eglantina los fingía únicamente por no dar lección...—¡Pero eso es mui feo; es mentir!...—Estas conseqüencias tiene la indolencia, que á primera vista parece un defecto tan leve; y por esto no hai vicio, por pequeño que sea, que si llega á dominar no ocasione las mas fatales conseqüencias... Naturalmente era Eglantina sincera, pero era aun mas perezosa, y para ahorrarse el menor trabajo se valía de mentiras, aunque la costaban disgusto y remordimientos; pero regularmente la pereza los superaba. Entretanto Eglantina llegó á tener diez años; su Madre la dió nuevos Maestros.

Fastidiada del clave, y no adelantando cosa alguna, confesó que tenía natural aversion á

(a) *Método con que se paga por lecciones á los Maestros, dándoles una targeta con un sello: esta costumbre está generalmente recibida en Francia, y se debería admitir en Madrid para evitar los fraudes de los Maestros.*

á este instrumento, y dixo que aprendería de buena gana á tocar la guitarra. Consintió Doraliza en que dexase el clave, aunque hacía cinco años que aprendía, y la dió un Maestro de vihuela. Con esto, lo que se había pagado al Maestro de clave, lo que había costado la música, el precio del clave, del piano forte, el templado de estos instrumentos, todo este dinero era perdido, puesto que Eglantina nada había aprendido, y lo dexaba enteramente; de modo que Doraliza puso en su diario este gasto, que subía á ocho mil libras. (a) Eglantina tomó lección de guitarra un año; su Maestro la dexó aburrido de su poca aplicacion. Entonces aprendió la cítara con el mismo éxito que la guitarra. Finalmente la dexó como había hecho con la vihuela y el clave; y la harpa reemplazó estos tres instrumentos.

TOM. I. N.º 3

(a) Lo que es mui creible al cabo de cinco años. Un Maestro de clave cuesta en París tres luises al mes, dando tres lecciones por semana, y mucho mas siendo diarias. Un buen clave cuesta cinquenta luises: un piano forte veinte: un templador para estos dos instrumentos doce ó quince libras al mes. La música copiada se vende mui cara &c.

Tenía Eglantina además otros varios Maestros. Aprendía el dibujo, la Geografía, el Inglés, el Italiano. Tenía también Maestro de baile, de cantar, y un músico que la acompañase con el violín, y Maestro de escribir; todos estos Maestros costaban veinte luises al mes; no por esto sabía más la indolente Eglantina, y el gasto que ocasionaba ya no tenía límites. Cada dos ó tres meses su música, sus libros, sus mapas puercos y hechos pedazos tenían que renovarse y comprar otros; no tenía ningún cuidado con su harpa; la dexaba expuesta á la humedad con las ventanas abiertas, y era preciso encordarla casi todos los días; gastaba en cuerdas, en lápices, en papel &c. quatro veces más de lo que hubiera gastado una persona cuidadosa.

Como su excesiva pereza la hacía enemiga de toda sujecion, era puerca á más no poder. En dos años se habían tenido que mudar dos veces todos los muebles de su quarto; se despeinaba sobre todas las sillas, llenándolas de polvos y pomada, y esparciendo por el suelo todos los alfileres; sus vestidos estaban siem-

pre llenos de manchas de lapiz, tinta y gotas de cera. Este desaseo echaba á perder la mas bonita figura del mundo; era eterna en el tocador, porque nada hacía sino con suma lentitud; pero no por esto se peinaba ni vestía bien, porque veía sin mirar, obraba sin pensar, y no tenía gusto para cosa alguna. Además, para nada tenía gracia; no habiéndose querido sujetar nunca á llevar guantes tenía las manos ásperas y amoratadas; tenía los pies feos, y andaba muy mal, porque siempre llevaba los zapatos en chancleta.

Esto era Eglantina á los trece años; Doraliza se había esmerado en formarla una bonita librería con la esperanza de que tomaría aficion á la lectura. Por obedecer á su Madre leía Eglantina mientras se peinaba, ó por las tardes; quiero decir, que tenía un libro abierto, porque leía con tan poca atencion que era imposible adquiriese la menor instruccion; y así á los diez y seis años era tan ignorante, á pesar de que nada se había omitido para su educacion, que no sabía, ni la historia, ni la geografía, ni aun la ortografía; no podía ni

hacer un extracto , ni escribir una carta , y aunque había tenido diez años Maestro de aritmética , qualquier niño de ocho años contaba mejor que ella. En este tiempo un Caballero llamado el Vizconde d' Arzelle se hizo presentar en casa de Doraliza ; tenía veinte y tres años , y era tan distinguido por sus talentos , virtudes y reputacion , como por su nacimiento , sus bienes y mérito personal. Manifestó el mas vivo deseo de agradar á Doraliza y merecer su amistad ; supo apreciar su sencillez , dulzura é igualdad : igualmente le agradaban á Doraliza su modo , su tono noble y natural , y su conversacion á un tiempo sólida , gustosa y agradable ; la había visto varias veces en casa de una parienta suya , y la había visitado en su casa , sin haber podido ver aun á Eglantina. En fin un día convidó Doraliza al Vizconde á cenar , y á las nueve de la noche salió Eglantina á la sala. Aquel día había su Madre asistido á su tocador : no tenía Eglantina cosa particular en su adorno ; pero á lo menos no estaba desgreñada , ni tenía las orejas llenas de polvos y pomada , y se había

la-

lavado las manos. El Vizconde la examinó con mucha atencion : al pronto le pareció muy hermosa ; de allí á poco notó que no tenía gracia , y al cabo de un quarto de hora no la miró mas , y aun se olvidó de que estaba en el quarto.

No obstante continuaba siempre visitando á Doraliza. Un día que estaban solos la habló con un género de confianza que dió pie á Doraliza para preguntarle si pensaba en casarse : si Señora , respondió el Vizconde ; pero aunque mis Padres dexan enteramente á mi arbitrio esta eleccion , conozco que me será dificultoso determinarme ; no lo haré por interes ó ambicion : una pasion ciega no me hará hacer locuras ; quiero casarme , no para ser mas rico ó mas estimado , sino para ser mas feliz ; por tanto será preciso que encuentre una persona perfectamente bien criada , que reuna la virtud con la hermosura y talentos ; será tambien preciso que sus Padres sean dignos de que yo los respete y ame , y que su Madre , por exemplo , tenga todas las prendas que en Vmd. se hallan , para que así pueda

ser

ser el Mentor y guía de mi muger. Algunas visitas que entraron interrumpieron esta conversacion. Pocos dias despues supo Doraliza que el Vizconde había encargado á uno de sus criados se informase con maña de los de Doraliza acerca de Eglantina, y que además el Vizconde por sí mismo se había dirigido á varios Maestros de esta, los que sin dificultad le dixerón la pura verdad, por lo que supo con la mayor certeza que Eglantina no había sacado fruto alguno de la educacion esmerada y costosa que su Madre la había dado. Desde entonces el Vizconde frequentó menos la casa de Doraliza, y no tardó mucho en dexar de ir del todo. Convencida Doraliza de que se hubiera casado con su hija si esta hubiese sido mas aplicada, sintió mucho que Eglantina no hubiese logrado este casamiento tan lucido como ventajoso, y que el solo mérito personal del Vizconde hacía preferible á otro qualquiera.

Pero aun la quedaban que pasar otras penas mayores. Cada dia mas indolente Eglantina la daba nuevas pesadumbres. A diez y siete años tenía aun todos los Maestros que

se dexan regularmente á los catorce; no tenía gusto para ocupacion alguna. No obstante, como su corazon era bueno y amaba á su Madre, procuraba á veces vencer su natural dexamiento, y entonces todos se admiraban de la inteligencia y disposiciones que mostraba; renacían en el amante corazon de Doraliza el gozo y la esperanza; pero esta mutacion duraba poco: al cabo de cinco ó seis dias volvía Eglantina á su natural; y quando su Madre la representaba los perjuicios que se la seguían de este vicio, la escuchaba con mas disgusto que arrepentimiento.

Con la edad fue adquiriendo nuevos defectos, sin haber perdido los de la niñez; cumplió en fin los diez y ocho años, época feliz para ella, puesto que se debían despedir todos los Maestros para siempre. El dia mismo que se despidieron fue Doraliza por la mañana al quarto de Eglantina; llevaba un libro en la mano; lo puso sobre una mesa, y sentándose al lado de su hija: hoi cumplés diez y ocho años, la dixo, á esta edad comunmente la educacion está perfeccionada. He hecho

por tí hasta este punto todo quanto me ha sido posible, aquí te traigo la prueba; este es el diario de que varias veces te he hablado: contiene el por menor de todas las cosas que has perdido desde tu niñez, y de todos los gastos inútiles que me has hecho hacer; he añadido las memorias de tu Aya, y hecha la suma de estas diferentes cantidades componen la de ciento y tres mil libras...—¡Ah Mamá, exclamó Eglantina, es posible!...—Mui posible, replicó su Madre, y has de pensar que no incluyo en este cálculo los gastos necesarios, ni el de los Maestros que han logrado hacerte aprender algo; por exemplo: escribes bastante bien, y lees música regularmente; no he incluido estos dos Maestros en mi diario, aunque ha sido preciso conservarlos mucho mas tiempo que el que hubiera sido regular si hubieses tenido aplicacion. He tenido que poner entre los gastos inútiles lo que han costado los Maestros de instrumentos, de dibujo, de geografia, de historia, de blason, de aritmética &c. sin olvidar la Maestra que por espacio de dos años te ha enseñado á bordar, y
la

la prodigiosa cantidad de seda, brichos, lentejuelas, rasos y terciopelos que has gastado, sin haber hecho cosa que pudiese servir...—Pero ciento y tres mil libras!... no puedo creerlo...—Facilmente lo creerás si quieres acordarte de lo que te he dicho varias veces, esto es, que no hai gasto, por pequeño que sea, que si es continuo no sea exórbitante, y por consiguiente ruinoso; un exemplo te lo hará ver mejor: tienes dos relojes: desde la edad de ocho años hasta ahora no se han pasado quince dias sin haberlos enviado al relojero ó al joyero, ya para echarles vidrios, muestras nuevas, ó hacerles componer la repeticion, ó ya para hacerles poner manos ú algunos diamantes &c. No ha habido mes en que estos relojes no hayan costado á lo menos siete ú ocho libras de composturas: ha habido muchos en que han costado tres ó quatro lises, de modo que al cabo de diez años sube solo este renglon á ciento y ocho lises. Es mui sensible desperdiciar de este modo el dinero, sobre todo considerando que se hubiera podido emplear mucho mejor. Ciento y tres mil libras
que

que tú has desperdiciado, hija mía, hubieran podido hacer la felicidad de veinte familias desdichadas.

— Esta última reflexi6n de Doraliza hizo verter lágrimas á Eglantina; tomó una mano de su Madre, y apretándola entre las suyas exclamó: ¡Oh qué culpada me siento!... Pero, querida Mamá, aunque me halló sin talentos y sin instruccion, no obstante conservo los elementos de lo que me han enseñado...—No hai duda, y si quisieras aplicarte y estudiar de veras, podías recuperar parte del tiempo y dinero que has perdido; pero era menester que en adelante tuvieses tanta perseverancia y actividad como hasta ahora has mostrado inconstancia y pereza. Oyendo esto Eglantina suspiró, y se quedó suspensa: bien sé, prosiguió Doraliza, que tus riquezas y las alabanzas que dan á tu hermosura te persuaden á que te son menos necesarios los talentos y habilidad que á otras muchas personas; pero aunque poseas estas ventajas, las mas frágiles y menos estimables de todas, ¿es acaso motivo suficiente para des-

pre-

preciar la instruccion y á los que la tienen? ¿Es acaso la hermosura la que nos hace amables? Cree, hija mía, que si no la acompaña el talento á nadie gusta. ¿Son las riquezas quienes nos hacen felices? ¿No te ves morir de tristeza, siempre descontenta de los otros y de tí misma?... Además, ¿sabes acaso el estado de los negocios de tu Padre? ¿Y si se arruinase?... Estas últimas palabras avivaron la atencion de Eglantina. Se quedó mirando á su Madre como aterrada. Dexó de hablar Doraliza, levantó los ojos al Cielo, y al cabo de un instante de profundo silencio, viendo que Eglantina no hablaba, tomó la palabra mudando de conversacion, y al cabo de un quarto de hora se fue, dexando á su hija llena de tristeza y sobresalto.

No eran infundados los temores de Eglantina. Mondor su Padre, tan insaciable como Doraliza moderada, no había podido contentarse con tener doscientas mil libras de renta; por tener mas se había metido en algunas empresas arriesgadas, y estaba próxîmo á perderse. No estaba del todo cierta Doraliza de

esta desdicha; pero sospechaba alguna cosa, y esto era lo que había querido dar á entender á su hija. Mondor, que sabía mejor su situación, procuraba con la esperanza de conservar el crédito encubrir el mal estado de sus cosas; pero varias quiebras de sus asociados hicieron patentes sus alcances. No era Mondor capaz de tolerar con valor los infortunios; cayó enfermo, y no pudieron librarle de la muerte los cuidados de Doraliza y Eglantina; murió detestando su ambicion y codicia, funestas causas de su ruina y muerte. Muerto Mondor se ocupó Doraliza en satisfacer á todos sus acreedores; no eran suficientes todos los bienes de Mondor para cubrir los alcances; Doraliza tenía una hacienda de quince mil libras de renta, á la que no tenían los acreedores derecho alguno; pero con la mira de completar la cantidad necesaria para pagar las deudas de su Marido, cedió por seis años las rentas de esta hacienda, único bien que la quedaba. Eglantina sacrificó al mismo fin todos los diamantes que su Madre le había dado.

Arregladas de este modo las cosas, no la que-

quedaba á Doraliza para vivir en estos seis años mas que sus alhajas, y alguna poca plata; las vendió, y sacó de ellas veinte mil libras. Nos es preciso, dixo Doraliza á su hija, irnos á un país en donde se pueda vivir seis años con la cantidad que nos queda. Mi intencion es que nos vayamos á la Suiza hasta que recobre la posesion cuyas rentas he cedido. ¡Oh Madre mia, exclamó dolorosamente Eglantina, veinte mil libras! ¿Esto es lo que la ha quedado á Vmd.?... ¡Qué cruel reflexion para mí quando me acuerdo de todo lo que he desperdiciado!...—No pienses en ello, la dixo su Madre abrazándola, si yo hubiese previsto las desgracias que nos aguardaban nunca hubieras sabido el por menor cuya memoria tanto te aflige; ya he quemado aquel diario, y quanto contenía se ha borrado para siempre de mi memoria...—¡Ah, replicó Eglantina arrojándose á los pies de su Madre, mi arrepentimiento es demasiado sincero para que pueda olvidar jamás estas culpas que Vmd. con tanta generosidad me perdona!... El deseo y la esperanza de recuperarlas y de contribuir á su felicidad

dad pueden solo en adelante hacerme amar la vida. ¡Oh Mamá! conozco que una hija digna de Vmd. podría aliviarla en sus trabajos: yo, pues, me corregiré, adquiriré las virtudes que me faltan: necesita Vmd. una amiga, yo quiero serlo, y para obtener este precioso título seré capaz de los mayores esfuerzos.

En tanto que Eglantina, bañada en lágrimas y abrazada de sus rodillas, decía esto, Doraliza la contemplaba fuera de sí de gozo; la levantó, la tomó en sus brazos, y apretándola contra su pecho: me haces sentir en este instante, la dixo, todo el gozo de que es capaz el corazón de una Madre: no llores ya mi desgracia; al pronunciar estas palabras no podía Doraliza contener sus lágrimas; pero estas eran las mas dulces que había derramado en su vida.

La noche que se siguió á esta conversacion se quejó Eglantina de un fuerte dolor de cabeza. Al dia siguiente por la mañana estaba con calentura; envió Doraliza á buscar un Médico, el que despues de haber exâmi-

nado atentamente á la enferma declaró que todas las señales eran de viruelas; no se engañaba; esta enfermedad se declaró con el peor aparato: no ocultó el Médico á Doraliza que las viruelas eran confluentes y de las peores. Oprimida Doraliza del dolor, no se apartó ni un punto de la cabecera de su hija, y pasó quatro dias en medio de las mas crueles inquietudes. Eglantina en los arrebatos de un furioso delirio hablaba con su Madre sin conocerla, estaba en sus brazos y la llamaba, exclamando dolorosamente: *¡mi Madre me abandona!... ¡Lo merezco!... ¡No he contribuido á su felicidad!... ¡Muero sin recibir su bendicion!... ¡Oh Dios mió, perdónadme!*

Estas razones interrumpidas con suspiros y sollozos traspasaban el corazón de Doraliza; en vano la respondía, y en vano la bañaba con sus lágrimas; Eglantina no la oía, y continuaba siempre sus lamentos y quejas. Creciendo por instantes la enfermedad cargó sobre todo al rostro, y á pocos dias la cubrió los ojos, privándola enteramente de la vista. No dió cuidado al principio este accidente, bas-

tante comun en las viruelas; pero despues se aumentó en tanto grado que el Médico entró en cuidado, y no pudo menos de decir á Doraliza se temía que Eglantina quedase ciega para siempre. ¡Oh Dios mio, exclamó esta afligida Madre, ciega mi hija!... No me parece, replicó el Médico, que el mal es aun del todo sin remedio, y voi á proponer á Vmd. uno que ha surtido efecto en iguales circunstancias; se trata de dar curso al humor que carga á los ojos... con dinero no hai socorro que no se pueda lograr, sobre todo en París... No sería dificultoso encontrar alguna muger pobre que consintiese en hacer esta operacion, que quizás conservaría la vista á esta Señorita, pero es preciso que esta muger esté del todo sana (a)... ¿Qué operacion, di-

(a) Si el caso que se vá á referir fuese fingido no tendría mérito alguno. Siempre es mal hecho en un asunto inventado presentar circunstancias que choquen la imaginacion, y repugnantes á los sentidos; pero estas mismas circunstancias aumentan el interes y son sublimes quando no se puede dudar de su certeza. Una persona mui conocida, *Madama de R...* (porque no puedo menos de poner siquiera la letra inicial del apellido de tan buena Madre) es quien ha sido capaz de executar accion tan heroica. Solo esta hubiera sido suficiente para justi-

no Doraliza interrumpiéndole vivamente? ¿qué quiere Vmd. decir? Sería menester, respondió el Médico, que alguno consintiese en chupar poco á poco el humor que carga á los ojos de esta Señorita. ¡Oh Dios mio! exclamó Doraliza juntando las manos, os doi mil gracias por haberme dado sangre pura y salud... ¡Ah, solo en esta ocasion conozco todo el precio de ella! vamos Señor, continuó dirigiéndose al Médico, no perdamos tiempo, vamos al quarto de mi hija, venga Vmd... ¡Pues qué, Señora, dixo el Médico, sería posible que Vmd. quisiese encargarse de semejante operacion!... quando por medio del dinero podría Vmd...— ¿Quién yo? ¿yo abusaría de la miseria de una infeliz, violentándola á superar un asco invencible para ella, quando á mí me es tan facil hacerlo? ¿Pudiendo hacer una accion de

tificar la confianza que una gran Princesa ha manifestado tener en esta Señora verdaderamente estimable, encargándola de la primera educacion de los Príncipes sus hijos.

Como Doraliza era excelente Madre, no he podido menos de atribuirle esta accion, pues creo seguramente por todas las circunstancias de su historia que hubiera sido capaz de executarla.

Madre, incurriré en esa inhumana cobardía?... pudiendo servir á mi hija en cosa tan importante, me dispensaría de esta obligacion tan sagrada!—Pero Señora, ¿tendrá Vmd. valor?...—Soi Madre, mi hija está en peligro, no du- de Vmd. de mi valor...—Pero expone Vmd. su salud...—Venga Vmd., no lo dilatemos mas... diciendo estas palabras Doraliza, sin escuchar al Médico le llevó al quarto de su hija.

A este punto de su narracion llegaba la Marquesa de Clemira quando la Baronesa mirando su relox se levantó: en vano pidieron los niños se prolongase la velada, fue preciso irse á acostar.

La noche siguiente la Marquesa prosiguió la historia de Eglantina en estos términos. Ayer la dexamos en el instante en que Doraliza se disponía á entrar al quarto de su hija. Había recobrado esta desde el dia antes todo su conocimiento. Persuadiéndola Doraliza á que consintiese se executase el remedio que el Médico había dicho, la ocultó que ella misma se encargaba de él. He hablado, la dixo, á una muger que se conviene en ha-

certe este favor, y su recompensa será tal que no la debes tener lástima. ¡Oh Cielos, interrumpió Eglantina, ¿cómo no he de tener lástima á una persona tan infeliz que se puede determinar á encargarse de esta asquerosa operacion?... Pues qué, ¿no hai otro medio de darme la vista?... Me estremezco solo en considerar lo que esta pobre muger vá á padecer!... Ah! ¿la humanidad puede acaso permitir que se admita semejante socorro?...—Piensa en tu Madre, considera la mortal inquietud que la está despedazando: además, que habiendo esta muger pasado ya las viruelas, no puede temer el contagio de esa enfermedad, y puedes creer que únicamente ocupada en tu curacion y en su recompensa no hallará nada penoso en el empleo á que se dedica. En fin, hija mia, yo exijo de tí esta prueba de sumision...—Obececer á Vmd. es mi primera obligacion, y pues Vmd. lo manda no puedo ya rehusarlo.

Dicho esto se hizo entrar á una muger, que acercándose á la cama de la enferma la aseguró con entereza de su zelo y valor. Va-

mos pues, dixo Doraliza, empiece Vmd. esta operacion, yo me voi, y volveré quando haya Vmd. acabado. Diciendo estas palabras hizo como que se salía del quarto; pero acercándose poco á poco á la cama de Eglantina se puso en el lugar de la muger, la que se mantuvo detras de ella, á fin de que la enferma oyese de quando en quando la voz incógnita que al principio la había hablado. Creyendo Eglantina que su Madre había salido suplicó al Médico difiriese la operacion un instante: entonces juzgando que hablaba con la muger, tomó la mano de su Madre, y apretándola entre las suyas: ¡ah desgraciada muger, la dixo, perdóneme Vmd. el cruel estado á que la reduce la suerte. ¡Ah, está Vmd. temblando!... me aprieta la mano, ¡oh Cielos! ¿me pide Vmd. la dispense de este asqueroso servicio?... esta accion es superior á sus fuerzas... bien lo comprehendo... ¡Ai Dios mio, prosiguió Eglantina, me abraza... está llorando. Las razones y la humanidad de Vmd., interrumpió el Médico, la enternecen; Vmd. ha mudado su zelo en cariño. Entonces la voz

incógnita habló diciendo que su resolucion era inalterable, y que la costaría mucha menos repugnancia de la que podía imaginarse Eglantina. Luego que dexó de hablar mandó el Médico á todos los que estaban en el quarto que callasen, é hizo comenzar la operacion, que duró cerca de seis minutos. Al cabo de este tiempo despidió el Médico á la muger, encargándola que volviese á la noche, lo que ella prometió, y se fue despues de haber recibido los mas tiernos agradecimientos de Eglantina, y la promesa de una eterna gratitud.

Esta operacion renovada varias veces produjo notable efecto. En fin al tercer dia dixo el Médico que no se emplearía mas de una vez aquel remedio que tanto afligia á Eglantina. Durante esta última operacion, creyéndose Eglantina entre los brazos de aquella muger, de repente dió un grito de alegría, diciendo: ya veo la luz. Al mismo tiempo levanta la cabeza para mirar á la persona á quien debía la vista; pero en vez de la cara desconocida que buscaba, ¿qual sería el exceso de su admiracion y enternecimiento al

ver el rostro querido de la mas tierna de las Madres?... ¡Justo Dios, exclamó, es mi Madre!... el llanto la quita el habla, y estrechando entre sus brazos á Doraliza no pudo por entonces expresar lo sumo de su ternura.... El Médico la aseguró que á nadie había debido aquel socorro sino á Doraliza.—Oh Madre mia, ¡qué tanto estimo ahora la vida!... ¡Ah y qué sensible me sería perderla antes de haber podido manifestar á Vmd. mi amor y agradecimiento!... Solo quiero vivir para hacerla á Vmd. feliz, y solo lográndolo puedo serlo... Hablaba Eglantina con tanto calor y vehemencia, que temiendo el Médico los efectos de una conmocion tan violenta la interrumpió, haciendo cesar la conversacion, que hubiera podido aumentar la calentura.

Desde este dia la enfermedad fue cediendo, pero el Médico declaró que la dexaría muy desfigurada. En efecto perdió Eglantina toda su hermosura, aunque no quedó señalada de las viruelas, ni de costurones en la cara, apenas era conocida: había perdido el pelo mas hermoso del mundo, y no tenía ya aque-

aquella tez tan blanca y delicada que antes se admiraba en ella. Sabiendo quanto se había desfigurado no tuvo deseos de mirarse al espejo; pero la primera vez que se levantó no pudo menos de verse. Su Madre la daba el brazo, y al ir á sentar en un canapé pasó por enfrente de un espejo. Poniendo en él la vista no pudo menos de enternecerse, y parándose dixo: ¿es esta aquella belleza que tanto se alababa hace quince dias? ¡Qué desgraciada serías, replicó Doraliza, si hubieses tenido la locura de estimar en mucho esa frágil hermosura, que en un instante se puede perder!... y que precisamente en el corto espacio de algunos años se ha de acabar!...

Mamá, interrumpió Carolina, yo creo que Doraliza exageraba un poco para consolar á Eglantina; porque aunque no sea una persona muy jóven puede conservar la hermosura.—No, la hermosura no puede hallarse sino en una persona jóven.—Pero no obstante, Madama de Palmis, que todos dicen es tan hermosa, no es ya jóven; tiene treinta y seis años...—Por tanto no es ya bonita, se cono-

ce solamente que lo ha sido. Es cierto que todos la dicen que está mas hermosa que nunca, y que representa solos diez y ocho años. Quando era de esa edad muchas mugeres criticaban su figura; ahora todas convienen en alabarla, únicamente porque conocen que ya no es lo que ha sido. Las personas jóvenes saben muy bien que las solas gracias de la juventud son siempre preferidas á qualquiera hermosura de treinta y seis años, y las mugeres que se acercan á los quarenta prefieren constantemente la hermosura de treinta y seis años á la de veinte. Esta es la causa porque tantas personas sostienen que Madama de Palmis es mas hermosa que la Condesa Rosalia. Aquella ya ha pasado; á nadie hace mala obra; la otra empieza á brillar, y excita la baxa y ridícula envidia de todas las mugeres bastante limitadas y locas para reputar la belleza como la mas preciosa de todas las ventajas. Yo por mí no he visto nunca muger que pasados los treinta años fuese tan bonita como á los diez y ocho, y que fuese verdaderamente hermosa sin los auxilios del arte, esto es,

sin

sin arreboles, sin adornos, y sin la ilusion de las luces...—Ahora conozco, dixo Carolina, que Doraliza no exâgeraba, y que tenía mucha razon en decir que solo una persona loca puede apreciar en mucho una ventaja tan vana, y de que se disfruta tan poco tiempo. Pero háganos Vmd. el gusto de proseguir la historia. Creo de cierto que Eglantina se ha corregido para siempre, y que hará feliz á su Madre.

En efecto, replicó Madama de Clemira, instruida Eglantina por la desgracia y por el agradecimiento, supo vencer todos sus defectos, y se hizo tan juiciosa, tan activa y tan digna de ser amada, quanto había sido antes indolente, perezosa, inconstante y vana. Luego que estuvo del todo buena partió Doraliza con ella á la Suiza. Las dos viajantes fueron primero á Leon; de allí tomaron el camino de Ginebra; pasaron por el *Fuerte de la Exclusa* (entre Chatillon y Coulonges) sitio muy notable por su estraña situacion. Se detuvieron en Bellegarde para ver lo que las gentes del país llaman *la perdicion del Ródano*.

Es-

Este es un sitio cerca del Puente de *Luze*, (a) en donde se vé en efecto ocultarse el Ródano entre unos enormes peñascales y cuevas, y despues volver á salir, precipitándose en torrente desde otros peñascos. Este parage, circundado de montañas, de enormes cimas y de peñascos cubiertos de ovas siempre verdes, es suficiente para disgustar á qualquiera que le vea de los jardines á la Inglesa, en donde se ha querido imitar, pero en vano, semejantes efectos. Despues de haber estado algunos dias en Ginebra recorrió Doraliza las hermosas riberas del Lago, con la intencion de buscar una casa donde establecerse, y resolvió hacerlo en Morges, bonita Ciudad entre Ginebra y Lausanne, (b) en las orillas del Lago, y que goza de la mas bella situacion. Alquiló Doraliza una pequeña casa en este agradable sitio: las ventanas de la sala daban por un lado sobre unas campiñas vistosas y fértiles, y por el otro se veía todo el Lago de

(a) La mitad de este Puente es de la Francia, y la otra mitad de la Saboya.

(b) A diez leguas de Ginebra y á dos de Lausanne.

Ginebra, y las inmensas montañas cargadas de nieve que le terminan.

No podía Eglantina cansarse de contemplar aquellas vistas tan hermosas. ¡Qué mal me parecería ahora, decía, lo que hasta aquí he admirado! ¡Con qué indiferencia volveré á ver las cercanías de París, sus insípidas llanuras y sus jardines tan alabados! Ya para siempre desprecie los rios artificiales, los peñascos y las montañas...—Si hubieses estado en Italia, añadió Doraliza, no te parecerían mejor las ruinas (a)...—Me parece que los Poetas no debieran celebrar las maravillas de la naturaleza, ni los Pintores dibujar paisés sin haber visto la Italia y la Suiza. Soi de tu parecer, respondió Doraliza. *Auteuil* y *Charenton* (b) pueden inspirar algunos versos buenos, pero no las ideas magníficas que en esta clase hacen las obras inmortales. Luis Bakhuisen, famoso Pintor Holandés, se expuso muchas veces al mar alborotado con violentas borras-

(a) Hace alusion el autor á los jardines Ingleses en que se imitan todas estas cosas naturales.

(b) Dos lugares muy amenos cerca de París.

cas para observar el movimiento de las olas, el choque y los naufragios de las embarcaciones zozobradas contra los escollos, y el trabajo y sobresalto de los marineros atemorizados. El célebre Rugendas, Pintor de batallas, vió el sitio, el bombardeo, la toma y saqueo de Ausbourg. Varias veces arrojó la muerte para considerar á su gusto los efectos de las balas y bombas, y todos los horrores de un asalto. Se le ha visto dibujar en lo mas sangriento de ellos, y sacar sus diseños con el mismo cuidado y perfeccion que si los hubiese hecho en su quarto. Wander-Meulen siguió á Luis XIV en todas sus conquistas, dibujando las situaciones de las Ciudades fortificadas y sus cercanías, todas las diversas marchas del Ejército, los campamentos y las escaramuzas, á fin de formar los quadros que despues hizo de la historia de este Monarca. Esta es la actividad y el valor que puede dar el noble deseo de sobresalir; pero quando se prefieren á esta gloria verdadera los aplausos cortos y momentaneos, no es precisa ni mucha instruccion, ni gran talento.

Es-

Escuchaba Eglantina á su Madre con una satisfaccion que nunca había experimentado: insensible en otro tiempo á lo ameno de su conversacion, su indolencia y distraccion la impedían hallar gusto en ella; pero sus desgracias habían producido en su natural una mudanza tan súbita como admirable. Había mudado enteramente de genio; reflexionaba, sentía con viveza, y tenía un gusto indecible en conversar con su Madre: queriendo además recompensarla de las pesadumbres que la había causado por su indolencia, se ocupaba con suma actividad, y lo que al principio la fue molesto á poco tiempo la sirvió de gusto. La lectura, la música y el dibujo ocupaban todo su tiempo. Como se aplicaba de veras, lexos de serla fastidioso el estudio y el trabajo, la interesaban y la servían de recreo. A los principios solo la había movido á aplicarse el deseo de dar gusto á su Madre y hacerla ver de este modo su agradecimiento; pero despues, admirada y sorprendida ella misma de la rapidez de sus progresos, estudió por su propio gusto, y á fueza de aficion, de

paciencia y aplicacion consiguió recuperar todo el tiempo que había perdido. Adquirió conocimientos sólidos y luces muy superiores, y cada día se la hacía mas agradable su nuevo domicilio.

Como dos personas pueden con mil escudos al año vivir en Morges con mucha decencia, no echaban mucho de menos la pérdida de sus bienes; tenían una casa muy cómoda, y principalmente el estudio de Eglantina era precioso. Desde su bufete descubría el Lago y las montañas, y hallaba que esta vista era mas agradable que la del Sena y de los Baluartes. (a) Comía mucho mejor que en el tiempo de su mayor opulencia; las excelentes frutas, la caza y ricas leches de la Suiza, y los excelentes pescados del Lago de Ginebra no las dexaban nada que desear en este particular, además de que Morges, sus cercanías y Lausanne las ofrecían todos los recursos de trato y sociedad que podían apetecer.

En aquel feliz país, que el luxo aun no ha

(a) Paseo muy comun en París.

ha podido corromper, se encuentra toda la sencillez de las costumbres mas puras; y las mugeres son igualmente amables, instruidas y virtuosas. Doraliza y su hija iban á menudo á Lausanne: hicieron conocimiento con una jóven viuda llamada Isabela que reunía con un bello exterior muchas habilidades, un talento fino y cultivado, un corazón sensible, y todas las prendas mas estimables y atractivas. Se hizo muy amiga de las dos; iba á menudo con ellas á Morges, ó á los viagecillos que hacían en las inmediaciones de Ginebra. Unas veces se paseaban por las dilatadas riberas del Lago; otras veces juntándose en Morges una sociedad selecta de doce ó quince personas, se tenía concierto, ó bien se armaba un baile campestre debaxo de una verde enramada adornada con guirnaldas de flores naturales. Eglantina era el principal adorno de estas pequeñas funciones con su gracia, alegría y habilidades. No era ya hermosa, pero agradaba mucho mas que en el tiempo en que se admiraba justamente en ella lo perfecto de sus facciones y hermosos colores. Conservaba

siempre un talle delicado y airoso, había adquirido las gracias y el despejo, sin el qual esta ventaja de nada sirve: no se vestía con magnificencia, pero se sabía poner con gusto. Se la miraba sin admiracion, pero quanto mas se la miraba mas agradaba su figura. Su semblante estaba lleno de expresion; en una palabra, no tenía ya aquella hermosura que deslumbra los ojos. Tenía otra mejor, poseía las gracias que los atraen y fixan.

Había ya cerca de diez y ocho meses que habitaba Doraliza en Morges sin haberse podido resolver á dexar su casa por algun tiempo para recorrer la Suiza como había pensado al principio. No obstante queriendo hacer conocer á su hija aquel país tan celebrado, se determinó por fin á ausentarse de su casita y de la compañía de la amable Isabela. Marchó con Eglantina á fines de Junio, y fue primeramente á Berna, Ciudad hermosa por la simetría y belleza de su situacion. Sus calles son muy anchas, y por el medio de todas pasa un pequeño arroyo de agua corriente y cristalina. A los dos lados de las calles hai her-

mo-

mosos arcos que forman galerías cubiertas y enlosadas de sillería; en el fondo de estas galerías tan cómodas para la gente de á pie están todas las tiendas con suma curiosidad y adorno. Los paseos de Berna son deliciosos, y el terraplen que domina sobre el Aar ofrece de todos lados una vista admirable. (a)

Estuvo Doraliza algunos dias en Berna, y despues de haber visto á Indelbank, lugar en donde se ven magníficos sepulcros, (9) marchó de Berna, y se dirigió ácia las neveras de Grindelwald, á veinte leguas de Berna.

De todas las neveras que se hallan en los Alpes la mas notable es la de Grindelwal, cerca de un lugar de este nombre. En lo mas alto de la montaña hai un espacioso lago de agua helada. El peñasco que sirve de estanque á este lago es de un mármol negro con be-

TOM. I.

P 3

tas

(a) En un ángulo de este terraplen hai una inscripcion que conserva la memoria de un suceso extraordinario. Un estudiante yendo á caballo cayó desde lo alto del terraplen abaxo, dando una caida de ciento y veinte pies de altura; el caballo quedó muerto, pero él estudianto solo se quebró las dos piernas. Ha vivido despues quarenta años, ha sido Ministro ó Párroco, y murió el año de 1694.

tas blancas; la parte que baxa en cuesta menos rápida es de mármol hermoso y matizado. Las aguas sobrantes del lago al caer sobre este plano inclinado forman lo que particularmente se llaman las *neveras*, esto es, un conjunto de earámbanos en pirámides que cubren toda la cuesta de la montaña. No hai cosa que se pueda comparar á la hermosura de este magnífico anfiteatro, cubierto de torres ú obeliscos, que parecen ser del cristal mas puro, y que se levantan á mas de quarenta pies de altura. Este espectáculo es admirable, sobre todo en el verano, quando el Sol hiere aquel grupo de pirámides. Entonces todos empiezan á humear, y esparcen un resplandor insufrible á los ojos. El valle está circundado por entrambos lados de dos montañas cubiertas de yerva y de un bosque de pinos.

Despues de haber visto Doraliza y su hija estas maravillas continuaron su viage por lo interior de la Suiza, y queriendo conocer al autor del Poema de Abel (a) fueron á Zurich.

(a) Gesnero.

rich. Allí vieron á este gran Poeta, tanto mas estimable quanto debe la mayor parte de sus talentos á la sensibilidad de su alma y pureza de sus costumbres. Si no hubiese sido amante del campo; si no hubiese habitado el país mas delicioso del mundo, y sido tan buen Padre y buen Esposo, no hubiera compuesto los bellos Idilios, en los que la virtud se presenta con tan hermosos coloridos y baxo un aspecto tan alhagüeno. ¿Por qué causa esta clase de obras tan sencillas en sí tienen tan grande atractivo? ¿por qué se han traducido en todas las lenguas? La causa es que el autor sentía todo lo que expresa, y había visto todo lo que pinta. Gesnero acompañó á Doraliza todo el tiempo que estuvo en Zurich. Quando paseaban las deliciosas riberas del Lago de Zurich, del Sil, y del Limmat; Gesnero enseñaba á Doraliza los sitios amenos que había dibujado (a) ó descrito en sus versos, y Doraliza admiró sobre todo el bosqucillo de las parras en donde Gesnero compuso el delicioso Idilio de *Mirtilo*.

(a) Gesnero dibuja tan bien como hace versos.

Doraliza y Eglantina pasaron ocho días en su compañía. Le contemplaron en medio de su familia y ocupaciones, y vieron siempre en él un sabio feliz, un verdadero filósofo, y un digno pintor de la naturaleza.

Después de una ausencia de dos meses Doraliza y su hija volvieron con sumo contento á su casita de Morges. Isabela las dobló el gusto yendo á pasar con ellas gran parte del invierno. La primavera renovó los placeres, las funciones de campo y los paseos. Había dos años que Doraliza había salido de París. Eglantina iba á cumplir veinte; era las delicias de su Madre, y no conocía la felicidad sino desde que habitaba en Morges.

Una tarde que Eglantina y Doraliza se paseaban por las riberas del Lago encontraron á un jóven vestido de negro, que paseándose lentamente parecía sepultado entre tristes reflexiones. Al pasar al lado de Doraliza levantó los ojos, se quedó sorprendido, y se acercó. Entonces Doraliza conoció con admiración que era el Vizconde de Arzelle. Después de los primeros cumplidos el Vizconde la dixo le había sucedido la mayor de las des-
gra-

gracias perdiendo á un Padre querido; y añadió que siéndole por esto odioso el vivir en París, había resuelto viajar; que pensaba estar dos meses en Suiza, y pasar después á Italia. Concluida esta relación, viendo Doraliza que anochecía dió la vuelta á su casa. El Vizconde la pidió permiso para acompañarla, y la dió el brazo. En este instante se acordó que Doraliza tenía una hija, y vió que estaba con ella: la saludó, pero no pudo verla, porque iba al otro lado de su Madre, y además con la obscuridad no hubiera podido distinguir sus facciones. Llegados que fueron á la puerta de la casa llamó, y una criada baxó á abrir. Entraron en el patio, y el Vizconde dixo á Doraliza con enternecimiento: es esta, Señora, su casa de Vmd... al decir esto se acordó de las inmensas riquezas de que en otro tiempo gozaba Doraliza, del buen uso que de ellas hacía, y de que solo se veía pobre por pagar todas las deudas de su marido. Subieron la escalera, entraron en un gabinete adornado con mui bonitos dibujos y alhajado con gusto. ¿No es mui precioso este gabinete? dixo

Doraliza; pues todo lo que contiene es obra de mi hija. Ella ha bordado todo esto y ha dibujado esos países. No pudo menos el Vizconde al oír esto de manifestar una admiración que parecía incredulidad: al mismo tiempo miró á Eglantina, y sorprendido de la mudanza que advirtió en ella se quedó mirándola atentamente sin poderla conocer. Eglantina se sonrió poniéndose colorada, y esta sonrisa hermoseó tanto su rostro que el Vizconde manifestó nueva admiración. Al principio había mirado á Eglantina con curiosidad, pero ya la contemplaba con afición. Notó que había crecido, admiró su hermoso cuerpo, su aire noble, la expresión de su fisonomía, y conoció que las gracias que había adquirido valían mil veces más que la hermosura que había perdido. Su admiración creció al oír la hablar: no podía creer al escucharla que fuese aquella misma persona que le había parecido en otro tiempo tan insípida y poco amable; no podía concebir que tres años hubiesen producido tan notable y extraordinaria mudanza. Al despedirse de Doraliza la supli-

có

có le permitiese volverla á ver, y al día siguiente pasó con ella gran parte de él. Tenían concierto aquella noche; oyó el Vizconde cantar á Eglantina, y acompañarse con el harpa. Creía estar soñando; acordándose que aquella Señorita tan amable era la misma Eglantina, con quien á pesar de su riqueza y hermosura no se había querido casar por parecerle entonces tan presumida como ignorante.

El Vizconde vivía en Lausanne, oía que todos alababan á Eglantina: habíase esta granjeado todos los corazones por sus gracias, su entendimiento, y sobre todo por su dulzura, igualdad de genio, y mucho amor á su Madre. Oía el Vizconde con sumo gusto estas alabanzas. Isabelá, como amiga de Eglantina, era la que más sobresalía en esto, por tanto el Vizconde prefería su trato á otro qualquiera. Había ya dos meses que el Vizconde estaba en Suiza, y no hablaba ya del viage de Italia. Pasaba en casa de Doraliza todo el tiempo que esta le concedía. Tímido y receloso con Eglantina apenas se atrevía á hablarla, pero la escuchaba, y observaba sus acciones con una aten-

aten-

atencion de la que nada podía distraerle, y manifestaba á Doraliza la veneracion y afecto del hijo mas amante. Estuvo aun un mes en Lausanne; en fin conociendo ya perfectamente á Eglantina tanto por su fama como por el estudio que de su genio había hecho, dexó de encubrir sus ideas que la razon aprobaba. Se explicó con Doraliza, y la pidió su hija. Vmd. la merece, respondió Doraliza; quando era hermosa y rica la ha rehusado, y ahora que ha perdido uno y otro la quiere. El mérito, la instruccion y la virtud podían solo inspirar á Vmd. una passion verdadera, por lo que debo creer será esta eterna en Vmd. No obstante, como es posible alucinarnos nosotros mismos, exijo que haga Vmd. serias reflexiones antes de contraer un empeño que debe decidir de su felicidad y de la de mi hija. Quiero que se parta Vmd. á viajar por tiempo de seis meses. Si al cabo de este tiempo piensa del mismo modo, vuelva Vmd.: Eglantina será suya. A esto respondió el Vizconde arrojándose á los pies de Doraliza, y la suplicó no dilatare su dicha. Pero ella, firme en su resolucion,

no se dexó ablandar de sus ruegos y promesas; y el Vizconde desesperado tuvo que marchar al dia siguiente. No pudiendo separarse del país en que habitaba Eglantina, anduvo vagando por la Suiza, y pasó así todo el tiempo de su destierro. Cumplidos los seis meses fue volando á Morges: quando llegó, Doraliza estaba sola en su gabinete con su hija. De improviso se abre la puerta, entra el Vizconde, y se precipita á los pies de Doraliza: entonces por la primera vez habla de su amor delante de Eglantina; pide su mano, protesta que nunca la separará de su Madre. Eglantina le declara que solo con semejante condicion puede determinarse á cambiar una suerte que colmaba todos los deseos de su corazon; y el Vizconde la asegura que un sentimiento tan natural la hace mas amable á sus ojos. Aquella noche misma Doraliza, la mas feliz de las Madres, firmó el contrato de casamiento de su hija, y de allí á tres dias, colmados los deseos del Vizconde, casó con la amable Eglantina.

¡Ah Mamá, dixo Carolina, qué historia

tan bonita! Vamos, de aquí en adelante prometo á Vmd. no perder mis pañuelos, mis guantes, ni arrojar mi merienda en el jardín: prometo tambien ser cuidadosa y aplicada, para no ser á diez y siete años sosa y necia, y sobre todo para no dar á Vmd. pesadumbres.—Y si en adelante te dixesen que eres hermosa, acuérdate tambien, hija mia, de la historia de Eglantina. Considera que la hermosura por sí sola es un mérito tan vano como de poca duracion, y que solo las prendas del corazon y del entendimiento nos hacen dignas de estimacion y capaces de inspirar un amor verdadero. Con este documento se concluyó la décima velada.

Al otro dia no hubo tertulia por la noche, porque Mr. Fremont se había quejado de la poca aplicacion de César aquella mañana. Mui sentido César de este castigo se amohinó, y se acostó sin pedir perdon al Abate, contentándose con solo darle las buenas noches. Hacía ya media hora que estaba en su cama, quando la Marquesa entró en su alcoba. ¿Duermes, hijo mio? le dixo en voz baxa.—No Señor—

ñora, aun no, respondió César como afligido.—No lo estraño, y si es verdad, como no lo dudo, que tienes buen corazon, es imposible que puedas pasar la noche con sosiego. ¿Cómo te has acostado, hijo mio, con cierto rencor y mal humor contra un hombre á quien debes amar tanto? ¡Le has dexado salir de tu quarto sin procurar que te perdonase, quando le dexabas para no verle en doce horas! ¡Ah César! Escucha un caso que he leído esta mañana. El Duque de Borgoña, Padre del difunto Rei, siendo mui niño riñó un dia con uno de sus Ayudas de cámara; pero luego que se hubo acostado dixo al tal, que dormía en una alcoba inmediata.. »Perdóneme Vmd. lo que le dixen esta tarde para que me pueda »dormir.” (a) Juzga tú ahora, hijo mio, si hubiera sido capaz de acostarse sin haber pedido perdon á su Ayo. No obstante este Príncipe no tenía entonces mas que siete años, y tú has cumplido diez...—Ah Mamá, bien sabía

(a) En la vida del Delfin Padre de Luis XV por el Abate Proyart, tom. I.

bía yo tambien que no podría dormir... pero permítame Vmd. que me levante, y vaya al punto á pedirle perdon...—Con mucho gusto: vamos hijo mio. Al decir estas palabras Madama de Clemira le dió una bata, y él se la pone de priesa; salta de su cama, y acompañado de su Madre vá al quarto del Abate: llama á la puerta, y Mr. Fremont ya en gorro de dormir viene á abrir, y dá muestras de admiracion al ver á César. Este se acerca, y arrasados los ojos en lágrimas le pide perdon en los términos mas humildes y expresivos. Luego que acabó, Mr. Fremont, en vez de responderle, se dirigió á la Marquesa diciendo: »Vmd. Señora es demasiado buena, pero »me basta que lo quiera; yo procuraré olvidar lo que ha pasado.» Al oír esto César extrañó que el Abate no le hubiese hablado á él. Pero este le replicó: yo no tengo respuesta que dar á Vmd. Esta visita y todo quanto Vmd. me ha dicho lo debo únicamente á su Señora Madre.—Aseguro á Vmd. que no me ha aconsejado mi Madre que me levantara y viniese aquí...—Pero dígame Vmd. ¿estaría ahora en

mi quarto si la Señora no le hubiera hecho conocer su mal proceder para conmigo? A esta pregunta César baxó los ojos, y echó á llorar. Crea Vmd., continuó Mr. Fremont, que si de su propio motivo, sin ser aconsejado ni excitado, hubiese venido, crea Vmd., le vuelvo á decir, que le hubiera recibido amistosamente, aunque siempre era su culpa mui grande en haberme dexado salir de su quarto sin manifestarse arrepentido de ella. Pero no obstante repito que por su Señora Madre le perdono de buena gana, esto es, que no le impondré á Vmd. penitencia por el mal humor y enfado que ha tenido...—Pues bien, dixo César, yo mismo me la impongo. Prometo no asistir durante quince dias á la velada, que es el mayor sacrificio que puedo hacer; pero á lo menos no me trate Vmd. por Dios con tan cruel indiferencia, y sufriré de buena gana mi penitencia. Al acabar estas palabras, Mr. Fremont con semblante cariñoso le abrió los brazos, y César se arrojó á ellos llorando de alegría por haber alcanzado su perdon, y mucho mas por haber hecho una ac-

ción que le reconciliaba consigo mismo. Ya ves, hijo mio, le dixo Madama de Clemira, lo que cuesta quando dilatamos la emienda de nuestros yerros; no solo se hacen mayores y no se halla indulgencia, sino que tambien es preciso para repararlos dar pasos extraordinarios, y hacer sacrificios penosos. Si al acostarte hubieses pedido perdon, Mr. Fremont te lo hubiera concedido, y no estarías privado por quince dias de la velada.

Como los tres niños se habian impuesto la lei de renunciar á las veladas siempre que uno de ellos no pudiese asistir á ellas, Carolina y Pulchéria hallaron que César se habia impuesto una penitencia demasiado larga; le hicieron varias reconvenções acerca de los inconvenientes del mal humor, y le dieron excelentes consejos sobre este particular, de los que César prometió aprovecharse en adelante.

Iba ya entrando la primavera, se estaba en los últimos dias del mes de Marzo; los paseos eran mas agradables, y comenzaba el campo á cubrirse de flores. Agustin, que co-

no sabía perfectamente todas las cercanías de Champceri, conducía todos los dias á los tres niños á parages en donde encontraban flores con que hacer hermosos ramilletes. No daban aun sombra los bosques; se disfrutaba en ellos lo mismo que en los prados, del aire templado que reina en los primeros dias de Abril, y en tanto que los árboles desnudos de hojas traían á la memoria los rigores del invierno, el Cielo puro y sin nubes, y el campo cubierto de flores anunciaban la llegada de la primavera y sus delicias.

César y sus hermanas poseían en comun un jardinito que era sus delicias. Estaba dividido en dos partes: en la una tenían la hortaliza, y en la otra las flores. En un rincón del jardín había un pozo, esto es, una cuba enterrada, pero que tenía como un pozo verdadero su brocal para precaver las caídas, y una polea para sacar el agua que se traía á ella todos los dias. Los niños, ayudados de Agustin, sacaban el agua, y cultivaban ellos mismos su jardín. Tenían cubos, carretillas y demás instrumentos de jardinero proporcio-

nados á sus fuerzas. Estevan el jardinero de la casa dirigía sus operaciones y los abastecía de plantas y semillas. ¡Qué ganas tengo, decía Carolina regando un jacinto, de verle en flor! ¡Qué gusto tendré en cogerlo para llevarsele á Mamá!...—Pero esperarás, hermanita, á que yo le pueda dar al mismo tiempo un ramillete de alhelies...—Y yo una ensalada.

El día doce de Abril fue un gran día; la penitencia de César se había acabado. Los niños se levantan diciendo: *nuestras veladas se empezarán esta noche*; y en el jardín se encontró con que llenar una cesta de ensalada, jacintos, alhelies y violetas. La cesta adornada con muchas cintas se llevó en triunfo, y repartió entre Madama de Clemira y la Abuelita. Las flores se pusieron con cuidado en algunos vasos para que durasen mas tiempo. La ensalada se comió al medio día, y nunca ensalada supo mejor, ni se alabó tanto como esta. Por la tarde la Baronesa avisó que tenía una historia preparada, y acabada la cena contó la siguiente.

EU-

EUGENIA Y LEONCIO,

Ó EL VESTIDO DE BAILE.

Madama de Palméne, jóven aun, y viuda ya desde algunos años, se dedicaba enteramente á la educacion de una hija única que tenía, objeto de toda su terneza y esmero. Su Marido al morir había dexado muchas deudas, que Madama de Palméne no había podido pagar sino yéndose de París y retirándose á unas posesiones que tenía en Turena, á una legua corta de Loches. (a) El castillo es antiguo y muy espacioso, sus puentes levadizos, sus fosos y torreones recuerdan los siglos memorables de los Dugüesclin, de los Bayard, tiem-

32 TOM. I. 33 pos

(a) La Ciudad de Loches está situada en las riveras del Indro, cerca de un monte muy grande. Se vé en esta Ciudad un castillo en donde estuvo preso el Cardenal de la Balue. En la Iglesia Colegiata edificada en el recinto del castillo está el sepulcro de Agueda Soré. Loches dista cinco leguas de Amboisse, pequeña Ciudad, célebre por sus manufacturas, y por la conjuracion que aun hoy día conserva su nombre. Esta última Ciudad está situada sobre el Loira.

pos famosos de la Caballería, y que se deberían echar de menos si la lealtad y esfuerzo de algunos valerosos Caballeros pudiesen servir de policía y de leyes. Lo interior del castillo correspondía á su exterior. Todo traía á la memoria la noble sencillez de nuestros antepasados. No se veían en él molduras doradas, ni la ridícula profusion de porcelanas, figuras de china y demás adornos de que están llenas nuestras casas modernas; en lugar de estas superfluidades se veían hermosas tapicerías que representaban los lances mas singulares de la historia. Había espaciosas galerías adornadas con retratos de familias, y se descubrían desde las ventanas de estas y de las salas, por un lado un bosque espacioso, y por el otro las amenas riveras del Indro. En este sitio fue en donde Eugenia (que así se llamaba la hija de Madama de Palméne) pasó la niñez y los primeros años de su juventud. Allí fue en donde se aficionó á las diversiones del campo, á la vida quieta y retirada. En los hermosos dias de la primavera y verano daba con su Madre largos paseos,

y en lo fuerte del calor buscaban la sombra y el fresco en lo espeso del bosque: en él Eugenia unas veces corría, otras cogía yerbas, de las que su Madre le explicaba los nombres y virtudes. Las mas veces daba allí sus lecciones, ó bien oía leer á su Madre, y por la tarde dexando el bosque iban á pasearse por las amenas riveras del rio. Luego que Eugenia tuvo ocho años se hizo mas sedentaria. Mil ocupaciones diversas la obligaban á estar en casa; pero se levantaba al amanecer, y se iba á almorzar al parque ó al campo, y por la tarde daba con su Madre un paseo de una ó dos leguas. Tenía por compañera en sus diversiones á la hija de su Aya. Esta niña, llamada Valentina, tenía quatro años mas que Eugenia. Era de mui buena índole, de mucha aplicacion, y de buen corazon. Asistía á todas las lecciones que daban á Eugenia, y se aprovechó de ellas de modo que esta la miró siempre, con razon, no como criada, sino como amiga. Entretanto Eugenia llegó á los diez y seis años: á esta edad su natural era tan bueno, como sensi-

ble su alma. Reunía á la alegría y á las gracias ingenuas de la edad mucho talento, discrecion, dulzura inalterable y la igualdad de genio mas perfecta. Su ternura y agradecimiento para con su Madre eran sin límites: no pensaba sino en ella todos los instantes de su vida, y aprovechando todos los medios de agradarla, no había ocupacion alguna que no la fuese grata. Si aprendía algunos versos de memoria se decía á sí misma: *Mamá me los oír á decir con gusto; esta tarde en el paseo se los recitaré; alabaré mi memoria y mi aplicacion.* Si estudiaba el Ingles ó el Italiano: *¡Qué será,* decía, *la admiracion y alegría de Mamá, quando vea que en vez de la hoja que me ha mandado he traducido dos!* Si escribía, dibujaba, ó tocaba algun instrumento, hacía las mismas reflexiones: *Este dibujo adornará el gabinete de Mamá; siempre que le mire se acordará de su Eugenia. Esta sonata que ahora estoi aprendiendo, en sabiéndola bien encantará á Mamá &c.* Esta idea que aplicaba á todo la hacía mirar con sumo gusto qualquier estudio; la facilitaba todas las dificultades; y

ha-

hacia que reputase como diversion todas sus obligaciones.

Para acabar de perfeccionar la educacion de Eugenia tomó Madama de Palméne la resolucion de ir á pasar dos años en París. Se separó de su agradable soledad ácia fines de Setiembre, y luego que llegó á París alquiló una casa, en la que Eugenia echó menos muchas veces las deliciosas riveras del Indro y del Loira. Madama de Palméne volvió á ver con sumo gusto diferentes sugetos que había tratado en otros tiempos. Entre estos distinguió sobre todos á un antiguo amigo de su Marido, llamado el Conde de Amilly, digno en efecto de esta preferencia por su mérito y virtudes. Viudo ya de muchos años, no tenía mas que un hijo único de edad de diez y ocho, y del que se acababa de separar por dos años. Este jóven, llamado Leoncio, había ido á Italia, y debía seguir viajando por el Norte.

El Conde de Amilly iba todas las noches á cenar con Madama de Palméne; á las diez y media Eugenia se iba á acostar. Luego que se retiraba, el Conde hablaba de ella, y era

siem-

siempre haciendo su elogio. Admiraba igualmente sus talentos, su modestia, su reserva, y un cierto aire de dulzura y de franqueza que daba un realce indecible á todas sus acciones. Despues solía hablar de su hijo, alababa su talento, su genio y su buen corazon. Madama de Palméne escuchaba con deleite el elogio de Eugenia. No oía pronunciar tan á menudo el nombre de Leoncio sin sentir alguna conmocion; y en estas conversaciones se olvidó varias veces la hora que era. El Conde de Amilly continuó siempre sus visitas con la misma frecuencia, pero sin explicarse mas. Solamente un dia dixo: mi hijo será rico, pues que yo lo soi; pero antes de partir con él mis riquezas le quiero enseñar á usar de ellas. A su vuelta tendrá veinte años. Le casaré dándole una muger amable, cuyas gracias, exemplo y dulzura puedan hacerle cumplir con gusto todas sus obligaciones, y hacerle amar la virtud. Bien conocía Madama de Palméne que este retrato se parecía al de Eugenia; pero considerando la gran distancia que había entre su fortuna y la del Conde, no podía per-

sua-

suadirse que este pensase realmente en su hija. Había ya cerca de dos años que Madama de Palméne estaba en París, y Eugenia rayaba en los diez y ocho. Una noche entrando el Conde de Amilly á ver á Madama de Palméne, la pidió permiso para presentarla á su hijo, que acababa de llegar: al mismo tiempo entró un jóven cuyo aspecto era el mas noble, y acercándose á Madama de Palméne, la hizo su cumplido de un modo al mismo tiempo afectuoso y tímido, que daba nuevo realce á su gracia natural. El Conde y su hijo se quedaron á cenar. Leoncio habló poco, pero miró mucho á Eugenia, y no dixo una palabra en que no manifestase el vivo deseo que tenía de agradar á Madama de Palméne. Al dia siguiente volvió el Conde con su hijo, y Madama de Palméne dixo sin rodeos al Conde, que se había hecho una lei irrevocable de no recibir en su casa ningun sugeto de la edad de Leoncio. Pero, Señora, respondió el Conde, es menester no obstante que exámine Vmd. si puedé convenirla...—¿Cómo? ¿qué quiere Vmd. decir?...—Pues qué,

¿no conoce Vmd. que mi dicha y la de mi hijo dependen de eso?... Tómese Vmd. tiempo para conocerle, y si tiene la fortuna de agradaarla, se verán colmados nuestros deseos. No podía decirlo mas claro. Manifestó Madama de Palméne al Conde el agradecimiento que sus ofertas la inspiraban. No se empeñó positivamente hasta haber hablado á Eugenia, y tomar algunas informaciones particulares acerca del genio de Leoncio. Todo lo que la dixeron acerca de este, solo sirvió de aumentar el deseo que tenía de adoptarle por hijo; é instándola nuevamente el Conde á que le diese una respuesta positiva, no dudó en dársela. Arreglado todo, se firmó el contrato de casamiento; al dia siguiente Leoncio obtuvo gozosisimo la mano de la amable Eugenia, y al punto marcharon los novios y sus Padres á una hermosa posesion que tenía el Conde á diez leguas de Paris, y convinieron en no volver á la Ciudad hasta fines del otoño.

Madama de Palméne estuvo tres meses con sus hijos; al cabo de este tiempo se vió pre-

precisada á dexarlos, porque queriendo establecerse para siempre en Paris, la era forzoso hacer un viage á Turena para arreglar sus cosas. Aunque debía volver antes del invierno, hubo de valerse Eugenia de toda su razon para tolerar esta dolorosa separacion. Su pesadumbre y melancolía despues que su Madre partió la hicieron aun mas estimable á los ojos de Leoncio. Encontraba cierto gusto contemplándola en aquel estado de abatimiento y de tristeza. Al ver correr sus lágrimas se decía: ¡Qué grande será de aquí á algun tiempo el amor que me tendrá este corazon tan sensible y agradecido! No obstante Eugenia por temor de afligir á Leoncio procuraba ocultarle su pesadumbre; pero se desquitaba de este esfuerzo con Valentina, aquella muchacha de que ya he hablado, y que había sido la compañera de su niñez. El consuelo mayor de Eugenia era hablar de su Madre, y escribirla todos los dias largas cartas que contenían el por menor mas circunstanciado de sus sentimientos, ocupaciones y recreos.

Ya había cerca de dos meses que Mada-

ma de Palméne estaba ausente; en este espacio de tiempo no había hecho Eugenia ni un solo viage á París: en compañía de su Suegro y Marido solo descaba la vuelta de su Madre. Era Eugenia el único objeto de todos los pensamientos de Leoncio, y ella por su parte cada día le quería mas. Iban con frecuencia á pasearse mano á mano por los bosques y campos; Eugenia hacía preguntas á Leoncio acerca de sus viages, y tenía el gusto de instruirse escuchándole. Otras veces sentados en el márgen de un arroyo solía Eugenia cantar algun romance; su voz suave y armoniosa atraía los pastores y segadores. Los unos dexaban sus trabajos, los otros desamparaban sus rebaños, y todos iban corriendo á oírla. Suspendía las labores, y hacía olvidar la fatiga. Una tarde reparó Eugenia entre aquel auditorio campestre en un anciano que aun no había visto. Su aspecto era tan venerable, y sus canas tan largas y blancas, que Eugenia entró en deseo de saber su nombre. Supo que se llamaba Gerónimo, y que tenía setenta y cinco años; que mantenía á una hermana pa-

ra-

ralítica, y que era Abuelo de cinco criaturas huérfanas, á quienes sustentaba con su trabajo. La pension que Eugenia tenía para sus alfileres era mui limitada. Su Suegro poseía bienes quantiosos, era noble y benéfico; pero queriendo hacer que su hijo y su nuera tuviesen arreglo y economía, tenía la prudencia y valor de no repartir sus riquezas con ellos. "Quando conozca, les decía, que sabéis emplear bien el dinero, entonces haremos bolsa comun; dentro de cinco años, por exemplo, si de aquí á entonces estoi contento de vuestra conducta, me despojaré con sumo gusto á favor de un hijo económico y razonable; pero no abandonaré á un insensato y á un dissipador mis riquezas, frutos de mi aplicacion y fatigas, y de que puedo disponer á mi gusto." Ah Padre mio, respondía Leoncio, si me ha dado Vmd. á Eugenia, ¿qué mas puede Vmd. darme?

Eugenia por su parte no deseaba una pension mayor que la que tenía. Quando hai juicio y economía con poco dinero se hace mucho. Por tanto, siempre tenía Eugenia algun di-

dinero con que satisfacer su generosidad y beneficencia. Pensando continuamente en el pobre viejo Gerónimo, al acostarse aquella noche dixo á Valentina que la enviaría á llevarle algun socorro. Al dia siguiente por la mañana el Conde de Amilly fue, como acostumbraba, á desayunarse al quarto de su Nueva: aquí tengo, la dixo, un billete de baile de máscara. Dentro de quince dias hai en París una soberbia funcion, y te han convidado. Yo quiero, hija mia, que vayas á ella; necesitas de un vestido de baile, aquí te le traigo. Al decir esto dexó el Conde encima de la mesa un bolsillo con sesenta luises. Luego que se fue llamó Eugenia á Valentina, y enseñándola el regalo que acababa de hacerla su Suegro, la dixo: con cinquenta luises me podré hacer un vestido bastante hermoso, y así voi á tomar de esta cantidad diez luises para dárselos al pobre Gerónimo; tú, Valentina, irás á informarte al Lugar si todo lo que me han dicho de este anciano es cierto, y si es así yo misma iré á llevarle este socorro.

Por la tarde volvió Valentina del Lugar,

y dixo á su ama que no solo se había informado en casa del Cura y en la de varios aldeanos, sino que también había ido á la del buen viejo; que había visto á su hermana paralítica, que la estaba cuidando la mayor de los nietos de Gerónimo, niña de edad de doce años; que la enferma estaba en un quartito bastante aseado, en una cama tal qual; que el pobre viejo dormía en el portal sobre un poco de paja; y que finalmente Gerónimo era el vecino de todo el Lugar mas hombre de bien y mas infeliz, como tambien el mejor Hermano y Abuelo. Vamos, dixo Eugenia, aquí llevo el bolsillo que me ha dado mi Padre, llevémosle al punto diez luises. Al acabar estas palabras Eugenia agarró del brazo á Valentina, y salió con ella, haciendo decir á Leoncio, que estaba jugando, que iba á pasearse ácia la isleta de los Alamos, á ver trabajar á los segadores. Llegaron al campo en donde Gerónimo trabajaba regularmente hasta puesto el Sol. Viendo que por ninguna parte parecía, preguntan donde estaba, y las dicen que rendido del calor y cansancio había ido á descansar

sar un rato á la sombra, y estaba durmiendo á la orilla del arroyo junto á la cerca de los escaramujos. Eugenia y Valentina se encaminan ácia aquel lado; al cabo de un instante descubren de lexos un anciano dormido y rodeado de sus nietos. Se acercan poco á poco por no despertarle, y se detienen á alguna distancia para contemplar el espectáculo mas interesante y tierno. El pobre anciano dormía profundamente: una pulida niña de ocho á nueve años ataba con mucho tiento su delantal á las ramas de los escaramujos para hacer un toldo que le resguardase del ardor del Sol; uno de sus hermanos la ayudaba en este trabajo, en tanto que los otros dos con unas ramitas de álamo en las manos, puestos de rodillas cada uno á un lado del Abuelo, se ocupaban en espantar las moscas y mosquitos que se acercaban á su cara. Luego que la niña vió á Eugenia la hizo seña con la mano que no metiese ruido. Eugenia se sonrió, y acercándose en puntillas abrazó á la chiquita, y la dixo en voz baxa: tengo que hablar con tu Abuelo luego que despierte. Vete

allá

allá baxo á jugar con tus hermanitos, y volverás quando yo te llame. La chica puso alguna repugnancia en apartarse, como tambien los chicos, que no quisieron irse hasta que Eugenia y Valentina les prometieron que espantarían con todo cuidado las moscas como ellos hacían.

Hecho este convenio las entregaron las ramas de álamo, y sentándose cada una á un lado del Abuelo, en un instante desapareció la familia menuda. Entonces Eugenia, sacando de la faldriquera el bolsillo, le puso sobre sus rodillas para sacar los diez luises. Despues temiendo hacer demasiado ruido al contar el dinero se paró, y echando la vista sobre el anciano le miraba enternecida... ¡Con qué descanso duerme, dixo, pobre viejo!... que presencia tiene tan venerable! Setenta y cinco años, ¡qué edad!... en todo este largo espacio de años ¡qué fatigas no habrá tolerado! Y aun ahora que le van faltando las fuerzas se vé obligado á trabajar sin cesar. Al decir esto Eugenia dexó caer algunas lágrimas. Piense Vmd. Señora, la dixo Valentina, en la

alegría que le vá Vmd. á dar con esos diez luisés...—El don de esta corta cantidad, replicó Eugenia, no puede hacer su felicidad. ¡Oh qué dulce me sería asegurar la tranquilidad de los días que le quedan que vivir! ¡Con que placer se despertaría! Diez luisés solo serán un alivio momentaneo, pero cinquenta le re=mediarían del todo. ¡Cinquenta luisés!... ¡El precio de mi vestido! ¿Y qué gusto tendré con él? Apenas repararán en él; verá ciento mejores que el mio... ¿Crees acaso, Valentina, que quando esté con un vestido guarnecido de franjas de oro y de tалcos pareceré mas hermosa á Leoncio? Hoi mismo le he pa=recido tan bien; y no obstante solo tengo puesto un baquero blanco, y algunas flores que él mismo me dió esta mañana. Valentina mia, con diez luisés podré hacerme un vestido nuevo, sencilló á la verdad, pero que me sentará mejor que otro mucho mas costoso: algunas flores y gasas son mas propias de mi edad; ¿qué te parece?...—Yo, Señora, confieso á Vmd. que tendría mucho gusto en verla bien compuesta...—¡Ah Valentina! repara en

este anciano y abandonarás esa idea tan vana. Figúrate, pues, la satisfaccion que yo tendría en librar de la miseria á este buen Padre de familias... Valentina, ¡con qué contento cenaría esta noche rodeado de sus nietos! ¡Con qué gozo tan puro los abrazaría y recibiría sus caricias!... Y yo mañana por la mañana podría escribir todo esto á mi Madre... ¡Oh Madre mia! ¡qué feliz sería al leer esta carta!...—Pero Señora, será Vmd. notada por la única de la funcion que vaya vestida tan sencillamente; esto podrá desagradar al Señor Conde... y puede ser que á mi amo tambien...—No obstante son tan buenos y benéficos... Vamos Valentina, yo consultaré á Leoncio. Nada debo hacer sin su consentimiento. Pero apartémonos de aquí, porque la vista de este buen viejo me causa unas tentaciones á las que no podría resistir. Ven, vamos á buscar á Leoncio, y despues volveremos. Al decir estas palabras iba Eugenia á levantarse, quando oyó detrás de sí ruido en las hojas, y volviendo la cabeza vió á Leoncio, que saliendo de entre las zarzas se ar-

rojó en sus brazos. A poco rato que Eugenia había salido de casa había él hecho lo mismo, yéndola á buscar; y sabiendo que Eugenia andaba en busca de Gerónimo, no dudó que sería para darle algun socorro. Leoncio, pues, siguiéndola se había estado escondido detrás de la cerca para escuchar la conversacion de Eugenia y del anciano, y desde allí, aunque Eugenia hablaba en voz baxa, como el espacio que los separaba era mui corto, no había perdido ni una sola palabra de quanto había dicho. ¡Oh adorada Eugenia mia! exclamó arrojándose en sus brazos... Todo lo he oido. Pensando en los medios de asegurar la felicidad de este anciano has hecho tambien la mia, puesto que la conversacion que acabo de oir me hace conocer hasta qué grado mereces ser querida.

Aun la estaba hablando Leoncio quando Gerónimo despertó. Al punto Eugenia se desase de entre los brazos de Leoncio, y se acerca al anciano. Este la mira con admiracion, y por respeto quiere levantarse. Eugenia le insta á que se esté quieto. El lo rehusa, añadiendo

do: tengo que ir á trabajar. No, dice Eugenia, descanse Vmd. hoi...—¿Y mi jornal?...—Yo le pagaré... Tome Vmd. este bolsillo; ojalá le sirva de igual satisfaccion á la que yo experimento al dárselo. Al decir esto Eugenia, enternecida y con cierto género de respeto, se inclina, y pone en las manos temblonas de Gerónimo la bolsa, que contenía cinquenta luises. Leoncio de pie enfrente de Eugenia la contempla como arrebatado. Jamás le había parecido tan hermosa. Nunca había hecho en su corazon una impresion tan dulce y profunda.

Entretanto el anciano mira y vuelve á mirar con pasmo el bolsillo abierto puesto sobre sus rodillas. En su vida había visto una suma tan fuerte. Se estriega los ojos, teme aun estar dormido, ó juzga que está soñando. Eugenia callando disfruta deliciosamente de lo sumo de la admiracion de aquel pobre hombre. En fin Gerónimo juntando las manos y levantándolas al Cielo: pero Dios mio (exclamó con voz trémula) ¿qué he hecho yo para merecer premio tan grande? Al decir es-

to levantó la cabeza, y mirando á Eugenia con los ojos arrasados en lágrimas : ¡ah Señora, continuó, Dios quiera para recompensarla á Vmd. darla hijos que se la parezcan! No pudo continuar; sus lágrimas embargaron la voz. A este tiempo todos los nietos de Gerónimo volvieron corriendo. Eugenia le pidió que escondiese el bolsillo, y á nadie dixese lo que había pasado hasta que ella le diese licencia para ello. Despues de esto volvió Eugenia á abrazar á Simonita, y despues de haberse despedido del buen viejo se encaminó con Leoncio ácia su casa. No quiso dar parte á su Suegro de lo que había pasado hasta despues de haber ido á la funcion arriba dicha por temor de que el Conde no la regalase otro vestido de baile. Llegó en fin el día de este. El Conde se quedó en el campo, y Eugenia acompañada de una de sus parientas, y de su marido, fue á París. Solo ella atrajo y se llevó la atencion de todos en el baile, no solo por su hermosura, sino tambien por la graciosa sencillez de su vestido, que la distinguía de todas las demás; no había en su adorno

no oro, perlas ni diamantes : no la incomodaba el vestido, y así alcanzó los premios del baile y de la hermosura. El dulce recuerdo del anciano aumentaba su alegría y su gracia natural; y considerando á menudo la loca y excesiva magnificencia de las jóvenes de su edad, se decía á sí misma : ¡oh cuánta lástima me causan! No conocen estas la verdadera alegría.

Al amanecer se retiró del baile con Leoncio, y se volvieron á la Quinta. Este deseaba que su Padre la viese con el vestido de baile, y no veía la hora de contarle el suceso de Gerónimo. Como le conocía bien, disfrutaba de antemano el gusto que le causaría esta narrativa. En efecto el Conde la oyó con igual alegría y enternecimiento. Dió repetidos abrazos á la amable Eugenia, y desde aquel instante la estimó mas que si hubiese sido su hija. Leoncio y Eugenia fueron al día siguiente á ver á Gerónimo : díxole Leoncio que tomaba á su cargo la colocacion de sus dos nietos Simonita y su hermanito mayor; la primera la pusieron en París en casa de una costurera, y al segundo en la de un evanista;

y para completar la felicidad del buen viejo, el Conde le regaló una vaca y una fanega de tierra inmediata á su choza.

La Madre feliz de Eugenia, Madama de Palméne, que ya venía de camino de vuelta de la Turená, recibió en él la carta que contenía estos pormenores.

No es posible, hijos míos, que en vuestra edad podáis comprehender el gozo que causaría semejante carta en el tierno corazón de una buena Madre. En fin la sensible y hermosa Eugenia se volvió á ver en los brazos de Madama de Palméne, que acabó sus dias en compañía de una hija tan digna de su amor. Siempre fue Eugenia las delicias de su Madre, Esposo y familia; su corazon y la estimación pública la daban la justa recompensa debida á sus virtudes y conducta. Y para colmo de sus dichas oyó el Cielo las oraciones del buen Gerónimo, dándola hijos que se la parecieron, y que la hicieron disfrutar de toda la felicidad que ella había hecho sentir á su buena Madre.

Aquí calló la Baronesa, y la Marquesa di-

dixó: decidme, hijos míos, ¿os ha gustado esta historia?—Muchísimo: y yo procuraré parecerme con el tiempo á la amable Eugenia.—Y yo tambien, porque hizo feliz á su Madre.—Y yo, dixo César, imitaré á Leoncio... pero ahora que le nombro, permítame Vmd., Mamá, que la pregunte una cosa. Leoncio escondido detrás de la cerca escuchaba lo que hablaba su Muger: ¿no es esta una indiscrecion?—Mucho me alegró de que pienses así; tu reparo es mui justo, porque aunque es cierto que Leoncio sabía mui bien que Eugenia no hablaría sino cosas relativas al anciano, y que no tenía secretos que comunicar á Valentina; con todo siempre hizo mal en ocultarse para oír la conversacion. Quando una accion es mala por sí no debemos hacerla por fuertes que sean las razones que tengamos para ello. Procuraré, hijos míos, haceros conocer *lo que es bueno y lo que es malo*: y quando hayais adquirido este precioso conocimiento, sé fixamente que amaréis la virtud, porque no hai cosa mas amable que ella, y aborrecereis el vicio: entonces, si que-

reis ser felices y estimados, debéis deciros: nunca haré una mala acción, sea el que fuese el motivo, la intención y las circunstancias que puedan disculparme para conmigo mismo.

Diciendo esto se levantó la Marquesa, y cada uno se fue á su quarto. No pensaba Madama de Clemira quando se acostó en la pena cruel que la esperaba á la mañana siguiente. Las noticias que en los dos meses últimos había recibido de París y del Ejército la persuadían á que se haría la paz antes de empezarse la campaña. ¡Pero cuál fue su dolor quando á las ocho de la mañana recibió cartas en que la decían que los dos ejércitos estaban al frente uno del otro, y que se daría la batalla sin remedio!

Luego que los niños supieron esta noticia acompañaron á su Madre en su pena é inquietud: todos los juegos se olvidaron, se acabaron las diversiones, y las horas de recreo se pasaron entre la aflicción y el llanto. Quince días duró esta cruel situación. En fin el día último de Abril, estando los niños oyendo leer al Abate un capítulo del Evangelio,

de

de Improviso oyeron ruido de voces interrumpidas y gritos confusos. Conocen entre ellos la voz de la Marquesa, y al instante se arrojan ácia la puerta trémulos y despavoridos, y al abrir se hallan en los brazos de su Madre, que á voces les dice: *Hemos ganado la victoria, y vuestro Padre está bueno.* Al oír esta nueva los niños, bañados en llanto se abrazan á un tiempo de su Madre, y sin hablar, con sus lágrimas manifestaban el gozo que esta nueva les causaba. La Marquesa apoyada sobre su Madre, y estrechando á sus hijos contra el pecho, presentaba á la familia (que había acudido al oír la noticia) el mas dulce espectáculo.

Después de un poco de silencio, interrumpido á veces con las lágrimas que hacía verter el gozo, se sentó la Marquesa en medio de su feliz familia, y leyó en alta voz las cartas que acababa de recibir. Las noticias individuales que contenían dieron nuevo fomento á la alegría que todos disfrutaban, pues por ellas se podía creer que la paz sería el fruto de la victoria.

La tranquilidad y la dicha hicieron rena-

cer

cer en la Quinta la alegría, los juegos y las diversiones. Este día tan feliz era justamente el señalado para *plantar el Mayo*. Se determinó que esta función se hiciese en la Plaza misma de la Quinta, y se aguardó con impaciencia la hora en que debía comenzar esta fiesta campestre. Al irse á levantar de la mesa se oyeron los instrumentos del Lugar; al punto baxaron corriendo los niños á la plazuela en donde estaban ya los músicos y toda la gente jóven de la aldea: los mozos en chupas blancas atacadas y adornadas con cintas se pusieron al rededor del *Mayo* tendido en el suelo, y teniendo en la mano las cuerdas con que le habían de levantar quando se hiciese la señal de plantarle. A este tiempo se acercaron las mozas, cada una con su cesta llena de flores para adornar el *Mayo*: una le pone un ramillete, otra una guirnalda: en un momento quedó el árbol cubierto de mil clases de flores, y lleno de coronas de violetas, narcisos y anemonas. Hecho esto, los dos labradores mas antiguos del Pueblo se acercaron con mucha gravedad, cada uno con su bo-

tella en la mano, y regaron con vino el pie del árbol. Despues de esta ceremonia brindaron á la salud del Señor; César, segun costumbre, hizo las veces de su Padre, y por consiguiente hizo la razon á los brindis; se acercó á ellos con mucha seriedad, tomó un vaso medio lleno, y despues de haberlos saludado se lo bebió con mucha gracia. Al punto empinaron el Mayo, y seguidamente, agarrándose los mozos y mozas de las manos, bailaron haciendo rueda, y cantando mil coplillas en alabanza del *florido mes de Mayo*. César, Carolina y Pulchêria se mezclaron en el baile, y repetían los estrivillos de las coplas con mucha fiesta. Despues del baile en rueda se executó la danza de las *saltadoras*; (a) y se dió fin á la función jugando al Marro.

Como era César mas ágil y robusto de lo que se podía esperar de su edad, lució muchísimo en este juego, porque sus lances proporcionan la ocasion de manifestar ligereza en al-

(a) *Baile rústico mui comun en la Borgoña, como en Vizcaya las Carricadanzas, y el Periquito en tierra de Toledo y parte de la Mancha.*

alcanzar á los contrarios ; habilidad y maña engañando al que persigue ; buena fe condenándose á sí propio en los lances dudosos ; y finalmente valor y generosidad exponiendo su libertad por darla á los prisioneros de su bando. Para completar el júbilo de este dia no faltaba mas que una velada ; pero la Marquesa prometió una para el dia inmediato ; y antes de acostarse se dispuso que á la mañana siguiente todos se levantarían al rayar el alva para dar un buen paseo por el campo. En efecto apenas empezó á amanecer quando se vistieron los niños , y al punto salieron con su Madre de la Quinta , sin más comitiva que el fiel Morel.

Despues de una hora de paseo se acordaron los niños de que aun no habían almorzado : estaban distantes de la Quinta tres cuartos de legua , y el hambre los apretaba ; por cuyo motivo se resolvió buscar alguna choza ó casita en donde hubiese leche. Morel dixo que allí cerca había una , y al punto siguieron los niños con priesa y alegría el camino que les indicaba. Al cabo de media hora llegaron á la choza en donde estrañaron ver mucho bullicio

y regocijo , y unos treinta labradores , todos con sus vestidos de dias de fiesta. Aquella misma mañana se había casado una hija del labrador dueño de la casa ; acababan de llegar de la Iglesia , y estaban preparando la comida. La Marquesa y sus hijos entraron en el huerto y se sentaron sobre la yerva : inmediatamente vino la novia con un tarro de nata de leche , y rico pan casero. Carolina (despues de haber sabido por una seña que su Madre lo permitía) se quitó una cruz de oro que tenía puesta al cuello , y la puso en el de la novia á tiempo que se inclinaba para presentarla el tarro de nata. La muchacha se puso colorada , y mirando á la Marquesa rehusaba admitir el regalo ; pero Madama de Clemira la dixo : Mariquita , no dés que sentir á Carolina no tomando esa corta expresion , y vé á decir á tu Padre que para el Domingo convidó á toda la gente de la boda á comer en mi casa. Loca de contento con esta noticia , y mucho mas impaciente por enseñar su cruz de oro á todos , echó á correr Mariquita , sin acordarse de dar las gracias á Carolina. No tardó en

volver con su Padre, y despues de mil expresiones de agradecimiento se volvieron á la choza. Mamá, dixo entonces Carolina, me parece á Vmd. en lo mucho que me gustan los aldeanos... ¡Qué graciosa es Mariquita! ¡Qué modesta! ¡Y qué bonita está quando se pone colorada!... La leche que nos ha dado es mui buena... y el pan tambien... ¡Qué alegría tan grande han recibido con el convite de Vmd. ! Crep seguramente que echarán mil bendiciones á la casualidad que nos conduxo á su casa...—Este suceso me acuerda un caso que he leído en la historia de Rusia.—Ah Mamá, cuéntenosle Vmd.—Con mucho gusto: es como sigue:

El Zar Iwán (a) se disfrazaba algunas veces para saber de un modo cierto lo que el

Pue-

(a) Por los años 1550. Se ha sacado este lance de una obra intitulada: *Fastos de la Polonia y de la Rusia*, tom. 2. pag. 40.

Este rasgo le hice poner en el Correo de Madrid, n. 44. pag. 173. pero no por eso me ha parecido que se debía omitir; ¡ojalá este y otros semejantes que se hallarán en esta obra inspirasen á los grandes y ricos el deseo de experimentar la deliciosa sensacion que causa una accion benéfica!

Pueblo pensaba de su gobierno. Un dia que se paseaba solo por los alrededores de Moscow llegó á una aldea, y fingiendo hallarse sumamente fatigado pidió le hospedasen: iba cubierto de andrajos, y toda su traza anunciaba la mayor miseria; pero lo que hubiera debido excitar la compasion, y obligar á recibirle, solo sirvió para que se lo negasen. Lleno de indignacion por la dureza de aquellos perversos habitantes iba á dexar la aldea, quando advirtió que había una casa á la qual no había llegado. Era el hogar mas pobre y mas reducido de la aldea. Acercóse allá el Emperador y llamó á la puerta: al instante salió un hombre á preguntar al forastero lo que quería. Yo me muero de hambre y de cansancio, respondió el Zar: ¿puede Vmd. recogerme por esta noche? Ai, dixo el aldeano cogiéndole por la mano, Vmd. lo pasará mui mal, porque me encuentra en un lance mui crítico: mi muger está con dolores de parto, y sus quejidos le impedirán el reposo; pero venga Vmd. que á lo menos se libertará del frio, y partiremos nuestra cena. Al

concluir estas palabras el aldeano hizo entrar al Zar en una salita llena de muchachos: en una misma cuna había dos que dormían profundamente: una niña de tres años dormía también sobre una estera, inmediata á sus hermanos, mientras que sus dos hermanas mayores, la una de seis años, y la otra de siete, estaban de rodillas rogando á Dios con lágrimas que sacase con bien á su Madre, la qual ocupaba el quarto inmediato, y cuyos quejidos y clamores se oían distintamente. Estése Vmd. aquí, dixo el buen hombre al Emperador, que voi á buscarle que cenar. Salió en efecto, y dentro de un instante volvió, trayendo meloja, pan y huevos. Vea Vmd., le dixo, toda nuestra cena: cene Vmd. con mis hijas, que yo voi á cuidar de mi Muger. La buena accion que Vmd. executa en recibirme tan bien, dixo el Zar, le hará feliz: yo no dudo que el Cielo recompensará su caridad. Oh amigo, replicó el aldeano, pida Vmd. á Dios que mi Muger salga con felicidad, que es quanto tengo que desear.—¿Con que Vmd. se tiene por feliz?—¡Feliz! Júzguelo Vmd.: yo

ten-

tengo cinco hijos que se crian bien, una Muger á quien amo: un Padre y una Madre que se mantienen buenos, y mi trabajo basta para ocurrir á la subsistencia de todos.—¿Y sus Padres de Vmd. viven aquí?—Si Señor, allá dentro están con mi Muger.—¡Es tan chica esta cabaña!—Bastante grande es puesto que todos cabemos en ella. Dicho esto entró á ver á su Muger, la qual parió felizmente una hora despues. El huesped arrebatado de gozo llevó su hijo al Zar, y le dixo: vea Vmd. el sexto que Dios me dá; Dios me le conserve como los otros. Vea Vmd., añadió, que robusto y que hermoso. El Zar tomó en sus brazos al niño, y mirándole con ternura dixo: yo entiendo algo de fisonomía, y la de este niño es bastante feliz: apostaré que hace una gran fortuna. El aldeano se sonrió, y las dos niñas se acercaron á besar al recién nacido, á quien la vieja Abuela vino á recoger. Las dos niñas la siguieron, y el aldeano extendiendo en el suelo un poco de paja, convidó al huesped á acostarse con él, y se quedó dormido al instante en el mas pacífico sueño.

Un pequeño candil alumbraba escasamente la pieza. El Zar incorporándose tendió la vista al rededor de sí, y consideró con atención al aldeano y á sus tres hijos dormidos. Reinaba en la casa un profundo silencio. ¡Qué tranquilidad, decía el Emperador, qué calma! ¡Hombre sencillo y virtuoso! ¡con qué paz duermes sobre esta estera! Los remordimientos, las sospechas, los proyectos ambiciosos no turban su sosiego: su sueño es delicioso, porque es el sueño de la inocencia... Estas reflexiones ocuparon al Emperador toda la noche. Luego que amaneció despertó el aldeano, y despidiéndose de él el Zar, le dixo: yo me vuelvo á Moscow: allá conozco á un hombre benéfico, voi á hablarle de Vmd.: estoi seguro de que le obligaré á servir de Padrino á su hijo recién nacido, y déme Vmd. palabra de esperar para la ceremonia del Bautismo: á las tres de la tarde á lo mas estaré aquí de vuelta. El aldeano no hizo mucho aprecio de esta promesa; pero por complacer consintió en lo que pedía el forastero, y con esta seguridad partió el Zar inmediatamente.

Pasada la hora de las tres, y viendo el aldeano que no volvía su huesped, se dispuso con su familia para llevar á su hijo á la Iglesia. Estando para salir de casa se oyó de repente un gran ruido de caballos y de cochés. Asómase el buen hombre á la ventana, vé el camino lleno de caballos y de soberbias carrozas, y reconociendo las guardias del Emperador llama inmediatamente á su familia para que viesen pasar al Zar: salen todos de tropel, y se colocan delante de la casilla: muchos cochés desfilaron, y al fin paró la carroza del Zar delante de la puerta. Al instante se detienen las guardias, apartan y separan el tropel de aldeanos atraídos por la esperanza de ver á su Soberano. Abren la puerta de la carroza, baxa de ella el Zar, vé á su huesped, se dirige á él, y le dice: yo te prometí un Padrino, y vengo á cumplir mi promesa: dame á tu hijo, y sígueme á la Iglesia. Inmóvil el aldeano, y sorprendido al oír estas palabras, mira al Zar con un pasmo igual á su alegría, y contempla como aturdido su magnífico vestido, las brillan-

tes pedrerías de que estaba cubierto, y la lucida Corte que le rodeaba. Entre este pomposo aparato no pudo conocer al pobre andrajoso con quien había pasado la noche sobre la estera. El Emperador disfrutó un rato de su incertidumbre y del exceso de su admiración, y despues continuó diciéndole: tú cumpliste ayer con las obligaciones que impone la Religion y la humanidad, y hoi vengo yo á pagar la mas dulce deuda de un Soberano, que es recompensar la virtud: yo te dexaré en un estado que honras, y del qual envidio yo la inocencia y la tranquilidad; pero te daré los bienes que te faltan: tendrás numerosos rebaños, buenos vergeles, y una casa en que puedas cómodamente exercer la hospitalidad: finalmente yo me encargo para siempre del niño que ví nacer anoche; porque te acordarás, añadió sonriéndose, que te dixé que haría una gran fortuna... A estas palabras, penetrado el buen hombre de agradecimiento, y bañado en lágrimas, no dió otra respuesta que ir á traer el niño, y ponerle á los pies de su Soberano. El Zar enternecido tomó al niño,

le

le llevó en sus mismos brazos á la Iglesia, y le tuvo en la pila del bautismo. Despues, no queriéndole privar de la leche de su Madre, le volvió á su cabaña, diciendo que se le llevaría luego que le hubiesen destetado. El Zar cumplió fielmente todas sus promesas: se encargó de la educacion del niño, le crió en su Palacio, le hizo su fortuna, y colmó de beneficios al buen aldeano y á su virtuosa familia.

¡Qué grande, dixo César, sería el dolor de los demás aldeanos quando supieron que el que habían despedido era su Soberano!— Este cruel recuerdo fue la justa pena de su delito; la vergüenza y los remordimientos son consecuencias precisas de una mala accion.— ¿Pues cómo es que los malvados (dixo Pulchêria) no se hacen estos cargos?— Porque un mal corazon ahoga y mata todas las luces naturales de la razon.— ¡Qué infelices son los malos!— Por eso en las obras de *Sadi*, Poeta Persa, se halla esta oracion en boca de un sabio: *¡Gran Dios! ten lástima de los malos, porque por los buenos has hecho todo lo posible haciéndolos lo que son.*

Diciendo esto la Marquesa se levantó, y

saliendo de la huerta tomaron todos el camino de la Quinta: no se habló en todo el tiempo que tardaron en llegar á ella sino del Zar Iwan. Mamá, dixo Pulchêria, yo deseára que Vmd. prometiese contarnos un caso de historia las veces que tenemos el gusto de venir con Vmd. á paseo.—Si por Dios, Mamá, dixerón César y Carolina.—Ya entiendo vuestra intencion, es preciso que para contentaros haya historia por la mañana y novela por la noche: me parece que teneis mucha confianza en mi memoria...—Y mucha mas en la bondad de Vmd. Mamá, y tenemos razon.—Ya veo que será preciso no desmentir ese buen concepto. Con esta conversacion llegaron á las puertas de la Quinta: la Marquesa se fue á su quarto con sus hijas, y César con Mr. Fremont se fue al suyo. Despues de comer tenía la Marquesa que escribir unas cartas, por lo que dexó á sus hijos en la sala en compañía del Abate; esta hora despues de comer estaba señalada para el descanso. Luego que acabó sus cartas volvió Madama de Clemira á la sala, y vió á sus dos hijas juntas en un rincon, y leyendo. ¿Qué libro es ese? las pre-

gun-

guntó.—Nos le ha prestado Julieta.—¿Pues qué, es Julieta quien debe dirigir vuestras lecturas? Y además, ¿es bien hecho tomar libros prestados sin mi consentimiento? Eso mismo he dicho yo á las Señoritas, (dixo el Abate, que estaba jugando al axedrez al otro extremo de la sala con el Cura) pero no han hecho caso: su hermano tiene mas juicio; nos vé jugar, y al mismo tiempo lee *el Diario de París...* Pero al fin (dixo la Marquesa) sepamos qué libro es ese.—Mamá... es... *el Príncipe Percinet y la Princesa Graciosa.*—¡Un cuento de encantadoas! ¿Cómo es posible que semejante lectura os agrade?—Mamá, bien conozco que hago mal; pero con todo confieso que estos cuentos me gustan mucho.—¿Y por qué causa?—Porque me divierte mucho lo que es maravilloso y extraordinario; las metamórfosis; (a) los Palacios de cristal, de oro

(a) No he querido mudar este nombre, pues es bastante comun en nuestros autores; solo me ha parecido necesario explicar su significado á favor de los que le ignoren: Metamórfosis, significa transformacion de figura: se aplica á los encantadores que en sus cuentos se vuelven pájaros, culebras, piedras; y quanto quieren.

y plata me encantan y me divierten.—¿Pero no conoces que todo es una ficción?—Si Señora, bien sé que son cuentos.—¿Cómo, pues, esa certeza no te los hace parecer insípidos?—Por eso me gustan mil veces mas las historias que Vmd. nos cuenta; estaría oyéndolas noche y día: por el contrario, conozco que estos cuentos me fastidiarían pronto.—Y mucho mas quando con leer libros útiles y de instruccion podías disfrutar mas completamente de la diversion que te causa *lo maravilloso*.—¿De qué modo?—Tu ignorancia sola te persuade que los prodigios y maravillas no se hallan sino en los cuentos. La naturaleza y las artes ofrecen fenomenos mas admirables con mucho, que las aventuras mas raras *del Príncipe Percinet*.—Pero Mamá, me parece casi imposible.—Al contrario; y en prueba de ello te ofrezco hacer un cuento mas singular é increíble que quantos has oido hasta ahora, no obstante que todas sus maravillas serán ciertas. Al oír esto César, dexando la partida de axedrez y el *Diario de Paris*, se acercó á su Madre diciendo: ¿será eso posible, Mamá?—

Vo-

Vosotros lo vereis. Yo no haré mas que inventar personajes y situaciones...—¿Pero todo lo maravilloso será cierto?—Sí; todo lo que os parecerá *prodigio y encantamiento* será efecto de la naturaleza, habrá sucedido, y quizás existirá actualmente.—Parece increíble...—Pero Mamá, yo creo desde luego que no habrá en su cuento de Vmd. *Palacios de cristal, ni columnas de diamantes*.—Ya que lo desees, habrá en mi cuento *Palacios de cristal y columnas de diamantes*. Aun pondré mas: pondré toda una Ciudad de plata.—¿Y eso sin hablar de encantadores ni de magia?—Sin encantadores y sin magia se hará todo eso y mucho mas.—Apenas puedo creerlo.—¡Ah Mamá, qué deseos tengo de oír ese cuento!—Necesito para componerlo lo menos tres semanas; porque me es preciso volver á leer muchas obras de historia natural, y algunos viages.—Pues qué, ¿en esos libros instructivos se hallan cosas mas maravillosas que las de Percinet? ¿Pues cómo hai quien lea todavia los cuentos de encantadoras?—Porque para entenderlos se necesitan algunos conocimientos

pre-

preliminares que cuestan algun estudio.—¿Pero podremos sin conocimientos preliminares comprender su cuento de Vmd.?—Sí, porque no me valdré de términos científicos: os diré los efectos sin explicaros las causas. Y así os aseguro que si no os lo hubiese prevenido os parecería mi cuento todo encantos y hechicerías.—¿Y será menester esperar tres semanas?—Y en todo este tiempo no habrá veladas por las noches, ni casos de historia por la mañana.—¡Cómo, válgame Dios!...—Si lo considerais, hijas mías, aun es poco castigo para vuestra desobediencia. ¿No os tengo dicho que no leáis libro alguno fuera de los que vuestra Abuclita y yo os demos?—Es verdad; aun merecíamos mas castigo.

Para consolarse en lo posible de la privacion de las veladas pasaron los niños aquel dia todo el tiempo de recreo en su jardín: al poner del Sol baxó con ellos su Madre, y Pulchêria, haciéndola admirar una platabanda (a) de jacintos, exclamó: ¡todas estas flores

(a) Aunque en el Diccionario de la lengua Castellana no se halla la voz platabanda, me ha parecido poco de-

res son mías! ¡Oh Mamá mía! ¡Qué feliz me ha hecho Vmd. dándome este pedacito de tierra! Si á mas de esto me acordase continuamente de no desobedecerla, sería mi dicha completa. Vmd. que es buena, como aquel sabio que pedía á Dios por los malos, ruéguele que me dé juicio, que me quite la curiosidad, y que ninguno de mis jacintos se me muera.—¿Con que no te cansas de tu jardín?—Al contrario, cada dia me gusta mas.—No lo extraño; los placeres sencillos é inocentes son los únicos que duran. Los Palacios cansan; cansa el trono mismo; pero nadie se fastidia de un jardín que cultiva con sus propias manos. Rogado Diocleciano por su antiguo Colega Maximiano á fin de que volviesen á ocupar el trono Imperial que habian abandonado algunos años antes, le respondió lo siguiente: *Amigo mio, ven á ver las famosas lechugas que he*

plan-
delito usarla, porque en efecto solo con ella se puede explicar lo que en los jardines de adorno se vé que divide el quadro del camino, formando quatro bandas paralelas á los lados del quadro; regularmente se ponen en estas bandas ó platabandas las flores mas vistosas.

plantado en mis jardines de Salona. (a)—¿Pues qué hubiera dicho si hubiese tenido mis jacintos?—Sin embargo, guárdate de no apasionarte demasiado á tus flores; nada se ha de apreciar con *preferencia exclusiva*: en nada conviene el exceso.—¿Pues qué, Mamá, la afición á las flores podría llegar á ser pasión?—No hai cosa de que el hombre no abuse quando no oye la voz de la razon, y dexa de refrenar sus *caprichos*. ¿Podrás creer que hai personas tan locas que pagan trescientos ó quatrocientos luises por una cebolla de tulipan ó jacinto?—¡Qué locura!—Yo he visto en Harlem, Ciudad de Holanda, varias cebollas de jacintos que habían costado lo que te he dicho. (10)—¿Pero por qué causa puede valer tanto una flor?—Por la nimia delicadeza de los apasionados: se esmeran, por exemplo, en buscar los colores mas raros; quieren que un jacinto para ser perfecto tenga en solo un tallo quince, veinte, ó mas florones; quieren

(a) Historia de Carlo Magno por Mr. Galliard, tomo 1. pag. 287.

ren que los florones sean grandes, cortos, unidos, de hojas largas &c.—Segun eso cuentan los florones y miden las hojas. Mas niños que yo son los tales aficionados. Sus flores, á pesar de ser tan caras, no tienen mejor olor que las mias; y para conocer su hermosura es preciso mirarlas de muy cerca; y así, tanto estimo yo mis jacintos como ellos las mas hermosas platabandas de Harlem.—Y tienes razon.

A este tiempo avisaron á la Marquesa que había entrado en la Quinta un coche. Esta visita era Mr. y Madama de Luzane, con su hija Sidonia, de edad de quince años. No los conocía aun la Marquesa, aunque eran muy vecinos, porque pasaban todo el invierno en Autun. Creyendo por el mes de Abril que ya habrían llegado fue á verlos, y no los encontró; por esta razon venían ahora á pagarla la visita. Mr. Luzane era de edad de quarenta años, y tenía una bella presencia; pero envanecido de esta ventaja y de la de haber hecho en su juventud algunos viages á París, despreciaba extremadamente á todos los Pro-

vinciales; (a) trataba con desprecio á su muger, y á su hija con indiferencia, creyéndose mui superior á todos sus iguales. Se consolaba de la desgracia de verse precisado á vivir con sus *inferiores* con la idea de que á lo menos la superioridad de su mérito era evidente y generalmente conocida. Nunca había frecuentado el *gran mundo*, por lo qual unía á una total ignorancia de sus usos y costumbres la ridícula pretension de saberlos todos; creíase mui urbano, y se había formado un Diccionario de frases que había recogido en algunas novelas y cuentos morales, cuyos autores, creyendo pintar en ellas algunas escenas del *gran mundo*, no han hecho mas que copiar las de la gente sin crianza ni honor. (b) Este género de erudicion daba á Mr.

no sol on y, soluy á sui obsequi mitad de

(a) *Epiteto con que distinguen en París de la nobleza que habita en él, á los Caballeros que viviendo de sus rentas las administran por sí propios, establecidos en las Ciudades ó Lugares en donde las tienen.*

(b) *Esta reflexion la dirige la Señora Condesa de Genlis principalmente contra Crebillon el hijo, y Mr. de Marmontel; en efecto, qualquiera que á ciegas y sin saber las costumbres de París leyere los cuentos de Marmontel formará de ellas un concepto malísimo, pero al mismo tiempo injusto. El cuento en que mas se ha excedido Mr. de Mar-*

de Luzane cierto tono libre y confiado, cierta gerigonza ridícula, y unos modales igualmente desagradables é impolíticos. Al contrario su Muger, no tenía ninguno de estos defectos: era buena, sencilla y amable; aunque se veía despreciada de su Marido le amaba en extremo, y obligada á confesar su mal genio y corazon en virtud de sus procedimientos, la ceguedad en que su amor la tenía la hacía que apreciase como gracias todas sus necias afectaciones. Sidonia su hija, dócil, modesta, ingenua y sensible, hablaba poco, res-

T 2

pon-

montel es en el de la Bonne Mere, ó de la Buena Madre. Se puede decir con certeza, que si el original de su Verglan se presentase en qualquiera casa de forma de París, y en ella produxese las indecencias y majaderías que pone en su boca, y los modales con que le pinta, no tardaría en salir de ella mas que de paso. No hai duda que en París hai casas de la primera distincion en donde se nota mucho desorden y libertinage; pero quatro ó cinco casas no son todo París; y si en las demás concurren sujetos algo parecidos á Verglan, se guardan de manifestar en ellas sus vicios y ridiculo modo de pensar. Sirva esta nota de antidoto al veneno que podría verter en los pechos de los jóvenes el cuento citado, que se ha publicado poco hace. Me ha parecido que debía vindicar aquí, pues se me ofresca la ocasion, el nombre Frances, y dar á conocer, que no siempre se ha de creer á los mismos nacionales quando escriben de su Nacion, ni tampoco juzgar de toda ella por algunos de sus individuos.

pondía con timidez, y se ponía colorada á cada paso. Pero su encogimiento no era grosero, ni su reserva tenía nada de adusto, y en qualquiera concurrencia su porte, su modo, persona y razones hubieran agradado á todos.

Madama de Clemira acompañada de sus tres hijos entró en la sala, en donde encontró á Mr. y Madama de Luzane y á su hija. Mr. Luzane, que pretendía agradar á una Dama de *París*, manifestó desde luego toda su fatuidad y extravagancia. Después de los primeros cumplidos: Señora, dixo dirigiéndose á la Marquesa, no imagino que podamos tener el gusto de que Vmd. pase aquí el invierno próximo.—Espero no obstante no volver á París sino de este otoño que viene en un año.—¡Vmd. lo espera Señora! ¡oh, esa frase es muy política!...—Me agrada mucho el campo...—Sin embargo es preciso confesar que quando se ha vivido en la *Capital* (a) no se puede

(a) *Los Franceses quando hablan de París suelen decir solamente la Ciudad. Los cultos como Mr. de Luzane dicen la Capital.*

puede tolerar el trato de las *Provincias*, porque solo en *París* se vive propiamente; no estando en él la vida es fastidiosa. Pero Señora, á propósito: ¿cómo está Verglan?—¿Es mi Hermano por quien Vmd. me pregunta?—Si Señora; oh!; le conozco infinito! ¡Qué deliciosas meriendas hemos tenido juntos!... Entonces era un tanto quanto calavera.. El lance que tuvo con Bleinville dió mucho que decir; después se casó, esto hace sentar mucho las cabezas.—Está muy contento; su Muger es muy amable...—En efecto, me han dicho que es muy rica. He sabido que un Tio de ella acaba de morir, y que la ha dexado diez mil escudos de renta; ese Tio era un bello caballero. No son tales los de la Provincia.—Mi cuñada ha sentido muchísimo la pérdida de su Tio: ¡un buen pariente es un amigo tan precioso y seguro!...—Con todo es muy triste amistad la de un Tio viejo y machucho, y es muy puesto en razón que cada uno viva su tiempo; los jóvenes serían harto desdichados si los viejos caducos fuesen inmortales... Pero Señora, permítame Vmd. que la pregunte si Blanford es tan aficionado

como antes *al Champagne*.—¿Quién, mi Tío? no lo sé.—Tenía una casita de campo divina, divina... Mi Señora la Marquesa es mui jóven para haber podido alcanzar en toda su hermosura á la Condesa de Blane. En mi tiempo era la belleza que privaba; tenía palco en la opera... Para ver la Marquesa si podía hacer general la conversacion empezó á hablar con Madama de Luzane. Entouces Mr. de Luzane, reparando en Carolina y Pulchêria, exclamó: *Estas hermosuras no son comunes: ¡qué facciones! ¡qué talles! ¡qué ojos! Ciertamente estos ojos no merecen que se entierren en la Provincia: sería un hurto, una traicion privar de ellos á la Capital...* ¿Qué edad tiene esta Señorita? le preguntó la Marquesa. *La Señora* lo sabe, respondió él con mucha frialdad; á mí siempre se me olvida. Conociendo la Marquesa que quería decir su Muger, empezó á hablarla, haciéndola un elogio de Sidonia, que su Madre escuchó con sumo gusto, en tanto que su Marido entre distraido y cabiloso, registraba algunos libros que estaban sobre la cornisa de la chimenea. De repente, acercándose

á la Marquesa; ¿qué piensa Vmd., Señora, la dixo, de nuestro vecino el viejo la Paliniere? ¿Es posible que ese hombre haya pasado toda su juventud en París? Tal es el efecto que causa la Provincia; en ella se pierden aquel *barniz* y aquellas gracias que solo se hallan y se conservan en la Corte ó en la *Capital*: y Vmd., Señora, debe confesar que la parecemos mui poco civilizados. Estas últimas palabras dichas con un tono de suficiencia iban á caza de una expresion lisonjera, pero no la lograron, solo dixo la Marquesa lo que debía, haciendo justicia al mérito y talentos de Mr. de la Paliniere. Despues habló de cosas indiferentes, y al cabo de un quarto de hora Mr. de Luzane hizo una seña á su Muger, y se acabó la visita. En el camino Madama de Luzane y su hija dixeron que la Marquesa de Clemira era mui amable; pero Mr. de Luzane las hizo callar respondiendo de un modo seco y descontento, que la Marquesa no tenía nada de *espritu*, discernimiento, ni finura.

¡Válgame Dios, dixo César á su Madre,

qué singular y raro es este Caballero!—¿Y por qué razon?—No puedo explicar lo que siento; solamente digo que me hace reir el acordarme de él. Sus modales, su sonrisa y sus gestos tienen un *no sé qué* de violento y extraordinario... parece que estudia lo que dice y hace...—Eso se llama no tener naturalidad.—Y además no usa de buenos términos en la conversacion...—¿Qué entiendes por *no hablar en buenos términos*?—Por exemplo: por decir París siempre dice *la Capital*: al vino de Champagne le llama *el Champagne*.—Tu crítica es justa, pero nimia. Es cierto que las gentes han convenido en llamar á estos modos de hablar *expresiones ordinarias*; y como es preciso conformarse con la costumbre admitida, os he mandado que no empleeis semejantes expresiones. Bien conoceréis que en esto, como en otras cosas, no está fundado el uso en ninguna razon de *gusto ó congruencia*. Decir *me gusta el Champagne, vivo en la Capital*; ó decir *me gusta el vino de Champagne, vivo en París*, son frases indiferentes por sí mismas; por tanto sería una crítica muy ri-

dí-

dícula la del que notase seriamente el vicio de no usar de estas frases consagradas por la costumbre, y mucho mas si la crítica recayese sobre sugetos que no habiendo vivido en el gran mundo deben por consiguiente ignorarlas. Hai muchos que teniendo un conocimiento profundo del trato de las gentes no por esto son menos necios; esta verdad la vereis demostrada á menudo quando tengais mas edad; y se pueden ignorar enteramente los usos recibidos, y sin embargo tener un talento superior, y aun gracias personales, porque estas son hijas del feliz conjunto del talento y del natural. No des, pues, mucho valor á esas frioleras, y por consiguiente á todo lo que no es mas que exterior y frívolo. Por el alma y por los talentos se debe juzgar de los sugetos, y no por sus vestidos, su figura, gestos y modo de hablar: ¿qué importan, pues, las expresiones ó la eleccion y arreglo de las frases, si en sí mismas son decentes y juiciosas?—Pero Mamá, ahora me acuerdo que he oido á otros muchos decir el *Borgoña, la Capital*, y no me ha pasado por

la

la imaginacion estrañar en ellos estas voces; no he hecho alto en ellas, y con todo confieso que Mr. de Luzane me ha parecido mui extravagante...—Pues procura encontrar la causa de esa diferencia...—Ya la he hallado, interrumpió Pulchêria, creo que es porque quiere aparentar que sabe mucho, no siendo así: quería hacer creer á Vmd. que era amable...— Esa es la verdadera causa; tiene pretensiones infundadas de parecer instruido y culto, y no hai cosa mas ridícula que esta idea. No ha vivido nunca en el gran mundo, y quiere hacer creer que sabe todos sus usos, y que conserva sus modales. Ha leído algunos libros, en los quales ha creído encontrar una pintura verídica del mundo y de sus costumbres, y baxo la palabra de sus autores, mui ignorantes en este particular, se ha llenado de todas las ridiculeces que habeis notado.—Pero Mamá, es imposible que haya visto en un libro impreso que sea costumbre quando se habla á una Señora de su Hermano nombrar á este por su apellido á secas. Quando la preguntó á Vmd. por mi Tío, dixo Mr. de Luzane: ¿cómo lo pa-

sa

sa Verglan?—Ha visto, no lo dudes, esta falta de urbanidad en libros impresos. Tambien ha visto que los hombres se tutean continuamente delante de las Señoras, y aun en las concurrencias mas numerosas y respetables: ha visto que se llama á los petimetres calaveras muebles de tocador. Tambien ha visto que un hombre hablando de su Muger la llama Señora á secas, y que qualquiera, hablándole al Marido de su Muger, dice: he ido á ver á Vmds.: ni Vmd. ni la Señora estaban visibles; y finalmente ha visto otras muchas necedades y groserías á este modo.—Lo que mas me ha chocado ha sido todo lo que ha dicho acerca de mi Tia.—¿Sobre la muerte de su Tío?—Si Señora, y quanto ha dicho me ha escandalizado.—Pues tambien ha leído eso en los libros impresos. Ha visto que es mui comun hablar de este modo al heredero mismo, en presencia de Señoras mui respetables, (a) á quienes se

te

(a) El que quiera convencerse de lo justo de esta crítica lea los cuentos de Mr. de Marmontel, y en particular el citado de la Buena Madre, que su traductor ha publicado con el título de Ardides de buena Madre.

pretende dar gusto , afectando descaradamente un modo de pensar tan odioso.—¿Es posible? ¿Pero se dice en esos libros que los que hablan así son amables?—Se repite que son despreciables ; pero al mismo tiempo se asegura que tienen *gracia* y mucha viveza de imaginacion , y los representan como causa del transtorno de todas las cabezas , y conquistando á las jóvenes de mas juicio y virtud.—Pero eso es imposible.—Es verdad : gracias al Cielo todas esas pinturas son enteramente falsas. No está el mundo bastantemente corrompido , no digo para reputar por *gracia* y *atractivo* semejantes groserías en sugetos que desprecian la mutua decencia , pero ni tampoco para que aun las personas menos delicadas toleren un exceso tan grande de sandéz y perversidad.—¿Pues de dónde han sacado los autores de esos libros unas ideas tan falsas?—Con el tiempo os lo diré , porque ahora no estais aun en estado de comprehender mi explicacion. He compuesto para quando seais mayores un cuento cuyo título es : *Las dos reputaciones* ; en él hallareis la respuesta de esa pregunta.

ta.—Segun eso mucho tenemos que esperar. Mamá , ¿á qué edad no seré ya niña.—A catorce ó quince años , si de aquí á entonces te portas bien.—¡Si me porto bien!... Ya lo comprehendo : para ser jóven es menester ser juiciosa ; esto me dá miedo...—Sí , porque es preciso , por exemplo , no ser atolondrada ni curiosa.—¡*Las dos reputaciones!* ¡Qué título tan raro! Mamá , ¿si á los doce años ya no fuese curiosa ni alborotada me dexaría Vmd. leerle?—No , porque aun no puedes tener en esa edad bastante reflexion para comprehenderlo.—¿Crítica Vmd. en su cuento las obras cuyos autores pintan tan mal las costumbres?—Adivina tú si debo criticarlos ; pero has de pensar que nunca se han de criticar defectos frívolos ; por tanto juzga por lo que te he dicho de ellas si pueden ser ó no ser peligrosas.—Desde luego veo que lo han sido para Mr. de Luzane , que ha creído cierto quanto ha leído en ellas , y que por parecer hombre á la moda , y trastornar las cabezas de las mugeres imita el language de los *muebles de tocador*.—Y no solo resulta de su lec-

lectura el inconveniente de afectar poca crianza y ridículos modales, sino tambien otro mayor, que es (como ya hemos dicho) pintarse el mundo mucho mas depravado de lo que en realidad está: finalmente resulta que se cree, (lo que nunca ha sido ni será) que el vicio sin disfraz puede agradar, y que la depravacion de costumbres mas grosera pueda conciliarse con las gracias, alucinando á la multitud, y seduciendo los corazones inocentes y virtuosos.—Pues ya veo que las habrá Vmd. criticado.—Y mas, quando en las tales obras hai pasages mucho mas chocantes que los que he citado: en mi cuento vereis algunos de ellos.—¡Qué deseos tengo de ver esos pasages! Por Dios, Mamá, díganos Vmd. algunos.—No podriais conocer el exceso de inverosimilitud.—Si lo entenderé, Mamá mia, porque ya no me gusta sino lo verosimil.—No es esa la disposicion que yo desco que tengas para leer mi cuento.—Ya veo que será preciso esperar; pero creo seguramente que no hablará Vmd. en él de aquellas expresiones que tanto criticó mi Hermano, puesto que di-

xo Vmd. que sus observaciones eran nimias.—Me es preciso hablar de ellas para hacer ver que sus autores no han conocido el mundo; y lo pruebo demostrando que ignoran del todo su tono y sus usos.—Es verdad; pero siendo así nos prohibirá Vmd. en su cuento la lectura de esos libros.—Solamente la de algunos; pues no he tenido otro fin en componer mi cuento mas que el de que los leais no solo sin riesgo, sino tambien con fruto.—¿Con que hai algunos buenos?—Seguramente: leercis algunos que solo tienen el defecto de que estamos hablando; por lo demás admirareis en ellos mucha sensibilidad y expresion; excelentes máximas; ideas ingeniosas; hermosísimas pinturas, y casi siempre un diálogo mui vivo y lleno de sales y finura. ¡Qué lástima es que con un mérito tan superior haya el autor tomado sus pinturas del *gran mundo* en algunas obras que él mismo debía despreciar con mas motivo que otro alguno! Si solo hubiese consultado á su corazon y á la razon, no se hubiera separado tanto de la verdad.

Hablemos ahora de Madama de Luzane y de su hija, continuó la Marquesa. ¿Qué os han parecido?—A mí me ha parecido Madama de Luzane mui amable, y Sidonia mui preciosa.—Tienes razón, son mui atentas, prudentes y naturales; estas son prendas apreciadas de todos y en todo país.—Yo he hablado en voz baxa con Sidonia y me respondía con tanta complacencia y dulzura! ¿Qué sería si la hubiesen dado una educacion buena?—Pero dime: ¿qué entiendes por una buena educacion?—Mamá... la nuestra.—Te estimo mucho la lisonja, pero no pido un elogio sino una definicion.—Una buena educacion... es tener muchas habilidades. Sidonia, segun ella misma me ha dicho, no sabe ni música, ni dibujo; nunca ha tenido Maestro de baile...—¿Te acuerdas de haber oido hablar de la Señora Flora, Actriz de la opera?—Si Señora: ¿no es aquella que mi Tia no quiso que fuese á la funcion que dió?—La misma: y aquella aria que cantaron tan mal, la Señora Flora la hubiera cantado perfectamente.—Es verdad; pero no es persona decente.—

Pues

Pues no obstante, la Señora Flora canta divinamente, toca mui bien varios instrumentos, baila perfectamente; en fin, *tiene muchas habilidades*: por tanto, segun tu definicion ha tenido una educacion perfecta.—Oh, no por cierto, pues que no es persona decente.—Ya conocerás ahora que no siempre una educacion brillante se debe llamar buena.—Es verdad Mamá.—¿No te he dicho mil veces que no hagas mucho aprecio de las cosas que no son verdaderamente importantes? Las habilidades nos ofrecen mil recreos agradables; quantas mas se poseen mas adorno se tiene, mas gracias y medios de agradar á todos y de contentarse á sí propios; pero las gracias y habilidades no pueden sin la virtud hacernos dichosos. No ciertamente, dixo César, puesto que para serlo se ha de lograr ser querido y estimado... El baile, el dibujo y la música no nos hacen estimables ni amados.—¿Con que no son sino unos pasatiempos frívolos?—Pero mucho menos frívolos que la hermosura y las gracias exteriores; porque además de las infinitas diversiones que las habi-

lidades nos proporcionan, cuesta algun trabajo adquirirlas; y se debe suponer, con razon, que una jóven que tiene muchas, ha sido dócil y capaz de aplicacion y perseverancia: miradas de este modo, siempre merecen algun aprecio.—¿Y la instruccion?—Todo lo que puede ilustrar el entendimiento y extender la imaginacion, debe perfeccionar nuestra razon y hacernos virtuosos; la lectura continua, la geografía, las lenguas y la geometría &c. son conocimientos que ilustran el entendimiento; por consiguiente la erudicion y las ciencias no son cosas frívolas.—Es muy cierto, porque son causa de que seamos estimables; y por eso son muy superiores á los talentos puramente de diversion.—Es fixo, y solo las qualidades del alma son superiores á la ciencia y á la instruccion.

Decidme ahora, hijos míos: si conociérais á una Señorita sin habilidades, no sabiendo mas lengua que la suya, y sin elementos de ciencia alguna; pero amante de la lectura y del trabajo, nunca ociosa, y además, modesta, buena, siempre igual;

agasajadora, natural y prudente; desconfiada de sí propia, deseando y pidiendo consejos, y reuniendo la prudencia y la discrecion con la franqueza; dime tú Pulchêria: ¿dirías que esta Señorita *no había tenido una buena educacion?*—¡Ah Mamá! Ya confieso mi error. Si, como lo creo, Sidonia es todo eso, aseguro á Vmd. que ahora pienso verdaderamente que su educacion ha sido excelente.—Y es así, puesto que el objeto principal de un Padre ó de una Madre, es el de reprimir los defectos de su hijo y perfeccionar su genio. Si le hace ser bueno, virtuoso y sociable, ha desempeñado dignamente las sublimes funciones de su cargo.—Ya lo he comprehendido; pero Mamá, si además de la virtud y el buen genio hiciese adquirir á su hijo habilidades é instruccion, entonces la educacion sería perfecta; y esto me parece muy posible.—Es cierto, y yo espero que algun día sereis vosotros la mejor prueba de esto: fuera de que me sería facil citaros varias personas jóvenes que reunen las prendas de corazon con los

talentos, y la instruccion con las habilidades: esto sin contar á Delfina, Eglantina, y la amable Eugenia.—¡Ah Mamá! No olvidaré en mi vida esta conversacion; me acordaré siempre de que no se deben apreciar en mucho sino las cosas esenciales; y en adelante no equivocaré las educaciones que no son mas que aparentes con las sólidas y buenas, esto es, las que hacen ser buenos y virtuosos.—Todo esto debe hacerte conocer tambien, que una Madre amante y zelosa puede en una aldea, sin riquezas y sin Maestros, ayudada solamente del juicio y de la vigilancia, dar á su hija una crianza mui buena; para lograrlo no necesita mas que cariño, paciencia y algunos libros escogidos.

La noche misma de esta conversacion se les escaparon á los niños en la cena algunas burlas contra Mr. de Luzane. Su Madre les dió por esto una séria reprehension. ¿Qué es esto? (les dixo) yo creía que me habiais dado una prueba mui grande de vuestra confianza; pero ya veo que lo que yo atribuía á vuestro cariño para conmigo solo procede de vuest-

tra

tra malignidad...—¡Mamá, oh Dios mio!—Es natural que me consulteis, que me deis cuenta de vuestro modo de pensar, de los efectos que causan en vosotros estos ó aquellos objetos, para que así aprendais á conocer quando juzgais mal ó bien. Por tanto apruebo que me digais claramente lo que pensais de las personas que vienen á vernos, con tal que vuestras observaciones no recaigan sobre frioleras; si en la conversacion se dice algo que os parezca contrario á las reglas de buena crianza, siempre aprobaré que me comunicéis los reparos que habreis hecho. Esta franqueza la reputaré como confianza; pero quando lo hagais no siendo conmigo, ya no será mas que indiscrecion ó murmuracion.—Mamá, es verdad, hemos faltado...—Y gravemente... La murmuracion, vicio odioso en qualquiera, en la juventud es aun mas ridículo, repugnante y aborrecible: no digo en vuestra edad, pero aun á diez y ocho, á veinte años, ¿quién es capaz de juzgar y decidir quando se trata de censurar las acciones de otros? En esa edad nadie ha conseguido todavía un

buen concepto; ¿y cómo podrá pretender lograrle el que hace patente su ligereza, indiscrecion y malignidad? Nadie necesita mas que un jóven de la indulgencia de todos: ¿y quién querrá tenerla con aquel que es inconsiderado y de mala intencion? El que se acostumbra á murmurar pierde todas las gracias apreciables de su edad, y hace conocer que carece igualmente de discernimiento, de juicio y de buenos principios.

Esta reprehension affigió mucho á los niños; y sobre todo quando oyeron decir á su Madre que esta falta atrasaría las veladas...—¿Y cuánto tiempo? preguntaron mui desconsolados.—Voi á comenzar el *cuento maravilloso* que os he prometido.—¿Y luego que se acabe tendremos veladas?—No; solamente se empezarán quince dias despues.—¡Qué dilacion tan larga!—Debiais llorar, no este atraso sino la culpa que le ha causado; porque ya sabeis que si no os conformais se doblará la penitencia.—¡Pues podriamos quejarnos, Mamá mia! Conocemos que Vmd. es la misma justicia: lo que mas nos affige es el ar-

repentimiento. Esto costó lágrimas; pero la ternura maternal las enjugó; y las dulces caricias de tan buena Madre sirvieron de consuelo á aquel castigo tan sensible.

La Marquesa principió á componer su obrita, como lo había ofrecido, y el quince de Junio avisó que su cuento estaba concluido y copiado. Esta nueva causó sumo regocijo; sin embargo costó suspiros el pensar que se habían de pasar quince dias antes de oirle; pero las diversiones tan varias de la estacion mas hermosa del año hicieron esta privacion menos sensible que si hubiese sido en las prolixas noches del invierno. Ya empezaban á pintar las cerezas, y los bosques estaban llenos de fresas. Agustínico enseñaba á César á subir á los árboles; muchas veces traía nidos con gilgueritos ó verdecillos en cañones. ¡Feliz la hermanita á quien destinaba este regalo! ¡Qué gozo tan puro, qué agradecimiento la causaba! No obstante al tomarlos se enternecian considerando el dolor de la *pobre Madre* privada de sus hijitos; pero los nidos se guardaban, y se buscaban jaulas... Tambien se

divertían haciendo canastillos de mimbres y cestos de juncos *para coger todas las flores de los campos, y todas las fresas de los bosques.* Todas estas diversiones no hacían que se olvidase el *jardin*: los narcisos y los claveles habían ocupado el puesto de los jacintos: ya no tenían flor los lilas; pero el deseo de ver las primeras rosas hacía su falta menos sensible.

Una mañana que la Marquesa se paseaba con el Abate y la familia menuda cerca del jardinito de los niños, la pidió licencia Pulchêria para ir á dar una vista á sus rosales. Concedido el permiso, echa á correr, entra en su jardín, y vé una rosa hermosísima ya del todo abierta: quiere cortarla para presentársela á su Madre, pero no tiene ni tixeras ni navaja. La rama de la rosa era bastante gruesa, toda cubierta de espinas, y Pulchêria no tenía ni maña ni fuerza: apurada, determina envolverse la mano en su delantal; y creyendo que con esta defensa no la picarían las espinas, agarra la rama con fuerza. Al punto dá un chillido, retira prontamente sus dedos ensangrentados, sacudiendo con tal violencia

lencia la rama, que la rosa quedó medio deshojada. Esta desgracia hizo saltar las lágrimas á Pulchêria; y á pesar de su dolor solo piensa en el rosal; aparta la mano, temiendo que la sangre que chorrea de sus dedos aje sus hermosas hojas; pero siente algun consuelo en llorar sobre la rosa medio deshojada.

En este instante la Marquesa, pálida y toda temblando entra apresuradamente en el jardín, seguida del Abate, de Carolina y de César: había oído el chillido de Pulchêria, y llena de susto venía á ver lo que había sucedido. Al ver Pulchêria á su Madre, tuvo vergüenza de su poco ánimo, y corrió á echarse en sus brazos. Después de haberla contado el lance, prosiguió: Mamá, era la mas hermosa de todas mis rosas, y yo la guardaba para Vmd.—¿Con que el chillido que tanto me ha asustado ha sido por eso, y no por una ridícula delicadeza?—Mamá... no creí haber gritado tanto.—Pues á mí me parece que en mi vida he oído un chillido mas penetrante...—Es porque conoció Vmd. mi voz... ¡Ah Mamá! Apenas puede Vmd. estar en pie: sen-

sentémonos.—En fin ya estoi contenta, tú no llorabas sino porque tu rosa se había deshojado, y porque me la querías dar; esa es mucha generosidad...—Mamá...—¿Qué tienes hija mia? ¿Por qué te turbas?—Mamá... es que tambien lloraba un poco por las picaduras... Esta graciosa ingenuidad la valió mil cariñosas ternezas de su Madre, y muchos elogios. Conserva, hija de mi alma, la dixo, conserva toda tu vida ese candor y generosidad; dí siempre la verdad, y nunca admitas alabanza alguna que esté fundada en un error. Es baxeza, es injusticia disfrutar de la aprobacion de los demás sin merecerla; es una infame usurpacion. Una alma grande es feliz por el bien que hace, no por los aplausos que recibe.

Es cierto, dixo el Abate, que esta Señorita tiene una ingenuidad natural que no se puede alabar bastante; pero sería mejor que fuese tan animosa como sincera.—A bien, dixo Pulchêria, que el valor no es prenda necesaria en una muger. Es verdad (repliqué el Abate) que no teniendo la muger las fuer-

fuerzas del hombre, no puede ser tan valiente como él; no ha nacido para manejar una espada ni mandar un ejército: y por tanto puede sin nota de deshonra no tener valor; pero si absolutamente no tiene nada, es mui digna de lástima, y no lo será de estimacion. No se la pide que tenga un valor heroico; pero no se la perdona la pusilanimidad, porque ni en hombre ni en muger hai escusa para la cobardía. Además de que (prosiguió la Marquesa) si lloras por una picadura; ¿qué harías si te sacasen una muela? ¿Cómo podrias tolerar una infinidad de males, propios de nuestra débil naturaleza, como, por exemplo, un fuerte dolor de cabeza, un cólico, ó una convulsion de nervios?...—Yo bien quisiera ser animosa.—En tí pende.—¿Pues cómo?—Imita á tu hermano; aprende á sufrir sin quejarte: en esto está todo el secreto.—Pero es mui difícil.—No lo creas; con solo un poco de dominio sobre tí misma, y algunas reflexiones lo conseguirás mui facilmente. El que se queja exágera sus males y los aumenta: el

que

que procura violentarse para no hablar de ellos se suele distraer. El otro día, por exemplo, en el paseo tenías sed. ¿De qué te sirvió repetir cien veces: ¡*Qué sed tengo! Dios mio! Qué sed tengo! Me muero de sed!* Estabas mui impertinente, nos aburríste, no atendiste á la conversacion, y todas tus enfadosas lamentaciones no te hicieron lograr una sola gota de agua.—Es verdad; tengo esa mala costumbre; pero por lo que mas lo siento es, porque la importuné á Vmd. Mamá mia. Pero si yo la viese á Vmd. padecer, no me causarían enfado sus quejas.—Tus quejas me enfadaban y me afligian, porque siendo tu Madre, no puedes tener pena ó dolor alguno, ya sea real ya imaginario, de que yo no participe; pero si no hubieses sido hija mia, esas mismas quejas no me hubieran inspirado sino desprecio, porque comunmente no se compadecen los males de poca entidad sino quando se sufren con paciencia.—La prometo á Vmd. que me corregiré.

A los cinco ó seis dias despues de esta

con-

conversacion, y finalizada la penitencia de Pulchêria, la Marquesa dixo que aquella noche les comenzaría á leer el cuento que había compuesto. Despues de cenar fueron los niños corriendo á la sala, y la Marquesa despues de haberse sentado junto á una mesa, sacó el manuscrito de la faldriquera. Antes de empezar á leer dixo: quiero recordaros que me obligué á no contar sino cosas mui extraordinarias, pero al mismo tiempo posibles; cosas que os parecerían increíbles, pero que habrán sucedido ó podrán suceder: en dos palabras, fenomenos cuya exístencia pasada ó actual sea del todo cierta. No he inventado mas que los lances, y es la única cosa que os parecerá creíble. Todo lo que os ha de parecer *maravilloso*, y todo lo que se asemejará á los cuentos de encantos será exáctamente verdadero y natural.—¡Qué cosa tan linda!... ¡Verdades increíbles! ¡Quánto mejor es eso que las verdades que saltan á los ojos!—¿Pero, Mamá, es posible que hemos de creer á cada paso lo que no podremos comprehender?—No lo sientas,

ni

ni te cause vergüenza, hijo mio; esa es pensión comun al niño y al hombre instruido y curioso. Nuestras luces son mui limitadas para poder comprehender todas las verdades que están demostradas. Sería un absurdo creer un hecho tan solo porque es maravilloso; y tambien sería necio el que negase la existência de una cosa porque á primera vista le pareciese incomprehensible. No hemos de creerlo todo fácilmente; pero no por eso nos hemos de entregar á la vana y ridícula presuncion que desprecia y niega neciamente todo lo que nuestra débil razon no puede concebir.—Pero como todas las maravillas de su cuento de Vmd. son ciertas podremos creerlas á ciegas; eso me basta.—Pues yo quisiera entenderlas. ¿Me las explicará Vmd. Mamá?—Te explicaré lo que sé, que es mui poco. Tengo mui cortos conocimientos, y sobre todo de Física; y además te vuelvo á decir que hai infinitos fenomenos que aun los hombres mas sabios no podrán explicar jamás.—De esa suerte á cada cosa maravillosa tendrá Vmd. que interrumpir su narracion para explicarla.—No
por

por cierto, pues bien podeis conocer que semejantes interrupciones quitarían toda la gracia á mi cuento. Tengo hechas unas notas que leeremos con atencion y cuidado quando repasemos segunda vez este cuento. Ahora ¿que-
reis escucharlo, que voi á empezar?—Con mucho gusto, Mamá mia. Diciendo esto cada uno acerca su silla á la Marquesa, la que tomando otra vez el manuscrito, leyó en alta voz lo siguiente:

ALFONSO Y DALINDA, Ó LOS ENCANTOS DEL ARTE Y NATURALEZA,

C U E N T O .

No se pueden conocer los grandes efectos de las variaciones de la naturaleza paseándose por nuestros campos cultivados, ni tampoco se conseguirá aunque se corran todas las tierras del dominio del hombre: solamente se pueden conocer esos efectos pasando desde las abrasadas arenas de la Zona torrida á los inmensos hielos y nieves de los Polos &c.—El Conde de Buffon.

Alfonso, el héroe de mi cuento, nació en Portugal. Su Padre Don Ramiro debía solo
al

al valimiento sus empleos y riquezas. Hijo de Padres humildes, pero dotado de mucha sagacidad y astucia, el gusto de la intriga y la ambicion le facilitaron los medios de introducirse en la Corte, y él supo hacerse parciales, formar sus cabalas, y llegar finalmente á ser Privado de su Rei. El jóven Alfonso se crió en Lisboa en el suntuoso Palacio de su Padre. Como que era el hijo único del hombre mas rico y poderoso del Reino, desde la cuna le rodearon la adulacion y vil lisonja, y corrompieron su primera juventud. Don Ramiro ocupado en grandes proyectos y en pequeñas trazas, no pudiendo ser á un mismo tiempo Cortesano continuo y Padre vigilante, se creyó obligado á descargar en manos estrañas la educacion de su hijo. Tuvo Alfonso de toda clase de Maestros; las lenguas estrangeras, la Historia, las Matemáticas, la Música, el Dibujo, todo se lo enseñaban; y todos sus Maestros alababan su maravillosa disposicion, su ingenio y superiores luces; no obstante solo aprendió Alfonso á dibujar algunas flores, y á tocar la guitarra bastante bien.

No

No era menester mas para ser el ídolo de las Damas de la Corte, y tanto mas, quanto él las daba á entender que era géometra profundo, fisico excelente, y gran químico. Alfonso lo aseguraba de buena fe, porque su Ayo, sus Maestros, sus criados, y toda la turba de aduladores de su Padre le habían dicho tantas veces que era un *prodigio*, que no podía dexar de creerlo. No solamente se juzgaba el jóven mas distinguido en la Corte por su talento, su persona y su instruccion, sino que tambien creía que su nacimiento era tan ilustre, como grandes sus riquezas; porque Don Ramiro luego que se vió en el candelero, se compuso en los ratos ociosos una soberbia genealogía, en la qual hacía llegar su origen hasta los tiempos fabulosos de Luso. (a) Este fruto de las recreaciones de Don Ramiro á nadie engañaba sino á su hijo. El mundo y los áulicos no creen con tan-

TOM. I. X

(a) Antiguamente se llamaban los Portugueses *Lusitanos*, nombre que segun una tradicion fabulosa les venía de *Luso* ó *Lisias*, uno de sus Reyes, hijo ó compañero de Baco.

ta facilidad en las executorias antiguas, que solo se vuelven á encontrar quando se tienen riquezas y valimiento. Pero Alfonso, demasiado vano para no ser crédulo en este punto, no creía que ninguno fuese mas ilustre que su Padre y él, sacando al Rei y á los Príncipes de la Real familia. Pero aunque estaba desvanecido con su orgullo, lleno de ignorancia, de presuncion, de fatuidad, y corrompido por el fausto, las lisonjas y la privanza; con todo no estaba enteramente pervertido; era valeroso; tenía buen corazon y bastante talento. La inconstancia de la fortuna le tenía preparada la mas útil de todas las lecciones.

La elevacion y privanza de Don Ramiro eran hijas; no de su mérito, sino de sus artificios; otro mas astuto que él hizo que se trocasse su suerte. En efecto cayó de la privanza, y se le despojó de todos los cargos y honores que obtenía. Contaba Alfonso en este tiempo diez y siete años. Esta repentina revolucion despojaba á Don Ramiro no solo de quanto podía lisonjear su vanidad y orgullo,

sino que tambien le quitaba la mayor parte de sus riquezas. Tenía el mismo modo de pensar que aquellos subalternos ambiciosos que echan menos igualmente los empleos y los sueldos. Además tenía muchas deudas: su desgracia hizo que sus acreedores se mostrasen tan importunos y molestos, como antes de ella habían sido sufridos y moderados. Fue preciso que para pagarles vendiese sus haciendas en mucho menos de lo que valían. Finalmente solo le quedó á Don Ramiro de todos sus bienes el suntuoso Palacio de Lisboa; bien que este contenía inmensas riquezas en pinturas, muebles, vajillas, y sobre todo en diamantes. Precisado tambien á venderle, aguardaba una ocasion favorable, quando un terrible contratiempo puso el colmo á sus infortunios. Aun no había dicho á su hijo que su situacion le obligaba á vender el Palacio y á irse lexos de la Capital. En fin una mañana le envió á llamar determinado á decirle claramente el estado de sus cosas y á manifestarle sus ideas.

Luego que quedaron solos: Alfonso (le

dixo) quisiera saber el efecto que han causado en tí mi desgracia y la pérdida de mis bienes. Padre mio, respondió Alfonso, siempre he oido decir en el tiempo de su privanza de Vmd. que ningun Ministerio había sido tan glorioso como el suyo, y que la Nacion admiraba y amaba sus prendas; por tanto he pensado, que el amor de los Pueblos y la gloria debían consolarle en una injusta desgracia. Además de esto tenemos muchos amigos; quando Vmd. quiera recibirlos, no lo dude, inmediatamente volverán. Nuño, Don Alvaro y otros muchos á quienes he hablado me lo han asegurado: me han dicho tambien que muchos de ellos han fingido apartarse de Vmd. para mejor servirnos ocultamente. Y sin eso, aun le quedan á Vmd. muchas riquezas, y un nacimiento ilustre; y por mas que la envidia le persiga, siempre será Vmd. el primer Señor del Reino.

Mui engañado estás, Alfonso, interrumpió Don Ramiro... ¿Ignoras acaso que el nombre de mi Padre apenas era conocido?—Ya lo sé, pero tambien sé que aquellas antiguas exe-

cu-

cutorias que Vmd. encontró hace algunos años nos igualan con el más noble de Portugal. Vmd. mismo me ha enseñado esas preciosas executorias que están guardadas en su gabinete de Vmd. en un cofrecito. Al oír esto suspiró Don Ramiro. Había tenido en efecto la ridícula vanidad de comprar un árbol genealógico, y no había conocido sino despues de su desgracia quan despreciable é inútil es esta indigna superchería. Ya conocía lo que hasta entonces le había ocultado la lisonja, á saber, que excepto su hijo, todos conocían su nacimiento, y se burlaban de sus locas pretensiones y tretas para ocultarlo. Bien hubiera querido desengañar á Alfonso, pero no podía resolverse á confesarle una falsedad tan indigna. En medio de esta perplexidad estaba triste y taciturno, quando de repente se estremece, y vé que Alfonso está para caerse. Pálido y atemorizado se levanta: huyamos de aquí, Padre mio, exclama Alfonso, agárrese Vmd. á mí, huyamos... Diciendo esto tira de su Padre, y huye con él. En el mismo instante oyen mil confusos gritos, se precipitan

ácia la escalera; una parte del piso se abre debaxo de los pies de Alfonso, quien para no llevarse á su Padre tras sí, abandona su brazo, y cayendo envuelto con las ruinas del suelo que se hunde, desaparece á vista de Don Ramiro consternado.

Algo herido Alfonso se levanta, y se halla en el gabinete del quarto baxo de su Padre. Entre los escombros y ruinas advierte dos cofrecillos: en el uno estaban todos los diamantes y joyas de Don Ramiro, y en el otro las executorias tan estimadas en otro tiempo. Queriendo Alfonso en aquel horrible desastre salvar lo que le parece mas precioso, no duda en coger el cofrecillo de las executorias. Entonces corre ácia la puerta, y huye al jardin; pero deseando saber la suerte de su Padre iba, no sin riesgo de perecer, á entrar otra vez en la casa á tiempo que oyó su voz, y un instante despues le vió al otro cabo del jardin. No sin mucho trabajo pudo juntarse con él, porque la tierra en que pisaba se hundía y se levantaba, como el mar en tiempo de una furiosa borrasca. Oía al mismo tiem-

po un ruido subterráneo parecido á los bramidos de las olas quando se estrellan contra los escollos. Bambolease Alfonso, cae, se levanta, vuelve á caer, y no pudiendo mantenerse en pie, se echa en tierra, y arrastrándose hace esfuerzos por llegar á donde está su Padre. Vé que por todas partes se abre la tierra, y que de estas hendiduras arroja fuego voraz y llamas resplandecientes que se elevan con rapidez y desaparecen en el aire: cubierto el Cielo de humo denso, no presta á esta escena de horror mas luz que la de los relámpagos que penetran por entre sus tinieblas. Lo espantoso de los truenos y el furor de los rayos que de continuo se desgan acaban de completar este tremendo espectáculo. Mira Alfonso en las nubes el rayo abrasador que amenaza sobre su cabeza; vé entreabiertos á sus pies los abismos: mas de una vez, quando ya se creía llegar á su Padre, un nuevo vaiven le arroja lexos de él; bañado en sangre y sudor, cubierto todo su vestido de polvo y arena, pero sin haber soltado en medio de tan horroroso conflicto su

precioso cofrecito, se imagina que su Padre le recibirá con sumo gozo, y esta sola idea le dá fuerzas y valor... Ya por fin vá á llegar á su Padre, que le espera con los brazos abiertos. ¡Oh Padre mio! (exclama Alfonso) vea Vmd. este cofrecito...—¿Son mis joyas? interrumpió Don Ramiro.—No, no, he escogido mejor; lo que traigo aquí, y que he puesto en salvo son sus papeles de Vmd.

Al oírle, consternado Don Ramiro, levanta los ojos al Cielo: ¡cruel castigo, pero justo de mi necia vanidad! No pudo decir mas; el llanto le embargó la voz. No estaba Alfonso en estado de comprender el sentido de estas palabras, y así no pudo salir de su error, y acercándose á Don Ramiro, este le recibió en los brazos. Un instante de calma les dexó considerar los tristes objetos que se ofrecían á su vista. Estaban sentados enfrente del Palacio medio arruinado. Aquel soberbio Palacio construido diez años antes; aquel Palacio tan nuevo, tan brillante el día anterior, no era ya mas que una ruina: al verle todo demolido y desplomado se hubie-

ra creído que solo el tiempo había podido producir tan terrible revolucion. Parecía que solo el transcurso de muchos siglos era capaz de destruir un edificio construido con tanta solidez y magnificencia; y no obstante su total destruccion había sido obra de algunos minutos... Aquel jardín, obra maestra de la naturaleza y del arte, ya no ofrecía á la vista mas que la espantosa imagen del caos: ya no era sino una mole informe de arena, lodo y hojas secas. Aquella misma mañana se admiraba en él una hermosa cascada, y ya no ha quedado ni rastro de ella: en el sitio que ocupaba una montaña artificial levantada á costa de inmensos caudales, solo se veía una espantosa sima. ¿Qué se ha hecho de los bosques de limones y naranjos, las estatuas de mármol, y los tuestos de alabastro y pórfido?... Ya no se vé sino tal qual vestigio, solo se encuentran algunos fragmentos; lo demás se ha sepultado.

Atónito vuelve Don Ramiro la vista á todas partes: está sentado cerca de un bosquecillo cuyos árboles ha visto nacer, y que aho-

ra yacen arrancados y sepultados en el cieno. Aquellos árboles que debían sobrevivir á la mano que los plantó han perecido con la misma rapidez que las yervas y flores que crecían al amparo de su sombra... ¡Oh día para siempre horroroso! (exclamó Don Ramiro). ¡Quánto trabajo perdido! ¡Quántos tesoros sepultados en este desdichado sitio! ¡Ah!... Si yo hubiese empleado mejor mis riquezas y todo el dinero que me ha costado ese desventurado Palacio!... Pero ya parece que el terremoto ha cesado; (11) veamos si se puede entrar en él. Si á lo menos pudiesemos sacar mis diamantes... No había aun acabado de decir esto quando una espantosa conmocion le derriba en el suelo: al mismo tiempo se desploman y reducen á cenizas las paredes del jardín, y el Palacio se hunde y desaparece; del sitio en que estaba sale un torbellino semejante á un volcan de fuego y polvo: repara Don Ramiro al instante que varios facinerosos con hachas encendidas se encaminaban á las ruinas del Palacio con intento de robar lo que hallasen. (12) Quiso Alfonso em-

bes-

bestirlos, pero su Padre le detuvo, y estrechándole en sus brazos: ¡oh Hijo mio! le dijo, huyamos de esta mansion del horror y espanto. Las paredes arruinadas del jardín nos facilitan la salida, no estamos lexos de las riveras del Tajo, vamos, pues, á buscar un asilo en los navios.

Alfonso, sosteniendo á su Padre con un brazo, y llevando en el otro su cofrecito, salió con Don Ramiro del jardín, y se hallaron en una Plaza, cuyas casas, enteramente demolidas ó consumidas por las llamas, les hicieron ver que el estrago era general. Despues de haber estado expuestos á mil riesgos espantosos, fueron recibidos á bordo del navio que mandaba el valiente y generoso Fernandez; Fernandez, á quien Don Ramiro había ofendido en el tiempo de su privanza; pero quien en esta pública calamidad no vé en su antiguo enemigo sino al hombre desventurado que necesita de su amparo. Recibe á Don Ramiro, le abraza y le consuela, porque la compasion de las almas benéficas es tan expresiva y poderosa que dul-

ci-

cifica las mayores penas. Viendo Don Ramiro que Fernández no se quejaba de daños propios en tan común desastre, le preguntó de este modo: Vmd. tenía muchos bienes; ¿les ha cogido la destruccion general?—Mi casa de Lisboa se ha quemado...—¿Es mui grande esta pérdida?—No, porque mi casa era reducida y de poco valor.—¿Ha conservado Vmd. sus joyas y diamantes?—No los tengo.—¿Tenía Vmd. jardin?—Si le tengo, pero es en una posesion distante de Lisboa, en donde paso la mitad de mi vida... en la Provincia de Alentejo. (a)—He oido hablar de ella; ¿quiera el Cielo que el terremoto no haya asolado aquella Provincia! ¿Es grande la Quinta que Vmd. tiene?—No, pero es mui linda.—Creo que ha hecho Vmd. algunos establecimientos ventajosos.—Sí, por lo menos son agradables.—¿Y qué cosa?—Una Fábrica y un Hospital.—¿Produce mucho la Fábrica?—Lo suficiente para mantener un crecido número de fabricantes,

(a) Provincia de Portugal, entre el Tajo y el Guadiana; la Capital de ella es Evora.

y para pagar una parte de los gastos del Hospital.—Conozco que emplea Vmd. dignamente sus riquezas... El Cielo las conservará. ¡Ah! ¿Qué sensible le sería á Vmd. con una alma tan generosa el verse arruinado y precisado á abandonar esos piadosos establecimientos!—Entonces me serviría de consuelo la memoria del bien que habría hecho. Estas últimas palabras atravesaron el corazon de Don Ramiro; ya conocía y lloraba el vano empleo que había hecho de sus riquezas; sus ojos se abrieron, pero tarde, para su quietud y gloria.

Las generosas solicitudes de Fernandez consiguieron del Rei una corta pensión para Don Ramiro, que absolutamente no tenía con que subsistir, y con la qual á lo menos podía mantenerse. Determinó irse á establecer á la Provincia de Beira. (a) En efecto, partió con su hijo, y se fixó en un asilo obscuro y campestre, cerca de las agradables riberas del Mondego. Allí seguido de importunas memorias y de crueles remordimientos

(a) Coimbra es la Capital.

tos no pudo encontrar la quietud que iba buscando.

Alfonso devorado de ambicion, y cuya presuncion y orgullo no se habían corregido con las desgracias, se consolaba en su estado con la esperanza de hacer con el tiempo una fortuna mas brillante y permanente que la de su Padre. Formaba mil proyectos extravagantes y quiméricos, que aunque imposibles y absurdos, su ignorancia y vanidad hacían que le pareciesen muy fundados. Incapaz de reflexionar y de ocuparse en cosas útiles y de importancia, gastaba gran parte del dia en leer novelas. Esta lectura vana y peligrosa exáltaba é inflamaba su imaginacion, dándole al mismo tiempo las ideas mas falsas del mundo y de los hombres. Cerca de la casa que habitaba estaba la famosa fuente del Amor, nombre que le viene de dos amantes desgraciados que guiados en otro tiempo por una ciega pasion se juntaban en ella. Estos fueron Don Pedro y la hermosa Inés de Castro, que en sus márgenes se hablaron mil veces de su amorosa pasion.

sion. (a) Dos antiguas palmas hacen sombra á esta fuente: están unidas la una á la otra con una guirnalda flexible de pámpanos y yedras: el agua que se precipita desde un alto peñasco vuelve á caer formando una cascada natural, y formando un arroyo se pasea lentamente con blando murmullo por un prado siempre verde y cubierto de mirtos, laureles y naranjos.

Iba muy á menudo Alfonso á leer ó á cabilar en este apacible sitio: una mañana que fue algo mas tarde de lo que acostumbraba, oyó al acercarse á la fuente dos personas que hablaban en una lengua estrangera. Alfonso distinguió una de las voces, tan dulce y atractiva, que entró en deseos de ver á la persona que hablaba. Turbado se acerca por entre unos mirtos; aparta un poco las ramas, y sin ser visto, mira el objeto mas digno de fixar

(a) Esta es en efecto la tradicion vulgar: aun se ve hoy dia dicha fuente cerca del Mondego con el nombre de *la Fuente del Amor*. El Camoens en su *Poema de os Lusíadas* hace nacer esta fuente de las lágrimas que á la muerte de la desgraciada Inés derramaron las Ninfas del Mondego.

su atencion y sus ojos. Era este una jóven de edad apenas de quince años, y hermosa en extremo, sentada junto á la fuente, al lado de un hombre que al parecer era su Padre. Estábase escuchando con una atencion tan grande que facilmente comprehendió que la estaba contando alguna cosa particular; la enseñaba las palmas y la fuente. Por sus acciones juzga Alfonso que la está refiriendo la historia de la infeliz Inés. La jóven con los ojos fixos en el rostro del extranjero, calla y escucha, pero la expresion de su semblante hace que se comprehenda facilmente lo que la está diciendo. La curiosidad, el temor y la compasion se pintan sucesivamente en su rostro, pero con tanta energía, que Alfonso cree que está viendo lo mismo que á ella la cuentan. De allí á poco vé correr sus lágrimas, y llora con ella la muerte de Inés. Pero en breve cesa el llanto; la jóven se estremece, el terror, la indignacion ocupan el lugar del enternecimiento. Alfonso se horroriza con ella, y detesta los excesos que cometió el infeliz Don Pedro arrastrado del deseo de vengarse.

se... Ya se ha acabado la historia de Inés: no obstante el extranjero sigue hablando; sin duda que está haciendo algunas reflexiones acerca del peligro de las pasiones, y sobre la fatal y criminal imprudencia de las jóvenes, que dan entrada en su pecho á una pasion sin el parecer y consentimiento de sus Padres. A este punto la hermosa estrangera se arroja en los brazos del hombre con las mas tiernas y afectuosas expresiones de cariño: y despues volviendo á la fuente sus ojos bañados en llanto, á aquella fuente testigo en otro tiempo de los indiscretos juramentos del amor, suspira, y arrodillándose, juntando sus hermosas manos, y levantándolas al Cielo, parece que promete al Autor de sus dias una eterna sumision. Su hermosura en esta actitud tenía algo de angélico y celestial.

Al verla en aquella postura no pudo Alfonso contener su admiracion, y sin poderlo remediar hizo una grande exclamacion, pero al mismo instante, temiendo ser descubierto, se apartó de allí con ligereza. Llena su imaginacion con lo que acababa de ver, y

sin reflexionar tomó el primer sendero que se le presentó. Pero á poco rato volvió ácia la fuente; mas ya no estaba allí su hermosa estrangera. Triste y pensativo contempla Alfonso el sitio en donde había estado; se le figura que la está viendo de rodillas delante de su Padre, cree que la oye hablar, y con todo no le quita esta ilusion el dolor que le causa su ausencia; siente su corazon oprimido y sus ojos arrasados en lágrimas... En este arrobamiento estaba sumergido, quando de improviso oye un grito que penetra hasta lo íntimo de su corazon: corre, vuela, ¿y qué vé? A la hermosa estrangera sola, pálida y despeluznada, huyendo de un toro furioso que la persigue... Arrójase Alfonso á ella, la coge en sus brazos y la salva, en el mismo instante en que postrada del susto acababa de caer en el suelo á diez pasos del toro. Cargado Alfonso con tan preciosa alhaja huye con velocidad del animal furioso, y lleva á la incógnita desmayada á lo mas alto de una peña. A este tiempo vé al Padre que llega corriendo todo asustado, y que al ver á su

Hi-

Hija en salvo bendice al Cielo y á su libertador; pero quando iba á llegar á ellos, el toro se revuelve y le embiste. No tuvo tiempo de subirse á un árbol para evitar la furia de aquella fiera: en vano Alfonso, sosteniendo con un brazo á la incógnita, que aun no había vuelto en sí, le alarga una mano para que suba: el estrangero le grita en Portugués que no abandone á su Hija sobre aquel peñasco, y se esconde detrás de la palma mas gruesa. Vá el toro á pasar por entre las dos palmas, y aunque el paso era estrecho se arroja: la cabeza y los cuernos se le enredan entre los festones de yedra; las palmas le oprimen por los hijares, y forcejando por desairse cae en el suelo. El estrangero se aprovecha de este instante: saca de la faldriquera un estuche, coge una aguja, y se la mete al toro por las espaldas. ¡Qué admiracion de Alfonso al ver que el toro dá un espantoso bramido, procura levantarse, se estremece, vuelve á caer, y muere!

Esto si que es imposible, exclamaron al mismo tiempo los tres niños.—Pues es muy

cierto.—¿Pues cómo, Mamá? ¿Un toro muerto con una aguja?—Sí.—Vea Vmd., dixo Pulchêria, si tenía yo razon de llorar quando me piqué con las espinas del rosal.—No eran aquellas espinas tan peligrosas como la aguja del estrangero.—¿Y era mui larga la aguja?—No tanto como los alfileres con que se prenden los sombreritos.—Parece increíble; ¿y explica Vmd. en sus notas ese prodigio?—Seguramente.—¡Qué curiosas serán esas notas!—Pues aun tengo cosas mas admirables que contaros.—¡Qué historia tan hermosa! Mamá, háganos Vmd. el gusto de continuar; ya no la interrumpiremos mas.

Alfonso, prosiguió la Marquesa, se quedó tan espantado como vosotros de la repentina muerte del toro: el asombro le tenía sin movimiento quando el estrangero subió á la peña y tomó á su Hija en los brazos á tiempo que esta vuelta en sí abría los ojos. No fue Alfonso testigo insensible de la alegría del Padre y de la Hija. Como esta no sabía el Portugués, no pudo dar las gracias á Alfonso, pero en breves palabras refirió á su Padre el

ter-

terrible peligro de que la había librado. El incógnito manifestó el mas vivo agradecimiento al generoso libertador de su querida Dalinda (así se llamaba la estrangera) y en tanto que él hablaba, Dalinda arrojó á Alfonso una tímida mirada mucho mas expresiva que todas las razones de su Padre. Penetrado, arrebatado de admiracion Alfonso, hizo varias preguntas al estrangero con mucha distraccion, sin otro fin que el de dilatar mas una conversacion tan grata para él. Entre otras cosas le preguntó cómo se había separado de su Hija: el incógnito le satisfizo diciendo que se había puesto á coger algunas plantas medicinales; que Dalinda hacía lo mismo, y que se habían separado divertidos en esta ocupacion, pero sin dexar de verse; que de allí á poco levantó la cabeza, y vió que corría con una ligereza indecible, y distante de él mas de seiscientos pasos; que entonces solamente vió al toro que la seguía; y que precipitándose á socorrerla había tropezado en un árbol que estaba caido, por cuyo accidente no pudo alcanzar á Dalinda. Luego que hubo aca-

bado esta narracion le preguntó Alfonso si pensaba estar algun tiempo en Portugal. No, replicó el extranjero, porque nos vamos ahora mismo á España, cuyas Provincias veremos mui despacio. Consternado Alfonso baxó la cabeza y enmudeció, y el incógnito volviendo á darle las gracias con los términos mas afectuosos, se levantó, y despidiéndose de él se fue con Dalinda.

Algunos minutos se está Alfonso como inmóvil y petrificado; despues volviendo en sí se aparta prontamente de la fuente, quiere volver á encontrar al incógnito, hacerle mil preguntas, y sobre todo saber su nombre y patria: no comprehende como ha podido dexarle ir sin tomar unas informaciones tan importantes: corre, busca como un insensato, pero todo en vano. Oprimido del cansancio y de su pena vuelve á la fuente; y quando ya está cerca vé relucir cierta cosa á un lado del camino: se acerca, y reconoce que es una banda azul bordada de oro. Su corazon palpita, conoce la banda de Dalinda... En aquel sitio fue en donde rendida del susto

cayó desmayada, y Alfonso al tiempo de cogarla en sus brazos había desatado la banda que ceñía su delicado talle. Enternecido y fuera de juicio recoge Alfonso con ansia aquella prenda tan preciosa para él. El ceñidor de Dalinda es el de las gracias é inocencia. Suspirando jura llevar siempre consigo aquel precioso despojo que la casualidad le regala: entretanto las horas se pasan, sin poder Alfonso apartarse de la fuente, y hubiera pasado la noche sepultado en sus cabilaciones, si Don Ramiro no hubiese ido á buscarle.

Como no había Don Ramiro educado á su hijo no había deseado tener su confianza, y en efecto no la lograba. Alfonso le calló este suceso, y puso gran cuidado en ocultarle su turbacion y desasosiego. Entregado á las ideas de que se había llenado con sus novelas, no conocía mas gusto que el de pasar las horas y los dias en la fuente en donde había visto á Dalinda. Allí todo le representaba el objeto que su razon debía desterrar de la memoria. Fixando el pensamiento en su hermoso retrato, le parece que está viendo y admiran-

rando á la hermosura mas adornada de todos los encantos de la inocencia y de la virtud. Cerca de aquel bosque le debió la vida... sobre esa peña volvió en sí, y Alfonso mereció una mirada... Debaxo de estas palmas estuvo sentada Dalinda; esta agua cristalina ha servido de espejo á su hermoso rostro... De este modo se consumía Alfonso entre vanos recuerdos: al modo que la fábula nos pinta al desventurado Narciso víctima de una loca passion, así Alfonso, pálido, abatido y sin fuerzas, clava sus ojos anegados en llanto en la *Fuente del Amor*. Los ecos de aquellas peñas solitarias que tantas veces resonaron con el nombre de *Inés*, ya no repiten mas que el de Dalinda. La corteza de los árboles sirve de lápida á este nombre idolatrado; en las palmas en donde se leía el de *Inés*, ya no se vé mas que *Dalinda*. Al son de su guitarra cantaba Alfonso los romances que había compuesto á Dalinda, y gravaba en las peñas los versos que le dictaban el amor y la tristeza. Todas estas locuras de sus novelas le ocuparon enteramente algunos dias; pero como no es po-

sible que sean permanentes los gustos contrarios á la razon, á poco tiempo se sosegó su imaginacion, el disgusto y tédio ocuparon el lugar del entusiasmo; cesaron las canciones y las endechas; enmudecieron los ecos; la fuente y los prados perdieron la virtud que tenían de inspirarle versos, romances, y amorosas melancolías.

Cuidadoso Don Ramiro de la alteracion que notaba en su semblante y humor, le hizo algunas preguntas. Alfonso le confesó que el tédio y la ociosidad le consumían; y como se acordaba de que el extranjero le había dicho que estaría en España bastante tiempo, añadió que tenía muchos deseos de ver á España. Don Ramiro que por su parte no tenía ningun recurso de los que hacen amable la soledad, aceptó gustoso esta proposicion, y de allí á dos dias se pusieron en camino para España. Pasaron primero por la Provincia de Tra-os Montes, y de allí entraron en España por Galicia; despues atravesaron toda la parte Septentrional de España, las Asturias, la Vizcaya, Navarra, Aragon, y llegaron á

Cataluña. (13) Luego que Alfonso entró en España la pasión que le ocupaba recobró su primera actividad: la esperanza y el deseo de encontrar á Dalinda volvieron á encender un fuego que solo era fruto de una imaginacion exáltada. Estaba Alfonso impaciente de llegar á Madrid, creyendo que no podría dexar de hallar á Dalinda en la Capital de España; pero Don Ramiro quiso pasar algun tiempo en Cataluña: tuvo la curiosidad de ver el famoso Monserrate. Esta montaña es tan elevada que quando se ha llegado á lo mas alto, todas las montañas circunvecinas parecen al nivel de la llanura, lo que es causa de que se descubre una inmensa extension de terreno. (a) »Al pie de unos peñascos se halla un antiguo Monasterio. (b) Pero lo mas digno de verse es el desierto: en él se encuentra un gran número de hermitas, asilos apreciables

(a) Se descubre (segun dicen) desde lo alto del Monserrate hasta las Islas de Mallorca y Menorca, distantes mas de sesenta leguas. Vease el *Nuevo Viage de España hecho en los años de 1777 y 78*, tomo 1.

(b) En él se dedicó San Ignacio á la penitencia, y formó el proyecto de fundar la Compañia de Jesus.

»á los ojos de la verdadera filosofia. Cada habitacion de estas tiene su capilla, una celda, un algive cabado en la misma roca y un jardin. Los hermitaños que viven en ellas son, casi todos, caballeros que disgustados del mundo van á entregarse enteramente á la meditacion en aquella pacífica soledad. (a) »Al ser de dia fueron Don Ramiro y su hijo á Monserrate. Solo el aspecto de la montaña es capaz de quitar las ganas de subirla: su prodigiosa elevacion y las enormes puntas de peñascos que la cubren no hacen esperar un paseo mui agradable; pero entre sus breñas se hallan unos valles deliciosos, cubiertos por todas partes de yerba y de flores silvestres, y mil bosquecillos, obra todo de la naturaleza: las cascadas que se precipitan desde lo alto de los peñascos, su variedad de figuras, movimiento y ruido, hacen alegre y agradable aquella soledad, (14)

»Al entrar en el desierto encontró Don Ramiro una hermita que no supo decirle su nombre. (a) Vease la obra citada, tomo 1.

Ramiro á uno de los hermitaños que se estaba paseando con un libro en la mano. Su aspecto noble y venerable le hizo impresion. Al pasar junto á él iban hablando Don Ramiro y su hijo, y apenas oyó el hermitaño hablar en Portugués, quando se acercó á ellos. Manifestó la alegría que tenía de haber encontrado con unos paisanos, y los convidó á descansar en su celda, oferta que los dos admitieron con mucho agradecimiento. El anciano presentó á sus huéspedes algunas frutas y legumbres. Despues de esto Alfonso que quería continuar su paseo se salió de la hermita diciendo á su Padre que le esperaba en el desierto. El hermitaño llevó á Don Ramiro á su huerto, en donde se sentaron junto á una fuente sobre una peña.

Entonces Don Ramiro tomando la palabra dixo: Padre mio, ¿quál ha sido la revolucion ó el reves de la fortuna que le ha sacado á Vmd. de nuestra comun patria, y le ha fixado en esta soledad? Conozco en sus modales y conversacion que no había Vmd. nacido para acabar sus dias en un desierto. En efec-

efecto, respondió suspirando el anacoreta, demasiado he conocido, por mi desgracia, el mundo y la Corte. Estas palabras avivaron mas la curiosidad de Don Ramiro, y el anciano se convino en satisfacerla. Mui poco le importa á Vmd. saber mi nombre, le dixo, doce años hace que vivo en esta soledad; ya en Portugal deben creer que he muerto: me he consagrado al olvido, y así nada diré de mi nacimiento, pero en pocas palabras le referiré á Vmd. mi deplorable historia.

Iba á continuar la Marquesa, pero la Baronesa hizo la seña para acabar la velada; en vano pidieron todos que se prolongase un quarto de hora, no hubo remedio, fue preciso irse á acostar.

A la noche siguiente prosiguió la Marquesa contando la historia del hermitaño del modo siguiente:

»Mi familia es de las mas antiguas de Portugal, me dieron buena crianza, y heredé unos bienes regulares. Algunos servicios que hice en campaña me grangearon la gracia y premios de mi Soberano. Casé

»con una muger á quien amaba, y tuve un
 »hijo; nada faltaba á mi felicidad. Esta fue
 »mi suerte hasta la muerte del Rei Padre del
 »actual: este suceso me quitaba un Sobera-
 »no que yo amaba, un protector, un padre;
 »porque para el fiel vasallo y hombre de bien
 »un Rei bueno reúne en sí estos títulos sagra-
 »dos. Dexé la Corte, y retirándome á una
 »posesion distante de Lisboa, me dediqué en-
 »teramente á la educacion de mi hijo. Este
 »objeto único de mi cariño se aprovechó de
 »mis cuidados aun mas de lo que yo hu-
 »biera acertado á desear. Quando tuvo edad
 »suficiente para presentarse en la Corte le con-
 »fié á un pariente que le llevó á Lisboa, que-
 »rándome yo en mi retiro. Esta fue la pri-
 »mera vez que me había separado de mi hijo,
 »y con todo nunca fuí mas feliz que enton-
 »ces... me figuraba sus adelantamientos, y es-
 »ta idea me llenaba del mayor regocijo y de
 »alhagüeñas esperanzas, bien frágil y enga-
 »ñoso, pero con todo el mayor quizá que se
 »nos ha permitido, y cuya dulzura nadie la
 »siente como el corazon de un Padre. Quan-
 do

»do el interes personal produce esta lisonjera
 »ilusion, la reflexion la debilita, la modera
 »ó la disipa. ¿Pero qué Padre ha podido nun-
 »ca limitar las esperanzas de las ventajas que
 »desea á su Hijo?... ¡Infeliz! Al principio creí
 »que las mias se viesen cumplidas; mi Hi-
 »jo en efecto logró mui buena acogida. Su
 »nombre, mis servicios pasados, que revivie-
 »ron con su presencia, y mas que todo, su
 »talento, su persona y genio le consigüe-
 »ron algunas distinciones que la baxa emu-
 »lacion de los áulicos y el amor de su Pa-
 »dre facilmente atribuyeron á principios de
 »favor. Vió en Lisboa á una Señorita que unía
 »á las habilidades, á las virtudes y á todas las
 »gracias de su sexô, las ventajas de un na-
 »cimiento ilustre, y crecidos bienes. Mi Hi-
 »jo aspiró á su mano, yo aprobé su eleccion,
 »y esta inclinacion autorizada del consenti-
 »miento paternal debía decidir de su suerte.
 »Los Padres de la Señorita consintieron en la
 »union que debía hacer feliz á mi Hijo con
 »el conque de que obtendría un empleo en
 »la Corte. Solicitó este empleo, y se lo pro-
 me-

«metieron para antes de tres meses; pero se
 «le encargó el mayor secreto hasta tanto que
 «lo lograrse, permitiéndole no obstante que
 «lo participase reservadamente á los Padres
 «de la que debía ser su Esposa. En efecto,
 «al instante les dió parte de tan feliz noticia,
 «y ellos le presentaron en calidad de Mari-
 «do á su Hija, la que le manifestó en esta
 «ocasion un afecto que puso el colmo á su
 «felicidad. Como no debía casarse hasta con-
 «seguir el empleo, se ausentó de Lisboa con
 «el fin de hacerme saber él mismo las cir-
 «cunstancias de su fortuna. Gocé, pues, de
 «la inexplicable satisfaccion de estrechar en-
 «tre mis brazos á este Hijo idolatrado, y de
 «la de ver cumplidos sus deseos. Mas, ¡oh
 «infeliz! Al tiempo mismo que yo me juz-
 «gaba el Padre mas venturoso, un bárba-
 «ro, un monstruo urdía la exècrable trama
 «que me privó de mi Esposa é Hijo.
 «Lleno de candor y franqueza no ha-
 «bía podido mi Hijo dudar de la probidad
 «de un traidor que solo deseaba lograr su
 «confianza para perderle con mas seguridad.

«este pérfido, levantado desde el cieno á la
 «privanza por un capricho de su Soberano,
 «temió en mi Hijo un rival peligroso, pero
 «disimulando su envidia le hizo mil demos-
 «traciones de amistad, y obtuvo á poca cos-
 «ta toda su estimacion.» A este punto de la
 «narracion del hermitaño, Don Ramiro se tur-
 «bó enteramente, pero su huesped no lo ad-
 «virtió, y prosiguió diciendo: «Quando mi
 «desgraciado Hijo solicitó el empleo que tan-
 «to deseaba se lo confió á este hombre abo-
 «minable, que no pudiendo por entonces da-
 «ñarle, fingió que participaba de su regoci-
 «jo; pero la ausencia de mi Hijo le facilitó los
 «medios de exercer su rabia. Tenía mucho
 «poder con el Rei. Levantó á mi pobre Hijo
 «una atroz calumnia, y supo persuadir á un
 «Príncipe jóven, débil y sin experiencia. La
 «gracia concedida fue revocada, el empleo
 «dado á una vil hechura del indigno favori-
 «to, y mi inocente Hijo desterrado á mi casa.
 «Solo supe esta cruel noticia quando recibí
 «la orden del Rei que mandaba á mi Hijo no
 «saliese de la Provincia, al mismo tiempo que

»él recibió una carta de la Señorita en que
»le decía lo siguiente:

Vmd. nos ha engañado del modo mas indigno: mis Padres y yo sabemos por muy cierto que nunca se le prometió á Vmd. el empleo que acaban de dar á otro. Por tanto, olvide Vmd. hasta el nombre de la infeliz que jamás podrá consolarse de haberle podido estimar un solo instante.

»Luego que hubo acabado mi Hijo de leer
»esta fatal esquela exclamó: ¡Con que ya he
»perdido para siempre el honor y lo que mas
»idolatro!... Al acabar estas palabras pierde el
»color, le faltan las fuerzas, cae, y extiende
»sus brazos ácia mí. Me arrojo á sostener-
»le... ¡horroroso recuerdo! le abrazo, le estre-
»cho contra mi pecho... ¡Padre infeliz! ya no
»tenía Hijo... (15) Su desgraciada Madre, tes-
»tigo de esta horrible escena, cae desmaya-
»da como si hubiese recibido el mismo gol-
»pe: vuelve en sí; pero trastornado su jui-
»cio, pierde el uso de él, y conserva á pesar
»de esto el sentimiento de su desgracia... En
»fin, víctima sensible del amor materno, á

»los tres dias siguió á su Hijo al sepulcro... Y
»yo, Padre y Esposo desgraciado, condena-
»do á sobrevivirles, no podía tolerar mi exis-
»tencia sino por el deseo de vengarlos... ¡Oh
»tú, exclamé, Arbitro Soberano de la suer-
»te de los mortales infelices; Supremo Sér, que
»has descargado sobre mí tu riguroso brazo!
»dignate á lo menos de oír, desde el profun-
»do abismo en que me ha sumergido tu có-
»lera, la voz de mi desesperacion. Los gritos
»del inocente oprimido llegan á ti; nunca
»has desechado sus oraciones... ¡Infeliz! No te
»pido felicidad; he perdido la mia para siem-
»pre. Venganza es lo que te pido, lo pue-
»do hacer, pues que imploro tu justicia. Te
»pido que el cobarde y pérfido enemigo cu-
»yos artificios han causado la muerte de mí
»Esposa é Hijo... Sí, pido que ese monstruo
»pierda á un mismo tiempo su privanza y su
»fortuna... Hijo tiene, pues que llore como
»yo, y que sobre todo sea su Hijo el ins-
»trumento de tu justicia y mi venganza...»

»Calló el hermitaño al ver que Don Ra-
»miro consternado y temblando hizo un mo-

vimiento para levantarse. Se horroriza Vmd., le dixo, tanto ódio y deseo de venganza son causa, ya lo veo, de que tema Vmd. oír el resto de mi historia. No tema Vmd., no hai nada de trágico en lo que queda de mi narracion. El Cielo trocó mi corazon, y á poco tiempo abjuré los sentimientos violentos que la Religion condena... No pudo Don Ramiro responder en un rato: el espanto y el terror, embargándole el movimiento y la voz, le habían convertido en estatua... En fin levantándose de repente exclamó: ¿En dónde estoy?... ¡A qué sitio he venido!...—¡Ah Señor! ¿Qué me indica la turbacion y espanto que noto?... ¿Hablé imprudentemente?... ¿Conocería Vmd. á mi cruel perseguidor? ¿Será Vmd. por ventura su amigo?...—Ese perseguidor, ese bárbaro, en fin Don Ramiro...—Sí, él es; si Señor, confieso que ha nombrado Vmd. al autor de mis desgracias...—Don Ramiro...—¡Ah! No repita Vmd. ese funesto nombre; no puedo oírle sin horror...—¡Oh desgraciado Alvarez!... Pero á lo menos sepa Vmd. que el justo Cielo ha tomado por su

cuen-

cuenta el castigo...—¿Qué dice Vmd.? No es él ya quien manda en Portugal?—Arruinado, despojado de todos sus honores y riquezas, sin parientes ni amigos, ya no tiene mas que tantos arrepenimientos y remordimientos que le despedazan...—Si es cierto que padece, le tengo lástima...—¿Vmd. compadecerle; será posible?...—No hai duda... Pero, Señor, Vmd. llora... ¿Qué rayo de luz me alumbra?... ¡Gran Dios! Si fuese...—Sí, yo soi ese infeliz, exclamó Don Ramiro arrojándose á los pies de Alvarez, quien sobrecogido de un horror involuntario se hace atrás estremeciéndose. ¡Oh Padre mio! prosiguió Don Ramiro, dignate de revoçar la funesta imprecacion que ha hecho caer sobre mi cabeza todas las venganzas del Cielo. Confieso que debes aborrecerme; no hai expresion que explique el horror que mi presencia te debe causar; pero considera que soi el mas desgraciado de los hombres... Un Hijo me queda, él puede consolarme... ¡Ah Padre mio! Dexa ya de maldecirme; no desees que mi Hijo haga completas mis desventuras... Levantando el hermitaño

los ojos al Cielo exclamó: ¡Gran Dios, Don Ramiro en mi celda! ¡Don Ramiro suplicando á mis pies, y dándome el sagrado nombre de Padre! ¡Este dulce nombre, que era en otros tiempos mi gloria y mi felicidad! Este nombre... que él mismo me ha robado. Pero no temas, sosiégate, prosiguió arrojando á Don Ramiro una mirada compasiva, ha mucho, vuelvo á decirte, que no abrigo en mi pecho la venganza... ¡lloras, te quejas de tu suerte? ¿te persiguen? Habla, dime: ¿estás proscrito? Esta hermita será tu asilo; partiéndola contigo sabré cumplir con las leyes santas de la hospitalidad. No tienes que temer que te haga indignas reconvenciones; no, si necesitas de mi amparo, no hallarás en mí sino un amigo, un Padre... ¡—Oh grandeza de ánimo, que me confunde! ¿Es posible que el hombre pueda llegar á un grado tan sublime de virtud?...—No, Ramiro, no busques en el corazón del hombre una generosidad de que no es capaz: no admires al flaco y débil Alvarez, pero adora y reconoce la obra del Poder Supremo y de la Religión. Diciendo esto,

el hermitaño extendió los brazos ácia Don Ramiro, y se adelantó para abrazarle. Las lágrimas de Don Ramiro corrieron en el seno del virtuoso Alvarez, en aquel seno que él había despedazado cruelmente.

Un cuarto de hora despues de esta tierna reconciliacion volvió Alfonso á la hermita. Despidióse Don Ramiro del anciano, y se fue, llevando en su corazón los remordimientos mas crueles y los mas funestos presagios. No podía apartar de su memoria la maldición que Alvarez le había echado; parte de ella se había verificado con la pérdida de sus bienes y honores, y á pesar del generoso perdón de Alvarez, se sentía demasiado culpado para no temblar que el Cielo cumplierse enteramente la súplica que en los primeros raptos de su dolor hizo el desdichado anciano oprimido tan injustamente. ¡Desgraciado de mí! (decía Don Ramiro) en su mayor infortunio encargó al Cielo el cuidado de su venganza. Esta venganza será terrible... ¡Oh Hijo mio! Tú vendrás á ser el instrumento de la Divina Justicia! ¡Solo Alfonso pue-

de ya completar la venganza de Alvarez!

Lleno de estas funestas ideas, siempre estaba Don Ramiro triste, taciturno y pensativo; cada vez que miraba á su Hijo se le arrasaban los ojos en lágrimas: sentía al verle una inquietud no conocida, y una opresion de corazon inexplicable. En una palabra, ya no disfrutaba sino á medias de la dicha de ser Padre.

Despues de haber visto á Tarragona y Tortosa (16) salieron Don Ramiro y su Hijo para Madrid. Alfonso esperaba que en Madrid hallaría á Dalinda, pero fue vana su esperanza; no obstante por las señas que dió supo de algunos que en efecto había estado en Madrid: supo asimismo que su Padre se llamaba Thelismar, que era Sueco, que aun debía estar algún tiempo en España, y que había ido á Granada.

Estas noticias que Alfonso adquirió á escondidas de su Padre le inspiraron un deseo vivísimo de ir á Granada. Don Ramiro, que llevaba siempre consigo sus pesares y tristezas, convino sin dificultad en salir de Ma-

drid

drid antes de lo que había pensado. Pasaron primeramente por Toledo: vieron en esta Ciudad el Alcazar ó Palacio antiguo de los Moros, (a) cuya arquitectura es un compuesto de la Romana, Gótica y Morisca. Lo que mas los prendó en el Alcazar fue el Hospicio establecido para los pobres de la Ciudad y sus cercanias por el Arzobispo de Toledo. En este Hospicio se hallan manufacturas y escuelas de dibujo; se mantienen en él cerca de doscientos niños, y se les procura inspirar la aficion al trabajo, y el amor á la virtud. Las mugeres y los viejos hallan tambien un asilo en este antiguo Palacio, consagrado hoy dia, por el zelo y religion de un digno Prelado, á la humanidad desventurada. (17)

Despues de haber estado algun tiempo en Toledo tomaron nuestros viajeros el camino de Córdoba; pasaron por Sierra Morena, (b) lugares en otro tiempo incultos y

(a) Hai tambien en Sevilla otro Alcazar, pero no tan bueno como el de Toledo.

(b) Llámase así porque está cubierta de varios árboles y arbustos que siempre están verdes, por lo qual desde lejos parece del todo negra.

abandonados á las fieras, y ahora convertidos en agradables poblaciones y fértiles campiñas, gracias al amor y pródiga beneficencia del Soberano. (18) Córdoba, situada en las orillas del Guadalquivir, está á la falda de unas sierras que son parte de Sierra Morena. Esta Ciudad, tan célebre en tiempos pasados, no conserva de su grandeza antigua mas que un recinto mui vasto, y la soberbia Mezquita que Abderramen hizo edificar antiguamente. (19)

Tres dias se detuvo Don Ramiro en Córdoba, y despues siguió su viage. No pudo Alfonso menos de conmoverse quando descubrió á Granada. (20) Creía encontrar en esta Ciudad á Dalinda, pero esta esperanza le duró mui poco; sin embargo, á pesar de su preocupacion é impaciencia, no pudo menos de admirar la hermosa y brillante situacion de Granada y sus soberbios edificios, (21) monumentos antiguos y curiosos cuyas ruinas traen á cada paso á la imaginacion la magnificencia de los Arabes. Admiró principalmente la Alhambra y el Generalife: se de-

deleitaba en aquellos lugares llenos de inscripciones y versos, que le hacían acordarse de los amores de los antiguos Reyes de Granada, de las desgracias de los Abencerages, de las persecuciones y triunfo de una hermosa y virtuosa Reina, (22) y de todas las demás cosas admirables que había leído en las novelas.

Pero pensando mas que nunca en Dalinda y Thelismar, no tardó en saber que quince dias antes de llegar él habían salido de Granada para Cadiz, que habían determinado estar en aquella Ciudad seis semanas, y embarcarse despues para viajar por las costas de la Africa. Mucho sintió Alfonso estas noticias; no intentó obligar á su Padre á que fuese á Cadiz, porque este había dicho positivamente al llegar á Granada que desde allí se volvería sin mas detencion á Portugal.

El deseo de viajar y de ver á Dalinda, la esperanza de hacer fortuna, la ambicion, el amor, y sobre todo, el orgullo, el ocio y curiosidad inspiraron al culpable Alfonso la imprudente y cruel resolucion de huir secre-

tamente, irse á Cadiz, y abandonar á su Padre. Mucho trabajo le costó el determinarse á tomar un partido tan violento; pero al fin, no atendiendo á los gritos que le daba la conciencia, empleó todo su ingenio en buscar pretextos especiosos que le escusasen á sus propios ojos, y que apoyasen su criminal determinacion. Mi Padre, se decía á sí mismo, ha perdido quanto tenía, no le queda mas que una corta pension que apenas puede mantenernos á los dos; dexándole solo podrá vivir con mucha mas comodidad. Además, que mi presencia le enfada y le importuna, y principalmente de algun tiempo á esta parte veo que mi conversacion y trato le molestan. Está triste, pensativo; y no habla; y yo procurando distinguirme y salir del abatimiento y obscuridad en que estoy, trabajaré para él: si consigo honores y riquezas, serán suyas. Lo que me aparta de su lado por algun tiempo es el desseo de la gloria y de su felicidad; mi ausencia le causará alguna pena, pero mi vuelta enjugará su llanto y le hará feliz para siempre. Estas reflexiones ha-

cía

cía Alfonso, y al mismo tiempo suspiraba y se enternecía. Si hubiese querido consultar á su corazon, al honor y á la prudencia, facilmente habría conocido su desvarío é ingratitude; pero como no quería mas que alucinarse, facilmente lo consiguió; mas no pudo ahogar enteramente los remordimientos que le molestaban de continuo. Firme ya en su resolucion, la executó al punto: seduxo al criado de su Padre, y le comunicó todos los medios que había imaginado para facilitar su huida. Convinieron en que Alfonso se escaparía aquella noche, que el criado le esperaría con dos caballos á las puertas de la Ciudad, y que irían sin detenerse hasta Loxa, por ser camino que el criado sabía. No tenía Alfonso dinero alguno; pero había conservado del desastre de Lisboa las joyas que tenía puestas: Don Ramiro había vendido todas estas alhajas, excepto dos sortijas de bastante precio que le había dexado. Vendió secretamente una de ellas, por la qual le dieron quatrocientos pesos fuertes, cantidad que le pareció suficiente para dar vuel-

ta

ta al mundo si era menester. El día señalado para la huida fingió Alfonso que tenía una cruel xaqueca, tanto por disimular su turbacion y desasosiego, como por hacer que su Padre se acostase temprano. En efecto aquella noche Don Ramiro se recogió á las ocho. Quando Alfonso se despidió de él le pareció que el corazon se le salía del pecho: corrió á encerrarse en su quarto, pero siempre atormentado de remordimientos. Llorando escribió una carta en que decía á su Padre los motivos de su fuga, pero sin darle parte del camino que iba á tomar, ni de su extravagante pasion: dexóla sobre una mesa para que á la mañana siguiente la pudiese ver Don Ramiro. Hecho esto, se emboza en su capa, y como tenía que andar mucho se quitó los zapatos que llevaba, se puso unos mui gruesos riveteados con tachuelas; y tomó en la mano un palo con un chuzo en la punta. La bolsa con todo su caudal se la metió en un bolsillo, y en el otro una cartera en donde estaba la sortija que le quedaba, y la banda de Dalinda. Abrió una ven-

tana, y descolgándose por ella se halló en un patio, de cuya puerta tenía él la llave, y salió sin ser visto. Atravesó prontamente la Ciudad; á cien pasos de las puertas halló al criado que le esperaba, y montando á caballo tomaron el camino de Cadiz. No podían andar mui apriesa á causa de estar la noche mui oscura: el temor de que le siguiesen, las dolorosas reflexiones que se le presentaban en tropel, la inquietud, su conciencia y el arrepentimiento despedazaban alternativamente su corazon, y le infundían una especie de terror invencible, al que hacían mucho mayor las tinieblas de la noche. Dos horas habría que caminaban, quando un espectáculo pasmoso le sacó de entre estas tristes reflexiones: ve que de repente desaparece la noche, y en su lugar amanece un día tan claro que le deslumbra. Levanta la cabeza, y advierte en el Cielo un globo resplandeciente de fuego que parecía iba á precipitarse sobre la tierra, y que se aumentaba al paso que se iba acercando: presentaba á la vista mil colores mui brillantes, y dexaba trás sí

un rastro de luz que señalaba su curso: remontándose despues poco á poco arrojó por todos lados innumerables chispas y centellas parecidas á las de los fuegos de artificio: reventó finalmente, y salieron de su inmensa mole dos volcanes, que separados de él tomaron la figura de dos grandes Arcos Iris; uno fue á apagarse ácia el Norte, y el otro ácia Levante. Entonces pareció que el globo iba á menos; de allí á poco rato desapareció del todo, y sucedieron las densas sombras de la noche á la luz mas resplandeciente. (23)

Todos son ágüeros infaustos para una conciencia turbada, y por tanto no bastó el ánimo de Alfonso á resistir la impresion que este prodigio le había causado: se acrecentó su tristeza y miedo; arrió las espuelas al caballo para distraerse á lo menos con el movimiento, y siguió galopando todo lo restante de la noche. Conoció su criado al amanecer que habían errado el camino, y mirando Alfonso á todas partes descubrió un terreno árido y cubierto de peñascos; no pu-

dien-

diendo hallar ningun camino ó senda trillada, se apeó, y atando el caballo á un arbol, fue con su criado ácia la peña mas elevada que alcanzó á ver, con ánimo de probar si desde su altura descubriría la Ciudad de Loxa, de la qual no podían estar mui distantes. No había andado Alfonso veinte pasos, quando de improviso se pára sobre una peña: una fuerza incontrastable le detiene á pesar suyo; el palo que llevaba en la mano se clava en la piedra, y parece que ha echado raiz (24)... ¡Oh Padre mio! exclama: ¿acaso es este castigo del Cielo que quiere vengarnos con este inaudito prodigio... no pudo decir mas, el espanto, el terror y los remordimientos que le oprimen aniquilan sus fuerzas, y le dexan inmóvil y mudo; los cabellos se le erizan, y una palidez mortal cubre su rostro... ¡Ah Mamá, exclamó Pulchéria, se ha convertido en estatua!... No del todo, replicó sonriéndose la Marquesa, pero él se lo temió, porque le ocurrió el mismo pensamiento que á tí...—Lo creo mui bien: la fuerza invencible que le tenía clavado sobre

la peña le debía hacer temer qualquier desgracia.—Y con todo, esa fuerza invencible era una cosa mui natural.—Vmd. nos ha prevenido que *todo lo maravilloso sería cierto...* Mas aquel globo de fuego, éste fatal peñasco... todo parece tan fuera de lo regular... però, Mamá, volvamos al pobrecito Alfonso.—Estaba en la situacion que acabo de pintaros, quando vió que el Cielo se cubría de nubes: levantóse una ventisca furiosa, y comenzó á llover. ¿Però qual fue el pismo de Alfonso al ver el horroroso color de aquella lluvia? Repara que sobre las peñas blanquecinas que le circundan caen unas gotas disformes de color casi morado. Mui pronto se halla casi empapado en aquella agua sangrienta que inunda sus manos y vestido, y que chorreando de las peñas forma al rededor un espantoso arroyo de sangre. (25) Penetrado de horror hizo Alfonso un esfuerzo para apartarse, si era posible, de aquel sitio fatal: soltó el palo, que se quedó derecho como si le hubiesen clavado en la peña: entonces se arroja, y consigue desprenderse del peñasco,

cayendo en la arena casi sin sentido. A este tiempo llegó su criado asustado con la lluvia de sangre; le ayudó á levantarse, le dixo que había encontrado el camino, y al punto montando á caballo huyeron de aquel parage. Alfonso descansó dos horas en Loxa; allí tomó mulas y un mozo, y prosiguió su camino: atravesó el monte Orospeña; (26) pasó por la antigua Ciudad de Antequera, y fue sin detenerse hasta Málaga. En lo restante de su viage no le sucedió cosa particular. Llegó á Cadiz bueno y sano, y se hospedó en la primer posada que le indicaron. Al subir la escalera para ir á su quarto, llegó á sus oidos la voz de una muger que cantaba acompañándose con el harpa: se estremeció al oirla, y guiado por la voz se paró á la puerta del quarto de la que cantaba; escuchó desde allí el tono mas dulce y el estilo mas agradable. No pudo desconocer la voz cuyos acentos habían penetrado hasta lo íntimo de su pecho: enagenado y fuera de sí baxó precipitadamente la escalera; encuentra al huesped: supo que su cora-

zon no le había engañado; que en efecto Dalinda y Thelismar vivían en aquella posada á donde los había guiado la casualidad. No es posible explicar la alegría que le causó á Alfonso esta noticia. Al punto hizo que por el patio le enseñasen las ventanas del quarto de Dalinda, y despues se encerró en el suyo para entregarse libremente al exceso de su contento.

Despues de cenar hizo que le buscasen una vihuela; baxó al patio, y poniéndose debaxo de las ventanas de Dalinda, con mano trémula tocó varias frioleras. Oyó que habían abierto la ventana, y recelando que Thelismar le entendiese, porque sabía el Portugués, no se atrevió á cantar los romances que había hecho para Dalinda en la *fuenta del Amor*, pero cantó con voz tímida y poco firme los tormentos de la ausencia. Al cabo de un quarto de hora cerraron la ventana. Al dia siguiente Alfonso cantó en vano; no abrieron la ventana, y este rigor le affligió tanto como si hubiera destruido alguna bien fundada esperanza. Entretanto Alfonso-

fonso formaba mil proyectos relativos á su pasión, pero ninguno le agradaba. Abrasábase en vivos deseos de volver á ver á Dalinda. Su primera idea quando huyó de su Padre había sido la de venirse á ofrecer á Thelismar por compañero de sus viages, no dudando que vistos sus talentos é instruccion aceptase esta oferta como igualmente ventajosa y agradable, y además juzgaba que el solo agradecimiento al favor que le debía de haber salvado la vida á Dalinda podría obligarle á que admitiese su propuesta con sumo gusto. Quando las pasiones del hombre forman un proyecto, cierran los ojos á las dificultades, apartan las reflexiones útiles, temen todo aquello que podría separarlas del fin que se proponen, y no conocen su imprudencia y locura sino quando ya es irremediable.

Lleno Alfonso de temor y dudas, no sabía que partido tomar, y entretanto huía con mucho cuidado de que Dalinda ó su Padre le viesen, quando una tarde le dixeron que Thelismar prevenía todas sus cosas pa-

ra marchar, y que al dia siguiente se embarcaría al amanecer á bordo del *Intrépido*, (27) que debía llevarle á Zeuta. Esta novedad fixó las dudas y temores de Alfonso. Sin detenerse un punto vende la sortija que le quedaba, habla con el Capitan del *Intrépido*, y le determina á que le reciba á bordo. Al ser de dia se embarcó, y se mantuvo oculto en su camarote: al cabo de un quarto de hora oyó la voz de Thelismar, y á poco rato se hizo el navio á la vela. Como debía Alfonso comer con el Capitan, y estaba cierto de ver en su mesa á Dalinda y Thelismar, se resolvió en fin á ir á ver á este. Hízole decir que deseaba hablarle, y con su respuesta pasó á verle. Al ruido que hizo al entrar volvió Thelismar la cabeza, y mirándole atentamente al instante reconoció al libertador de su Hija: se levantó prontamente, y corriendo ácia Alfonso le abrazó con las mayores demostraciones de amistad y cariño. Alfonso lleno de gozo sintió renacer en su pecho la esperanza; pero respondió á las preguntas de Thelismar con mas empacho que verdad. Mi

Pa-

Padre, le dixo, ha sido mui rico, actualmente no tiene mas que lo preciso; con ello vive como filósofo en las pacíficas riveras del Mondego. Ha dado su aprobacion al deseo que yo tenía de viajar, esperando que con la educacion que me ha dado, podré quizás, dándome á conocer, adquirir algun nombre, y...—¿Qué edad tiene Vmd., y cuáles eran sus miras quando salió de su casa?—Yo sabía que Vmd. estaba en España; supe despues que debía pasar al Africa, y esperé que Vmd. me permitiría acompañarle en sus viajes.—Ha pensado Vmd. mui bien: yo debo visitar las quatro partes del mundo: si Vmd. quiere asociarse á mis fatigas vengo en ello mui gustoso. Fuera de juicio Alfonso al oír estas palabras, abrazó á Thelismar, y le juró que no se apartaría de él jamás.—Pero sepa Vmd. que mis viages durarán tres ó quatro años lo menos; quizás no aprobará su Padre una ausencia tan larga...—Yo sé de cierto que vendrá en ello gustoso...—Pues siendo así, gustando Vmd. del estudio, y teniendo, como creo, nobleza en su modo de

AA4

pen-

pensar, y propension á la virtud, hallará en mí un fiel amigo y un segundo Padre; me tendré por dichoso si puedo de este modo manifestarle una parte de mi agradecimiento. Dalinda le debe á Vmd. la vida: ¡contemple Vmd. si debo estimarle! Enternecido Alfonso se inmutó al oír el nombre de Dalinda, y no acertando con las palabras tuvo que callar, y Thelismar prosiguió diciendo: necesito de consuelo; en su amistad de Vmd. espero encontrarlo...—Consuelo... ¿Pues qué penas puede Vmd. tener?...—Me he separado por quatro años de las prendas que mas quiero, de mi Muger é Hija...—¡Cómol... ¿de Dalinda?...—No podía exponerlas á los riesgos inseparables de una larga navegacion: han visto conmigo la mayor parte de la Europa; en Cadiz nos hemos separado, y en tanto que nosotros navegamos ácia el Africa, ellas se vuelven á Suecia...—¡Oh Cielos! exclamó dolorosamente Alfonso, la Suecia y el Africa!... ¡Oh qué inmensa distancia entre Dalinda... y... Vmd. ! ¡Qué tanto lo siento! No pudo Alfonso al decir esto reprimir el llanto.—

Mu-

Mucho le agradezco á Vmd. la parte que toma en mi dolor. La llegada del Capitan interrumpió esta conversacion. Alfonso se fue á encerrar en su camarote para ocultar su pena y desasosiego. Se desesperaba quando pensaba que en quatro años no había de ver á Dalinda; no obstante sentía mucho alivio con el afecto que Thelismar le manifestaba, y se propuso emplear todos los medios posibles para merecer su amistad y confianza.

Aquella misma noche Thelismar le hizo varias preguntas, y una de ellas fue: ¿si sabía los elementos de alguna ciencia? ¿Pues no? respondió Alfonso sonriéndose de un modo orgulloso, no carezco de instruccion: no hai cosa que no me hayan enseñado.—¿Sabe Vmd. algo de Geometria?—Diez años he tenido Maestro de Matemáticas.—¿Tiene Vmd. algunos principios de Física é Historia natural?—Nada de eso ignoro; y tengo además mucha pasion á las nobles artes; la música y el dibujo son mis delicias.—¿Con que sabe Vmd. dibujar? ¿y qué cosa?—Dibujo flores.—¿Gusta Vmd. de leer?—Muchísimo.—El idio-

ma

ma Portugués no es muy abundante de buenos Autores; pero Vmd. sabrá el latin...— ¡Oh! perfectamente. Vea Vmd. si lo sabré, quando á diez años explicaba superiormente (esta era la expresion de mis Maestros) á Horacio y Virgilio.—En ese caso acabaría Vmd. sus estudios á doce años.—Justamente: y así desde entonces no he vuelto á ver libro alguno en latin, á fin de adquirir otros conocimientos.—Y yo apostaré que á trece años era Vmd. ya bastante buen geómetra para dar de mano al estudio de las Matemáticas.—Si Señor, entonces fue quando me dediqué al gusto que tenía á la literatura: empecé á componer versos.—¿Cómo, de sabio se volvió Vmd. Poeta? No siempre suele ser afortunada esa trasformacion...—Mis versos tuvieron un aplauso que debió animarme...—Entiendo que sería un aplauso de tertulia, caso-ro...—No por cierto, puedo decir que fue un aplauso universal.—¿Cómo lo pudo Vmd. saber?—Todos los que iban á casa de mi Padre me lo decían. Esta respuesta hizo sonreír á Thelismar; mudó de conversacion, y

un

un rato despues se fue Alfonso á acostar, persuadido de que Thelismar había concebido la opinion mas ventajosa de sus talentos é instruccion. Al dia siguiente se acordó Alfonso del lance del toro en la *fuenta del Amor*, y le preguntó á Thelismar la explicacion de un suceso tan raro. Thelismar le respondió que aquel mismo dia había encontrado á un amigo que volvía de América; que este traía de allá un veneno tan activo que producía el efecto que Alfonso había visto; que aquel amigo le había regalado un estuche con algunas agujas mojadas en este tósigo, y que queriendo hacer aquella misma noche la prueba había guardado el estuche en su faldriquera. (28) Lo que me admira, dixo Alfonso, es el que nunca haya yo oido hablar de ese veneno. Puede ser, replicó Thelismar, que haya otras muchas cosas de las cuales no tiene Vmd. noticia. Muy bien lo creo, replicó Alfonso, pero me atrevo á decir que no serán muchas, porque no soi ignorante, he tenido Maestros de todas ciencias, además de esto he leído mucho, y he observado y pen-

sa-

sado mucho mas. No se alababa tanto Alfonso á sí mismo sino porque creía poderlo hacer sin riesgo. No advertía en Thelismar mas que un hombre sencillo y sin pretensiones de sabio, al qual no le conocia mas gusto ó estudio que el de la Botánica, y no dudaba que en todo lo demás fuese Thelismar mui ignorante. Este, unas veces de intento, y otras por su natural modestia, le confirmaba á cada instante en su opinion.

Llegaron por fin á Zeuta: Thelismar dijo á Alfonso que se encargaba de buscar alojamiento para los dos, y se acomodó con él en una de las mejores casas de la Ciudad.

Aquí llegaba la Marquesa quando dieron las diez; se guardó el manuscrito, y se acabó la velada.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NO-

NOTAS DEL PRIMER TOMO

DE LAS VELADAS DE LA QUINTA.

(1) Llamam piedras herbaceas á las *dendróporas* que representan vegetales; y *zoomorphitas* aquellas que tienen impresa la imagen de algun animal.

(2) Todas las mariposas fueron en su origen gusanos ú orugas que experimentaron diferentes metamorfosis como la de *crýsálide* ó ninfa, y la última de mariposa.

Muchas veces se equivoca el término de *crýsálide*, ó *haba* con el de *ninfa*, bien que diferente en cierto modo: llámase *ninfa* propiamente el estado de los insectos envueltos en una membrana transparente mui delgada y flexible, que dexa ver la futura figura del insecto ya del todo formada: todas las moscas pasan por este estado, en el qual no dexan de tener movimiento algunas veces, y de alimentarse. Las *crýsálides* tienen cáscaras ó túnicas mas espesas; no tienen movimiento progresivo; y estas son las verdaderas *crýsálides* ó *habas* llamadas tambien *aurélias*.

Los Naturalistas dan el nombre de *larvas* á los insectos que se metamorfosean, quando al salir del huevo se hallan en su primer estado.

En la Mitologia las *larvas* eran, segun la supersticiosa creencia de los paganos, las almas de los malos, que andaban vagando por todas partes con figuras espantosas; llamaban tambien *lemures* á estas fantasmas imaginarias.

(3) En general se llaman insectos todos los animales cuyos cuerpos se componen de unos como anillos ó segmentos. Los insectos se distinguen por otras muchas señales; una de las principales es que carecen de huesos y espinas.

(4) Dividense las conchas en tres clases, en univalvas ó conchas de una sola pieza, como son las lépadas, los caracoles, los buccinos, &c. La segunda clase en bivalvas, ó conchas de dos piezas, como las ostras, las camas, &c. La tercera clase en multivalvas, ó conchas de muchas piezas, como son las bellotas de mar, &c.

La

(5) La Botánica es una parte de la Historia natural, que tiene por objeto el conocimiento del reyno vegetal por entero; y así esta ciencia trata de todos los vegetables, y de todo lo que tiene conexión inmediata con los cuerpos organizados. La Botánica se divide en tres partes principales, á saber, la nómina de las plantas, su cultura y sus propiedades. Algunos observadores han distinguido hasta diez y ocho ó veinte mil especies de plantas, contando todas las que se han descubierto tanto en el nuevo como en el antiguo Continente. Suponen que aun existen otras veinte y cinco mil no conocidas (a).

Por Historia natural se entiende el conocimiento de todos los entes que componen el universo entero: la Historia de los cielos, de la atmósfera, de la tierra, de todos los fenómenos que suceden en el mundo, y la del hombre mismo, pertenece á la Historia natural.

La voz *mineral* expresa y comprehende ordinariamente todo lo que se extrae de la tierra: se divide el estudio de la Historia natural en tres partes, que se llaman *reinos*, y son el *reino mineral*, el *reino vegetal* y el *reino animal*. Llamam *Zoología* á la ciencia que trata de todos los animales de la naturaleza. Se divide dicha ciencia en tantas partes separadas como hay clases de animales, á saber; la *Anthropología*, ó la Historia del hombre; la *Tetrapodología*, ó la historia de los cuadrúpedos; la *Ornithología* la de las aves; *Amphibiología* la de los amphibios; *Ichthyología* la de los peces; *Entomología* la de los insectos; *Zoophytología* la de los zoophytes. Llamam zoophytes á ciertos cuerpos marinos, cuya naturaleza participa del animal, y en la figura parece vegetal, por cuya razon los llaman plantas animales, ó animales plantas. *Mr. de Bomare*.

Si se quiere leer los libros de la Historia natural es preciso saber la significacion de todos estos diversos nombres, pero fuera una ridicula pedanteria el usar de dichos

(a) Llámanse plantas *indígenas* las naturales del país; y plantas *exóticas* las extranjeras. Si en poco tiempo se quieren adquirir noticias individuales y claras sobre la Botánica, es menester leer las demostraciones elementales de Botánica para el uso de la Escuela Real veterinaria, dos tomos; ó bien el Diccionario de Agricultura del Abate Rozier, obra digna de los mayores elogios, y que en breve completará dicho Autor, estando ya para salir el tomo VIII.

chos términos en las conversaciones, por exemplo, el decir que alguno se ocupa en el estudio de la *Tetrapodología*, ó de la *Ichthyología*, en vez de decir de la Historia de los cuadrúpedos, ó de los peces; pues no se debe hablar sino con el fin de que todos nos entiendan; y proceder de otro modo es dar prueba evidente de que se carece de urbanidad y juicio.

(6) La catarata es la opacidad del humor cristalino del ojo: en su estado natural dicho humor es transparente; por medio de su substancia pasan los rayos para llegar á la retina. (a) Quando se va espesando hasta cierto punto ya no se puede ver con claridad. El remedio consiste en quitar esta telita que produce en el ojo el efecto de un velo opaco que le priva de la luz. Antiguamente se contentaban con baxar esta tela con una aguja. El cristalino queda así en el ojo; lo que expone al enfermo á experimentar de nuevo la misma privacion de luz; pero hoy día se extrae enteramente. Este descubrimiento se debe á Mr. Daviel, famoso Oculista, hace como unos 40 años. Quitado el cristalino queda reemplazado por el humor vídrioso, en el qual está engarzado; y el que en lo sucesivo produce los mismos efectos con poca diferencia. Esta operacion no es nada dolorosa, y se puede executar en menos de un minuto. El enfermo comunmente ve en el instante mismo de la extraccion del cristalino: luego se le vendan los ojos, se le hace observar un régimen suave y refrescante. Si no ocurren accidentes se le va graduando el uso de la luz poco á poco; y al cabo de tres semanas poco mas ó menos se halla en perfecta convalecencia.

Tambien se usa de este término *catarata* en la Geografía. *Catarata de agua* es la caída de las aguas de un rio, producida por un declivio sumamente escarpado; ó bien ocasionada por peñascos que detienen el curso ordinario de las aguas. Los antiguos llamaban á éstos desfiladeros de aguas *catádupes*. El Rhin tiene dos cataratas, la una en Bilefeld, la otra en Lauffen, cerca de Schaffouse. El Nilo tiene diferentes, y de las cuales dos principalmente son muy fuertes.

(a) La retina es una parte del ojo sobre la qual se hace la impresion de la imagen de los objetos por medio de los rayos de la luz que salen de todos los puntos del objeto.

fuertes, y se precipitan entre dos montañas. El rio Volgodga en Moscovia tiene tambien dos cataratas cerca de Zadoga. El Zairo, rio del Congo, empieza su curso por una fuerte catarata. Se ve otra á tres leguas de Albania en la Nueva York, que tiene cerca de cincuenta pies de altura. La cascada ó catarata del Terni en Italia es una de las mas altas que se conocen, pues los habitantes del pais pretenden que tiene quatrocientos pies de altura; y la famosa catarata del rio de Niagara en el Canadá no cae sino de ciento cincuenta y seis; pero tiene mas de un quarto de legua de ancho.

(7) Es muy sabida la expresion de una grande Princesa (S. A. R. la esposa del Regente Duque de Orleans) distinguida por tantas virtudes, y por su eminente piedad. Murió con una tranquilidad de ánimo, que fue la admiracion de todos los que la rodeaban. Despues de haber recibido todos los Sacramentos, y despues de unaagonia bastante larga, repentinamente exclamó: ¡*Qué deliciosa es la muerte!* Estas fueron sus últimas palabras.

Una alma fuerte puede serlo bastante para aguardar la muerte sin flaqueza; pero no basta el ánimo solo para hallarla deliciosa; solamente una conciencia irreprensible, y una fe vivísima puede hacernos experimentar semejante sensacion.

(8) La especie de abeja comun es del número de las que viven en sociedad trabajando en comun. En la antigüedad todas eran bravias: habitaban en las selvas de la Polonia y Moscovia, y de otras regiones del Norte donde se alojaban en los huecos de árboles ó de peñascos. Luego que las abejas se establecen en una colmena, su primera ocupacion es tapar todos sus agujeros ó rendijas con una materia glutinosa, blanda quando la ponen, pero que despues se endurece. Esta materia es absolutamente diferente de la cera y de la miel, y se llama *propolis*; es una especie de resina, y sirve en la medicina. Ademas de la abeja comun hai muchísimas otras especies; la abeja de aldea, la abeja albañil &c. Una de las mas curiosas es la abeja tapicera; es muy pequeña, mas peluda que las comunes, pero de su mismo color, á poca diferencia. El primer trabajo de la abeja tapicera, quando

quiere hacer su nido, consiste en cabar en la tierra un agujero perpendicular de tres pulgadas de hondo, que desde la entrada hasta siete ú ocho lineas de profundidad va con igual diámetro, y despues lo ensancha á modo de nuestras jarras. Quando queda cabado este agujero se transporta la abeja sobre una flor de amapola, donde con mucha destreza corta en una hoja de la flor un pedazo que tiene la figura de un semióvalo; entra la tapicera en su agujero con la pieza cogida, la mantiene doblada por medio entre sus patitas; necesariamente se ha de ajar dicha hoja al entrar en una cavidad tan estrecha; pero luego que la tiene introducida á la profundidad que quiere, la desdobra, y la extiende quitándola todas sus arrugas; aplica sobre el hondo y en los lados muchas de estas hojas, que une con arte; las últimas piezas que terminan el revestimiento ácia la boca del agujero sobresalen siempre de algunas lineas, formando un rivetillo de color de fuego. Paseándose en un campo de trigo, se puede algunas veces observar en la tierra ó en los senderos unos agujeritos adornados en su circunferencia con una hermosa cintilla colorada, y estos son los nidos de las abejas tapiceras.

Las abejas de la Isla de la Guadalupe dan una cera de un color morado muy fuerte, á la qual no se puede quitar este color, y es demasiado blanda para poder hacer velas con ella.

(9) Entre otros el de Madama Lagnans. Este monumento, del qual no he visto la descripcion en ningun libro, es no obstante igualmente apreciable por la hermosura de la composicion, como por la de su execucion. Mr. Lagnans, Ministro en Berna (y que aun vivía en 1775) tenía una Muger hermosísima, que murió de parto á la edad de veinte y ocho años; el nifio la sobrevivió solamente algunos minutos. Mr. Naal, célebre Escultor Aleman, se encargó de hacer el túmulo que debia encerrar á la Madre y al Hijo. Imaginó representar á Madama Lagnans en el instante de la resurreccion. Despues de haber cabado en el Templo un foso de competente profundidad para contener una estatua, colocó sobre esta cavidad una grande piedra rajada desigualmente de cabo á cabo, y

dexando un hueco, por el que se vé á la madre tendida en su atahud en ademán de despertarse, con una mano tiene asido á su niño, y con la otra sollevanta la piedra desprendida que toca á su cabeza. La nobleza de su figura, el candor é inocencia que la caracteriza, la alegría pura y celeste que brilla en su rostro, dan á su semblante una expresion de sublime ternura. No le falta á este Mausoleo sino el haber sido executado en piedra marmol. El epitafio es digno del monumento; está grabado en la piedra, y á pesar de la quiebra, que corta lo escrito, se puede leer facilmente; está en el idioma Alemán, y se finge que Madama Lagnans es quien habla. La traduccion literal es la siguiente:

»Oigo la trompeta, su sonido penetra hasta la profundidad del sepulcro: ¡Dispiértate, niño de dolores!
 »El Salvador del mundo nos llama: el imperio de la muerte se destruyó; una palma inmortal coronará luego la inocencia y la virtud.

»Señor, aquí me presento con el hijo que me habeis dado.»

El túmulo de la Madre de Le Brun en San Nicolás *du chardonneret* en París, representa la mis ma idea, pero no es tan sobresaliente la composición. Aquí el Artista (Collignon) ha colocado sobre un Altar bastante elevado una grande urna de color algo rojo, cuya tapa está volcada. Se vé salir de esta urna una muger vieja de aspecto venerable, juntando las manos, y levantando los ojos al Cielo; está envuelta en su mortaja, la que con sus pliegues cubre el borde ó labios de la urna: se vé todo el busto de su figura, que es de marmol blanco, así como el lienzo de la mortaja. Detras de ella contra el nicho del altar está el Angel del juicio con la trompeta en la mano.

(10) Un famoso florista de Holanda me dixo habia pagado por una cebolla 6800 libras (que son 27200 rs. vn.) y añadió haber visto otras de mayor precio: los curiosos no cuentan sino seis especies de flores, que realmente valen la pena de ser cultivadas; y son: el *jacinto*, el *tulipan*, la *oreja de oso*, el *clavel*, el *ranúnculo* y la *anémona*. El jacinto es casi la mas hermosa; pero la menos rica de colores, y es menos comun que las otras. Se cree

cree que el ranúnculo nos vino de la Siria en el tiempo de las Cruzadas; Mr. Bachelier, en el siglo anterior, traxo la anémoma de América; y pretenden que el jacinto vino del Cabo de Buena Esperanza. El mas hermoso jacinto es el *opbir*; su color es amarillo, y por dentro está matizado con manchas de color carmesi.

(11) Hubo en Lisboa un espantoso terremoto en 1755; muchas casas fueron consumidas por las llamas que salían de la tierra, fenomeno bastante comun en los temblores de tierra, y que ya se habia visto en el que se experimentó en Remiremont á quatro leguas de Plombieres, en el año de 1682. Lo que hubo de mas singular es que los sacudimientos acontecian siempre de noche, y no de dia; los acompañaba un ruido que salía del centro de la tierra, semejante al de un trueno, y se veian salir llamas de la tierra. En América ha habido temblores de tierra que han durado mas de un año con sacudimientos muy violentos cada dia. Baxo el Imperio de Tiberio, trece Ciudades considerables del Asia fueron totalmente destruidas. La célebre Ciudad de Antioquia experimentó la misma desgracia el año 115. Allí pereció el Cónsul Pédon; y el Emperador Trajano, que se hallaba entónces en ella, se salvó con mucho trabajo.

En 742 hubo un temblor de tierra universal en Egipto, y en todo el Oriente; en una misma noche seiscientas Ciudades fueron arruinadas: las Provincias Meridionales de Francia limitadas por los Pirineos han experimentado algunas veces sacudimientos muy violentos. En 1660 todo el pais comprehendido entre Burdeos y Narbona fue asolado por un temblor de tierra; y entre otras devastaciones sepultó la montaña del Bigorre, y puso una laguna en su lugar. Esto fue causa de que un gran número de baños minerales se enfriaron, y perdieron sus virtudes salutíferas. En los temblores de tierra del año 1755 tambien fue esta parte de la Francia la que experimentó mayores daños.

Lima, Capital del Perú, distante solamente dos leguas del Callao, Puerto del Mar Pacifico, despues de haber experimentado en diferentes tiempos temblores de tierra muy violentos, fue casi enteramente destruida en 1746,

y el mar cubrió todos los edificios del Callao, sumergiendo á todos sus habitantes: sola una torre quedó en pie, y de veinte y cinco Navíos que había en el Puerto quatro fueron echados una legua dentro de las tierras, y los demas zozobraron.

Hasta ahora, dice Mr. de Bomare, se atribuyen los temblores de tierra á dos causas. La primera á la elasticidad del aire interno excesivamente rarefacto (a) por la inflamacion de las pyritas (b) causada por la humedad de las aguas que alteran estos mixtos, los descomponen, los hacen mohecer (c) y los inflaman: 2.^a á la fuerza prodigiosa de estas aguas mismas reducidas en vapores. Este sistema parece mui verosímil, puesto que la rarefaccion del agua es infinitamente mayor que la del aire; y así el fuego, el aire y el agua concurren para conmovier la tierra que los comprime. Véase el Diccionario de Historia natural por Mr. de Bomare en el artículo *temblor de tierra*, y la misma palabra en la obra intitulada *Diccionario de las maravillas de la Naturaleza*.

(12) En efecto los incendiarios destruyeron mas casas de Lisboa que el temblor de tierra; porque con el fin de robarlas impunemente las incendiaban. Los infelices habitantes de Lisboa, víctimas de esta inaudita maldad, hallaron algun consuelo en la humanidad de una Nacion generosa. Luego que los Ingleses tuvieron la noticia de esta terrible desgracia se esmeraron al instante en enviarles todos los socorros que podían necesitar, beneficio que costó á los Ingleses seis millones de libras esterlinas (d),

(a) Rarefacto significa dilatado.

(b) Las pyritas son unas substancias mineralizadas compuestas por la naturaleza, mas ó menos compactas, pesadas y cristalizadas en diversas formas, y muchas veces formando vetas mui profundas en las minas. Llamam substancias mineralizadas aquellas cuyos intersticios ó poros se han llenado por infiltraciones ó vapores minerales ó metálicos.

Se llama cristalización en la Historia natural todas las substancias minerales que de por sí toman una figura constante y determinada; y así hay tantas cristalizaciones como substancias que adquieren una figura regular.

(c) *Mohecer*. Por este término se entiende aquella materia que á modo de copos se forma en la superficie de ciertos cuerpos, quando se descomponen por el contacto del agua. Véase Mr. de Bomare.

(d) Que son 540 millones de reales.

pero que les grangéó y aseguró nuevo derecho á la pública estimacion de toda la Europa.

(13) He visto en una obra Inglesa, igualmente instructiva y curiosa una anecdota singular, y poco conocida, relativa á la Cataluña. Despues de muchas revoluciones un tal *Wifredo* obtuvo para sí y sus descendientes el gobierno de la Cataluña. Habiendo este *Wifredo* recibido una herida mui peligrosa en una batalla contra los Normandos, fue á verle el Emperador, y mojando su dedo en la sangre que salía de la herida, pintó con ella quatro líneas sobre el escudo de oro de *Wifredo*, diciéndole: *Conde, de aquí adelante estas serán tus armas*. Desde entonces quatro barras encarnadas sobre campo de oro fueron las armas de Cataluña, y despues de Aragon, quando *Raimundo V* casó con *Petronila*, heredera de *Ramiro II* Rei de Aragon.

Travels through Spain in the years, 1775. And. 1776., by *Henry Swinburne* esq. un tomo en 4.^o

(14) Copiaré aquí lo que dice el *Viajante Francés* acerca de las cascadas de que hablo.

»No se puede dexar de admirar quando se anda por
»entre aquellos peñascos que amenazan ruina, el ver
»unos valles tan deliciosos, tanta sombra y amenidad
»en el seno de la esterilidad, y el considerar aquellas
»cascadas naturales precipitarse desde las puntas de las
»peñas no interrumpiendo el silencio que reina en aque-
»lla soledad sino para hacerle mas grato.»

Veamos ahora lo que dice acerca de esto el *Viajero Inglés*.

»La peor circunstancia del *Monseratte* es la falta de
»buena agua. A excepcion de una fuente que se halla
»cerca de la Parroquia, y otra en el Convento, no tie-
»nen los hermitafios sino agua de algives, que es cosa
»intolerable en el Verano, y desmiente todas las agra-
»dables descripciones que he leído de arroyos que mur-
»muran, y de hermosas cascadas que se precipitan de
»la cumbre de los peñascos entreabiertos. La falta de
»agua es tal, que nunca se han visto en esta montaña
»ni lobos ni osos ni otra especie alguna de fiera.»

Esta contradiccion es bastante singular. Si alguno se
TOM. I. BB3 to-

tomase el trabajo de confrontar así todas las relaciones de viages, juzgo que se hallarian otras muchas. Quando escribí mi cuento hice lo que muchos historiadores: escogí lo que me pareció que podía darme asunto para hacer una pintura agradable; pero no disimulo los motivos de mi preferencia, y confieso sin dificultad que el nombre, la fama, y las obras del Viajante Inglés deben inspirar la mayor confianza en su relacion.

(15) Son muchos los exemplares de muertes repentinas causadas por un movimiento súbito de dolor. Por los años de 930 Gormundo III, llamado el Viejo, Rei de Dinamarca, había tenido en Tyra su muger dos hijos, Canuto y Haraldo. Canuto el mayor era por sus virtudes las delicias de su Padre y de la Nacion. La ferocidad de Haraldo le había conciliado el odio de los Daneses. Este monstruo, lleno de envidia contra su hermano, lo asesinó. No sabiendo Tyra como anunciar esta funesta noticia al Rei, hizo enlutar todo el Palacio. Al ver esta lúgubre decoracion exclamó el Rei: *Sin duda mi hijo ha muerto*; y en el mismo instante espiró de dolor.

¿Hai quien diga que Guillermo Obispo de Roschil (el año 1050) tenia tanto amor á Suenon II, Rei de Dinamarca, que en el discurso de la última enfermedad de este Príncipe, sentía disminuir sus fuerzas al paso que el Rei perdía las suyas, y que finalmente estando ya Suenon agonizando, hallándose él mismo del propio modo, y cierto de no poder sobrevivirle, hizo hacer su atahud, lo hizo llevar con el del Rei, y mandó le llevasen ya medio muerto al entierro de dicho Príncipe, á cuyo tiempo espiró, y fue enterrado con él.

Erico III, llamado el Bueno, Rei de Dinamarca, repudió en el año 1104 á la Reina Batilda su esposa. Hizo despues voto de visitar los Santos Lugares. Amándole siempre Batilda, aunque repudiada, quiso acompañarle. Erico murió en la Isla de Chipre, y Batilda espiró á la violencia del dolor.

En el año 1208 Felipe primer Emperador de Alemania fue asesinado. La Emperatriz Irene su muger espiró al tiempo de darla la noticia de su muerte.

Dos criados de Carlos VIII murieron de repente asistiendo al entierro de este Monarca.

El año 1501 Luis de Borbon, Conde de Montpensier, llegó á Nápoles despues de la toma de Capua, en donde habia dado pruebas del mayor valor. Su primera accion fue ir á Pouzzolo, lugar de la sepultura de su Padre; se arrodilla sobre su sepulcro, y espira de dolor: este joven Principe fue justamente llamado: *El Héroe del amor filial*.

Es notorio que muchas personas murieron de repente recibiendo la noticia del asesinato de Enrique el Grande; y en nuestros dias, quando el desgraciado Almirante Bing fue condenado á muerte, escuchó la sentencia con entereza; era injusta, le quitaba la vida, mas no el honor: pero su hermano, que perdiéndole, perdía no solo un hermano, sino tambien su mayor amigo, quiso despedirse de él por la última vez, y echándose en sus brazos espiró en ellos.

(16) Entre los combates de los Españoles y Moros se encuentra uno en el qual se distinguieron las mugeres de Tortosa: se presentaron sobre los muros de la Ciudad, é hicieron tales proezas que Raimundo Berenguer, último Conde de Barcelona, instituyó para ellas en 1170 la Orden Militar de *la Hacha*. Consiguieron ademas muchos privilegios honrosos, que ya no existen; pero han conservado el derecho de preferencia de puesto (de qualquier calidad que sean) en las ceremonias del matrimonio.

La Historia de Alemania ofrece un lance semejante. En el año 1015 los Polacos sitiaron la Ciudad de Meissin, la que se hubiera entregado á no haber sido por el ánimo heroico de las mugeres que se encargaron de su defensa, y desempeñaron todos los trabajos del sitio. El Emperador Enrique II para perpetuar la memoria de esta accion de las mugeres de Meissin, que en esta ocasion se habian distinguido con ánimo superior al de sus maridos, mandó que se celebrase el aniversario de la conservacion de la Ciudad, y que las mugeres fuesen solas en procesion á la Iglesia, para indicar que á ellas solamente debia la Ciudad de Meissin su salvacion.

Esta procesion se hizo con la mayor pompa hasta el siglo XVI: los Luteranos la abolieron proscribiendo el culto Romano. *Historia general de Alemania por Mr. Montigny, tom. 4.º*

Durante la guerra que se hicieron Juan I, Rei de Castilla, y Juan I de Portugal; habiendo los Ingleses puesto sitio á Palencia en el Reino de Leon, desproveyda entonces de hombres, pues toda la nobleza habia seguido al Rei á campaña, las mugeres, acaudilladas de las principales Damas, defendieron la Ciudad, rechazaron el asalto del enemigo, le molestaron con sa- lidas, y le obligaron á retirarse. Para recompensar su valor Juan las permitió llevar la banda de oro, y las concedió todos los privilegios de los Caballeros de la banda: la fecha de esta Orden es incierta, colocan su institucion entre 1383 y 1390. *Encyclopedia, palabra Echarpe.*

(17) Tambien es digna de atencion en Toledo la Casa del Ayuntamiento, cerca del Palacio del Arzobispo. Su arquitectura en columnas está reputada por muy perfecta. En la pared de la escalera de esta Casa Consistorial están estos versos Castellanos, que dicen en language antiguo:

Nobles discretos Varones
Que gobernais á Toledo,
En aquestos escalones
Desechad las aficiones,
Cobdicias, amor y mied.
Por los comunes provechos
Dexad los particulares;
Pues os fizo Dios pilares
De tan riquísimos techos,
Estad firmes y derechos.

(18) La Capital de las Colonias de Sierra Morena se llama la *Carolina*. Los dos Viajantes Inglés y Francés hacen hermosas descripciones de estas nuevas poblaciones; la del Inglés está llena de ideas y sentimientos excelentes; hubiera adornado esta nota con ellos sino hubiese temido deslucir su descripcion traduciéndola.

(19) Esta Mezquita en el tiempo de los Musulma- nes

era un edificio de figura cuadrilonga con un texado chato que estrivaba sobre unos arcos. No tenía proporcion alguna: su altura era de treinta y cinco pies no mas: su anchura de quatrocientos y veinte pies, y su longitud de quinientos y diez, incluso el grueso de las paredes. El techo estaba sostenido segun algunos por mil columnas; y segun otros por ochocientas poco mas ó menos: tenia entonces esta Mezquita veinte y quatro puertas: mas de quatro mil lámparas ardian en ella todas las noches, y consumian, segun dicen, cerca de veinte mil libras de aceite al año.

Ahora solo existe una porcion de la Mezquita, la qual se ha convertido en Iglesia; se entra en ella por diez y siete puertas; tiene esta Iglesia quinientos y diez pies de longitud, con doscientos y quarenta de ancho (a); hay en ella gran número de columnas de marmol de diferentes especies: travels through by Henry Swinburne esq.

(20) Granada está situada al pie de la Sierra Nevada, y edificada sobre dos colinas separadas por el Darro. El Genil baña sus murallas: estos dos rios se forman de las nieves derretidas que cubren siempre la Sierra.

(21) Los monumentos mas notables de Granada son: la *Alhambra*, antiguo Palacio de los Moros, en cuyo interior se ve otro mas moderno, y no obstante ya deruido, que Carlos Quinto hizo construir: hoy día no tiene este mas que las quatro paredes. Se le dió poca extension para conservar el Palacio Moro que se destinaba para habitacion de Verano. En la Alhambra se hallan las reliquias de la mayor magnificencia; columnas de marmol, fuentes, baxos relieves, una prodigiosa cantidad de inscripciones &c. se admira entre otras el soberbio Patio de los Leones. El *Generalife* es otro Palacio Moro que comunica con el de la Alhambra; está edificado sobre una montaña muy elevada; por todas partes se ven surtideros de agua; los jardines están dispuestos en anfiteatro; su situacion es deliciosa, y mejor que

(a) El Viajante Francés dice que la Iglesia tiene 600 pies de largo, y 250 de ancho. Tom. 1. pag. 285.

que la de la Alhambra. *Ensayo sobre la España, tom. v.*

(22) En el tiempo de Boabdil ó Abdali, último Rei de Granada, los Abencerrages y los Zegries eran las dos familias mas poderosas de esta Ciudad. Albin-Hamet, uno de los Abencerrages, llegó á ser privado del Rei, y entonces los Zegries se conjuraron para perderle. El uno de ellos, hallándose un dia solo con el Rei, empleó la mas atroz calumnia, y dixo que habia visto á Albin-Hamet á los pies de la Reina en los jardines de Generalife, y á esta coronándolo con una guirnalda de rosas. El Rei con esta relacion se entregó á todo el furor que los zelos y los Zegries pudieron inspirarle; determinó llamar á todos los Abencerrages, unos despues de otros, al Patio de los Leones (a), para degollarlos allí; lo que se executó. Cada víctima admitida en aquel funesto recinto se entregaba á los Zegries, que la llevaban á un gran pilon de alabastro (b), y allí la degollaban. Treinta y seis de los Abencerrages perdieron así la vida. Un page de uno de ellos, que entró con su amor sin ser visto, alcanzó á ver esta horrible escena, y halló modo de salir, y de ir á avisar al corto resto de la desgraciada familia de los Abencerrages. Al instante todo el Pueblo tomó las armas; hubo muchos combates; y habiéndose apaciguado este tumulto por la prudencia de Muza, hermano natural del Rei, Abdali dió públicamente cuenta de su conducta, manifestando el supuesto delito de la Reina; y despues condenó á esta á ser quemada, si en el término de un mes no presentaba quatro Caballeros para defender su causa contra quatro acusadores. Entretanto la Reina estuvo presa en una torre (c). Muchos Caballeros Moros ofrecieron su brazo á la Reina, que los rehusó, y no quiso deber su libertad á otros, sino á ciertos Caballeros Españoles, que por su mucha fama habian merecido toda su confianza. Ella les escribió, y llegaron en el momento en que pró-

xi-

(a) En la Alhambra.

(b) Aun enseñan este pilon, en el qual estuvieron todas las cabezas de los Abencerrages.

(c) Todavía existe esta torre en la Alhambra, y conserva el nombre de la cárcel de la Reina.

xíma á perder la vida iba al suplicio. Sobre sus escudos se leían estas palabras: *Por la verdad*. Entraron en la lid contra los Zegries, y quedaron vencedores. El malvado que habia calumniado á la Reina recibió una herida mortal, y antes de espirar confesó su delito. La Reina fue llevada en triunfo á Palacio. Abdali se arrojó á sus pies, pero no pudo alcanzar su perdon; y la Reina dexó la Corte, retirándose á una Quinta solitaria. Los restos de la familia de los Abencerrages abandonaron á Granada, y dexaron á Abdali privado de sus mejores Generales, y á la merced de sus enemigos, quienes algunos meses despues le derribaron de un trono que habia manchado con tanta sangre inocente.

Aunque esta historia se halla referida como verdadera en muchos Autores, no se debe reputar sino como una Novela, cuyo asunto es verdadero (a), pero muy exórnado con circunstancias inciertas. Travels through Spain by Henry Swinburne esq.

(23) Este globo de fuego era un meteoro. Dan este nombre á cierta clase de fenómenos que nacen y aparecen en la atmósfera, esto es, en la masa del aire que nos rodea, y en la qual respiramos. Tales son las nubes, los truenos, la lluvia, el granizo, la nieve, las nieblas, el rocío, los fuegos fatuos, los relámpagos, los vientos, los uracanes, las tempestades &c. Los Físicos hacen tres divisiones de los meteoros, á saber: igneos, aéreos y aquosos. Los primeros son: los truenos, el fuego de S. Telmo, los globos de fuego, y otros fenómenos que pertenecen á la electricidad (b). Los meteoros aéreos son los vientos. Y los aquosos son los que nos ofrece el

(a) Sea falso ó cierto este caso, nuestra comedia la Mejor Luna Africana, está suadada de él.

(b) Electricidad. Esta palabra significa en general los efectos de una materia muy fluida y sutil, diferente por sus propiedades de todas las materias fluidas conocidas, que se ha reconocido capaz de unirse á casi todos los cuerpos, pero con preferencia á algunos, que parece moverse con una grande velocidad segun sus leyes particulares, y que produce por sus movimientos fenómenos muy singulares. Como no se conoce aun la esencia de la materia eléctrica, es imposible poder disminuirla de otro modo que por sus principales propiedades, &c. (*Encyclopedía.*)

el agua en sus diversos estados; como las nubes, el granizo, el rocío &c. *Diccionario de Historia Natural por Mr. de Bomare.*

Los globos de fuego se han observado en los tiempos mas remotos. Su aparicion causó diversas veces grandes terrores á los Romanos. Aristóteles, Séneca y Plinio hicieron varias descripciones de ellos. A este meteoro llamaban en tiempos pasados, y aun hoy dia el vulgo: *Espadas de fuego, y dragones que vuelan.*

No he inventado las circunstancias del globo de fuego, que describo en mi cuento, como se verá por la relacion siguiente.

El globo de fuego de que habla el papel de Mr. Le Roi se observó el dia 17 de Julio 1771, á cerca de las diez y media de la noche. . . Se vió aparecer de repente ácia el Nord-Oeste un fuego semejante á una gruesa estrella de las que el vulgo cree que caen en la tierra, la qual, aumentando de tamaño al paso que se acercaba, tomó despues la forma de un globo, con una cola sumamente grande. Habiendo este globo atravesado parte del Cielo, pareció que su movimiento rápido se minoraba, y tomó la figura de una *lágrima batávica*; esparció entonces una vivísima luz; y su cabeza parecia rodeada de llamitas de fuego, y su cola, riveteada de un color encarnado, estaba matizada con los varios colores del arco iris; en fin rebentó esparciendo un gran número de partículas luminosas, semejantes á las chispas brillantes de los cohetes.

El dia 12 de Noviembre 1761 el Baron de Andretz vió á una legua de Villefranche en el Beaujolois un globo de fuego mui luminoso que parecia precipitarse ácia la tierra, y se aumentaba al paso que se aproximaba; dexaba tras sí un grueso rastro de fuego que señalaba su camino. Despues que corrió á poca diferencia la octava parte del horizonte, apareció del grandor de una gruesa cuba cortada horizontalmente por medio; se volcó, y salió de él una prodigiosa cantidad de chispas y llamitas semejantes á las que se ven en los fuegos artificiales.

En

En la Ciudad de Beaune había producido este meteoro una luz igual á la del medio dia.

El dia 3 del mes de Noviembre 1777, á las nueve y media de la noche, se observó en Salart (a) un meteoro extraordinario. Fue tanta la claridad que esparció, que todos creyeron que iba á amanecer. Se vió aparecer un globo de fuego mui luminoso; las chispas que esparcia eran semejantes á las estrellas artificiales; y el cerco que lo rodeaba se componía de rayos de diversos colores. Quando este enorme globo llegó á la altura como de seis toesas (b) salieron de él dos especies de volcanes, los que separados de la masa comun tomaron la figura de dos grandes arcos iris, de los quales el uno se perdió ácia el Norte, y el otro ácia Levante. Entonces se vió que el globo disminuía insensiblemente &c.

Diccionario de las Maravillas de la Naturaleza, tom. 2: (24) Es menester acordarse de que las suelas de los zapatos de Alfonso estaban riveteadas de clavos, y que el regaton chuzo del palo que llevaba era de hierro.

» Los antiguos (dice Mr. de Bomare) conocian la virtud que tiene el imán de atraer el hierro: y si se cree á Plinio fue por el acaso de un pastor, que sintió que los clavos de sus zapatos y el cabo de su baston, que era de hierro, se agarraban á un peñasco de imán sobre el qual estaba entonces; pero no conocian la que tiene de dirigirse ácia los polos del mundo.

Alfonso, lleno de ignorancia, de remordimientos, y espantado por el meteoro que acababa de ver, sintiéndose preso sobre este peñasco, se cree detenido por el Cielo mismo, irritado con su fuga: esta idea redobla su terror, le quita todas sus fuerzas, le hace quedarse inmovil, y lo fixa sobre la peña.

» El imán es una piedra de calidad ferrea, que se halla en las minas de hierro; su color no es siempre el mismo. En las Indias Orientales, en la China, y en todos los paises del Norte, es de color de hierro; en nuestros paises su color ordinariamente tira al negro.

(a) Pequeña Ciudad de Perigord distante 120 leguas de París.

(b) Que son treinta y seis pies de Rei.

„gro, la de Devonshire es de un pardo algo colorado, „y la de Lorena tiene algo de gris.”

El imán tiene cinco propiedades muy notables. 1.^a la de atraer el hierro, lo que llaman *atraccion*. 2.^a la de transmitirle su virtud, esta es la *comunicacion*. 3.^a la de dirigirse ácia los polos del mundo, que es la *direccion*. 4.^a la de dirigirse con cierta variacion, que se llama *declinacion*. 5.^a finalmente la propiedad de inclinarse al paso que se aproxima del uno ú otro polo, y se dice *inclinacion*. Todas estas singulares propiedades, anexas á la naturaleza del imán, dependen de alguna propiedad general, origen de las demas, y que hasta ahora ignoramos.

Se sospecha que reina al rededor del imán una especie de atmósfera, á la qual dieron el nombre de materia magnética, y que forma á modo de una niebla que circunda á esta piedra; se conoce sensiblemente esta niebla por sus dos polos, que producen efectos contrarios, el uno de atraer, y el otro de rechazar el hierro. La fuerza atractiva de un imán al salir de la mina es muy poca, y por esto es necesario armarlo con hierro para aumentar su fuerza es de observar que bien que el hierro no tenga la virtud de un verdadero imán, algunas veces en llegando á tomarse del orin, suele adquirirla.

En el Gabinete de curiosidades de la Sociedad Real de Inglaterra hai una piedra imán del peso de sesenta libras, que no levanta mucho peso á proporcion de su magnitud, pero atrae una aguja á la distancia de nueve pies.... La Historia de la Academia de las Ciencias de París habla de una piedra imán del peso de once onzas, que levantaba veinte y ocho libras de hierro; esto es, mas de quarenta veces su peso. *Diccionario de Historia Natural por Mr. de Bomare.*

Magnetismo es el nombre general que se da á las diferentes propiedades del imán. Había en el Asia menor dos Ciudades llamadas *Magnesia*. La una cerca del rio Meandro, la otra cerca del monte Sipilo. Esta última, que pertenecia particularmente á la Lidia, y que tambien se llamaba Heraclea, era la verdadera patria del imán

imán. El monte Sipilo abundaba sin duda de metales, y por consiguiente de piedra imán, y así el imán, llamado *Magnes*, del primer lugar de su descubrimiento, conservó su antiguo nombre. *Encyclopedia.*

He colocado el lance de la peña de imán en España porque tiene mas novedad y fuerza en los primeros momentos de la huida de Alfonso. En efecto la verosimilitud que se puede desear en el asunto parece bastante natural, puesto que las cercanias de Loxa están llenas de peñascos, y que hai muchas minas en España.

(25) „La supuesta lluvia de sangre sucede solamente en tiempo de tempestades, y sobre todo en el Verano. No es estraño que la mayor parte de los insectos, que buscan su pasto en las ramas de los árboles, sean arrebatados y hechos pedazos con la violencia del aire, lo que ocasiona que al caer aparecen ensangrentados, y así llueve sangre de insectos.” *Diccionario de Historia Natural por Mr. de Bomare, en la palabra Lluvia.*

Confieso que esta explicacion no me satisface; porque si para producir este fenomeno no se necesitase mas que un viento impetuoso, en los meses de Julio y Agosto no habria persona alguna que no hubiese visto diferentes veces en su vida llover sangre, lo que seguramente no es así.

Se ha visto (dice tambien Mr. de Bomare) en 1703 las aguas de la laguna de Zurich volverse repentinamente coloradas como sangre. Por el exámen se reconoció que lo habian producido las aguas bituminosas de los arroyos, llenas de ocre colorado de hierro, las quales vinieron entonces á mezclarse con las de dicha laguna.

Tambien se dice lluvia de azufre. Se llama así esta lluvia por causa de unos granos amarillos que al parecer caen de las nubes con el agua misma. El polvo amarillo de los estambres (a) de varias especies de plan-

(a) Se llaman *estambres* los hilicos que se hallan en el medio de las flores; los botonicos que terminan estos hilicos se llaman *remates*: la envoltura que contiene la flor se llama *caliz*, y las hojas de la flor hojas principales; en fin el pistilo es la parte de ciertas flores que suele ocupar su centro (como se puede ver en la azucena) es un casio destinado para recibir el polvo de los estambres, y para fecundar las simientes.

tas quando están en flor es la verdadera causa de estas supuestas lluvias de azufre imaginarias, que caen con tanta frecuencia en las cercanías de las montañas. Este fenomeno sucede á menudo en Burdeos, en el mes de Abril, tiempo en que los pinos están en flor.

(26) Al salir de Loxa se atraviesa el monte *Oros-peda*, y desde las cercanías de Archidona, Ciudad edificada en medio de peñascos en las fronteras de Andalucía, se descubre la Sierra de los Enamorados. Es un peñasco famoso por un suceso trágico.

Un joven Caballero Francés fue apresado por los Moros en el tiempo que aun reinaban en Granada. El Rei Moro le puso en libertad, le detuvo en su Corte, y le colmó de gracias. El Caballero seduxo á la hija del Rei, y la hizo consentir en huir secretamente de la Corte de su Padre. Se escapó con ella á media noche; pero el Cielo castigó á este vil rabador, y á una hija ingrata y cruel. A la punta del dia avistaron una tropa de Moros que los seguían, y subieron á un peñasco prodigiosamente elevado. No tardaron los Moros en rodearlos; entonces turbados por los remordimientos, y reducidos á la desesperacion, se precipitaron de lo alto del cerro, que aun conserva el nombre de la *Peña de los Amantes*. *Ensayo sobre la España, tom. 1.*

(27) El arte de la navegacion comprehende tres partes: 1.^a el arte de construir Navios, que se llama *construccion*: 2.^a el arte de cargarlos, que se llama *lastre ó arrumage*: 3.^a el arte de conducirlos sobre el mar, que es propiamente el arte de la navegacion.

Los Egipcios, Griegos y Romanos llamaban *Navios sagrados* á unos buques dedicados á los Dioses; tales eran en Egipto: 1.^o el Navio que todos los años dedicaban á Isis: 2.^o aquel sobre el qual mantenian durante quarenta dias el Buei Apis, antes de transferirlo desde el Valle del Nilo, á Memphis al Templo de Vulcano: 3.^o el barco llamado vulgarmente *el barco de Caron*, y que solamente se empleaba en llevar cuerpos muertos: de este uso de los Egipcios tomó Orfeo ocasion de imaginar el transporte de las almas al infierno al otro lado del Aqueronte.

En-

Entre los Buques sagrados que tenían en Grecia, los Autores hablan principalmente de dos Galeras sagradas de Atenas, destinadas á las ceremonias de la Religion; ó para llevar noticias en las grandes urgencias del Estado. La una se llamaba la *Párala*, ó la *Galera Paraliana*; tomó su nombre del heroe Páralo, que junto con Teséo se distinguió contra los Tebanos: los que tripulaban este Navio se llamaban *Paralianos*. El otro Navio dicho el *Salaminio*, ó *Galera Salaminia*, tomó (segun el parecer de algunos) su denominacion de la batalla de Salamina, y segun otros de Nausitóo su primer piloto, natural de Salamina. En esta célebre Galera de treinta órdenes de remos volvió Teséo victorioso de la Isla de Creta. Se llamó despues *Delica*, porque fue consagrada yendo todos los años á Delos para llevar los regalos de Teséo á Apolo Delio. La una y la otra de estas Galeras sagradas servian tambien para traer los Generales depuestos, y en este sentido llamaba Pitoloa á la *Galera Paraliana la Clava del Pueblo*.

Los Atenienses conservaron mas de mil años la Galera Salaminia, esto es, que la renovaban añadiendo tablas á medida que se iban pudriendo las viejas.

A mas de estos dos Navios sagrados tenian los Atenienses aun otros muchos. La *Antígona*, el *Demetrio*, el *Ammón*, y la *Minerva*; este último era de una especie singular, puesto que estaba destinado para andar, no en el mar, sino por tierra; se conservaba cerca del *Areópago* para no servir sino en la fiesta de las *Grandes Panateás*. Servía entonces para llevar al templo de *Minerva* el vestido de esta Diosa, sobre el qual estaban representadas la victoria de los Dioses contra los Gigantes, y las acciones las mas memorables de los grandes hombres de Atenas. Lo mas admirable de este Navio era que vogaba en tierra con velas y remos por medio de ciertas máquinas que *Pausanias* llama *Soterráneas*, esto es, que tenia en su interior muelles ocultos que hacian moverle; y la vela, segun *Suidas*, era el mismo vestido de *Minerva*.

Todos los Navios de los antiguos armados en guerra iban con remos y velas, pero en los combates se reco-

gían las velas, y solamente se empleaban los remos. Los Navíos peleaban entonces como los pájaros con su pico; sus remos les servían de alas, y procuraban romper los del Navío enemigo. En el remo consistía toda la fuerza de un Navío, y por esto tomaba su denominacion del número de sus remos.

Copiando Lilia Gerardi á Máximo de Tyro, dió la descripción de un Navío, del qual se sirvió un Rei Fenicio para hacer un viaje á Troya; era un Palacio flotante, dividido en varias habitaciones ricamente alhajadas: contenía jardines bastante espaciosos, llenos de naranjos, perales, manzanos, parras y otros árboles frutales. El cuerpo del bastimento estaba pintado de diversos colores, el oro y plata brillaban por todas partes.... Los Navíos de Caligula eran aun mas magníficos que este, el oro y las pedrerías adornaban sus popas, el cordage era de sedas de varios colores, y la magnitud de estas embarcaciones era tal, que contenian salas, y jardines llenos de flores y árboles. Caligula entraba algunas veces en estos Navíos, y recorría en ellos las costas de Italia (a).

El uso muy antiguo de dar á los Navíos el nombre de los animales representados en la popa enriqueció la mitología; no dice que Perseo viajaba sobre un Navío, sino que montaba un caballo con alas. Dédalo huyó de Creta sobre un Navío con velas; y estas son las alas con las cuales voló por los aires &c. *Encyclopedia.*

La quilla es la primera pieza por la qual se comienza la construcción del Navío, y sobre la qual se ponen las varengas ó costados. La parte posterior de un Navío,

(a) Pero ninguno de estos llega á la magnificencia de la Galera sobre la qual pasó Maria de Medicis desde Génova á Marsella. Esta Galera tenia setenta pasos de largo con veinte y siete remos de cada lado. Todo lo exterior estaba dorado, las orillas de la popa embutidas con ébano, nacar, marfil y lapizlázuli. Estaba guardada con veinte grandes cercos de hierro enriquecidos de topacios, esmeraldas, otras piedras preciosas, y gran número de perlas. El interior correspondia al exterior, se veía una grande decoración que representaba las armas de Francia y de Medicis, trabajadas con diamantes, zafiros, rubíes y perlas; las cortinas de las ventanas de vidrieras, de lunas y cristales, eran de paños de oro con franjas semejantes, y los cuartos entapizados de lo mismo. *Memorias históricas y criticas, y Anecdotos de Francia, tom. VIII.*

y la mas levantada, se llama la *chopeta*; la otra, que es la mas baja, el *castillo de popa*. Tambien hai en el otro extremo una parte llamada *castillo de proa*. La artillería se coloca sobre los puentes. *Estribor* significa la derecha del Navío, y *babór* la izquierda. Las aberturas de los lados del Navío por donde salen los cañones se llaman *sabordes*, y lo que sirve para cerrar estas aberturas *portas de artillería*. El mástil, el mas próximo á la parte posterior del Navío, se llama *palo de trinquete*, el del medio *palo grande ó mayor*, el que sigue despues *palo de mesana*, y el que se halla mas adelante *palo de bauprés*. La *popa* es la parte de atrás del Navío. La *proa* es la parte que entra primero en el mar.

(28) El veneno que algunos salvages de las montañas del Perú conocen le traxo á Europa Mr. de la Condamine. Este veneno es el mas activo que se conoce: su efecto es tan pronto que una mona ó un papagayo heridos de modo que salga sangre con una flechita de las que tiran los Indios con una cerbatana, mueren al instante. Mr. de Reaumur tenia en su casa un oso de dos años que empezaba á ser feroz, por lo que resolvió deshacerse de él, y se hizo en este animal la experiencia del veneno referido: se mojó en él la punta de una flechita para dispararla con una cerbatana. El oso recibió la primera flechita en la parte superior de la espalda sin ser herido al parecer: se le disparó otra; entonces el animal dió un salto, se puso convulso, tembló, echó espumarajos, y cayó muerto al cabo de un minuto y medio. Es de observar que los monos y papagayos muertos con este veneno, y que se comen en el Perú, no contrahen por esto ninguna calidad perniciosa, y se comen sin precaucion alguna; el azucar es el contraveneno mas eficaz de este terrible tósigo. Se hizo comer azucar á unos perros y gatos un quarto de hora antes de picarlos, y no tuvieron ninguna mala resulta.

El Autor ha sacado esta nota de un sugeto que ha presenciado la experiencia arriba dicha.

Dolo
Dolo

M^{ya}

de la Compañía

Lanzas y
Sergeant.